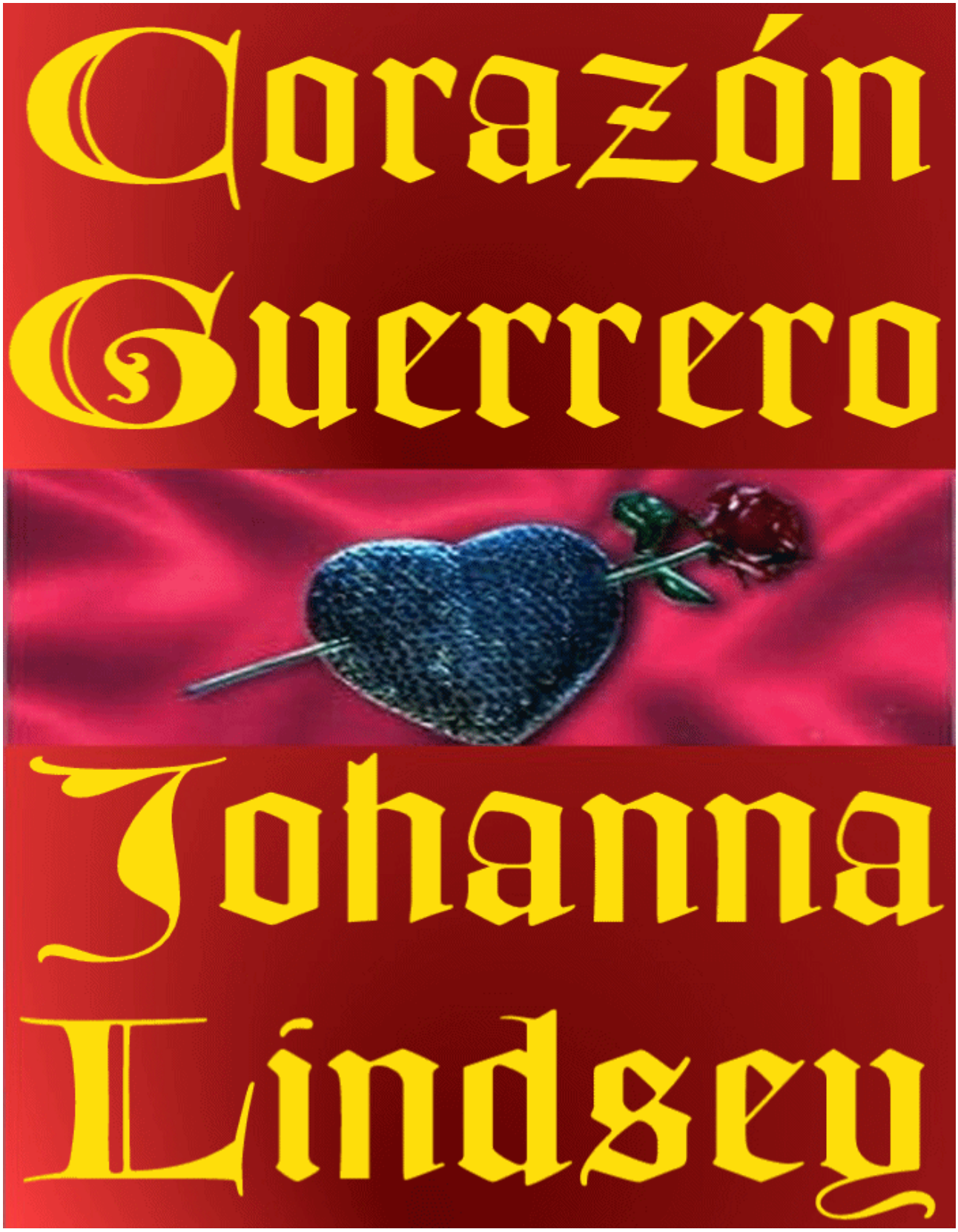
Corazón guerrero

Johanna Lindsey



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Familia de los Ly-San-Ter:

-"*Warrior`s woman*" (***La mujer del guerrero***)
-"*Keeper of the heart*" (***Algo más que el deseo***)
-"*Heart of a warrior*" (***Corazón guerrero***)

PRÓLOGO

Brittany Callaghan se miró fijamente en el espejo del tocador, satisfecha con el resultado. La blusa era de lentejuelas, extremada pero no excesivamente provocativa. Las joyas coquetas, nada ostentosas. La falda larga de terciopelo elegante, fina, con un corte hasta la rodilla. Había tardado dos horas en acicalarse, y no porque necesitara tanto tiempo para estar guapa, sino porque aquella noche era especial, así que empleó más tiempo de lo normal en los preparativos.

El maquillaje, en su justa medida, realzaba el verde profundo de sus ojos. Jan, su compañera de piso, le había arreglado el pelo, y había conseguido dominar la larga melena cobriza en un recogido perfecto que le hubiera merecido todos los elogios en la clase de esteticista. Formaban un dúo fantástico como compañeras de piso, ya que hacían intercambios: Brittany era capaz de arreglar cualquier cosa que se averiase en el apartamento y mantenía el coche de Jan en perfecto estado y, a cambio, Jan solía ocuparse de la cocina y peinaba a Brittany para las ocasiones especiales, ya que ésta nunca tenía tiempo de ir a la peluquería.

Llevaban tres años compartiendo piso en Seaview, una pequeña ciudad con un curioso nombre, puesto que, a pesar de llamarse «Vistamar», no estaba junto al océano. La broma habitual entre los que allí residían era que se llamaba así en previsión del «gran temblor» que algún día les traería la costa a la puerta de casa. Un chiste de mal gusto, ciertamente, pero en California, o bromea uno sobre los terremotos o se traslada a otro lugar.

Seaview era una de las nuevas poblaciones que se habían ido dispersando hacia el interior, lejos de las grandes aglomeraciones pero a una distancia prudencial para los que tenían que ir a trabajar a la gran ciudad. En su caso, San Francisco era la más cercana. Estaban lo suficientemente lejos como para no sufrir la humedad y las nieblas de la bahía, pero disfrutaban del mismo clima moderado. En realidad, Sunnyview («Vistasol») hubiera sido un nombre más adecuado para aquella ciudad.

Era ideal tener una compañera de piso con la que se llevaba tan bien. Jan era menudita, rebosaba vitalidad y siempre tenía a mano un novio con quien hacer todo lo que le apeteciera, aunque le durara poco, cosa que no le importaba especialmente. Le gustaban los hombres y tenía la necesidad de tener siempre uno cerca, aunque a ninguno se lo tomaba en serio. Su único defecto, si es que podía llamársele así, era que, en el fondo, era un poco alcahueta. Puede que no fuera capaz de decidirse por ninguno de sus hombres, pero no veía motivo alguno para que sus amigas no lo hicieran.

En ese sentido, Brittany había demostrado ser todo un reto, aunque no por las razones habituales, ya que era guapa, inteligente, responsable, tenía una vida profesional interesante y objetivos loables. Su único inconveniente era que medía uno ochenta y dos de estatura.

La estatura siempre había sido un problema para Brittany, desde la infancia. Suponía un verdadero obstáculo para sus relaciones amorosas, hasta el punto de haber desistido de esforzarse por entablar alguna.

Había intentado relacionarse con hombres más bajos que ella, pero nunca funcionaba. Siempre terminaban haciendo bromas sobre su estatura, o los amigos de él se mofaban o, lo más frecuente, al chico le rozaban accidentalmente los pechos en la cara -a propósito, claro-. Había decidido que, cuando se casara, su marido tendría que ser, como mínimo, tan alto como ella. Mejor si era más alto, aunque, como no confiaba en tener tanta suerte, se conformaría con la misma estatura.

Con tal impedimento, tendía a detectar a los hombres altos a la primera. Desafortunadamente, los altos solían tener las piernas demasiado largas en comparación con el resto del cuerpo, lo que a algunos les daba un aspecto bastante raro, sobre todo a los más delgados. A pesar de ello, estaba dispuesta a aceptar a los raros. No era muy exigente, sólo que no quería mirar a su marido desde las alturas.

Pero aunque ya rondaba los treinta, el tema marido quedaba muy lejos, o eso pensaba ella. No es que no lo quisiera, con el tiempo, sino que tenía muy claros sus objetivos, y el primordial era tener su propia casa, construida con sus propias manos, y en ello concentraba todos sus esfuerzos.

Tenía dos empleos: por las tardes y todos los sábados, en el balneario local, donde se mantenía en forma ayudando a los demás a hacer lo mismo, regulando dietas y elaborando programas de ejercicios, y por las mañanas en Arbor Construction.

El domingo era su único día de fiesta, y la única ocasión que tenía para ocuparse de quehaceres cotidianos como escribir a la familia, repasar el talonario de cheques, pagar las facturas, limpiar la casa, hacer la colada, ir a comprar, arreglar el coche, etc. También era el único día en que podía, simplemente, relajarse, y prefería pasar el tiempo libre recuperando sueño atrasado o diseñando la casa ideal que esforzándose en establecer una relación. Los dos trabajos no le dejaban mucho tiempo para salir con chicos, así que lo dejó por imposible hasta que conoció a Thomas Johnson.

Había intentado quedar varias veces con el mismo hombre, en realidad cada domingo, y luego probó con otros gracias a la insistencia de su compañera de piso. En ninguna ocasión se concretó nada, porque enseguida le echaban en cara que nunca estuviese disponible. Esperaría hasta tener su propia casa, entonces podría dejar el trabajo del balneario y disfrutar del mismo tiempo libre que el resto de los mortales. Entonces podría empezar a buscar una relación estable.

Sin embargo, Tom la había hecho cambiar de idea. Ya había empezado a pensar que nunca encontraría al hombre adecuado, pero Thomas Johnson superaba con creces todas sus expectativas. Medía dos metros, así que cumplía sus más severos criterios, pero también era extremadamente guapo y un publicista de éxito. Ella era una simple empleada y él ejecutivo, pero tenían puntos en común. A veces hacía que se sintiera cohibida, pero era un detalle nimio que no le impedía pensar que era su hombre. Para describirlo con más exactitud, era una certeza obstinada, pues no en vano era irlandesa.

De hecho, aunque su apellido lo testimoniaba con absoluta claridad, su familia era en realidad americana hasta la médula. Su abuelo Callaghan había tenido una granja en Kansas, construida con sus propias manos, que el padre de Brittany heredó a la muerte del abuelo. Allí fue donde crecieron ella y sus tres hermanos. No habían conservado ninguna tradición irlandesa, y es que era improbable que el abuelo conociese alguna, ya que se quedó huérfano demasiado joven como para haber aprendido nada.

Sin embargo, por los nombres de los hijos, ya era fácil adivinar que los padres eran algo estrafalarios. Negaban pertenecer a la generación hippy, decían ser «de espíritu libre» -a saber lo que significaba aquello-, se conocieron recorriendo el país a pie y se marcharon juntos a conocer mundo. Estaban haciendo autostop por Inglaterra cuando llegó el primer bebé y, como el país les había impresionado tanto, decidieron poner a sus hijos los nombres de York, Kent y Devon, por ese orden.

Como fue la última, y la única chica, a Brittany le pusieron el nombre en honor a todo el país. Sus padres se ofendían cuando alguien les hacía notar que Brittany era, en realidad, una provincia de Francia, concretamente Bretaña, en lugar de un diminutivo de Gran Bretaña.

Brittany había adoptado una actitud sensata frente a la vida: «Hay que vivirla y, en el fondo, se puede disfrutar de ella». Aunque de hecho la frase era irónica, o pretendía serlo, en verdad no se alejaba tanto de su propia realidad. Sus dos trabajos le gustaban y la satisfacían; sólo echaba de menos un poco de tiempo para hacer las pequeñas cosas que el resto de la gente daba por sentadas. Pero ya sabía lo que era trabajar duro y tener poco tiempo para ella. Había crecido en una granja y, al regresar de la escuela, siempre encontraba interminables tareas por hacer. De niña no había tenido mucho tiempo libre y, al marcharse de casa, todavía menos.

A pesar de ello, buscó tiempo para Tom. Llevaban seis meses viéndose, saliendo cada sábado por la noche y pasando juntos los domingos. Siendo él un ejecutivo muy ocupado que trabajaba hasta tarde todos los días laborables, también tenía poco tiempo, así que nunca se quejaba porque no podía veda más a menudo; es más, probablemente se alegraba de que ella tampoco se lo echara en cara. Todavía no había mencionado el matrimonio, pero no dudaba de que pronto lo haría, y su respuesta sería un sí. Por eso, finalmente, había tomado la decisión de perder con él la virginidad.

Era poco corriente conservada a su edad, tanto que pasaba una vergüenza tremenda si se veía obligada a reconocerlo, lo que solía ocurrir cuando la cita de turno empezaba a presionada con el sexo. El resultado de su confesión era siempre el mismo: risotadas o incredulidad.

Tom no lo sabía. Sólo pensaba que estaba siendo prudente. Pero era más que eso. El besuqueo intenso estaba bien, podía ser divertido o increíblemente frustrante, pero para llegar hasta el final hacía falta más que simpatía, al menos para ella. Primero necesitaba sentimientos, sentimientos fuertes, y ahora los tenía...

-¿Así que ésta es la noche?-dijo Jan desde el umbral de la habitación de Brittany con una sonrisa de complicidad.

-Sí. -respondió Brittany consiguiendo no ruborizarse al pensarlo.

-¡Santo cielo!

Brittany entornó los ojos.

-No hablemos de eso, ¿quieres? Me va a entrar miedo.

-¿Miedo? Lo raro es que no te entre pánico, después de esperar tanto...

-A ver, te lo puedo decir más alto, pero no más claro... No quiero hablar de eso. -la cortó Brittany.

-Vale, de acuerdo. -concedió Jan riéndose entre dientes-. Sólo pretendía mitigar un poco ese nerviosismo que intentas ocultar. Has estado inquieta todo el día, y no debes estado. ¿Estás segura de él, no?

-Sí, -empezó Brittany, y continuó quejándose-, ¡por Dios, vas a conseguir que me desdiga!

-¡No lo hagas! Ya me callo. Boca cerrada. Te lo vas a pasar estupendamente esta noche. Deja de preocuparte. El tipo es perfecto para ti. ¡Caray, es perfecto para cualquiera! Casi es demasiado perfecto. ¡No, borra eso, no lo he dicho! Estaba diciendo que ya me callo.

Brittany sonrió, agradecida por las bromas de Jan. Era cierto, estaba tensa, y no debería estado. Había tomado la decisión, había estado atormentándose durante semanas, pero estaba satisfecha porque era el paso que debía dar en ese momento. Estaba segura de Tom, y eso era todo lo que importaba, ¿o no?

CAPÍTULO 1

Los Ly-San-Ter por fin regresaban a casa. Aquella visita al planeta natal de su madre, Kystran, había supuesto un viaje mucho más largo de lo que Dalden Ly-San- Ter esperaba. A pesar de ello, se alegraba de haber decidido acompañada. A diferencia de su hermana, Shanelle, que había pasado allí un tiempo formándose, nunca había estado en Kystran. Había oído hablar mucho sobre aquel mundo a su madre y había visto fotografías en el ordenador de cómo era la vida allí, aunque no era lo mismo que verlo en vivo y en directo. También era una experiencia por la que esperaba no tener que volver a pasar jamás.

Sin embargo, aquélla era la patria de su madre, y sentía que la entendía mejor conociendo de primera mano aquello que la hacía tan distinta de la gente entre la que vivía. Siempre había estado dividido, casi literalmente, entre sus padres. Su madre, Tedra, representaba lo moderno y «civilizado», mientras que su padre, Challen, era el adalid de las viejas creencias y de todo aquello que la mayoría de los mundos calificaban de bárbaro.

No existía compatibilidad posible entre dos culturas sociales con diferencias tan rotundas y marcadas, y a pesar de ello sus padres habían conseguido ser compañeros de por vida. No les había resultado nada fácil, ni a sus hijos, que habían crecido queriendo complacer a ambos.

Finalmente, Dalden había tenido que elegir y, por suerte, su madre no sólo le apoyó sino que su decisión fue la que ella esperaba.. Después de todo, era un guerrero Sha-Ka'ani. Y no podía ser guerrero si cada dos por tres se lanzaba y empezaba a hablar como ella lo hacía o a preocuparse porque quizá la estaba contrariando. Había adoptado plenamente las costumbres de su padre y nunca se arrepintió de ello.

Su hermana, por el contrario, se sentía cómoda con ambas culturas. Podía ser la sumisa compañera de un guerrero, observando las reglas y leyes que sabía anticuadas según la mayoría de los patrones universales, aunque funcionaban para los habitantes de Sha-Ka'an, pero también era capaz de marcharse a descubrir nuevos mundos, como en una ocasión había planeado.

Shanelle no se sorprendió en absoluto durante su primera visita a Kystran, mientras que Dalden quedó totalmente estupefacto.

Pensó que sería divertido, aunque sabía de antemano que quedaría asombrado. Incluso dominaba el idioma tan bien como el suyo propio, ya que no lo había aprendido mediante un subliminal y conocía palabras quede otra forma no hubiese podido combinar sin necesidad de explicaciones. A pesar de todo, nada podría haberle preparado para sentirse fuera de lugar, para estar casi constantemente en un estado de desconcierto. Su madre lo llamaba «shock cultural».

Incluso cuando empezaba a salir de su asombro, porque al final permanecieron allí más de lo previsto, seguía sin sentirse cómodo en una tierra donde no era sólo que le considerasen gigante sino que, en realidad, según sus esquemas, era un gigante.

Al igual que durante su breve estancia en el planeta Sunder el año anterior para recoger a Shanelle, la hermana «fugitiva», Dalden se sentía como si estuviera tratando con niños. Aquella gente le parecía sumamente bajita.

Los kystrani no eran tan bajos, pero los más altos medían unos treinta centímetros menos que Dalden, y la media de estatura era bastante inferior. Resultaba verdaderamente incómodo tener que mirar a aquellas gentes desde tan alto, y vedas cómo le miraban atemorizadas o sobresaltadas.

El temor era comprensible, ya que algunos kystrani todavía recordaban los años en que guerreros como Dalden habían intentado, y durante un tiempo logrado, conquistar su planeta, esclavizando a sus mujeres, retirándoles sus derechos y reteniendo a su líder como rehén. Fue

la madre de Dalden, con ayuda de su padre, quien venció a aquellos guerreros y devolvió a Kystran la libertad.

Tedra se había convertido en una heroína nacional, y aquél era el principal motivo de que su viaje se hubiese prolongado. Habían acudido porque su viejo amigo y antiguo jefe, Garr Ce Bernn, director de Kystran, se retiraba y había solicitado su presencia para la ceremonia. Como hacía más de veinte años que no regresaba a su mundo natal, el dirigente había organizado también un homenaje para ella durante su estancia, que equivalía no a una, sino a varias ceremonias en distintas ciudades.

Los homenajes no eran motivo de satisfacción de Tedra De Arr Ly-San- Ter. Le resultaban de lo más embarazoso. Según ella, sólo había cumplido con su cometido como Seg 1, que era rescatar a su jefe y restituirle en el poder, exactamente lo que había hecho. Después se retiró de la Agencia de Seguridad para vivir con su compañero en el planeta de éste, Sha-Ka'an, sin arrepentirse de ello en ningún momento. Todas aquellas ceremonias la habían puesto de muy mal humor, y seguía irritable, a pesar de que ya se habían terminado y se acercaban a casa.

El problema era, como Dalden había oído decir más de una vez a Martha, el ordenador Mock II de su madre, con el que no había habido manera de poder comunicarle a su padre por qué no habían regresado a casa hacía dos semanas según lo previsto. Las comunicaciones a larga distancia no tenían un alcance de dos sistemas estelares.

Habían mejorado con el descubrimiento de las piedras *gaali* en Sha-Ka'an, una fuente de energía superior a cualquier otra conocida en sus sistemas estelares, pero la comunicación entre sistemas sólo era posible con el anticuado método de enviar una nave que entrara en el radio de acción del otro sistema. Para entonces, ya estarían de vuelta, así que Tedra esperaba encontrar a su compañero enfurecido por la preocupación de su larga ausencia.

A Dalden le parecía simplemente divertido, pero su madre se negaba a dejarse consolar y estaba decidida a preocuparse y angustiarse. Él sabía que su padre estaría preocupado, y mucho. A Challen no le gustaba no poder proteger él mismo a su amada, por eso había insistido en que Dalden la acompañara en aquel viaje. En cuanto se lo explicaran, seguro que Challen comprendería por qué se habían retrasado y no les pondría ningún inconveniente, como Tedra parecía estar anticipando.

Brock, el ordenador Mock II de Challen, que controlaba la nave de Dalden, insinuó otra causa del mal humor de Tedra: simplemente echaba de menos a su compañero. Era la vez que más tiempo había pasado lejos de Challen desde que se conocieron.

Por fortuna para el resto de los expedicionarios, que pasaban la mayor parte del tiempo en la nave de Tedra, Martha conseguía canalizar su carácter explosivo hacia ella. Aquélla era una de sus principales funciones y la desempeñaba a la perfección, evitando que Tedra hiriese a los que tenía alrededor con sus peligrosas habilidades físicas o con palabras airadas que luego la hubiesen entristecido. Los Mock II eran ordenadores inteligentes, supermodernos y supercaros fabricados para un único usuario.

Para adquirir una de estas excepcionales computadoras, el usuario debía pasar una serie de pruebas exhaustivas para la programación final que vinculaba la máquina al propietario. Era más un amigo que un ordenador, y su objetivo era garantizar la salud, el bienestar y la felicidad del individuo para el cual habían sido creados.

No es de extrañar que existieran tan pocos Mock II, puesto que eran tan potentes -un solo Mock II podía controlar todo un mundo computarizado- que su precio era prohibitivo, así que sólo podían permitírselo en los mundos ricos muy avanzados. Kystran, que era un mundo muy próspero dedicado al comercio, poseía dos. Tedra pudo comprar uno cuando vivía en Kystran porque ganó una apuesta con Garr y Marta fue la recompensa. Luego le compró uno a su compañero, un regalo insignificante teniendo en cuenta que Sha-Ka'an era en aquel

momento el planeta más rico de los dos sistemas estelares, porque allí se habían descubierto los yacimientos de *gaali* y la familia poseía la mayor de las minas.

No obstante, a los Sha-Ka'ani les importaba poco la riqueza. Eran gente sencilla con necesidades sencillas. Pero si precisaban algo especial, no estaba de más disponer de los recursos para obtenerlo.

Challen había comprado una nave acorazada para conducir a su compañera a Kystran. Aunque su *Vagamundo* de transporte tenía capacidad para cientos de personas, era una nave que solía utilizarse para descubrir nuevos mundos y no para la guerra. Dalden y otros cincuenta guerreros habían sido enviados para proteger a Tedra, pero Challen quería que la nave en la que viajaba también estuviera bien protegida.

Ninguna otra nave les causó problemas; el viaje había transcurrido hasta entonces sin incidentes. Estaban todos reunidos en la sala de recreo, a seis días de casa, cuando Martha anunció que había captado una llamada de socorro.

-¿De quién? -fue la primera pregunta de Tedra.

-De Sunder.

Aquella respuesta provocó un profundo silencio, por varios motivos. Todos conocían el planeta. Todos menos Tedra habían estado allí el año anterior, cuando Shanelle intentaba huir del compañero que su padre había elegido para ella.

Tedra fue la primera que rompió el silencio, solicitando verificación.

-¿No es el planeta en el que buscó refugio Shanelle y no se lo dieron?

-Ese mismo. -respondió Martha empleando uno de sus tonos chistosos.

-Madre, ¿tienes que describirles así? -reclamó Shanelle.

Había estado sentada en un sofá ajustable rodeada por los brazos de su compañero. Habían logrado convencer a Falon Van'yer para dejar salir a su compañera de viaje, pero no consintió que fuera sin él. Detestaba los viajes interespaciales, y mucho, pero Shanelle había querido ir y él hacía cualquier cosa para complacerla, dentro de lo razonable.

Shanelle se volvió y lo miró con recelo. Falon tenía motivos para despreciar a los sunderianos, y no le gustaría que le recordaran que habían tratado de separarlo de su compañera de por vida, e incluso habían intentado que la olvidara por completo. Pero el rostro de Falon era inescrutable, a pesar de que los guerreros ba-har-ani nunca ocultaban sus emociones. Tampoco los guerreros kan-is-tran como Dalden y Challen, lo que ocurría era que tenían tal control de sus cuerpos que parecían carecer de cualquier emoción intensa, fuera amor o ira.

Tedra también tenía motivos para sentir antipatía hacia los sunderianos. Martha la había informado con todo lujo de detalles de lo que le había sucedido a su hija mientras estuvo en aquel planeta, y si ella hubiese estado allí, más de uno no lo hubiese contado.

Respondió a la queja de Shanelle con un resoplido y clavó sus ojos de color aguamarina en Falon.

-Sabes que te quiero con toda el alma y que te seguiré queriendo, mientras ella lo haga, -le dijo al *shodan* de Ka'al-, pero ella pidió ayuda a esta gente y no se la prestaron, aunque sea discutible que verdaderamente la necesitara para protegerse de ti. ¿Y ahora quieren que les ayudemos? -El tono final de Tedra implicaba «¡Ni soñarlo!».

Falon se limitó a asentir con la cabeza.

Dalden sabía mejor que nadie que no debía hacer ningún comentario cuando su madre estaba fuera de sus casillas, así que dejó que Martha señalara lo que era obvio.

-Quieren que les ayude alguien. Sólo ha dado la casualidad de que nosotros estamos lo suficientemente cerca para oír su llamada. Y habiéndola oído, no es posible ignorarla... ¿O es que me he despistado un momento y de repente te has convertido en un ser poco compasivo e insensible?

Librodot

Aquello provocó una mirada torva de Tedra dirigida hacia el intercomunicador que había en la pared de la que provenía la voz ronroneante de Martha.

-No he dicho que no fuéramos a ayudarles, pero no tiene por qué gustarme hacerlo, ¿no?

-Shanelle no les guarda rencor. -indicó Martha.

-Intentaron ayudarme, -explicó Shanelle-, sólo que no supieron cómo hacerlo. Además, se enfrentaban a guerreros Sha-Ka'ani, así que es difícil culparles.

-No para mí. -insistió Tedra-. Nunca me ha interesado mucho conocer a incompetentes. Los sunderianos tenían armas, esos bastones alteradores, que podrían haber funcionado sin herir a nadie, al menos físicamente. Y no me interpretes mal. -añadió rápidamente en favor de Falon, ya que él hubiese sido el más perjudicado si hubiesen conseguido que olvidara a Shanelle-. Estoy contenta de cómo terminó todo aquel asunto, y tú también. Pero eso no cambia el hecho de que realmente necesitabas ayuda, Shanelle, puesto que tu vida estaba en peligro y, decididamente, acudiste a las personas equivocadas.

-Exacto. -añadió Falon.

Shanelle se volvió hacia su compañero.

-¿Estás de acuerdo con ella?

-Totalmente.

Shanelle levantó los brazos exasperada.

-Me rindo.

El intercomunicador emitía una inconfundible risita de sorna.

-Bueno, ¿podemos ya empezar a pensar cómo ayudar a los «incompetentes»?

-Por supuesto. -respondió Tedra con una sonrisa.

CAPÍTULO 2

Empezaba a reinar la impaciencia. Desde que habían llegado a Sunder y habían sido escoltados al despacho del general Ferrill, les habían dado muy pocas respuestas. Para Tedra, el pequeño general entró con mal pie debido a su agresividad y a su actitud condescendiente, sobre todo teniendo en cuenta que eran los sunderianos quienes estaban pidiendo auxilio esta vez.

Normalmente Tedra lo hubiera pasado por alto, pero con el mal humor que la dominaba, pronto estuvieron enzarzados en una discusión a gritos. Fue entonces cuando Shanelle sugirió con el mayor tacto posible que llamaran a Donilla Vand.

Ferrill accedió con mucho gusto a aquella petición. Era obvio que se sentía incómodo discutiendo con una mujer mucho más alta que él y los dejó solos en el despacho. No había mencionado, no obstante, que tenían que ir a buscar a Donilla a la prisión. Aquella información se la proporcionó uno de los militares que montaban guardia en la puerta, fuera del despacho, cuando le preguntaron por qué tardaban tanto.

Cuando Shanelle había pedido ayuda a los sunderianos ocho meses atrás, Donilla Vand era la general al mando de las fuerzas militares de Sunder. Fue ella quien le contó que las mujeres de aquel planeta habían arrebatado el poder a los hombres para evitar que iniciaran una guerra con el planeta vecino, Armoru.

Había sido una conspiración global posible gracias a la invención de lo que llamaban el bastón alterador. Después de todo, Sunder estaba muy avanzado en el terreno científico y había logrado erradicar todas las enfermedades conocidas. Los bastones habían sido creados

para controlar las mentes de los desequilibrados y volver a convertidos en ciudadanos de provecho, pero las mujeres los utilizaron para arrebatar a los hombres todas las posiciones de poder del planeta, y la mayoría se quedaron con sentimiento de culpa. Shanelle no se sorprendió de que muchas de ellas, finalmente, hubiesen decidido invertir el proceso para dejar que sus hombres volvieran a tomar el mando, aunque al parecer la consecuencia había sido la prisión por lo que habían hecho.

Sin embargo, no tenía sentido especular sobre todo aquello hasta saber con certeza lo que había ocurrido para que los hombres volvieran a detentar el poder. Además, todavía no sabían qué tipo de ayuda necesitaban ni quién había enviado la llamada de socorro, aunque podía deducirse fácilmente, ya que los hombres volvían a ocupar los altos cargos. No cabía duda de que Sunder estaba en guerra, y posiblemente perdiéndola, ahora que los hombres agresivos y predispuestos a la lucha armada volvían a gobernar.

Por desgracia para ellos, Tedra y su familia se regían por las normas de la Liga de Planetas Confederados, en cuyo seno Kystran ocupaba la duodécima posición, y que acataba también el sistema estelar vecino de Niva. Según esas normas, podían tomarse medidas para evitar una guerra -que fue lo que se hizo para impedir que planetas más avanzados intentaran dominar Sha-Ka'an cuando fue descubierto en el sistema Niva-, sin embargo, una vez declarada, ni se podía ofrecer ayuda ni poner obstáculos, por la sencilla razón de que unos planetas estaban demasiado avanzados y los otros no tenían siquiera esperanzas de poder competir con ellos. La nave espacial en la que viajaban los Ly-San- Ter, por ejemplo, podía acabar de un plumazo con Sunder y Armoru a la vez.

Casi había transcurrido una hora desde que el general los dejara solos en su despacho. Tedra estaba apoyada en el centro del escritorio con las piernas cruzadas, ya que las sillas que había en la sala eran demasiado pequeñas y no quería arriesgarse a sentarse y romperlas. Dalden, Falon y el hermano de éste, Jadell, estaban sentados en el suelo, apoyados contra las paredes. Shanelle iba de un lado a otro, temiendo lo peor de la impaciencia del resto, ya que sólo ella sentía simpatía por los sunderianos, porque había conocido a Donilla Vand durante su breve estancia en el planeta y la apreciaba.

Como era de esperar, cuando Donilla entró finalmente, Shanelle se abalanzó hacia ella para expresarle su principal preocupación.

-¿Por qué te han encarcelado?

Donilla sonrió. Era una mujer muy bajita, apenas medía metro y medio, que era la estatura media en aquel planeta. Los hombres medían sólo unos quince centímetros más. Para ellos, los Sha-Ka'ani eran verdaderamente gigantes, y Tedra y Shanelle, que medían poco más de uno ochenta, también.

Pero Donilla no mostraba el mismo nerviosismo que otros sunderianos en su presencia. Sus ojos grises expresaban un cálido saludo y le tendió la mano a Shanelle para saludada.

-No me dijeron que eras tú quien había respondido a nuestra petición de ayuda. -dijo la antigua general-. No sabes cuántas veces he pensado en ti, a pesar de que me aseguraste que estarías bien, pero como él está contigo, puedo suponer que finalmente te sientes cómoda con el hombre que tu padre eligió para ti.

La palabra «cómoda» no era muy acertada para describir la vida con un guerrero, pero Shanelle esbozó una sonrisa.

-Sí, cuando vine aquí la otra vez tenía temores estúpidos, pero ahora se han disipado. Mi compañero me hace totalmente feliz.

-Mi mujer está siendo muy modesta. -dijo Falon levantándose y acercándose a ella.

Aquella observación les hizo reír a todos, incluso a Tedra, que por un momento se olvidó de la tensión que le producía no saber lo que estaba ocurriendo.

Shanelle presentó entonces a las dos mujeres, ya que Donilla conocía al resto de los presentes de la última vez que estuvieron allí.

Donilla, como la mayoría de la gente al conocer a los Ly-San-Ter, no pudo ocultar su asombro ante la idea de que Tedra tuviese edad suficiente para tener hijos de veintiún años, ya que no parecía tener más de treinta. Además, ninguno de sus dos hijos se parecía a ella. Tanto Dalden como Shanelle eran rubios y con los ojos de color miel, mientras que la larga melena de Tedra era negro azabache y sus ojos claros de color aguamarina. Había seguido toda su vida una estricta disciplina y llevaba muy bien el paso de los años.

Shanelle repitió la pregunta que todavía no había sido respondida.

-¿Cómo es que terminaste en prisión, Donilla?

-Varios meses después de que nos dejaras, tuve la oportunidad de reunirme con un gran número de mujeres que, como yo, habían ocupado puestos relevantes en Sunder gracias a los bastones alteradores. Fue fácil deducir que muchas de ellas no estaban satisfechas de la manera en que habían ido las cosas, no más que yo. Nuestro motivo inicial era acertado: evitar que Sunder entrara en guerra. Pero no habíamos contado con las consecuencias de tener a unos hombres casi irreconocibles, ni que pudiéramos sentimos culpables por ello. Así se inició una nueva conspiración que, de hecho, no hubiera funcionado si no la hubiésemos respaldado entre todas, porque, como en la anterior ocasión, debía llevarse a cabo en un plazo muy breve. Después de todo, un hombre de nuevo en el poder no podría hacer nada sin apoyo. Volvimos a lograrlo les devolvimos su identidad y sus recuerdos.

-Y terminasteis en la cárcel por ello. -dijo Shanelle indignada-. ¡No lo puedo creer!

-Puedes creerlo. -la interrumpió Donilla-. Les habíamos quitado los recuerdos de quiénes eran, les habíamos arrebatado el poder, la agresividad. Nunca volverán a confiar en nosotras.

-Parece que tú no has dejado de sentirte culpable. -observó Tedra-. La forma de hacerlo fue poco ortodoxa, es cierto, pero teníais buenas razones. Y un arresto de unos meses es suficiente por haber intentado evitar que tu planeta fuera a la guerra, un noble esfuerzo, a mi modo de ver.

-Gracias. -respondió Donilla ruborizándose levemente-. Pero si no pensáramos que lo merecemos, ya habríamos armado un escándalo y seríamos libres. La mayoría lo vemos como unas vacaciones, y bien merecidas, después del estrés y la angustia que representa intentar mantener a nuestros hombres bajo control durante tanto tiempo. Además, el lugar donde estamos retenidas no es una verdadera prisión. Tenemos todos los lujos que podríamos desear. Es más como un centro vacacional, sólo que con cerrojos en las puertas.

A Shanelle le hubiera gustado seguir hablando del tema, pero Tedra estaba más interesada en saber cuál era el problema más inmediato y se lo preguntó a Donilla.

-¿Sabes por qué estamos aquí?

-Sí. Puede que esté encerrada, pero todavía soy la única con quien Ferrill se siente cómodo hablando de sus problemas, así que me ha mantenido informada sobre todo lo que ha ocurrido desde que volvió a tomar el mando.

-Si estáis en guerra con Armoru, nosotros no podemos...

-No, no es eso. -la interrumpió Donilla sonriendo-. Conseguimos algo bueno con lo que hicimos. No permitimos que los hombres olvidaran lo que había ocurrido durante nuestros años de mandato, y cinco años observando que podíamos arreglárnoslas muy bien sin tener que dominar a otros pueblos hizo que detuvieran la carrera por ver quién podía vencer primero a los vecinos. De hecho, han continuado nuestros planes de defensa en lugar de ataque. Sólo estamos listos y plenamente preparados por si Armoru decide finalmente atacar.

Tedra sonrió.

-¡Felicidades! Y bienvenida al club de los que valoramos la vida. Pero entonces, ¿cuál es el problema?

-Han robado una partida de bastones alteradores. -admitió Donilla con un suspiro.

-Eso es un problema interno. ¿Por qué pedís ayuda fuera de vuestro mundo?

-Porque han sacado los bastones de Sunder, y no tenemos medios propios para salir de aquí y recuperados.

Los sunderianos estaban muy avanzados en la mayor parte de los campos científicos, pero los viajes espaciales no era uno de ellos. No sabían ni que existían otros mundos aparte de Armoru hasta que los anturianos los descubrieran seis años atrás. De hecho, en aquel entonces habían intentado construir su primera nave espacial, pero no para emprender largos viajes, sino para que los transportara al planeta vecino de Armoru con la intención de iniciar una guerra global. Los armoruanos hacían exactamente lo mismo. Habían iniciado una carrera espacial para ver cuál podía invadir primero al adversario, una carrera de la que Sunder se retiró durante los pocos años en los que las mujeres detentaron el poder.

-¿Sabéis quién se los llevó?

-Sí. No solemos tener muchas visitas por aquí, tenemos muy poco con lo que comerciar. Pero aquella gente vino con la única intención de compramos los bastones alteradores. Es muy extraño, ya que muy poca gente los conoce en nuestro propio mundo, y menos aún en otros mundos.

-¿Los anturianos que os descubrieron lo sabían?

-Es posible, pero lo dudo, a menos que tuvieran algún sistema para leernos los pensamientos. Por entonces no estábamos muy orgullosos de ellos, que digamos. Shanelle sabía de su existencia porque necesitaba estar segura de que podríamos ayudada a defenderse de guerreros gigantes como éstos.

En realidad, los bastones se habían utilizado sobre aquellos guerreros e incluso habían funcionado con algunos, haciéndoles olvidar que habían ido hasta allí en busca de Shanelle. Sin embargo, con Falon, el proceso falló, porque se había negado a aprender el idioma local antes de viajar a Sunder y, para que los bastones funcionasen, era preciso que el objetivo entendiera lo que se le estaba diciendo.

El resto de guerreros que descendieron al planeta no sentían la misma desconfianza por todo lo que no fuera natural de Sha-Ka'an, y como casi cualquier ordenador de a bordo era capaz de analizar un nuevo idioma y crear un subliminal para poder aprenderlo en cuestión de horas, la antigua lengua universal, que era tan frustrante, hacía tiempo que había quedado obsoleta. Gracias a los subliminales era posible comunicarse fácilmente con mundos recién descubiertos. Existían algunos fallos técnicos, como palabras que no tenían una correspondencia inmediata y que precisaban una explicación verbal o visual para encontrarles sentido. Pero básicamente, los subliminales funcionaban sorprendentemente bien y los usaban todos los comerciantes y descubridores.

-¿Y qué ocurrió?

-A los visitantes, siendo quienes eran, se les rindieron todos los honores, recibieron trato real. Pero, evidentemente, los bastones son un tema espinoso para Ferrill. Se negó a hablar de la posibilidad de vendérselos y sólo dijo que estaban guardados bajo llave en la cámara más segura y que nunca volverían a ser utilizados.

-¿Y por qué no los destruisteis al dejar de usados?

-Porque los hombres pensaron que algún día podrían darles un buen uso.

-¿Por ejemplo si los armoruanos llaman a vuestras puertas blandiendo sus armas, no? -replicó Tedra.

-Exacto. -respondió Donilla-. Además, ahora hay muy pocas mujeres que sepan elaborados y, como no funcionan con las mujeres, no pueden lograr que olviden el procedimiento. Así que pensaron que bastaría con guardados. Después de todo, los militares vigilan la cámara noche y día, es imposible que alguien que no sea de nuestro mundo entre en ella.

-Aunque obviamente no lo es para alguien de otro mundo.

-Utilizaron algún tipo de gas y nos durmieron a todos, y después un explosivo, que nosotros desconocíamos, que abrió la cámara con toda facilidad. Después, abandonaron de inmediato el planeta y se marcharon antes de que se descubriera el robo.

-¿Cuándo ocurrió todo eso?

-Ayer.

Tedra sonrió y pulsó el botón de su unidad de conexión.

-Martha, sé que has estado escuchando. ¿Qué es lo peor que puede pasar con los bastones robados?

-Si los han robado para venderlos, podrían acabar repartidos por todas las galaxias, y las normas establecidas podrían cambiar de repente sin que nadie se diera cuenta de por qué y cómo. Economías enteras podrían quedar destruidas, se iniciarían guerras, la Liga de Planetas Confederados podría ser derrocada.

Tedra refunfuñó en voz baja y preguntó:

-¿Qué probabilidades hay de que ocurra eso?

-No muchas. -respondió Martha empleando uno de sus tonos aburridos-. Teniendo en cuenta quién los robó, es más probable que el objetivo sea un único planeta, seguramente para tomar el poder de la misma manera en que se hizo aquí: de una forma silenciosa, eficaz, sin derramamiento de sangre y sin que la mayoría de la población se entere de que ha sido dominada.

-¿Teniendo en cuenta quién los robó? -inquirió Tedra frunciendo el ceño-. ¿Y cómo sabes tú quién es el culpable, si todavía no lo han mencionado? No creo que puedas deducido simplemente analizando una frase tan sencilla como «se les rindieron todos los honores».

Aquel comentario provocó una carcajada de ordenador, un sonido que Martha había pulido hasta la perfección.

-Eso es discutible. Pero el hecho de que sólo haya una nave a un día de viaje de aquí reduce bastante las probabilidades.

Tedra puso los ojos en blanco.

-Una raza conocida, espero que sepamos al menos a quién nos enfrentamos.

-Más que eso, les conoces personalmente. Se trata de Jorran de Centura III, el mismo rey supremo que intentó hacer picadillo a nuestro Falon en las competiciones del año pasado.

-¡Maldita sea!

Shanelle se dio cuenta del rubor de Donilla ante la expresión de su madre y le susurró al oído.

-Es la expresión kystrani para «diantre», bastante moderada, por cierto, si consideramos que mi madre puede elegir entre setenta y ocho idiomas para renegar.

Donilla sonrió, pero Martha, que no tenía ningún problema para captar los susurros, aclaró la situación.

-Se ha sobresaltado. Dadle un momento para que se recupere y encontrará alguna palabrota más malsonante.

Como todos podían oír a Martha, incluida su madre, que levantó la ceja mirándola enojada, esta vez fue Shanelle quien se sonrojó.

CAPÍTULO 3

Tedra salió del complejo militar donde estaba ubicado el despacho del general Ferrill. Dalden estaba totalmente distraído y no prestaba mucha atención a nada que no fuera caminar. Shanelle esperaba la decisión de Tedra.

En lo que respectaba a Shanelle, estando al corriente de la situación, lo único que podían hacer era ayudar. Y aquello no tenía nada que ver con Sunder ni con el hecho de que sintiera simpatía por la sunderiana Donilla Vand, ni con su profundo desprecio por el Rey Supremo Jorran, que había querido convertida en su reina con métodos deshonestos. Le preocupaba que todo un planeta de gente confiada pudiera convertirse en víctima de la tiranía de Jorran. Sin embargo, quizá Tedra no lo veía de igual modo y, acostumbrada a las normas de la Liga Centura, conocida también como Liga de Planetas Confederados, que se esforzaba por mantener la paz entre todos los planetas conocidos, estuviera cavilando buenas razones para no tomar cartas en el asunto.

Martha permanecía en silencio -raro en ella-, aunque la conexión seguía abierta. Sólo intervenía cuando sabía que algo podía perjudicar a Tedra. De lo contrario, dejaba que su dueña tomara sus propias decisiones. El hecho de que interviniera tan a menudo se debía simplemente a que, cuando analizaba un problema, contemplaba todas las posibilidades, desde la más obvia hasta la menos probable, incluidas todas las posibilidades intermedias.

Por fin, Tedra se detuvo, con el ceño fruncido, lo cual indicaba que la decisión que había adoptado no le agradaba, a pesar de haberla tomado.

-Debemos regresar a la nave y continuar nuestro viaje.

-¿No les vas a ayudar?

-Hace veintiún años que me retiré de «salvar planetas». -dijo Tedra con toda naturalidad-. Además, cuanto antes lleguemos a casa, antes se lo podremos notificar a las autoridades competentes para que se hagan cargo del problema.

-¿Incluso aunque sea demasiado tarde? ¿Cuando haya empezado la guerra y la Liga ya no pueda actuar?

-Dudo que la intención de Jorran sea entrar en guerra. -respondió Tedra-. ¿No es así, Martha?

-Muy improbable. -Martha volvió a utilizar aquel tono aburrido que, por desgracia, normalmente preludiaba un bombazo como el que lanzó a continuación-. Es más probable que persiga la subyugación y la completa dominación.

Tedra hizo un mohín. Detestaba demasiado la palabra subyugación; era lo que los sha-ka'ari habían intentado hacer con su pueblo. Los sha-ka'ari eran originarios de Sha-Ka’an, pero unos trescientos años atrás habían sido llevados a una colonia minera del sistema estelar Centura para trabajar como esclavos. Seguían siendo guerreros increíblemente corpulentos y fuertes, de modo que no tardaron mucho en hacerse con el control de la colonia y subyugar a sus habitantes y a cualquier otro pueblo que conquistaran. Habían perdido la mayor parte de sus antiguas creencias, no reconocían ni sus orígenes y habían evolucionado de una forma muy distinta a los Sha-Ka’ani del planeta original.

Se les seguía considerando bárbaros, guerreros que todavía manejaban la espada y tenían esclavos, una casta inferior que se había cruzado con esos esclavos durante cientos de años. A diferencia de Challen y su gente, a quienes también se calificaba de bárbaros y que rechazaban en gran medida las maravillas que podían conseguir de planetas avanzados, los

sha-ka'ari no se mostraban reacios a utilizar todo aquello que pudieran conseguir si podían darle un buen uso, ni a los viajes espaciales.

La gente de Jorran, de Centura III, se parecía mucho a los sha-ka'ari. Se hallaban todavía en una fase de desarrollo medieval, aunque hacía muchos años que habían sido descubiertos, y trataban con visitantes de otros mundos sin repudiar jamás las ventajas de la tecnología moderna. Tenían representantes comerciales en casi todos los planetas conocidos, y sus reyes también disfrutaban de los viajes espaciales, si bien no se sabía mucho de ellos puesto que no eran miembros de la Liga Centura.

La Liga de Planetas Confederados no era sólo un sistema solar, sino que incluía media docena de sistemas estelares vecinos que comprendían, por el momento, veintiocho planetas que acataban una serie de normas y regulaciones en beneficio de todos. El sistema estelar Niva, recientemente descubierto, todavía no había entrado en el redil, aunque nadie dudaba de que algún día lo haría. Centura III era otro sistema no muy lejano que, a pesar de relacionarse con la Liga, todavía no había sido invitado a formar parte de ella.

Sus primeros encuentros con los humanoides de Centura III habían sido muy poco agradables. El rey Jorran y su séquito habían estado en Sha-Ka’an el año anterior, cuando se levantó la restricción a las visitas para las competiciones que Challen había abierto a todo tipo de participantes con la esperanza de encontrar un compañero para Shanelle entre los ganadores. Aunque Shanelle no sabía cuál era el motivo de las competiciones, y no se garantizaba al ganador que fuera el elegido, Jorran no lo veía de esa manera.

Ni siquiera había participado, ya que competir le parecía demasiado poco digno para la alta consideración que tenía de sí mismo. No, él solicitó luchar directamente contra el ganador, Falon, que había superado todas las eliminatorias de forma reglamentaria y podría haberse negado a pelear con él, si bien no lo hizo. Nadie sospechó que la intención de Jorran era matarlo y no sólo vencerlo.

Las competiciones habían sido combates amistosos basados en la fuerza y la habilidad, y no luchas a muerte, no la mortífera disputa en que Jorran había tratado de convertidas. Falon no se dio cuenta de ello hasta que hubo aceptado el reto de Jorran, que utilizaba una pequeña espada muy afilada en lugar de una roma. Era un arma tan ligera y manejable que no había modo de esquivada con los métodos tradicionales, y Falon tampoco pudo.

Hubiese muerto de no ser por la unidad meditécnica, ya que el corte que recibió fue brutal. También hubiese perdido el combate si no hubiera desistido de usar su propia arma y no hubiera golpeado a Jorran con el puño, justo antes de perder el conocimiento por haber perdido una gran cantidad de sangre.

Fue entonces cuando Shanelle, temerosa de tener a Falon por compañero, huyó. Y Falon, decidido a tenerla, venció su propio miedo a viajar por el espacio para seguida. Challen ya se la había entregado, y Falon no iba a dejar que algo tan insignificante como el universo se interpusiera entre ambos. Ni los sunderianos fueron capaces de detenerle, a pesar de sus promesas de que lo lograrían.

-Shani, no es responsabilidad nuestra. -afirmó Tedra-. El hecho de saber lo que se puede hacer con esos bastones y lo miserable que es Jorran no lo convierte en problema nuestro. Comunicaremos a la Liga toda la información que tenemos y ellos harán lo correcto. Nuestra vuelta ya se está retrasando, y me niego a hacer que Challen siga preocupándose.

-Iré tras Jorran y me aseguraré de que los bastones sean destruidos.

Las dos mujeres se volvieron hacia Dalden, cuyo silencio hasta aquel momento había hecho que se olvidaran de él.

Shanelle estaba simplemente sorprendida de que su hermano quisiera implicarse personalmente en aquello, ya que las cuestiones ajenas a Sha-Ka’an no solían interesarle.

El desconcierto de Tedra duró menos, y su respuesta fue menos que diplomática.

-No.

CAPÍTULO 4

Dalden sonrió a Tedra. Era su madre, pero él era un guerrero adulto de Sha-Ka'an, por lo que tomaba sus propias decisiones y ella lo sabía. Podía plantearle todas sus objeciones pero, en definitiva, la decisión era suya.

-No tengo elección. -le dijo-. ¿Te preguntas cómo puede ser que el Rey Supremo haya tenido conocimiento de los centros antes de venir a por ellos? Fui yo quien se lo dijo.

-¿Cómo? -preguntó ella- ¿Cuándo? No estabas ni en casa; habías partido con Falon en busca de Shani. Y Sha-Ka'an volvió a cerrarse a los visitantes justo después de las competiciones.

-Todos regresaron a sus respectivos planetas, excepto Jorran. Seguía en el centro para visitantes cuando regresamos. Y yo tuve que ir allí también para negociar con los catrateri en nombre de Falon. Todavía deseaban comerciar con el oro de su país.

-Pero ¿cómo pudiste terminar relacionándote con Jorran después de que intentara echar a perder las competiciones? Pensaba que le habías ignorado como si fuera el insecto que demostró ser.

-Y lo hubiese hecho, pero un hombre con tan buen concepto de sí mismo como Jorran no puede entender que alguien sienta antipatía por él o no quiera ser «honrado» con su presencia. Se organizó una cena para un embajador recién llegado. Los catrateri habían sido invitados e insistieron en proseguir las negociaciones en torno a la mesa. Jorran se autoinvitó y, por descontado, el jefe del centro no quiso ofenderle pidiéndole que se marchara.

-No, claro, el señor Rampon es el administrador del centro precisamente porque es diplomático. Dudo de que sea capaz de ofender a nadie. No lo lleva en la sangre.

-Pues a mí me gustaría no llevado tampoco.

Pronunció la frase en tal tono que a Tedra le subieron los colores de inmediato. Challen no ofendía nunca, así que sin duda Dalden no estaba pensando en la sangre de su padre.

-Bueno, ciñámonos a los hechos. -tronó-. ¿Cómo es que hablaste con Jorran? El comedor del centro es enorme. Podrías haberte pasado la noche entera allí sin tan siquiera acercarte a ese centuria no canalla.

-A menos que él me buscara a propósito para preguntarme acerca de Falon. No fingió indiferencia, ni tampoco ocultó su indignación e ira por lo que le había hecho.

-¿No irás a decirme que tenía la nariz torcida de forma figurativa después de que Falon se la doblara literalmente? Fue realmente una lástima que la unidad meditécnica se la arreglara.

-Yo llegué a la misma conclusión, que seguía en el centro con algún propósito de venganza, exclusivamente porque esperaba que Falon apareciese. Pero Falon no era consciente de ello, o es posible que le hubiese complacido. Se había ido derecho a Ba-Har-an con Shanelle cuando regresamos y ningún visitante podía acceder a su patria, así que el Rey Supremo tuvo que darse por vencido y regresar a su hogar, según lo programado, al amanecer siguiente.

-De modo que le mencionaste los bastones cuando te acribilló a preguntas sobre Falon.

Dalden negó con la cabeza e incluso sonrió.

-No hablé de Falon con él, sino para dejarle claro que estaba fuera de su alcance. El mero hecho de hablar con él me dejó un repugnante sabor de boca que intenté quitarme con vino Mieda.

-Tendrías que haberte marchado.

-Ya lo sé.

-Bueno, ¿y cómo surgió el tema de los bastones, entonces?

-Fue hacia el final de la cena. No volví a hablar con Jorran, pero me aseguré en todo momento de estar lo bastante cerca como para oír lo que decía. Estaba hablando, en su extremo de la mesa, sobre el tedioso proceso de control mental que se emplea en las prisiones de Centura III, para rehabilitar a los transgresores de la ley y convertidos en miembros de provecho para el reino. Yo comenté que incluso pueblos con pocas capacidades tecnológicas como los sunderianos han logrado perfeccionar el control mental, lo han convertido en un arte, e instantáneo, además. Fue un intento deliberado de insultarle sutilmente, pero me arrepiento de ello.

El hecho de que Dalden empleara expresiones como «capacidades tecnológicas» y «arte» se debía a que su madre era una «visitante», ya que no eran palabras que normalmente pronunciaría un guerrero, y demostraban lo bebido que debió de estar aquella noche. Posiblemente ni se percató de que, fuesen cuales fuesen los medios empleados por la gente de Jorran para controlar las mentes de otros, a buen seguro se los habían arrebatado a los habitantes de otros mundos. No es que fueran un pueblo con pocas capacidades tecnológicas, más bien no tenían ninguna en absoluto. De todas formas, aquello no importaba ahora que el daño ya estaba hecho.

-Martha, ¿tú sabías lo que había hecho Dalden aquella noche? -inquirió Tedra.

-Pues claro. Entonces me dejabas en el *Vagamundo*, no sé si lo recuerdas, para que pudiera vigilar a Shanelle y después de lo que Jorran había intentado en las competiciones, también estaba fichado en mi lista personal de «mantener bajo estricta vigilancia».

-¿Y por qué no lo has mencionado antes?

-Porque la intención de Jorran era regresar a su mundo, y eso es lo que hizo. A pesar de que cuando partió estaba furioso, existían muy pocas probabilidades de que te causara problemas. Que se enterara de la existencia de los bastones alteradores disparó algunas alarmas en mis circuitos, pero al no dar absolutamente ninguna muestra de querer sacar partido de ello, lo taché de mi lista de «especies en peligro de extinción».

Tedra entornó los ojos. El calificativo de «especies en peligro de extinción» de Martha se refería a cualquiera que pudiera suponer, según ella, una amenaza para el bienestar de Tedra. Estaba programada para no matar, aunque era muy hábil amenazando con hacerlo, y podía ponerse en modo de defensa o en modo inofensivo según la situación. Tedra, en cambio, no lo pensaba dos veces antes de demoler a cualquiera que la amenazara a ella o a otro miembro de la familia.

-No veo por qué motivo tiene Dalden que intervenir, sólo se siente culpable. La Liga puede solucionado, ¿no?

-A tiempo de detener a Jorran, no. -respondió Martha-. A tiempo para evitar que se haga con el control de más de un planeta, apuesto a que no. Y eso no ayudaría a las gentes obligadas a venerarle como su nuevo rey.

Como aquello no era lo que Tedra esperaba oír, a nadie le sorprendió que estampara la palma de la mano sobre la unidad de conexión, enojada, para no tener que escuchar ningún otro comentario de Martha.

-No va a funcionar. -señaló Shanelle.

-No, pero después de dos semanas en la nave sin manera de hacerla callar, y como tiene el control de todas las «malditas» cosas, poder hacerla ahora es un lujo que no me vaya negar. -replicó Tedra.

-Además, aún puede oírte.

-Claro que sí, pero no puede responder.

-¿Quieres apostar? -retumbaron los cielos.

Shanelle parpadeó, reconociendo la cara de desconcierto de Tedra, y soltó una carcajada.

-¡Que Droda nos asista! La mitad de los habitantes de este planeta van a creer que su Dios acaba de hablarles.

Se retorció con las manos en el estómago para contener otro ataque de risa.

A Tedra no le hizo ninguna gracia, volvió a golpear el botón de la unidad y rugió:

-Maldita pesadilla de metal, ¿no sabes hacer otra cosa que no sea desatar el pánico global? ¿Se te ha fundido un fusible o es que te falta un tornillo?

-Relájate, encanto. -la voz de Martha volvió a salir de la unidad como un susurro-. El general Ferrill ya no se arriesga con los visitantes; avisa a todo su pueblo, a todo el planeta, para que no se extrañe de las cosas insólitas y sobrenaturales que ocurren durante las visitas. Y como esta vez nos han dejado entrar en su escudo global, es difícil que no hayan advertido nuestra presencia.

Tedra levantó la vista hacia las dos naves espaciales que planeaban en el cielo sobre sus cabezas.

-Eso no viene al caso.

-Precisamente, ése es el caso. -afirmó Martha en tono divertido-. Sobre todo porque pueden echarme a patadas por confundirme con un dios, que no es lo que va a ocurrir, porque el *Vagamundo* está a la vista de cualquiera que me haya oído en este lado del planeta. Además, tengo la información que necesitas, así que... ¿podemos continuar?

Tedra odiaba cuando Martha lanzaba pullas. Hubiese preferido mandar a su amiga computadora al diablo, pero desgraciadamente no podía.

-Continúa. -masculló.

-Me preocupé de encontrar todo lo que pude acerca de Jorran cuando se convirtió en uno de los competidores por Shanelle. En efecto, es un rey supremo de Centura III, pero lo que no todo el mundo sabe es que es un rey sin reino. Todo apunta a que esperaba conseguir un reino en Sha-Ka'an, a través de Shanelle. Al parecer, lleva mucho tiempo buscando uno.

-Retrocede, Martha -dijo Tedra-. ¿Cómo perdió su reino?

-Nunca lo tuvo.

-¿Y cómo es que tiene título?

-Esa respuesta exige unas cuantas aclaraciones acerca de Centura III.

-Versión breve, si no te importa.

-De acuerdo. Centura III no es sólo el nombre del planeta principal, sino de todo su sistema solar. En total son doce planetas, pero sólo seis son habitables y sólo en el principal existe vida inteligente y una forma de gobierno para todo el planeta, que es administrado por una única familia cuyos miembros se otorgan el título de reyes supremos. En la familia gobernante son siete. Antiguamente, el planeta estaba dividido entre ellos, pero el sistema no funcionó con los últimos siete, con toda probabilidad porque no tenían suficientes países. Cuando la Liga los descubrió y aprendieron a viajar por el espacio, decidieron distribuirse los planetas del sistema tal y como habían hecho antes con los países.

-Con lo cual les faltaba uno.

-Exacto. El resto de la familia está totalmente dispuesto a compartir sus riquezas con Jorran, a darle lo que quisiera, pero no es lo mismo que tener a un pueblo entero venerándole como su único rey. Parece que para él ha sido una verdadera contrariedad y, al final, ha decidido tomar medidas. Su primera opción era el matrimonio con alguna familia dirigente que con el tiempo le permitiera gobernar. Después de todo, no tiene un gran ejército, o al

menos no lo suficientemente poderoso como para obtener lo que desea por la fuerza, así que ésa era su única alternativa... Hasta que descubrió la existencia de los bastones alteradores.

-Se enteró hace ocho meses. ¿Tanto tiempo han tardado en llegar a Sunder?

-No, yo supongo que fue el tiempo que necesitó Jorran para pedir los favores necesarios y conseguir una nave. No tenía medio de transporte propio cuando viajó a Sha-Ka'an. Vino con el embajador de Centura III y con él se marchó.

-¿Favores? ¿Acaso no tiene ni reino ni beneficio?

-En absoluto, pero recuerda que no fabrican sus propias naves, que su gente no está entrenada para pilotadas y que es poco probable que tenga un Mock II que le permita viajar sin necesidad de tripulación. Además, no reciben las visitas de embajadores de todos los planetas conocidos como en el caso de Sha-Ka'an, porque no tienen nada tan solicitado como las piedras *gaali*. Figuran en muy pocas rutas comerciales, son más una atracción turística que un planeta escala donde abastecerse o comerciar. Estoy francamente sorprendida de que no tardara más en conseguir una nave y una tripulación para esta expedición.

-¿Qué tipo de transporte consiguió?

-Una nave mercante normal y corriente, con mucho espacio de carga, unas cuantas armas para defenderse de los piratas espaciales, suficiente velocidad para adelantar a naves más grandes y diseñada para largos recorridos.

-¿De qué velocidad estamos hablando?

-Un poco más rápida que el *Vagamundo*, pero más o menos la misma que la máquina de guerra de máxima potencia que nos acompañó.

-¿No estarás hablando de Brock?

-Shanelle no pudo evitar el comentario, pero obtuvo de Martha el resoplido esperado.

Brock y Martha se llevaban mucho mejor que antes, pero aún a veces sus objetivos chocaban, y ésta podía ser una de esas ocasiones si Tedra decidía seguir a Jorran ella misma. Brock apoyaría la decisión inicial de Tedra de regresar a casa a toda velocidad, ya que su principal propósito sería devolverla al hogar y a los brazos de Challen para asegurar la tranquilidad de su dueño. Por el contrario, Martha sabía que Tedra se enfrentaba a un dilema, puesto que quería ayudar, pero estaba demasiado preocupada por la intranquilidad de Challen como para poder concentrar toda su atención en prestar esa ayuda.

En realidad, Dalden estaba ofreciendo una alternativa que ambos Mock II podían aceptar. Sin embargo, Tedra todavía no había llegado al punto de transigir y seguía dudando.

-Por su rumbo actual, ¿tienes alguna idea de qué planeta tienen pensado dominar? -interrogó a Martha.

-Se dirigen al espacio inexplorado.

Aquello sorprendió a todos.

-¿Quieres decir que esperan encontrar un planeta nuevo por ahí? -observó Tedra-. Parece un plan bastante estúpido.

-No, de hecho es bastante hábil por su parte. Ese sector del espacio no ha sido explorado, pero existen sistemas solares y se rumorea que al menos uno de los planetas está habitado. De todas formas, como no vale la pena incluir a un solo planeta de todo un sistema solar en una ruta comercial, y más cuando está tan apartado, no ha habido ningún descubridor oficial de mundos que se haya molestado en desplazarse hasta allí para desmentir los rumores. Pero a Jorran podría interesarle un objetivo muy alejado, así se asegura de que nadie de otro mundo le echa por tierra los planes.

-¿Y queda muy lejos?

-Datos desconocidos. Era demasiado, incluso para Martha, lo cual recordó a Tedra que la computadora basaba sus cálculos en hechos conocidos, y los rumores no entraban ni por

asomo en esa categoría. Martha odiaba equivocarse, pero los rumores podían resultar ser falsos.

Tedra reformuló la pregunta.

-¿Cuál es la suposición más extendida, según el rumor?

-A tres meses para un comerciante y a cinco meses para un descubridor de mundos.

-¿Tres meses? ¿Incluso a velocidad *gaali* y de un tirón? Nadie viaja tan lejos ya sin hacer varias paradas en el camino. No se necesita combustible, pero sí comunicación con el mundo. Hay guerras que pueden ganarse en tres meses, mundos enteros que pueden desaparecer en tres meses. A nadie le gusta marcharse por tanto tiempo que al regresar no encuentra nada tal y como lo dejó.

-Los descubridores de mundos son atrevidos, Tedra, y lo sabes. La Liga Centura nunca se hubiera fundado si los de la vieja escuela hubieran pensado de ese modo, porque ellos no tenían la posibilidad de viajar a tanta velocidad. Para ellos, uno o dos años no eran nada, si a cambio podían descubrir un nuevo planeta. Un viaje de tres meses les hubiera parecido irrisorio. Claro que, en la actualidad, tres meses equivalen a varios años de viaje si nos remontamos a la primera vez que se exploró el espacio, pero ahora no necesitáis una lección de la historia que ya conocéis.

-Tres meses, seis meses ida y vuelta. -Tedra sacudía la cabeza con los ojos clavados en Dalden-. ¿Te das cuenta de que eso es sólo el viaje, sin contar el tiempo que te llevará detener a Jorran, subsanar cualquier daño que haya hecho y encontrar y destruir todos los bastones? Es posible que tardes un año o más. No irás, y es mi última palabra sobre este tema.

CAPÍTULO 5

Brittany no iba a menudo al centro comercial. Normalmente era fácil encontrar aparcamiento. Seaview no era una gran ciudad y había inaugurado el primer centro comercial cubierto hacía sólo un año. Aquel día, sin embargo, le costó aparcar, y comprendió por qué al entrar. El alcalde estaba pronunciando un discurso. Era año de elecciones y el alcalde Sullivan se presentaba para su segundo mandato.

La ciudad tenía sólo cuatro años de historia, así que Sullivan era el único alcalde que había conocido hasta la fecha. Había hecho un buen trabajo, al menos eso pensaba Brittany, de modo que volvería a votarlo. Gracias a él, la ciudad estaba creciendo a un ritmo constante, lo que para ella, que trabajaba en el sector de la construcción, representaba seguridad laboral, así que hasta podía perdonarle que hiciera campaña en domingo, su único día libre.

Brittany incluso se detuvo unos minutos a escucharle, aunque se quedó un poco al margen. Tendía a evitar las multitudes como la que se había reunido alrededor del estrado, ya que le molestaba la sensación de sentirse acorralada en un lugar en el que no podía moverse sin tropezar con alguien. Aquellas aglomeraciones hacían que destacara por su estatura, y las miradas groseras que le dirigían la ponían de muy mal humor.

De hecho, no había estado de buen humor desde que rompió con Thomas Johnson. Incluso había considerado la conveniencia de mudarse. Pero estaba bien establecida en Seaview, tenía una compañera de piso inmejorable, a pesar de que Jan seguía intentando conseguirle citas a las que ella no quería acudir. Además, estaba cumpliendo sus objetivos, y si seguía según lo previsto podría dejar sus dos empleos y construir la casa de sus sueños en unos dos años.

Vivía y se desvivía por ese día, contaba cada céntimo, le dolía cada bolso gastado y cada sombrero abollado, y no solamente porque le costaban dinero, sino porque, a diferencia de algunas mujeres, detestaba salir de compras.

Había previsto pasar en el centro menos de una hora. No había contado con que el alcalde y todo su equipo de campaña electoral distrajeran su atención. Pero no estaba oyendo nada que no hubiera oído ya en las noticias de la seis, que intentaba ver cada día mientras cenaba. De hecho, entre un trabajo y el otro le quedaban unas horas para comer, hacer las tareas domésticas que compartía con Jan o todo aquello que no pudiera esperar hasta el domingo. En el balneario trabajaba de siete a diez, así que al volver a casa sólo le quedaba tiempo para una ducha rápida antes de acostarse.

Brittany estaba rodeando las últimas filas del público en dirección a su tienda favorita de vaqueros cuando le vio y se quedó boquiabierta. Chocó con la persona que tenía delante y quedó paralizada, sin disculparse siquiera, tan asombrada estaba de lo alto que era aquel hombre. ¿Cómo podía no haberle visto abriéndose paso hacia el centro de la multitud si siempre se le iban los ojos a los altos? Era imposible no verle. Sacaba más de treinta centímetros a todos los presentes.

¿Habría estado sentado todo el rato y acababa de levantarse? Quizás había algunas sillas en medio del gentío. Por eso mismo, era posible que estuviera de pie sobre una. No, si fuera eso le vería parte de la cintura, pero lo único que veía eran sus espaldas increíblemente anchas y una melena dorada que le caía hasta los hombros. Aquello no bastaba para satisfacer su curiosidad, por lo que se abrió paso hacia las filas laterales para verle la cara.

Brittany no se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración, ni de las ansias que sentía, hasta que pudo echarle una ojeada al hombre y emitió un largo y profundo suspiro de alivio. La inquietud era normal, puesto que, aunque siempre detectaba a los hombres altos a simple vista, por lo general quedaba decepcionada. En los últimos años, muy pocos hombres la habían atraído, y sólo a uno había estado a punto de entregarle su corazón.

Nunca olvidaría a Thomas Johnson, porque la había desilusionado por completo al demostrarle lo mucho que le iba a costar encontrar al hombre perfecto. Había llegado a pensar que él lo era, su instinto se lo decía. Incluso había deseado llegar hasta el final con él, aunque podía estar agradecida de que su relación no hubiese ido tan lejos antes de descubrir que él tenía un problema con su estatura. Brittany medía casi un palmo menos que él, pero aun así era demasiado alta. El maldito capullo debía de tener obsesión por las bajitas, se le ocurrió pensar antes de enseñarle la puerta.

Pero aquel hombre, rodeado por un mar de cabezas a menor altura, era absolutamente guapísimo. Y a pesar de la atracción instantánea, se dispararon algunas alarmas en su cabeza. Tenía que tener algo malo. Su intuición le decía lo contrario, pero ya no podía confiar en ella después de lo de Tom.

El chico era demasiado joven para ella, eso era. De hecho, no era que pareciese joven, ya que es difícil parecerlo con semejante cuerpo, sino más bien que no parecía lo suficientemente mayor. Claro que la edad no importaba mucho, cuando la gente era lo bastante inteligente como para haber deducido que la compatibilidad y los intereses comunes eran mucho más importantes para poder mantener una relación.

Brittany podía aplicar ese mismo concepto a su problema de estatura, si no fuera porque siempre era un factor negativo para ella. Y si iba a utilizar la edad como excusa, necesitaba encontrar un lugar donde sentarse y recuperar el ritmo normal de su pulso, que decididamente se encontraba en estado de máxima atracción en aquel momento.

Él no estaba escuchando el discurso del alcalde, miraba a su alrededor como si estuviese perdido, o como si no supiese qué estaba haciendo allí. Brittany seguía buscándole defectos cuando se dio cuenta de que su expresión había cambiado repentinamente, y era la pura imagen de un hombre presa del pánico. Iba a darle un ataque de claustrofobia.

No se lo pensó dos veces y se adentró en la multitud para agarrarle del brazo y arrastrarlo a una distancia considerable. Era su buena acción del día. No tenía nada que ver con el hecho de que quisiera conocerle; el rescate fue sólo la excusa perfecta. Tendría que haber leído con más atención el manual de las chicas *scout*, porque debió de saltarse el capítulo donde se advierte que las buenas acciones pueden cambiar la vida de una para Siempre.

CAPÍTULO 6

Los rescates no siempre salen según lo planeado, e incluso lo que podría parecer un salvamento acaba convirtiéndose en intromisión.

Ésa fue la primera impresión de Brittany al volverse y contemplar al hombre al que suponía haber rescatado de las garras de su propio infierno interior. Esperaba, como mínimo, cierta gratitud, pero sólo obtuvo una mirada de curiosidad. ¡Qué desalentador! No es que importara mucho, pues la admiración la había dejado sin habla.

Cuando lo tuvo cerca se le dispararon todos los sistemas. Nunca pensó que vería el día en que un hombre fuera más alto que ella. ¡Pero, por Dios, aquel medía más de dos metros y encima estaba bien proporcionado!

El resto de su cuerpo, que ahora podía ver bien, de hombros abajo, era indescriptible. Estaba acostumbrada a ver músculos desarrollados después de tres años trabajando en el balneario, pero los músculos de aquel tipo parecían naturales y no producto de fatigosos ejercicios. Lo tenía todo grande, pero bien formado. Era imposible crear y modelar un físico así, aquello tenía que ser de nacimiento.

Iba vestido de lo más moderno, por el atuendo parecía una estrella del rock. Una guerrera cruzada sin botones, ceñida con un cinturón, de un color azul claro metalizado. Los pantalones de cuero negro no le hacían una sola bolsa, pero no veía ninguna costura.

De no ser porque era imposible, hubiese pensado que aquellos pantalones eran su propia piel, de tan ajustados que le iban. Botas de cuero del mismo color, planas (así que era alto, sin trampa ni cartón) y blandas, hasta la rodilla. El gran medallón que lucía en la pronunciada V del escote colgaba de una gruesa cadena de oro y mostraba un dibujo místico. Estaba chapado para parecer de oro macizo, aunque no podía seda, puesto que era tan ancho y casi tan grueso como su puño.

Llevaba una pequeña radio de lo más original enganchada al cinturón, con todo tipo de botones. Pensó que era una radio, ya que había un cable que le llegaba hasta la oreja, uno de aquellos minúsculos auriculares, supuso.

El repaso exhaustivo que le estaba dando concluyó de repente cuando él habló. Fue como un estruendo. Extranjero. Tenía un fuerte acento, muy particular, pero no era capaz de asociado con ningún país.

-¿Necesitas algo de mí?

Se le subieron los colores, algo que siempre intentaba evitar porque el color rojo no combinaba en absoluto con el cabello cobrizo.

-No, -respondió-, y quizá debería disculparme. Parecía que iba a darte un ataque de claustrofobia... Ahí, rodeado por la multitud y presa del pánico porque no sabías por dónde salir. -prosiguió ante la mirada inexpresiva del hombre-. ¡No importa! Creí que te estaba ayudando, pero es obvio que no.

Él pareció concentrarse por un momento en la música que salía del auricular antes de responder.

-¡Ah! Has venido a auxiliarme. Ahora lo entiendo te expreso mi gratitud.

Sonrió y Brittany se preguntó si estaba permitido desmayarse en pleno centro comercial. «Por todos los cielos, encuéntrale algún defecto a este hombre o te vas a enamorar», pensó.

Ahora que él se había relajado, con esa increíble sonrisa que casi duplicaba su atractivo, sus ojos ambaririos reflejaron que le gustaba lo que estaba viendo, lo cual la hizo estremecer. Tenía un buen físico (aparte de la estatura) o, por lo menos, el hecho de que siempre quisieran ligar con ella (a pesar de su altura) confirmaba lo que le decía el espejo.

Tenía unos pechos grandes, unos ojos verdes que podían pasar del matiz oscuro al cristalino y una espesa melena cobriza que había heredado de su abuelo y que ningún peluquero podía igualar. Una buena estructura completaba el conjunto espectacular. Ella no hubiese ido tan lejos describiéndose, pero se alegraba de tener unos rasgos agradables que compensaban esos quince o veinte centímetros que le sobraban.

Se estaban mirando fijamente, en lugar de hablar o de seguir el interrogatorio habitual de la primera toma de contacto: nombre, profesión, cuántos hijos deseaban tener, etc. Y como él no estaba haciendo el menor esfuerzo, le correspondería a ella romper el hielo, y no es que tuviera mucha experiencia, porque los americanos solían tomar la iniciativa a la primera. Sin embargo, era eso o dejar que se marchara y no volver a vede, cosa que de momento no iba a permitir.

Empezó por el principio.

-Me llamo Brittany Callaghan, ¿y tú?

-Sha-Ka'ani.

-¿Perdón?

El volumen de la radio debió de subir de repente por accidente, porque hasta ella pudo oír el chirrido metálico que salió del auricular y que lo sobresaltó. Se lo quitó de un tirón de la oreja, se lo quedó mirando un instante y luego se lo volvió a colocar.

-Ahora entiendo que me estabas preguntando mi nombre. Me llamo Dalden Ly-San-Ter.

Brittany sonrió abiertamente ante la respuesta.

-Deja que lo adivine. Lo que estás escuchando no es una radio sino algún tipo de traductor simultáneo.

-Me ayuda a entender este idioma vuestro que acabo de aprender.

-¡Cómo! ¿Acabas de aprenderlo? Pues lo hablas increíblemente bien.

-Pero no tengo traducción para todas las palabras. Algunas necesitan explicación.

-Claro, entiendo que los nombres de marcas y el argot puedan causarte problemas, al igual que los nombres propios que suenan como países, que es el caso del mío. -Probó con otra suposición-: ¿Eres jugador profesional de baloncesto? -la respuesta fue otra mirada inexpresiva, así que continuó-: Vaya, si la máquina no ha podido traducir eso es que no lo eres, aunque si te quedas en este país lo suficiente, los cazatalentos pronto te descubrirán. Perdona la suposición, pero no vemos hombres de más de dos metros por aquí con frecuencia, y los que vemos suelen ser jugadores...

-No mido más de dos metros. -la corrigió en tono seco.

Ella esbozó una sonrisa.

-Bueno, centímetro más, centímetro menos. ¿A quién le importa? A mí, desde luego que no.

-¿Te molesta mi altura?

-En absoluto. Me parece perfecta, justo la que siempre buscan los cazatalentos del mundo del baloncesto.

Como en el caso de ella, aunque obvió esa información. Además, de nuevo, él parecía no estar entendiendo nada de lo que ella decía.

-No importa. Parece que todavía no he captado que no eres estadounidense. Incluso es posible que no practiquéis baloncesto en tu país. Por cierto, ¿de dónde eres?

-De muy lejos.

-Eso es evidente, pero ¿cómo de lejos? ¿De Europa? ¿De Oriente Medio? No reconozco tu acento, y pensaba que la televisión había hecho una labor admirable acostumbrándonos a todo tipo de acentos extranjeros.

-No conocerías mi país.

-Es probable que tengas razón. -aceptó lanzando un suspiro-. Si se llama Sha-ka-no-sé-qué, puedo asegurarte que nunca había oído ese nombre. Pero es que la geografía nunca ha sido mi fuerte. Entonces, ¿estás visitando América, eres un turista?

-Me quedaré poco tiempo, sí.

Otro suspiro.

-¡Diablos! ¡Voy a perder otra oportunidad de casarme! -la expresión del hombre la hizo reír-. ¡No te asustes! Era sólo una broma para que te relajes. No hablas mucho, ¿verdad?

Se ruborizó en cuanto hubo pronunciado aquellas palabras, porque, en realidad, no le había dado ocasión de hablar mucho con su continuo parloteo nervioso. Era extranjero. Qué mala suerte. Pero si en otros países había ejemplares así, quizás tendría que añadir una vuelta al mundo a su lista de objetivos.

La desilusión se materializó casi en un dolor físico. Era un turista. Tendría que abandonar el país cuando se le caducara el visado. No volvería a verle... Aunque todavía no era seguro. Ese «poco tiempo» podía referirse sólo a Seaview. Había muchos extranjeros que entraban en el país y luego solicitaban la ciudadanía. Además, el matrimonio era una solución estupenda para agilizar los trámites. No se lo preguntaría. No quería que le confirmara que estaba simplemente de paso.

-Tendré mucho que hablar contigo cuando acabe mi misión. -precisó.

Ella parpadeó sorprendida, ya había olvidado la pregunta. Y aquellas palabras sonaban tan esperanzadoras que borraron la decepción.

-¿No tienes tiempo de salir? ¡Caramba, eso me suena! -observó-. ¿Qué misión?

-Estoy buscando a un hombre. Se llama Jorran, aunque puede que aquí utilice otro nombre.

-¿Eres un poli extranjero, o un detective?

-¿Eso es lo que necesito para encontrarle?

-No te vendría mal serio. -sonrió-. Los detectives encuentran lo que buscan a la primera, pero no creo que tengamos ninguno en Seaview. Tenemos muchos abogados e incluso una casa de empeños, pero un detective profesional no tendría mucho trabajo en una ciudad tranquila como ésta. Si ese tipo es un criminal, puedes pedir ayuda a la policía local.

Volvieron a oírse gritos por el auricular, pero él no podía haber subido el volumen porque no tenía las manos cerca del aparato. ¡Qué traductor tan extraño! Si es que era un traductor. De hecho, parecía como si alguien le estuviese hablando, y a veces gritando, a través del dispositivo indicándole lo que debía decir.

-La policía sería más un estorbo que una ayuda. Harían preguntas que llevarían a muchas otras preguntas y no podrían entender las respuestas.

-Ya veo. Es realmente complicado. Entonces, lo mejor que puedes hacer para encontrar un detective que no pregunte demasiado es ir a San Francisco.

-No tengo tiempo de desviarme. Además, la ayuda que necesito no es muy específica, -sus ojos de color miel parecieron brillar antes de añadir-, tú podrías ayudarme.

El pulso se le aceleró rápidamente. La forma de mirada y el tono implicaban algo más que ayuda.

-¿Sí? ¿Cómo?

-Necesito entender a tu gente y saber si quien está en el poder empieza a comportarse de forma extraña.

Brittany frunció el ceño. ¿Quien está en el poder? ¿Se refería al alcalde? Se volvió hacia la plataforma y vio a Sullivan concluyendo su discurso. La típica jerga política. No había nada de extraño en ello. ¿Extraño? ¿A qué carambolas debía de referirse?

Brittany dio media vuelta para hablar con el hombre y se encontró sola. Dio una vuelta completa. No se le veía por ningún lado. Gente yendo y viniendo, las tiendas, pero ni rastro de él. Aquel espléndido monumento extranjero a la masculinidad le había hecho una verdadera demostración de escapismo.

Abatida, se puso del peor humor imaginable. No compró ningún vaquero aquel día. Se marchó a casa y rompió algunas cosas.

CAPÍTULO 7

-¿Por qué ya no estoy en presencia de la mujer? -espetó Dalden en el momento en que se materializó en la sala de mandos a bordo de la nave espacial acorazada *Androvia*.

Planteaba la cuestión a Martha, aunque Shanelle también estaba allí y quizá supiera utilizar el aparato de transferencia molecular que podía transportar a la gente de un lugar a otro de forma instantánea, ya que, durante su formación en Kystran, había aprendido a pilotar astronaves. Sin embargo, Martha controlaba todos los aspectos de la nave y no se arriesgaría a un posible fallo humano.

-Vamos, guerrero, escúchate a ti mismo y puede que descubras por qué. -resonó la voz tranquila de Martha desde la enorme consola situada en el centro de la sala-. ¿O es que sientes a menudo semejante torrente de emociones?

-¿Te estás poniendo colorado, Dalden? -preguntó Shanelle con un deje de sorpresa.

Normalmente, cuando se sonrojaban, no se les notaba debido a su tono dorado de piel; tenían que ruborizarse mucho para evidenciarlo. Sin embargo, los guerreros Sha-Ka'ani, que, para empezar, rara vez se sonrojaban, tenían tal autocontrol de sus emociones que no permitían que nada tan mundano como un rubor revelara los sentimientos que afirmaban no tener. Algunas situaciones podían resultarles embarazos as; sólo había que conocerles un poco para detectar cuándo ocurría. Shanelle, como hermana melliza de Dalden, le conocía a la perfección.

Pero en aquel momento Martha tenía toda una lista de quejas y no iba a esperar a que Dalden respondiera las insignificantes preguntas de su hermana.

-Se suponía que me llevabas a mí de visita, no que te ibas tú de excursión. Ella no es su líder.

-Yo no inicié el contacto.

-Pero tampoco trataste de terminado.

-Ella me deseaba.

-¿Yyyyy... qué importa eso? -saltó Martha pronunciando las palabras con suma lentitud para dejar claro lo poco que importaba en su lista de prioridades-. Las mujeres siempre te desean, Dalden. ¿Desde cuándo te afecta a ti eso? Y no intentes negado, porque controlo tus constantes vitales.

-Te has vuelto a ruborizar, Dalden. -señaló Shanelle divertida.

Había estado allí todo el tiempo y había estado escuchando a Martha despotricar sobre todo lo que Dalden estaba haciendo mal en aquel planeta antes de perder la paciencia y devolverlo a la nave.

Habían llegado el día anterior. Como Dalden estaba decidido a recuperar los bastones alteradores, al fin Tedra había cedido y apoyado su decisión, aunque eso significaba que Martha tendría que ir con él, así como los guerreros que los habían escoltado hasta Kystran. Brock podría haberse ocupado de todo, ya que estaba al mando de la nave *Androvia*, pero tratándose de sus «niños», Tedra sólo se sentiría tranquila si Martha estaba al timón.

Los dos Mock II se habían intercambiado las naves, de modo que Brock llevaría a Tedra de regreso a Sha-Ka'an en el *Vagamundo*, un desplazamiento lo bastante corto como para que Challen no se enfadase demasiado por haberlo hecho sola. Nadie esperaba, no obstante, que Falon insistiera en perseguir también a Jorran, sobre todo porque detestaba los viajes espaciales.

Martha, que sí contaba con ello, señaló que Falon no había tenido ocasión de devolverle la pelota al rey supremo después de que intentara matarlo, simplemente porque tenía tareas más urgentes, como perseguir a su compañera. Era la ocasión perfecta para enfrentarse a Jorran y concluir la pelea iniciada tanto tiempo atrás.

Evidentemente, yendo Falon en aquel viaje, Shanelle insistió en acompañarles, y a pesar de que Tedra protestó enérgicamente, Falon no lo hizo, de modo que la cuestión quedó zanjada. De todas formas, consciente del estilo de vida Sha-Ka'ani y del tipo de computadora avanzada y exclusiva que era Martha, Shanelle era la intermediaria perfecta entre la Mock II y los guerreros que iban a bordo. Los guerreros solían llevarse bien con Brock, que había sido creado para su *shodan* Challen y era como uno de ellos. No podía decirse lo mismo en el caso de Martha, que tendía a provocar la naturaleza tranquila de los guerreros incluso cuando no era su intención.

Habían tardado dos meses y veintitrés días en llegar a su destino y habían podido confirmar los rumores sobre la existencia de un planeta en aquel sector del universo. Sin embargo, como los humanoides nativos estaban lo suficientemente avanzados y tenían la tecnología necesaria para detectar su nave aproximándose, incluso aunque iba camuflada bajo la apariencia de un residuo espacial cualquiera, si bien de grandes dimensiones, no podían planear sobre el planeta más que unos segundos.

Martha solucionó aquel inconveniente lanzando la nave hacia la superficie del planeta a gran velocidad, deteniéndola justo antes del impacto y sumergiéndola en un gran espacio cubierto de agua donde no podrían descubrirla. Si alguien les había avistado, supondría que se trataba de un meteorito que había caído y se había des integrado al impactar contra la superficie.

Éste era el planeta al que Jorran se había dirigido, si bien su nave no permaneció cerca mucho tiempo. Su primera impresión fue que aquel planeta no era el adecuado para su objetivo y que se había ido en busca de otro. Martha, no obstante, no confiaba mucho en las primeras impresiones, y averiguó que la nave de Jorran sólo se había desplazado para ocultarse detrás de la única luna del planeta.

Había sido muy fácil detectar la nave de Jorran y seguirle la pista. Además, la *Androvia* había sido diseñada para no ser localizada, así que Jorran no podía saber que le habían seguido. El hecho de que ocultara la nave indicaba claramente que él mismo había descendido al planeta. Al escanear la nave se observó que había menos cuerpos que cuando llegaron. Además, como habían enviado al androide Corth II para instalar una sonda de datos en la nave, Martha conocía en todo momento las posiciones de los hombres de Jorran en el planeta, además de otras informaciones relevantes que Jorran transmitía.

Librodot

Afortunadamente, el capitán de la nave de Jorran resultó ser un tipo entrometido que insistía en estar al corriente de la situación y, a partir de unas cuantas palabras captadas durante la comunicación, Martha fue capaz de concluir que tanto la nave como la tripulación eran simplemente de alquiler, y que habían sido contratadas por un tiempo determinado que casi habían agotado en el viaje hasta allí. Jorran no les despediría hasta el último momento, por si las cosas se torcían. Sin embargo, aquel hecho le obligaba a ejecutar su plan en el plazo de un mes o desistir y dar media vuelta.

El resto del tiempo desde su llegada, el día anterior, lo habían pasado reuniendo información acerca del planeta y sus habitantes, y creando los subliminales necesarios para hablar el idioma. Corth II había resultado útil también para eso, ya que le enviaron a la superficie a buscar un ordenador que no estuviera siendo utilizado para que Martha pudiera conectarse a él. Incluso Martha quedó impresionada por la gran cantidad de información que encontró.

-Puede que no estén muy avanzados en términos de alta tecnología, pero son excelentes documentalistas y por lo menos dominan las conexiones informática son globales, así que sólo necesito un terminal para acceder a todos los datos que preciso. A pesar de ello, están en una fase muy primitiva. Por eso tardo tanto en entrar en esos grandes almacenes de información.

Ése había sido el comentario de Martha el día anterior, pero luego se pasó toda la noche quejándose.

-¿Dije que eran avanzados? Nunca había tropezado con algo tan lento como las máquinas que esta gente llama ordenadores. -seguía compilando datos.

-De acuerdo, vamos a empezar por el principio. -dijo Martha-. A ver si esta vez si lo asimiláis. Los de la superficie son gente agresiva, con una mentalidad proclive a la guerra. Su historia está teñida de violencia desde los inicios, y les traen sin cuidado las matanzas. Y a pesar de que la idea de que exista vida en otros planetas les fascina, también les aterra, así que, según mis probabilidades, aunque algunos de ellos recibirían a los habitantes de otros mundos con los brazos abiertos, la mayoría harían todo lo posible por destruir a cualquier visitante. Sencillamente, no están preparados para ser descubiertos. ¿Me he expresado claramente ahora?

-La mujer no pensaba en la guerra. -insistió Dalden con tenacidad.

-Oíamos a la perfección lo que tenía en su mente, al igual que sabíamos lo que tú pensabas, pero eso ahora está de más. Estoy tratando de recalcar un punto importante, grandote, por si todavía no te habías dado cuenta... Y si no lo has captado para cuando termine, no volverás a pisar la superficie. ¿Me estás escuchando?

-Es imposible no hacerlo. -replicó Dalden con frialdad.

La perfecta imitación de un suspiro invadió la sala de control, alto y prolongado.

-No tenemos tiempo para egos heridos de guerrero, Dalden. Mi misión es devolveros a casa sanos y salvos. Si además logras recuperar los bastones, tú estarás contento, Tedra estará contenta y yo estaré contenta, lo cual significa que voy a ayudarte a conseguido, pero no que tengas tiempo de esparcimientos con chicas.

El tercer rubor fue inmediato y bastante intenso. Dalden no tenía ningún problema para entender la jerga antigua que utilizaban tanto Martha como su madre.

Había crecido escuchándola. Tedra siempre se había sentido fascinada por la historia antigua de su pueblo, aunque a la mayoría de kystrani les importara bien poco y los sistemas educativos sólo incluyeran historia moderna. «Esparcimiento» era una de esas palabras

antiguas, equivalente a «diversión» en shaka'ani o a la expresión más universalmente conocida de «compartir el sexo».

-Ahora, otra vez desde el principio: no confraternizar con la especie local. -continuó Martha-. Bastará con que uno solo de esos humanos sospeche que no eres uno de ellos para que tengas a millones de ellos intentado borrarte de sus memorias y, considerando su historia, eso significa matarte en el acto. No les importará que hayas venido a ayudarles. Les traerán sin cuidado las posibilidades del conocimiento avanzado que podrías mostrarles. Te considerarán una amenaza para su supervivencia, no una ventaja, y te exterminarán por ello.

-Pero Martha, dijiste que no tendría problemas para pasar por uno de ellos si dejaba la espada en la nave. -Shanelle puro cara de disgusto.

-No los tendrá, porque aquí hay gente de todas las estaturas y tamaños, incluso de la envergadura de un guerrero Sha-Ka'ani, pero siempre que no le estén buscando.

-¿Y porqué iban a buscarle? -preguntó Shanelle-. ¿No dijiste que deducirían que nos desintegramos, si llegaban a detectamos, porque no hemos alterado sus aguas?

-Correcto. Tienen instrumentos para observar el espacio, más allá de lo que se ve a simple vista, lo que significa que nos podrían haber visto de no ser porque este tipo de naves acorazadas van equipadas con varios dispositivos de camuflaje. También significa que es probable que divisaran la nave de Jorran si planeó el tiempo suficiente sobre el planeta y si uno de los operadores de dichos instrumentos estaba mirando con atención, lo que, afortunadamente, no es seguro, ya que son los humanos quienes los manejan y no las computadoras.

-De modo que si estuvieran buscando a alguien, sería a Jorran y no a Dalden.

-Sí, pero eso significa que Dalden no puede cometer errores y llamar la atención, o creerán haber encontrado lo que estaban buscando. Y esta gente está siempre lista para ir a la guerra. A pesar de que muchos defienden la paz global, tienen culturas demasiado diversas como para alcanzarla plenamente.

-Ojalá pudieras atrapar a Jorran y traérnoslo. –musitó Shanelle-. Problema solucionado.

-Ya lo he intentado, pequeña, sin éxito. -confesó Martha en un bisbiseo similar-. Como no lleva un rastreador, no puedo conectarme con él, aunque sí puedo captar su voz. Tendría que transferir toda la zona donde se encuentre para asegurarme de que le atrapo, opción que queda descartada a menos que sepamos a ciencia cierta que está solo. Además, lleva uno de esos escudos de aire que evitan la contaminación cuando se visitan áreas sospechosas.

-No había oído hablar de ellos.

-No lo sabía. Los escudos de aire personales hace tiempo que quedaron relegados porque en la actualidad una simple píldora puede eliminar cualquier contaminación en unos segundos si no hay una unidad me di técnica disponible. El escudo que lleva no es visible a simple vista y sólo le protege de los gérmenes, pero está claro que interfiere en la transferencia molecular.

-O sea, ¿qué no podemos utilizarla con él?

-Exacto. Tendría que desconectar el escudo para que yo pudiera alcanzarle, y no es muy probable que lo haga si está tan paranoico como para llevar ese arcaico escudo en lugar de confiar en el meditec para limpiarse y purificarse o en una de las píldoras para evitar la contaminación. Pero es posible que su nave no esté equipada con un meditec, que es bastante caro. Por otra parte, los comerciantes como él no suelen tomar pastillas, puesto que en sus rutas pasan sólo por planetas no contaminados y, por lo tanto, no necesitan ese tipo de defensa.

-¿Y por qué dejó de emplearse si aún sigue siendo útil?

-Quedó obsoleto al descubrirse la transferencia molecular. Funcionaba bien cuando la única manera de descender a un planeta era dentro de una nave de aterrizaje, pero no pueden

hacerse transferencias si se usa, si te transfieren sin el escudo activado, te contaminas antes de poder ponerlo en funcionamiento.

-Sí, no tendría mucho sentido. -aceptó Shanelle-. Pero ¿no habrá algún momento en el que Jorran necesite desactivarlo, no sé, para lavarse o dormir?

-Sí, pero sin rastreador no puedo seguirle la pista. Sólo lo localizo cuando se comunica con la nave, pero, en cuanto se queda callado, se pierde entre la multitud. Mientras mantenga el mando del escudo a una distancia de ciento cincuenta metros, la protección seguirá produciendo efecto, incluso si se aleja un poco, de modo que no cuento con tener suerte por ese lado.

Shanelle suspiró.

-Así que tendremos que atraparle y recuperar los bastones físicamente.

-Eso es, pero Dalden podrá apañárselas cuando lo encuentre... Si deja de distraerse con los ejemplares femeninos locales, claro.

Esta vez no se sonrojó. En realidad, la expresión de la cara de Dalden volvía a ser la de un guerrero, es decir, totalmente impasible. Martha solía aprovechar aquellas ocasiones para intentar provocar una reacción, pero esta vez tenía una tarea específica y se contuvo.

-Todavía no he determinado si Jorran se documentó mínimamente o eligió el planeta al azar. -prosiguió Martha-. Aquí hay muchas formas distintas de gobierno en los diferentes países, y en el que eligió existe una jerarquía. Está el jefe de la ciudad, después el jefe del estado (que contiene cientos de ciudades) y por encima el jefe de todo el país. Todavía no tienen un dirigente planetario, no están tan avanzados. Una serie de países son considerados líderes mundiales, es decir, que su opinión es la que más cuenta y tienen el poder para respaldada, no sé si me comprendéis. Ha elegido a uno de 108 jefes importantes, pero parece que va a empezar por abajo para luego ir subiendo en el escalafón. Nunca pensé que fuera tan inteligente.

-¿En qué sentido es inteligente, si no es lo que realmente quiere? -preguntó Shanelle.

-Porque aquí lo que hacen los dirigentes se da a conocer de inmediato al pueblo, en especial los grandes líderes. En cambio, lo que hacen los jefes menos importantes, como el de una ciudad, sólo se sabe en la ciudad. Por decido de otro modo, cuanto más desapercibido pase, mejor.

-Probablemente no esperaba que este planeta estuviese tan poblado, ya que muchos de este tamaño están dispersando a su gente por colonias repartidas en otros planetas antes de agotar los recursos. Centura III está todavía en las primeras fases, con una población aproximada de 500.000 habitantes. En este planeta son miles de millones, tienen millones apretujados en pequeñas ciudades y no se extienden hacia fuera sino hacia arriba. Aquí hay demasiada gente. No me extraña que las naves que se hayan aproximado lo suficiente hayan dado media vuelta en lugar de intentar establecer contacto.

-Por otra parte, Jorran debe de estar encantado ante tal superabundancia de población. -comentó Shanelle-. Cuantas más personas tenga a sus pies para adorarle, mejor.

-Cierto, aunque dudo que importe que mis probabilidades indiquen que no le va a salir como espera, al menos a gran escala, a pesar de que él piensa que sí, y que puede causar muchos problemas en el intento.

-¿Por qué no? En Sunder le salió bien.

-Sí, porque Sunder es una unidad global donde los de partamentos militares y científicos comparten el poder, y porque no tienen sistemas de comunicación mundial como en el caso de este planeta, donde todo el mundo puede saber lo que está sucediendo en el globo simplemente encendiendo una caja en su casa y escuchando. En Sunder, los líderes pueden renunciar a su cargo y nombrar a quien quieran para que ocupe su puesto sin que la mayor parte de la población se entere del cambio. En este planeta, los líderes son elegidos por el

pueblo, nacen con un cargo o toman el poder por la fuerza. La población general sabe lo que está sucediendo y, si no les agrada, estoy segura de que no se quedan callados. Encima ha elegido un país donde el gobierno es elegido, así que no puede limitarse a usar los bastones para que uno de los jefes renuncie y le nombre como sustituto.

-Pero ¿no le va a llevar demasiado tiempo esa táctica?

-Por supuesto que sí. -lanzó Martha con una risa de satisfacción-. Tardaría años en ir subiendo en el escalafón. Y es de esperar que, para cuando Jorran se dé cuenta de ello, ya se le haya agotado el tiempo.

-Entonces, ¿no podríamos limitamos a esperar a que se le acabe el tiempo y se marche? Si regresa a Centura III, podremos acusarle de ladrón y recuperar los bastones por los canales diplomáticos habituales.

-Podríamos, -respondió Martha-, pero no lo haremos, porque es muy capaz de arriesgarse y quedarse aquí apostando por el todo o nada. Además, debemos tener en cuenta otra posibilidad.

-¿Quiere eso decir que todavía no nos lo has dicho todo?

-Son esos ordenadores lentos. -el tono de Martha era de pura queja-. Primero me concentré en recuperar todos los datos históricos, militares, científicos y gubernamentales, pero ahora estoy obteniendo información que abre nuevas opciones. Jorran no, necesita convertirse en un líder para situarse en un cargo de poder en este planeta en particular. Aquí la riqueza es un valor muy preciado y da poder, así que le bastaría con crear su propio imperio financiero. En tal caso, los bastones son justo lo que necesita.

-¿Esa gente es capaz de colmarle de riqueza sin saber por qué y sin que nada pueda evitado? -sugirió Shanelle.

-Exacto.

CAPÍTULO 8

-¿Ese silencio es una amenaza, Dalden, o es porque estabas prestando atención?-preguntó Martha.

Estaban solos en la sala de control. Shanelle había sido informada de que Falon se estaba impacientando y se disponía a ir en busca de Jorran él mismo. Enviar a cincuenta guerreros Sha-Ka'ani de más de dos metros a la superficie para peinarla y encontrar a Jorran hubiera acelerado la búsqueda, pero era inconcebible. Puede que en aquel planeta hubiese humanos de estatura similar, pero eran la excepción, y no la regla.

Incluso enviar a dos guerreros juntos supondría llamar la atención, y por eso Martha insistía en que sólo Dalden iniciara la exploración. Shanelle, que estaba totalmente de acuerdo, salió a toda prisa para recordárselo a su compañero.

-Entiendo lo que te preocupa, Martha. -respondió Dalden-. No dejaré que la mujer sepa que soy lo que ella llamaría un bárbaro.

Una risa sofocada recorrió la estancia.

-Ella no pensaría eso. La palabra que emplearía sería extraterrestre. No significa nada que otros mundos consideren que el tuyo es un tanto bárbaro. Sólo entendería una cosa: que no eres de su mundo, con lo cual le darías un susto de muerte yeso tendría prioridad sobre lo que haya sentido por ti. Entonces, tendría que traerla a bordo de la nave, borrar sus recuerdos acerca de ti y cruzar los fusibles con la esperanza de que el método funcione con los

humanoides. Y ya sabes que no me gusta pensar en «espero que funcione». Así que, por qué no evitamos todo eso...

-Necesito a alguien que reconozca de inmediato a otro visitante como yo. -la interrumpió-. Yo no seré capaz de identificar la diferencia, todos me suenan igual de raros. Aunque a Jorran lo reconocería.

-Eso no lo sabes, porque puede cambiar de aspecto. ¿Acaso creías que tu tarea sería fácil?

Dalden pasó por alto el comentario y prosiguió para con vencerla.

-No conocería al resto de su gente, pero ella sí. Supo enseguida que yo no era de la ciudad, pero cree que soy de su mundo, extranjero, me llamó.

-Yo estaba allí, ¿recuerdas? Oí cada palabra.

-Entonces, estarás de acuerdo en que su ayuda nos beneficiaría.

-Claro que estoy de acuerdo, pero eso no significa que pueda permitirlo. Hay que considerar otros factores, Dalden, sobre todo el hecho de que, cuanto más tiempo pases con uno de esos humanos, mayor es el riesgo de que te delates. La mujer Brittany ni siquiera ocupa una posición de autoridad, pero lanza las mismas preguntas que cualquiera te formulará. Son gente curiosa e indiscreta. Para ellos es normal inmiscuirse en los asuntos de los demás. Y seguirá acribillándote a preguntas hasta que patines y le cuentes algo que no debieras.

-A ella le he respondido la mayoría de esas preguntas, de modo que el riesgo es menor.

Martha soltó una risita.

-¡Me encanta cuando los guerreros demuestran que no son sólo músculos!

-¿Significa eso que...?

-No tan rápido, muchacho. -Esta vez fue Martha quien interrumpió-. He mandado a tu hermana fuera de aquí para poder hablar claro sin que te sientas incómodo. Resulta que la mujer Brittany es justo lo que necesitas, y has salido airoso del encuentro haciéndole pensar que eras de otra parte del planeta. Desearía que no te sintieras atraído por ella, así que deja que te aclare algo: primero Jorran y luego los bastones, la chica para el final. Si tus instintos reproductores se convierten en un problema, encárgate de ellos. Si sólo piensas en eso podemos meternos en muchos aprietos, así que, si representa una complicación, soluciónala y luego concéntrate en tu misión. ¿Podrás hacerla?

-Por supuesto.

-¿Por qué tengo la sensación de que ésa hubiera sido la respuesta independientemente de que lo creas cierto o no? Da igual, -se conformó-, sé que no me mentirías a propósito. Sé que te crees capaz de hacer lo que debes. He llegado a esperar mucho de la confianza que los guerreros demostráis tener en vosotros mismos, sea cual sea el reto, y tú y tu padre me habéis demostrado una y otra vez que raras veces falla.

-¿Todavía está la mujer en el lugar al que me enviaste? -preguntó Dalden.

-No, pero ya he accedido a toda la información pertinente sobre ella y tengo la ubicación de lo que ella llama hogar. También he lanzado un visor sobre la ciudad para poder tener imágenes y no depender en exclusiva de la unidad combo.

En el monitor de la computadora apareció una cuadrícula que se fue ampliando varias veces hasta obtener una vista aérea de una pequeña sección del planeta que incluía viviendas, plantas y objetos que se movían por la pantalla, similares a los vehículos voladores de Kystran pero sin capacidad para volar. En la cuadrícula apareció un gran punto rojo, otro que fue arrastrado a una cierta distancia y después tres círculos más pequeños.

La voz de Martha sonaba diligente mientras explicaba:

-Brittany Callaghan vive aquí. -el primer punto se iluminó-. El líder llamado alcalde vive aquí. -se iluminó el segundo punto-. Y los tres principales gestores bancarios aquí. -los otros tres círculos parpadearon al mismo tiempo-. Estos tres son compañías en lugar de individuos. Controlaré sus cuentas por si se produce alguna retirada de fondos irregular, pero todavía no me preocupa demasiado que Jorran elija la vía económica. Su mentalidad le lleva a querer ser un líder con título, de modo que primero intentará convertirse en alcalde.

-¿Puede conseguirlo?

-Claro, si utiliza los bastones con todos los hombres de la ciudad y espera a que le elijan mediante el proceso normal, pero no tiene tiempo para eso. Es más probable que intente algo estúpido, como que el alcalde dimita y le nombre su sucesor hasta las próximas elecciones. Va a tener que utilizar mucho los bastones para conseguir lo que quiere, y necesita el apoyo del concejo municipal y del resto de hombres que ejercen la autoridad, así como una historia completa de su vida para ofrecérsela al público, porque la gente no aceptará que un extraño asuma el poder, querrán saberlo todo de él. Sin embargo, los bastones harán que la gente crea que le conoce desde siempre y que es un hombre estupendo y será un buen alcalde.

Dalden frunció el ceño.

-Eso significa que puede conseguir lo que quiere.

Martha se tomó un momento antes expresar en voz alta su satisfacción.

-Podría si sólo hubiese hombres, pero las mujeres, al menos en el país que ha elegido, no son de las que se quedan calladas y hacen lo que se les dice. Hay muchas que ocupan cargos de responsabilidad. Los bastones funcionaron en Sunder porque era una conspiración de las mujeres contra los hombres para hacerse con el poder. Aquí, serán las mujeres quienes compliquen los planes de Jorran.

-¿Y esto se aplica a todo el planeta?

-No, simplemente ha elegido el planeta equivocado para intentar dominado. Depende de ti atrapado antes de que cambie de táctica y elija otra nación u opte por los ricos. Lo último que queremos es que se pierda en una de las grandes ciudades. Si es complejo identificar su posición en la pequeña ciudad en la que se encuentra, nos resultaría imposible en una de las grandes.

-La cantidad de gente que había hoy en ese lugar no puede describirse como pequeña.

Otra risita.

-Ése no era un sitio normal, Dalden. Allí va toda la ciudad a comprar y a buscar otras formas de entretenimiento, es su versión del mercado de Sha-Ka-Ra. No encontrarás muchedumbres como ésa en ninguna otra zona de esta ciudad, aunque sí en una gran urbe. Pero en las noticias locales anunciaron que el alcalde estaría hoy allí, por eso te transferí a ese punto.

-Pero ¿estaba Jorran también?

-Indeterminado. El alcalde sí, y debemos suponer que Jorran le está siguiendo hasta que llegue el momento de pasar a la acción, por eso tú debes estar también cerca de él. Pero recuerda, cuando encuentres a Jorran no puedes agarrarle sin esperar ningún tipo de intromisión, no queremos que esa gente avise a las fuerzas de seguridad. Tampoco puedes darle la ocasión de que utilice el bastón contigo. Debes dejado inconsciente y desconectar su escudo para que yo pueda traeros a la nave y podamos recuperar el resto de bastones. Para ello, necesitas estar a solas con él.

-Puedo golpearle y apagar el escudo en cuestión de segundos, y tú transferimos. ¿Por qué tantas precauciones?

-Porque no pienso arriesgarme con uno de los retoños de Tedra. Lo sabes. Y existen demasiadas variables desconocidas en este planeta, cosas que no sé todavía porque sus ordenadores son demasiado lentos para mí y no estoy obteniendo la información con

suficiente celeridad. Ya sorprendí a mucha gente hoy dejándote en medio de la multitud y los sobresalté al hacerte desaparecer, porque la hembra Brittany no era la única que no podía apartar los ojos de ti, pequeño. Habrá muchas visitando al oculista en este preciso instante, cosa que no me parece mal, siempre que no convirtamos en una costumbre el hecho de dejados atónitos. Si hubiera estallado la violencia allí en medio, toda la multitud se hubiera arremolinado a tu alrededor, y en nuestro plan no figura que acabes en lo que llaman prisión.

-Si tuviera mi espada...

-No, no, no, no te me pongas guerrero, Dalden. Sé de lo que eres capaz, tú sabes de lo que eres capaz, pero esas personas no lo van a descubrir en sus carnes. Aquí las espadas son arcaicas, sólo las utilizan los actores al representar escenas históricas. Imposible llevar una en público sin despertar la curiosidad de la gente. Tienes un arma excelente en tu unidad combo, soluciona cualquier emergencia y me proporciona imágenes desde seis perspectivas. Además, ninguno de esos humanoides deduciría que se trata de un arma, porque no tienen nada similar. Parece lo que ellos denominan una radio portátil y, además, Corth II le añadió ese cable para que puedas oírme sin que nadie lo sepa.

-La mujer te oyó.

-No, oyó ruido y no mis palabras, que de todas formas no hubiera entendido, pero eso ahora no viene al caso. El comunicador *phazor* se ha diseñado para que esta gente no lo encuentre extraño, así que no harán preguntas. Ahora, volvamos al tema de la mujer Brittany y de utilizarla para que te ayude en tu cometido. La información que he reunido acerca de ella indica que tiene dos trabajos que le ocupan la mayor parte del tiempo. Tendrás que ofrecerle un empleo para que te ayude y deje esas dos ocupaciones. Quizá baste con preguntárselo, pero no contemos con ello. Tendrás que contratarla.

-¿Y con qué la contrato? ¿Puedes conseguir su moneda?

-No será necesario. -respondió Martha-. En este planeta adoran el oro, como en Catrateri, y el medallón que llevas colgado al cuello debería ser más que suficiente para pagarle el empleo temporal que necesitas. ¿Podemos centramos otra vez en el tema?

-Por supuesto.

-Entonces, agárrate bien, muchacho, transferencia inminente.

CAPÍTULO 9

-Me parto de risa cuando este tío consigue aparecer en el periódico. A ver, ya te lo esperas en la prensa amarilla, pero...

-¿Qué tío? -Brittany preguntó mientras cerraba la puerta del refrigerador con un refresco en la mano.

Su compañera de piso estaba sentada en la pequeña mesa de la cocina con una taza de café y un trozo de pastel delante. Jan se había despertado a media tarde porque la noche anterior se fue a dormir tarde después de pasada de juerga con el novio de turno. Tenía varios periódicos atrasados para ponerse al día y uno abierto en las manos.

-Y nada menos que en la segunda página. -añadió Jan levantando la vista hacia Brittany-. ¡Qué gracioso!

Como Jan estaba tronchándose, Brittany tomó la parte divertida del sarcasmo.

-¿Qué tipo? -volvió a preguntar.

-Se ha avistado otro OVNI.

Brittany entornó los ojos y salió de la cocina, pero Jan la reclamó.

-No, en serio. Tres personas de Seaview juran haberlo visto. Me pregunto cuántas copas de más llevarían...

Brittany volvió y se sentó frente a Jan.

-Bueno, hay gente que cree en esas cosas. -señaló.

-Nosotras no.

-No, pero entiendo que se publique, si tres ciudadanos dicen haber visto algo anormal. Es el primer avistamiento en esta zona, o sea que es noticia, o por lo menos tiene interés, aunque sólo sea otro de esos aviones extraños del gobierno en fase de pruebas o un simple efecto óptico. Además, mira lo que significan las iniciales, sobre todo el «no identificado». Estoy segura de que si los hombrecillos verdes algún día deciden visitamos, no tendremos ningún problema para reconocer su medio de transporte como un platillo volante y llamado así.

Esta vez fue Jan quien entornó los ojos.

-Eres demasiado amable, Britt. Un alucinado es un alucinado, lo mires por donde lo mires.

-No, en serio, hay avistamientos de los que nunca oímos hablar porque no tienen credibilidad. Cuando salen en las noticias es porque personas serias y respetables realmente creen haber visto lo que afirman haber visto.

-O sensacionalistas que sólo mienten para disfrutar de un poco de popularidad. -alegó Jan hojeando el periódico.

Brittany se rindió con una sonrisa. Su amiga era una de esas personas tozudas que defendían una opinión hasta el final, aunque las pruebas indicaran que no estaba en lo cierto. A pesar de ello, disfrutaba de aquellas discusiones porque no dejaba que la frustraran. Ella no pretendía llevar siempre la razón; no le importaba encogerse de hombros y aceptar el acuerdo en el desacuerdo sin sulfurarse y pasar a otro tema.

Aún estaba de muy mal humor cuando entró en la cocina, seguía furiosa porque aquel guapísimo extranjero que había conocido unas horas antes no había tenido la decencia de despedirse antes de desaparecer. Confiaba en que Jan podría animada, aunque sólo fuera un poco.

Jan tenía 25 años, tres menos que ella, pero hicieron buenas migas al instante cuando respondió al anuncio que Brittany puso poco después de mudarse al apartamento de dos habitaciones. Podría haberse permitido el alquiler ella sola, pero ya tenía unos objetivos muy claros, Y compartir los gastos con otra persona era lo mejor para sus planes. Además, no era una solitaria; le gustaba tener gente alrededor, tener a alguien con quien poder hablar cuando tenía ganas, pero también poder estar a solas cuando lo deseara.

En esos momentos no iba a ser una compañía muy agradable, así que decidió irse a la habitación para tumbarse en la cama y dar unas cuantas vueltas más a todo lo que tendría que haberle dicho al cachas para haber despertado su interés, o por lo menos para que le hubiese pedido el teléfono.

Sin embargo, Jan requirió otra vez su atención, esta vez con un grito ahogado:

-¡Santo cielo! -y un momento después-: ¡Oh, Dios mío, no me lo puedo creer!

Brittany salió de la habitación y se quedó de pie en el umbral que separaba la cocina y la diminuta galería de la espaciosa sala de estar.

-¿Y ahora qué?

-¡Ayer estuvimos a punto de morir y nosotras sin saberlo! -exclamó Jan.

-¿Cómo?

Jan extendió el periódico sobre la mesa y miró a Brittany con los ojos como platos. Estaba totalmente pálida.

-Pensaba que detectaban los meteoritos y cometas que se acercaban a la Tierra, que podían avisamos con meses de antelación. ¿Habías oído algo acerca de éste?

Brittany puso cara de preocupación.

-¿Nos ha pasado cerca un meteorito?

-No es que pasara cerca, siguieron su trayectoria hasta que cayó en el Pacífico, ya estaba en la atmósfera cuando lo detectaron y luego despareció.

-¿De modo que no hubo peligro?

-¿Bromeas? Aquí dice que era del tamaño de un campo de fútbol. Si esa cosa hubiese caído al agua en lugar de desintegrarse, se hubiese provocado un maremoto tan intenso que hubiese alcanzado a los estados limítrofes.

-Bueno, pero es evidente que no impactó.

-No, pero eso no importa. Llegó tan rápido que nadie lo vio venir.

-Las proporciones de un campo de fútbol no son más que una mota de polvo en el espacio, Jan. Los observatorios no detectarían algo tan minúsculo.

-Sigue sin gustarme el hecho de enterarme una vez que ha sucedido. -refunfuñó Jan.

A Brittany tampoco le gustaba, pero era muy pragmática respecto a las cosas que no podía cambiar.

-Si entró tan rápido como dices y ni lo advirtieron hasta que ya estaba aquí, de todas formas no podrían haber hecho nada. Siempre hay meteoritos que caen, algunos impactan, la mayoría se desintegran. Podemos estar contentas de que no sean del tamaño de los cometas y que no fuera nuestro día.

-¿Es filosofía de granja?

Brittany sonrió.

-No, simplemente aceptación anticuada del destino.

-Pues yo prefiero elegir mi propio destino, gracias, que por lo menos incluye tener la posibilidad de huir hacia las montañas. -resopló Jan.

Brittany podría haberle sugerido que volviera a estudiar e inventara telescopios más potentes, pero prefirió encerrarse en su meditación, así que se encogió de hombros y otra vez se dirigió hacia su cuarto. Acababa de cerrar la puerta cuando se oyó otra exclamación de sorpresa desde la cocina. Brittany sacudió la cabeza. Se preguntaba qué podría superar la historia del meteorito para sorprender a Jan esta vez, pero decidió que podía esperar para descubrirlo.

No obstante, en menos de un minuto se encontró acercándose a la cocina a pesar de la resolución que había tomado. A veces la curiosidad podía ser realmente molesta, y a veces se le disparaba una imaginación hiperactiva y podía volverse loca si no la satisfacía. Empezó a barajar posibilidades por las que Jan hubiese chillado y que nada tenían que ver con las noticias y, de hecho, los últimos pasos hacia la cocina los dio a la carrera para asegurarse de que su amiga estaba bien.

No lo estaba. Jan estaba desplomada sobre la mesa, el café derramado y el pastel esparcido junto a su pelo. Detrás de ella estaba... él. Increíble. ¿Qué hacía aquel extraordinario monumento extranjero en su cocina? Y parecía fastidiado y preocupado al mismo tiempo, si eso era posible, mientras miraba a Jan.

-¿Qué has hecho para darle ese susto de muerte?

Todavía no había visto a Brittany en el umbral. Entonces la miró y repentinamente pareció tranquilizarse, aunque suspiró.

-No pudo resistir verme. -dijo a modo de explicación.

-Eso es lo que dije, pero no importa. Ayúdame a llevada a su cama.

No hubo tal ayuda. Levantó a Jan con tanta facilidad como si estuviera levantando la taza de café, y simplemente esperó a que Brittany lo guiara, que fue lo que hizo. Momentos después, Brittany observaba a Jan tumbada plácidamente en la cama sin saber qué hacer para que volviese en sí. Y no por falta de experiencia.

-No creo que tengamos nada en el botiquín para los desmayos. -suspiró.

-Me dicen que se recuperará en su debido momento.

-¿Me dicen? ¿Es tu manera de dar una opinión? ¡Bah, no importa! -añadió, percatándose al decido que ya le había dicho mucho desde que se conocieron.

Le hizo una señal con la mano para que abandonara, la habitación de Jan, lo siguió hasta el salón que lindaba con ambas habitaciones y le mostró el sofá. Captó la indirecta, pero se sentó con sumo cuidado, como si temiera que el sofá fuera a romperse. Pensándolo bien, quizás algunos muelles flaquearían bajo el peso de aquel hombre fornido de dos metros diez. Era realmente grande. Y a pesar de que el salón era muy amplio en comparación con el resto del apartamento, parecía reducido con él dentro.

Brittany estaba un tanto sorprendida de que estuviese allí, ya que estaba segura de que jamás volvería a vede. El hecho de que Jan siguiera sentada en la mesa de la cocina significaba que no le había abierto la puerta, así que no cabía duda de que fue su repentina presencia lo que la asustó. Empezó a preocuparse ante la posibilidad de que hubiese irrumpido en la casa.

-¿Está bien visto en tu país entrar en casa de la gente sin llamar a la puerta? -exigió-. Aquí hay leyes que lo prohíben, por si nadie te lo había mencionado.

Él no respondió de inmediato. Brittany se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta al llegar a casa, pero él seguía vestido como en el centro comercial, y seguía llevando la radio, o traductor, o lo que fuera, sujeto al cinturón con el pequeño auricular bien colocado en la oreja.

-Llamé, -le explicó-, pero nadie abría la puerta.

Le costó creerlo. Con la mano tan grande que tenía, se hubiesen oído los golpes en el bloque de al lado. Arqueó una ceja.

-¿Y no imaginaste entonces que no había nadie en casa?

Otra pausa antes de responder.

-Sabía que no era así.

De acuerdo, podía haberlas oído hablando por la ventana, pero entonces ¿cómo era posible no haberle oído llamar a la puerta? Ella porque cerró la puerta del cuarto, pero Jan debería de haberle oído. ¿Y por qué diablos le estaba buscando tres pies al gato cuando lo tenía delante? Era evidente que la había localizado, pero ¿cómo? Se lo preguntó de inmediato.

-¿Cómo me has encontrado si mi nombre no está en la guía?

Nuevamente se produjo una larga pausa entre la pregunta y la respuesta.

-Soy un hombre de recursos.

-¿En serio? Y yo pensando que necesitabas un detective, cuando tienes acceso a información que sólo pueden conocer los cuerpos de seguridad, el gobierno o los embajadores. ¡Ahí, eso es! Tu embajada te está ayudando a saltarte todos los pasos.

-¿Y por qué razón iba yo a dar los pasos saltando?

Un chirrido metálico salió del auricular. Claro, esta vez había respondido rápidamente, sin esperar las instrucciones. Brittany casi se echa a reír, pero se refrenó ante la mueca de él. El pobre lo estaba pasando francamente mal con un idioma nuevo que acababa de aprender, y era evidente que el traductor era un tanto impaciente.

-¿No podríamos mantener una conversación sin la ayuda de tu amigo hiperactivo? -sugirió mirando directamente la radio que llevaba en la cadera.

Le lanzó una fantástica sonrisa y se quitó el auricular de la oreja, dejando caer el cable, que quedó colgando sobre el sofá, hasta sus pies, lo suficientemente lejos como para no oír nada que saliera de él, aunque Brittany casi ni lo advirtió, porque aquella sonrisa la estremeció profundamente.

-No te inquietes, estaré bien.

-¿Me lo decías a mí o tu amigo o amiga? –consiguió preguntarle.

-A mi amiga. Se preocupa demasiado por mí.

El estremecimiento desapareció por completo y se apoderó de ella una irritación inesperada.

-¿Amiga?

-Sí, es una computadora.

Brittany pestañeó expresando su incredulidad.

-Será una broma.

-¿Por qué tendría que serlo?

Se echó a reír. Era un tipo bastante divertido.

-Probablemente porque los ordenadores no tienen emociones, así que no pueden preocuparse. Pero, en fin, ¿qué haces aquí?

-Te necesito.

Por poco se funde en el acto. Sintió un impulso irrefrenable de saltar por encima de la mesilla que los separaba y sentarse en sus rodillas. El cosquilleo que notaba en el estómago se había descontrolado por completo. Nunca se había sentido tan excitada, y menos aún con meras palabras.

CAPÍTULO 10

Le costó casi un minuto convencerse a sí misma de que la definición que daba Dalden a la palabra necesidad no tenía nada que ver con la suya. El hecho de que no se hubiese movido del sofá la hizo llegar a esa conclusión mucho antes de que su cuerpo aceptara reconocerlo. Sabía que tenía que haber comprado un aparato de aire acondicionado para el apartamento: una ráfaga de aire helado le hubiese ido de perlas en aquellos instantes.

Optó por hundirse en el sillón a juego que había al lado del sofá abanicándose con discreción. Oír la definición que él le daba de «necesidad» seguro que la ayudaría, de modo que lanzó la pregunta.

-¿Qué puedo hacer yo por ti que no pueda hacer tu embajada?

-Tengo que encontrar a un hombre llamado Jorran lo antes posible. -contestó-. Pero aún no estoy seguro de poder reconocerle si le veo, porque puede que haya cambiado de aspecto desde que le vi por última vez. No obstante, tú le reconocerás, como hiciste conmigo, por no ser de tu país.

-Bueno, eso es discutible. -quiso aclarar Brittany-, a ti te reconocí sólo por el acento.

-Él hablará de un modo distinto, como yo.

Ella rió.

-Espero que no quieras que converse con toda la gente de la ciudad sólo para escuchar sus acentos.

-Si es necesario...

-Tiempo muerto. -le interrumpió-. Estaba bromeando. Somos una ciudad pequeña, pero aun así la población supera los veinte mil habitantes. Si suponemos que la mitad son hombres, tardaremos un montón en localizados a todos para mantener una pequeña conversación. Y no sé por qué, tengo la impresión de que no tienes mucho tiempo.

-No lo tengo. No será necesario. Jorran intentará establecer contacto con el hombre al que llamáis alcalde, así que lo más probable es que le encontremos cerca de ese líder.

-¿Y qué quiere del alcalde Sullivan?

-Su posición.

-¿Su posición respecto a qué?

Dalden parecía confuso, Brittany lo estaba.

-Intentará convertirse en el alcalde de la ciudad. Yo debo detenerle antes de que lo consiga. -aclaró.

-¿Está aquí para presentarse contra Sullivan? Yo pensaba que era extranjero como tú.

-Lo es.

-Entonces no lo entiendo. En este país, para presentarte a un cargo político tienes que ser ciudadano americano. ¿Acaso no lo sabe?

Dalden sonrió, aliviado.

-Desconoce vuestras costumbres tanto como yo.

-Bueno, pues ya está, tu problema está resuelto. -Brittany le devolvió la sonrisa.

-No, no lo está. Igualmente debo encontrad e y llevármelo de vuestro país antes de que cree complicaciones.

-Ya veo, un incidente internacional de envergadura, ¿eh? -se hizo evidente que Dalden necesitaba una explicación cuando bajó la vista hacia el auricular que tenía a los pies. Brittany lo intentó-. ¿Un gran follón que saldría en todos los periódicos de ambos países, para vergüenza de todos? -la miraba sin entender, así que añadió: -Vamos, agárralo, seguro que ella te ayudará a comprender.

Él asintió con la cabeza, levantó el auricular y, después de escuchado un buen rato, le dijo:

-Tu análisis es acertado. ¿Me ayudarás?

-Me encantaría, de veras, pero no entiendo cómo. Necesitas a alguien que tenga más tiempo que yo, pero con dos trabajos estoy atada la mayor parte de la semana, sólo podría ayudarte los domingos, y no parece tiempo suficiente porque has dejado claro que tienes prisa por solucionar esto rápidamente.

-Has entendido mal, Brittany Callaghan. Quiero pagarte por tu tiempo, que trabajes para mí hasta que haya cumplido mi misión.

Levantó el gran medallón del pecho y se lo pasó por encima de la cabeza para alargárselo. De hecho, la mano de Brittany cedió y tuvo que hacer un poco de fuerza para sostenerlo. Era realmente pesado, con el peso añadido de la cadena, que se parecía más a una cadena de bicicleta que a una pieza de joyería. Sólo la cadena debía de pesar cuatro kilos.

Lo miró con expresión interrogativa, a lo que él respondió:

-En el lugar de donde yo vengo, este metal es barato, pero me han dicho que aquí tiene un gran valor. ¿Será suficiente para contratarte?

Observó el conjunto, que debía pesar seis o incluso nueve kilos entre el disco y la cadena.

-¿Cuánto chapado hay?

-¿Chapado?

-Me refiero al porcentaje de oro real.

-No hay porcentaje. Aquí sólo hay un metal. ¿Estamos mal informados? ¿No apreciáis el oro puro?

-¿Me estás tomando el pelo?-

No estaba segura del precio de la onza de oro, pero sabía que una cadena diez veces más pequeña de la que tenía en las manos podía costar más de seis mil dólares, y no del oro puro de aquélla. Hizo algunos cálculos mentales rápidos y supo que estaban hablando de una cantidad ingente de dinero -si es que no la estaba timando y era realmente oro puro. ¿En qué estaba pensando? Era excesivo para lo que pedía.

-Mira, es posible que no tardemos más de una semana en encontrar a tu hombre, o incluso menos si va a estar rondando al alcalde. Puedo pedir una semana libre en los dos trabajos y me puedes pagar en la moneda de tu país el equivalente a unos dos mil dólares americanos. Esto -añadió devolviéndole el medallón- vale una pequeña fortuna, mucho más que una semana de trabajo.

Él volvió a tenderle el medallón.

-Puede que tardemos más de una semana y es todo lo que tengo para pagarte. No tengo esa moneda de la que me hablas.

-¿No tienes dinero y estás intentando darme una fortuna en oro? -Hizo un gesto de incredulidad-. No te ofendas, grandullón, pero tú lo que necesitas es una niñera.

Al cabo de un momento, él sonrió.

-Acabas de ganarte la simpatía de Martha.

-¿Quién es Martha?

-La voz que me habla. -dijo dando unos toques sobre el auricular-. Sugiere añadir la labor de «niñera» al trabajo que vas a hacer para mí. ¿Qué es una niñera?

Las mejillas de Brittany se tiñe ron de rojo.

-¿No lo sabes? ¿No te lo ha explicado? No importa, de verdad. Era una broma. Pero ¿por qué no tienes dinero? ¿Te has quedado sin él o es que te han robado?

-Ninguna de las dos cosas. No necesitaba ningún tipo de moneda hasta que tuve que contratarte.

Lo miró fijamente el tiempo suficiente como para sacar sus propias conclusiones y hasta se llevó las manos a la cabeza por no haber pensado antes en ello.

-¡Claro, tarjetas de crédito! Y por alguna razón no las identificas con dinero. Vale, nos quedamos sin billetes. Es probable que el hotel no te adelante dos de los grandes, pero podemos ir al banco mañana.

Por la mirada que él le lanzó le quedó claro que era como si le hablase en chino, otra vez, pero después de la pausa habitual, mientras escuchaba atentamente las explicaciones de Martha, simplemente anunció:

-Me recuerdan que no puedo volver a mi lugar de dormir hasta el próximo amanecer.

-¿Amanecer?

Tras unas cuantas indicaciones del auricular, suspiró y lo aclaró.

-Algunos lo llaman nuevo día.

-¡Ah, mañana! -dijo Brittany, pero luego frunció el ceño-. ¿Y por qué no?

-Porque tuve que regresar para una consulta necesaria y ahora he agotado el límite para regresar allí en este amanecer.

Lo explicó con acento irritado, que no importó mucho porque ella estaba totalmente desconcertada. Ahora entendía lo frustrante que debía ser para él necesitar traducción para todo lo que ella le decía. El curso de inglés que hizo tuvo que ser pésimo, si no le habían

enseñado palabras tan normales como tarjeta de crédito, hotel y banco. Pensaba en la definición simplista de hotel: lugar de dormir. Era increíble.

La única conclusión que pudo sacar era que provenía de uno de esos países donde todavía iban en camello y la mayoría de la población nunca había oído hablar de esas cosas. Esperaba que no.

De repente cayó en la cuenta de algo y le dijo:

-Un momento, ¿estás diciendo que no tienes dónde dormir esta noche pero mañana sí?

Asintió con la cabeza.

Ella suspiró.

-No voy a intentar ni imaginarme cómo es posible, por que no suena como si te refirieras a reservas equivocadas. De todas formas, puedes dormir en nuestro sofá, supongo. Mi compañera de piso puede poner alguna objeción, después de asustarlarle tal manera, pero bueno, cuando te haya visto bien seguro que no. Cenamos hacia las seis. El baño está en la puerta del centro, detrás de ti. Entretanto, ¿por qué no me cuentas algo más sobre ti para que pueda entender lo que está pasando y qué puedo esperar de este empleo temporal? Y vuelve a ponerte esto -continuó, lanzándole el medallón para que no pudiera rechazado como la vez anterior-. No sabes lo bien que me lo pagarían, pero no tengo por norma aprovecharme de los forasteros. Mañana te encontraremos a un comprador para que puedas tener dinero y pagarme a mí los dos mil que te he pedido, sólo para compensar los días de fiesta de los otros trabajos.

Brittany se acomodó en la silla a la espera de que la mujer que había en el otro extremo del auricular hiciera su trabajo. Antes de lo que esperaba, no obstante, Dalden sonrió.

-Me dicen que aquí coméis comida de verdad. Me muero de ganas de compartir la cena contigo.

Brittany soltó una carcajada. No podía evitado, parecía que era Martha quien necesitaba un traductor y no él.

CAPÍTULO 11

En realidad no llegaron a hablar de él como Brittany esperaba. De alguna manera, la conversación acabó centrándose en ella porque a Dalden le picó la curiosidad por una de sus observaciones anteriores que no abordó inmediatamente.

-¿Qué trabajo es el que te tiene atada? -le preguntó.

Por la forma en que lo expresó, ella supo enseguida que se lo había tomado en sentido literal y la había imaginado atada de brazos y piernas con unas cuerdas.

-Mmm, me refería a atada en el sentido de limitada, es decir, que no me queda mucho tiempo después del trabajo para nada más que ha sea dormir. ¿Lo entiendes?

-¡Claro! -concluyó-. Pero me gustaría que me hablases más de ese trabajo.

No pudo comprender por qué se sentía incómoda. Hacía ya mucho tiempo que había alcanzado el estadio de inmunidad frente a su opción laboral. Y le había costado mucho llegar hasta allí.

Posiblemente era porque trabajaba en un campo que muchos hombres consideraban exclusivamente masculino. La habían tildado de feminista y le había aplicado todos los calificativos desagradables que pudiera uno imaginar. Le habían dicho de todo y había aprendido a pasado por alto. Equipos enteros se habían negado a trabajar con ella y algunos arquitectos habían rechazado a su contratista porque ella estaba en plantilla.

Era casi un milagro que no hubiese perdido su peculiar sentido del humor, pero lo había conservado. A veces, era lo único que la ayudaba a seguir adelante.

¿Y por qué no buscaba un trabajo en el que no lo pasara tan mal?

Podría haber cambiado de sector una vez aprendido todo lo que necesitaba saber sobre la construcción. Pero era buena en su trabajo, y todavía no había encontrado algo en lo que fuera competente y encima estuviese bien pagado, que era lo fundamental teniendo en cuenta que el objetivo que se había marcado era bastante costoso. Además, una de las ventajas de aquel trabajo era que podía dejado unos meses, o incluso años, y después volver sin preocuparse si se había perdido algo, que es lo que pensaba hacer cuando construyera su casa. En el terreno de la construcción no se producen grandes cambios. Mejores herramientas, más o menos representantes sindicales, cuotas más altas o mayores beneficios pero, básicamente, las casas se seguían construyendo de la misma manera.

Su tardanza en darle respuesta dio ocasión a Dalden para aventurar un comentario.

-Me dicen que te pones a la defensiva respecto a tu trabajo. ¿Por qué?

Como la voz del otro lado del auricular no podía haber deducido aquello a partir de su silencio, estaba empezando a pensar que aquel «me dicen» era sólo una forma de expresar su propia opinión en lugar de algo que Martha le hubiese dicho. Además, sus mejillas coloradas seguro que la habían delatado, y él sólo podía ver eso. Martha debía de estar escuchándoles, pero poco más podía hacer.

-Antes -admitió- sí era difícil no estado cuando recibía tantas críticas por todas partes. Pero soy pertinaz. Tengo una meta, construir mi propia casa con mis propias manos. Mi abuelo lo hizo y la idea siempre me ha fascinado, lo cual posiblemente influyó en que al final tomara esta decisión. Todo lo que hago es pensando en ese objetivo, y eso incluye la elección de mi trabajo, para aprender todos los aspectos relacionados con la construcción de viviendas. En principio soy carpintera, aunque puedo hacer tejados, subir paredes secas y pinto muy bien.

-¿Es difícil aquí construir hogares?

-Bueno, no si tienes un trabajo bien pagado para permitírtelo, o si sabes construida tú mismo, como en mi caso. Seguramente yo me lo estoy complicando porque primero quiero tener todo el dinero necesario. Había pensado en una hipoteca, pero no me gusta la idea de endeudarme tanto. Ya sé que todo el mundo lo hace, pero eso no significa que yo tenga que hacerlo. Y además, me vaya ahorrar un montón de dinero haciéndomela yo misma, porque no me costará ni la mitad de lo que tendría que pagar por una casa ya construida.

-¿Construirás tu casa en esta ciudad?

-Sí, incluso he comprado el terreno. En realidad ya podría empezar, pero tendría que construida poco a poco y tardaría años. Prefiero tener dinero suficiente para comprar los materiales y pagar la ayuda extra que necesite cuando haya que trabajar a cuatro manos, el suficiente para poder dejar el trabajo hasta que la haya terminado. Por otra parte, como la habré hecho yo, estaré segura de que está bien hecha.

-Creo que es admirable que sepas crear una casa de la nada.

Se sonrojó a más no poder. Debía de ser la primera vez que un hombre le hacía un cumplido sobre el trabajo que había elegido. Pero después lo estropeó añadiendo:

-No lo veo como un castigo.

-Creo que necesitamos otro tiempo muerto. -sugirió ella-. O las cosas son realmente raras en tu país o es que te han dado una mala definición de castigo. El único trabajo que aquí se considera un castigo son los trabajos forzados en la cárcel. Puede que haya gente a quien no le guste su trabajo, algunos hasta lo odian, pero no es un castigo, es más una necesidad hasta que venga algo mejor. El castigo, por otra parte, está reservado por lo general para

medidas disciplinarias. Nadie de por aquí va a castigar a otro obligándole a construirle una casa. ¿Entiendes la diferencia?

Sonrió ante la respuesta, pero agregó:

-Veo que entiendes a la perfección lo que hay que hacer cuando alguien infringe las normas. Y me dicen que «una lata» hubiese sido una expresión más apropiada para manifestar mis pensamientos acerca de tu trabajo.

Brittany por fin sonrió.

-No, tampoco lo veo latoso. Es que me gusta crear cosas, ya sean armarios, mesas o una casa entera. Trabajo principalmente para Arbor Construction. Me gustan sus capataces y me llevo bien con ellos porque hace tiempo que me conocen y saben cómo trabajo, así que no tengo que demostrar constantemente lo que valgo como cuando vivía en San Francisco.

-¿Demostrar lo que vales? ¿Cómo, en un desafío?

Estaba desconcertada, pero sonrió.

-¿Otra palabra mal definida? No, a veces no había trabajo en la ciudad y tenía que acudir al sindicato. Eran faenas que tenía que hacer con pequeños equipos que no me conocían y cada vez tenía que pasar un período de prueba, porque nunca me aceptaban de entrada. Por eso, cuando Arbor se trasladó aquí y me ofreció la posibilidad de trasladarme con ellos, no lo pensé. Significaba trabajo regular con los mismos equipos en lugar de que el sindicato me mandara de acá para allá. Y me encanta vivir aquí. Vengo de una pequeña ciudad y me gustan las poblaciones pequeñas, donde llegas a conocer a los vecinos y se crea un verdadero sentido de comunidad.

Algo que había dicho le había sorprendido, y enseguida pidió una aclaración:

-¿Has vivido en otro lugar, además de en esta ciudad? ¿El matrimonio te trajo aquí?

-¡Cielos, no! Nunca he estado casada. -respondió, divertida por cómo había conseguido sacarle aquella información sin preguntarle directamente si estaba casada. Aunque las dos preguntas no estaban relacionadas, aventuró una suposición.

-Deduzco que en tu país la gente permanece siempre en el lugar donde ha nacido...

-Por supuesto, sólo el matrimonio alejaría a una mujer del lugar donde tiene su protección. -luego suspiró-. Me recuerdan que nuestras culturas son muy distintas y que aquí las mujeres viven solas.

Brittany asoció aquel suspiro con la conclusión a la que llevaba aquella observación.

-¿Tu país está muy anticuado, verdad?

-Podría decirse que somos bárbaros. -respondió con una leve sonrisa.

Aquel gesto indicaba que estaba bromeando. Esperaba que estuviese bromeando, pero decidió aceptar aquella conclusión y no pedir que se la esclareciera. Por desgracia, le costaba mucho alejar de su mente la imagen de unos hombres montados en camellos y encerrando a sus mujeres en las tiendas. Intentó apartar aquella idea de su mente volviendo a reanudar el tema de su trabajo.

-He probado otros empleos, pero no he encontrado ninguno que me guste tanto.

-¿Qué otros empleos? -preguntó interesado.

Empezó a contarle que se había dado cuenta de que todos aquellos trabajos también solían clasificarse como «de hombres», quizá porque había mucha gente que aún los veía de ese modo. Necesitaba explicado si no quería que volvieran a subirle los colores a las mejillas.

-Verás, es que tengo tres hermanos mayores y ninguna hermana, así que tendía a seguirles los pasos, y de hecho me gustaban las mismas cosas que a ellos, como pescar, cazar, hacer deporte... Mi apodo era «marimacho».

-¿Sí?

Se echó a reír porque la pregunta iba en serio, pero en lugar de explicarle lo que era un marimacho se limitó a decir:

-No. -y prosiguió-. Vivíamos en una granja. Mi hermano mayor, York, era quien arreglaba siempre el tractor, así que no es extraño que se convirtiera en mecánico. Ahora tiene una gasolinera en el pueblo. Aprendí ayudándole los fines de semana y trabajé como ayudante de mecánico unos años. Podría haberme sacado el título, pero supe que no era el trabajo ideal cuando comprendí que me sacaba de quicio que me entrara grasa en las uñas.

Aquel comentario pretendía ser divertido, pero la expresión de él no se alteró, sino que seguía demostrando la máxima atención. Demasiada atención, de hecho. Era difícil deducir si realmente estaba interesado por lo que estaba diciendo o simplemente quería oírla hablar. A lo mejor sólo analizaba sus palabras para mejorar la comprensión del idioma y la estaba utilizando para aprender. O quizá su interés tenía otro origen y se sentía atraído por ella. Le hubiese gustado poder hacerse ilusiones, pero de momento no iba a indagar por ese lado. Siguió con el currículo.

-Mi segundo hermano, Kent, se trasladó a este estado hace ya varios años. Siempre había querido conocer el país y pensó que, además, estaría bien que le pagaran por ello, así que conduce camiones por todo el territorio. Vine a visitarle un verano y me convencí de que debía trasladarme aquí también. Le acompañé unas cuantas veces por las grandes rutas y, finalmente, decidí probar sola. Ese trabajo me duró sólo un año: demasiado aburrido para mi gusto, y aburrirse en la carretera puede ser realmente peligroso.

-¿Cómo identificas aburrimiento con peligro?

-Si te quedas dormida al volante.

Por alguna razón, su mirada inexpresiva le indicó que necesitaba una explicación. Brittany decidió que Martha le instruyera sobre ese tema, y debió de hacerlo, porque él asintió con la cabeza en señal de haberlo comprendido al cabo de un momento.

-¿No querías hacer algo distinto de lo que hacían tus hermanos?

Brittany sonrió.

-¿Por qué no utilizar los conocimientos aprendidos?

De hecho había pensado en alistarse en el ejército, pero decidió no revelarle aquella información. Daba la talla, evidentemente, pero había descartado la idea porque prefería seguir su propia disciplina en lugar de una impuesta. Además, le gustaba crear y construir cosas, le gustaba dejar huella.

-Al final sí seguí mi propio camino. Mi hermano menor, Devon, es granjero de nacimiento. Le encanta cultivar la tierra, pero a mí no. De hecho, estaba ansiosa por levantar el vuelo y marcharme de la granja. Devon sigue allí ayudando a nuestro padre, y es probable que continúe la tradición cuando mueran nuestros padres.

-Uno cultiva, uno construye, otro arregla y otro transporta. Tienes una familia adecuada para el comercio.

-Creo que te refieres a variopinta.

Dalden frunció el ceño dejando que ella lo interpretara a su manera. Por un momento, Brittany deseó que le prestara el auricular, ya que pensó que él no haría el mismo esfuerzo que ella para explicarle las cosas.

-¿Y el otro trabajo que te ata? -preguntó a continuación.

-Ése es pan comido: en el balneario por las tardes y los sábados. Lo podría llevar una sola persona, pero somos dos, así que no hay mucho que hacer aparte de llevar la recepción y aconsejar a la gente cuando quiere iniciar un programa estricto de ejercicio. Allí trabajo con Lenny, y nos llevamos bastante bien. Tenemos un pacto: él intenta no darme la paliza y yo no lo le lanzo pesas a los pies cada vez que tengo ocasión.

Otra vez había intentado hacer una gracia y, otra vez, él se había quedado en blanco. Se sentó un poco más adelante y, en un tono conciso y un tanto amenazador dijo:

-¿El hombre con el que trabajas te pega?

Brittany le lanzó una mirada desconcertada y trató de explicarle.

-Dar la paliza tiene un significado completamente distinto al «te pega» que tú has empleado. No, Lenny nunca me ha golpeado, pero varias veces ha intentado que saliera con él.

-¿Salir, adónde?

-Salir, quedar... -esta vez no era el único que se había quedado en blanco; también el audífono permanecía en silencio-. ¡Oh, vamos! Tienes que entender lo que significa una cita. Cuando un chico y una chica se encuentran para conocerse mejor.

-¿Hablas de diversión?

Fue aquella radiante sonrisa lo que hizo que respondiera con suma cautela.

-Sí, bueno, como mínimo, puede esperarse que una cita sea divertida, pero no siempre es así, y algunas pueden resultar un verdadero desastre al fi...

Se quedó muda. Dalden parecía alarmado y pudo oír el sonido inconfundible de unas risas que provenían del auricular. Lo dejó por imposible. O le estaban tomando el pelo o el que le había enseñado inglés no tenía ni idea.

-Creo que tendremos que parar un momento en la biblioteca por la mañana para conseguirte un buen diccionario de inglés. Tardarás unas semanas en estudiártelo, pero es evidente que no aprendiste todo lo que debías la primera vez.

-Soy consciente de que tenemos dificultades para comunicamos, pero no podré leer uno de vuestros libros. El método de aprendizaje fue auditivo y no visual.

Brittany respiró hondo.

-¿Tu profe era un completo idiota o fuiste a una de esas academias...?

Las risotadas que se oyeron en el audífono fueron realmente escandalosas esta vez, y Dalden tuvo que tirar del cable para evitar que le estallara el tímpano.

Brittany lo miró con expresión inquisitiva.

-Deja que lo adivine. ¿La chica que está al otro lado de la conexión fue tu profesora?

Hizo una mueca, pero lo confirmó.

Ella no pudo por más que echarse a reír y añadir:

-De acuerdo, voy a suponer, porque todavía te está enseñando la señorita Institutriz, que aún no has completado ni un curso, o sea que, de hecho, lo estás haciendo bastante bien. No es que sea un problema, sólo que perdemos bastante tiempo con todas las explicaciones. No pasa nada.

El auricular había enmudecido mientras ella hablaba, alentándole a Dalden a que se arriesgarse a volvérselo a colocar en la oreja. Zumbó unos instantes a un volumen normal. Resultaba obvio que la tal Martha era un tanto temperamental, pero capaz de controlarse con rapidez y centrarse nuevamente en el tema.

Dalden prosiguió.

-Me dicen que tu idioma es más similar al nuestro de lo que pensábamos en un primer momento. Sacado de los ordenadores, parecía muy básico, pero oyéndote hablar, las similitudes son más perceptibles.

-¿Similitudes con qué? ¿Con tu propia lengua?

-No, no, con la antigua lengua del pueblo de mi madre, que yo comprendo bien. Si esto sigue así y tienes otras palabras con los mismos significados, obtendré las traducciones correctas al instante y no tendremos más dificultades para comunicarnos.

-Ah.

Levantó una mano para indicarle en silencio que esperara, que estaba recibiendo más explicaciones. El sonido que emitía el auricular era un murmullo, un zumbido a bajo volumen como el que hacen las cintas magnetofónicas al rebobinarlas a toda velocidad, excesiva para poder entenderlo. A lo mejor se había averiado. En fin, tampoco le importaba tener que explicarle las cosas, pero le molestaba la presencia de Martha interrumpiendo a cada momento. ¿Cómo se suponía que iban a conseguir estar a solas para conocerse mejor con esa fisgona siempre conectada a su oído?

CAPÍTULO 12

-¿No se puede desconectar?

Brittany notó cómo le ardían las mejillas justo después de decirlo. No tendría que haberlo preguntado. Delataba su obvia preferencia por estar con Dalden a solas.

Él pareció no advertir ningún significado oculto en la pregunta y respondió con toda naturalidad.

-Sólo se puede inutilizar a Martha parcialmente. Puede apagarse de manera que no hable, pero no hay manera de evitar que escuche.

Brittany supuso que se había perdido parte del significado en la traducción, porque parecía que Martha tenía medios para escucharle que escapaban del control de él, cosa que le hizo pensar en su apartamento lleno de dispositivos de espionaje, una idea totalmente absurda. No iba a empezar ahora a mirar debajo de las mesas.

No siguieron porque finalmente se oyeron ruidos tras la puerta de Jan, unas cuantas palabrotas, y al cabo la puerta se abrió y Jan salió dando traspiés medio grogui y frotándose los ojos.

-He tenido un sueño extrañísimo. -Entonces vio a Dalden en el sofá-. Bueno, a lo mejor no fue un sueño. ¿Quién co...?

No terminó la pregunta, iba repasando poco a poco a Dalden y sus ojos iban abriéndose cada vez más. Jan estaba babeando, aunque no en el sentido estricto, por lo menos hasta que Dalden se levantó del sofá para volverse hacia ella y no tener que estirar el cuello para mirar hacia atrás.

Jan sí tuvo que estirar el cuello. No era muy alta y tenía que hacerlo para mirar a Brittany a la cara cuando estaban cerca, pero los dos metros diez de Dalden eran un poco intimidantes. Había quedado atónita por lo guapo que era, pero su estatura la hizo retroceder hasta casi volver a entrar en la habitación.

Se detuvo en la puerta y soltó:

-¡Por todos los santos! -Luego se le ocurrió una explicación-. ¿Es uno de tus hermanos, eh? Podrías haberme avisado de que iba a venir.

Jan no conocía a ninguno de los hermanos de Brittany pero, por algún motivo, había supuesto que todos eran más altos que ella. No era cierto: York medía uno noventa y cinco, pero los otros dos eran más bajos.

-No somos parientes. -respondió Brittany.

-Ya veo. -Jan miró a Brittany y, viendo sus mejillas encendidas, añadió-: ¡Ah, ya veo! -y también se ruborizó.

Brittany los presentó y trató de explicar qué hacía Dalden allí. A continuación, huyó hacia la cocina con el pretexto de empezar a preparar la cena y se quedó allí hasta que remitió

el calor que sentía en las mejillas. Le horrorizaba pensar que se había sonrojado más en un día que en los últimos años.

No tenía que preocuparse por haber dejado a Jan a solas con Dalden. Aquel «ya veo» significaba que lo había entendido a la perfección. Jan incluso se las apañó para desaparecer gran parte de la velada. Después de todo, era una alcahueta compulsiva y llevaba tres años, desde que eran compañeras de piso, intentando emparejar a Brittany con mi chico tras otro, de modo que aquella noche no iba a hacer de carabina cuando era tan evidente que Brittany se sentía atraída por el invitado.

Brittany preparó la cena más espléndida de toda su vida.

Incluso estrenó el libro de cocina para no cometer el menor error. Más tarde, cuando se dio cuenta de lo que había hecho y de que se había angustiado para impresionar a Dalden, se enfadó consigo misma. Si no le gustaba como era, no tenía sentido iniciar una relación. Ella no cambiaría por nadie, se sentía muy bien con su vida y los objetivos que se había marcado.

Él quedó impresionado con la cena (rebañó el plato tres veces). Sabía que los hombres de aquella corpulencia podían comer mucho de una sola sentada, sus hermanos eran prueba de ello, pero se sorprendió de la cantidad de comida que ingirió Dalden. Afortunadamente, había preparado suficiente y no faltó, pero tampoco sobró nada. Menos mal que Jan era muy golosa y había medio pastel de chocolate para los postres. Con un cuarto y un cartón entero de leche, estaba segura de que su invitado quedaría por fin saciado.

Y entonces fue cuando empezó a ponerse nerviosa.

Debía de ser normal, supuso, que, faltando todavía unas horas para ir a dormir, empezara a pensar en el sexo. No era que la idea no le hubiera estado rondando, ni que no hubiese pensado abiertamente en ello a lo largo del día. Nunca había conocido a nadie por quien sintiera una atracción tan fuerte, y como el interés parecía mutuo, esperaba que Dalden diera el primer paso en algún momento de la noche.

Buscando una distracción inmediata, encendió el televisor. A veces lo utilizaba para superar los momentos de tensión con sus citas. Pero Dalden no le prestó la menor atención, no hacía más que mirada a ella, lo que disparó su nerviosismo.

-¿Qué quieres ver?

-¿No te parece obvio? -precisó él con una sonrisa.

Otra vez las mejillas ardiendo.

-Me refería a la tele. -aclaró.

Por fin echó un vistazo en la dirección que ella había señalado con la cabeza al responderle y, después de examinar visualmente la consola que estaba en el suelo, en lugar de mirar a la pantalla, comentó:

-Qué computadora tan extraña.

-No es una computadora. -hizo una pausa dando muestras de incredulidad-. ¡Oh, vamos! No me irás a decir que conoces los ordenadores pero no has visto antes un televisor, cuando la televisión existe desde mucho antes que los ordenadores.

-Me dicen que es una forma de entretenimiento.

-Pero no lo sabías hasta que Martha te lo dijo, ¿no es cierto? ¿Cómo es posible? -Lanzó la pregunta, pero se respondió ella sola-. Vale, puede que vivas en el quinto pino y que en tu pueblo no tengáis electricidad. Pero, por favor, la mayoría de los ordenadores también requieren electricidad. Entonces, ¿cómo puede ser que conozcas una cosa y no la otra, si en casi todos los hogares tienen uno, dos y hasta tres televisores antes de empezar a pensar en ordenadores?

No respondió. Se puso en pie, se colocó frente a ella y la puso en pie. Con una mano le acarició la mejilla e inclinó la cabeza para que sus ojos se encontraran con los de ella. Aquello desechó rápidamente cualquier intención de interrogarle. Más tarde pensaría si lo había hecho

a propósito, para no tener que responder a sus preguntas, pero en aquel momento estaba totalmente embriagada por la emoción y, simplemente, no le importaba.

-Me gusta vuestra idea de cita, ahora que la entiendo mejor. -dijo-. Pero creo que te gustaría más mi idea de diversión. Ambos sabemos lo que el otro desea, así que podríamos dejar las citas para después de la diversión.

Apenas podía pensar con claridad para poder descifrar lo que acababa de decir, pero lo hizo.

-Creo que tu definición de diversión es realmente extraña.

-En absoluto. -contestó-. Aunque lo llames hacer el amor, estarás de acuerdo en mi forma de denominado, es diversión.

-Sí, bueno, sí, eso dicen, sí, pero... ¿Estás diciendo que nos saltemos el rollo de conocemos mejor y todo eso y que vayamos directos al grano?

Le dedicó una hermosa sonrisa.

-Si eso significa que me llevarás adonde duermes, sí.

CAPÍTULO 13

El cosquilleo en el estómago de Brittany iba en aumento. Sentía el corazón golpeando contra el pecho. Su instinto le decía que arrastrara a Dalden directo a la habitación, pero llevaba a la espalda veintiocho años de educación estricta que la mantenían enraizada al suelo, inmóvil en medio del salón.

Ni siquiera la había besado. Acababan de conocerse; no hacía ni seis horas. ¿Cómo podía ceder ante tales impulsos primitivos? ¿Y cómo podía no ceder, después de tanto esperar al hombre adecuado?

No era que tuviera que esperar hasta estar casada. Muy pocas mujeres lo hacían ya en una época en la que primaban otros aspectos. Y había deseado hacerlo con Tom, antes de que hiciera aquel comentario que congeló todo lo que sentía por él. Ahí estaba el problema. Después de varios meses saliendo, se habían despertado sus sentimientos, le pareció que lo conocía muy bien. Puede que al final no fuera cierto, pero ella creyó que sí. En cambio, a Dalden no lo conocía de nada y estaba reaccionando hacia su persona de un modo puramente físico que no tenía nada que ver con las emociones;

Pensó que quizás estaba más chapada a la antigua de lo que creía cuando se oyó a sí misma decir:

-No estoy segura de que pueda pasar por alto mis principios morales, Dalden Casi no te conozco.

No pareció especialmente decepcionado. En cualquier caso, no le habían dado un «no» rotundo.

-¿Necesitas salir primero un poco?

-Normalmente se hace así.

-Nuestro encuentro no puede considerarse normal, *kerima*. Hemos conseguido encontramos en medio de todo el universo. Lo que hay aquí, entre nosotros, es más fuerte que cualquiera de nuestras culturas, más fuerte que cualquier principio.

¿Sería cierto? Desde luego, ella nunca había experimentado nada parecido. ¿Estaba diciendo que él tampoco? Se ilusionó tanto con aquel pensamiento que, literalmente, las rodillas le flaquearon. No obstante, había una pequeña parte racional que la advertía de que

algunos hombres decían cualquier cosa que creyeran que querías escuchar si veían cerca su victoria sexual.

Deseó que ese lado racional se hubiera quedado calladito.

No quería pensar que Dalden fuera uno de ésos. Pero tuvo que recordarse una vez más que no sabía casi nada de él. Sólo le había dicho que estaba allí para llevar a cabo una misión, bastante extraña, por cierto, y que necesitaba su ayuda.

-Se ha percibido tu incertidumbre. -hizo notar él empleando un tono sin inflexiones, sin la menor muestra de decepción-. De acuerdo, esta noche la dedicaremos a la cita y mañana nos concentraremos en la diversión.

Ella se echó a reír. No pudo evitarlo. Aún no lo había captado y, sinceramente, no tenía ganas de explicárselo más. Tampoco le dio ocasión. De repente, la besó. Por lo visto, creyó que estaba permitido, que formaba parte de la cita, pero ella no hubiese podido poner ninguna objeción en el maravilloso momento de saborearlo por primera vez.

La otra mano de él subió para posarse en su mejilla izquierda y su rostro se vio cálidamente acogido entre sus grandes palmas. Sus labios eran extremadamente suaves. Sus cuerpos estaban separados, sólo sostenía su cara mientras la besaba Con dulzura, pero ella sentía como si la acariciaran por todas partes. Haberle sentido plenamente cerca hubiese sido demasiado para sus sentidos, que ya estaban casi fuera de control.

Descubrió que estaba en lo cierto cuando, unos minutos más tarde, él se sentó en la silla donde había estado ella y la atrajo para sentada sobre sus rodillas. Como llevaba pantalón corto, tenía las piernas descubiertas y notaba la agradable suavidad del cuero de sus pantalones. Fue una de las sensaciones más sensuales que jamás había experimentado, ni por asomo parecida a la de los tapizados de cuero. Pero aquello sólo correspondía a la mitad de lo que pudo notar, ya que estaba sentada de lado sobre sus piernas.

Contra su cadera sentía toda la potencia y la fuerza del deseo de Dalden, imposible no notado. Tenía uno de los pechos presionado contra su costado y el otro rozó el pecho del hombre cuando él le levantó el brazo para que le rodeara el cuello. Después, él situó una mano sobre el muslo de ella para que no resbalase, a pesar de que las posibilidades de que la piel resbalase sobre el cuero eran escasas. La otra mano la sostenía por la espalda y la acercó más a él mientras su boca se aproximaba de nuevo a la suya. Aquel beso fue distinto, profundo, insistente, reivindicándola suya.

Aquello era más de lo que ella podía soportar: el beso sumado a sentir su contacto en tantas partes del cuerpo. La pasión que la invadió fue arrebatadora. No tenía ninguna experiencia similar con la que poder compararla. Apartó todos sus pensamientos, todo excepto el sentimiento y el deseo.

Se aferró a él con todas sus fuerzas. Le besó como si quisiera devorarle. No pudo culparle por haber sacado sus propias conclusiones.

-¿Has cambiado de opinión? -preguntó-. ¿Vas a enseñarme dónde duermes?

Le costaba respirar, mientras que el tono de la voz de él era la calma personificada.

-No, no, es sólo que... Me he dejado llevar.

-No era mi intención castigarte y, sin embargo, estas citas de las que hablas parece que sólo sirven para eso.

-¿Cómo? -Realmente ella no podía pensar con claridad en aquel momento, pero ¿cómo podía él comparar besarse con un castigo?-. Pensaba que habías entendido la definición de «castigar». ¿Necesitas que traiga el diccionario?

-El castigo puede infligirse de muchas maneras.

Brittany empezó a comprender, lo bastante como para darse cuenta de que podía estar hablando de castigo sexual, como el que a veces practican las parejas casadas cuando uno está enfadado con el otro.

-¿Te refieres al tipo de castigo, por ejemplo, como si yo te dijera que tengo dolor de cabeza?

El hombre frunció el ceño con expresión de máxima preocupación.

-¿Te duele la cabeza?

-No, es sólo una comparación. -suspiró-. No importa. Y no tienes por qué seguir acariciándome. Ahora lo tengo todo bajo control.

Desde el momento en que mencionó el castigo, había estado acariciándola de una forma nada sensual, tratando de calmada como si fuera una chiquilla. No es que surtiera efecto, puesto que el mero hecho de que la tocara le resultaba estimulante, pero él no parecía necesitar tranquilizarse. Si no hubiese notado aún aquel bulto contra la cadera, hubiese jurado que no había participado en el apasionamiento que acababan de experimentar. Su serenidad (además de excepcional) no tenía nada que ver con las anteriores experiencias que ella había tenido con hombres.

Pero entonces se fijó en sus ojos y estuvo totalmente segura de que no era ella la única que estaba sofocada y excitada. Él se sentía igual que ella, bien. Sus ojos ambarinos se habían tornado de oro líquido, encendidos por una pasión tan intensa que daba miedo en un hombre de tal envergadura. No obstante, su capacidad de control era casi sobrehumana. Respiraba a un ritmo normal. Ni sudaba. Hablaba en un tono templado y su corazón debía latir acompasado.

Pero con aquella pasión oculta bajo la superficie, latente, Brittany creyó prudente distraerse y distraerlo a él. Por eso preguntó:

-¿Cómo me has llamado antes? -y ante la expresión de extrañeza de él puntualizó-: ¿Esa palabra extranjera, cara-no-sé-qué?

-¿*Kerima*? Significa «pequeña».

Ella soltó una carcajada.

-Ya sé que eres grande, pero yo también lo soy. Da gusto escucharlo, de veras, pero me parece un poco ridículo que me llames pequeña.

-Para tus hombres, quizás. Para mí tienes el tamaño perfecto. Si fueras más pequeña, temería romperte.

Brittany esbozó una sonrisa.

-A ver si lo acierto. Has tenido el mismo problema que yo, cuesta encontrar una pareja de estatura aceptable.

La sorprendió al negado con la cabeza.

-La estatura importa poco. La fragilidad es más preocupante, pero tú no eres frágil, ¿verdad?

-Manejar el martillo todo el día te ayuda a conseguir un buen cuerpo, y con eso no pretendo hacer un juego de palabras.

-¿Juego de palabras? ¡Ah! Te refieres a conseguir un cuerpo fuerte pero también un cuerpo hermoso.

Asintió complacida.

-Vaya, esta vez lo has captado sin necesidad de explicación.

-Ahora tengo la traducción correcta de todo menos de lo que llamáis nombres de marca.

-No lo entiendo. ¿De repente lo entiendes todo? ¿Hace tan sólo unas horas ni las palabras más simples tenían pies ni cabeza y ahora sí?

-Así es.

-Entonces espero que puedas convencerme de que no has estado tomándome el pelo todo el rato, porque lo que estás sugiriendo es simplemente imposible.

Había saltado de sus rodillas y estaba de pie en jarras, lanzándole una mirada feroz, así que el siguiente comentario no venía al caso.

-Estás enfadada.

-¡Maldita sea! -refunfuñó-. ¡No me gusta hacer el ridículo!

-No lo has hecho. -seguía utilizando el mismo tono sereno-. El error fue debido a la lentitud de vuestras computadoras, pero ya ha sido subsanado. Llevo unas horas recibiendo las traducciones correctamente.

-¡Los cursos de idiomas no funcionan tan rápido!

-Me dicen que puedes entender las nuevas tecnologías. -dijo-. El método de aprendizaje que estoy usando todavía no es conocido en todo el universo.

-Mundo. -masculló un tanto más calmada, aunque todavía no creía que se hubiese inventado algo que pudiese, acelerar tanto el proceso de aprender un idioma. De todas formas, daba la impresión de que no todo funcionaba tan bien, ya que todavía fallaban algunas palabras.

-¿Explicación?

-Sigues utilizando la palabra «universo» cuando es evidente que te refieres a «mundo». Decir universo implica más allá de este planeta, pero no hay nada en el espacio, o como mínimo no hay vida, de modo que «mundo» sería una palabra más descriptiva para lo que quieres decir.

Él esbozó una sonrisa.

-¿Estás segura?

-¿De que es una palabra más acertada?

-De que no hay nada ahí fuera.

Brittany resopló, se hubiese extendido con la idea de que hay que ver para creer y todo eso, pero de nuevo se distrajo totalmente. No había saltado muy lejos de la silla. Él se había sentado un poco más adelante y había reducido la distancia que los separaba, así que no necesitó ni estirar los brazos para ponerle las manos en las caderas y atraerla hacia sí.

-¡Eh...! Pero... ¿Qué, qué estás haciendo? -soltó entrecortando las palabras.

Había rodeado sus caderas con un brazo para colocada en la postura que deseaba y mantenerla firme. La otra mano descendió brevemente desde el extremo del pantalón por la pierna desnuda casi hasta el tobillo. Tenía la cabeza justo entre sus pechos.

La ladeó para responder con una sonrisa en los labios.

-Estoy saliendo contigo.

Se hubiese puesto a reír de no ser porque se le habían colapsado los sentidos. Había notado el intenso calor de su aliento entre los senos y notaba cómo la piel de gallina le descendía por las piernas.

Y él tenía un aspecto tan juvenil, con aquella sonrisa, tan feliz por la respuesta que había dado, tan entusiasmado por lo que estaba haciendo, que no tuvo valor para corregirle. Pero debía hacerlo, porque temía que no hubiese entendido sus objeciones al hecho de divertirse tan de repente.

-No, esto no es salir, esto ya es la fase siguiente. Quizá te ayude una mejor definición de cita. Estamos hablando de una reunión o encuentro social entre dos personas de sexo opuesto, normalmente con un propósito específico, como ir al cine, a cenar, de picnic, cosas así. Y, por lo general, cuando salen juntos, hablan de muchos temas, lo que les permite conocerse mejor. En nuestro caso, yo he hablado mucho, pero tú muy poco.

Finalmente borró la expresión ceñuda.

-¿Y no sería un obstáculo, mi dificultad para hablar?

Ella le apartó el pelo de la frente.

-Hablas bien, Dalden, pero no hablas mucho de ti. ¿Entiendes que necesito meterme dentro de tu cabeza, tener la sensación de que sé todo lo que hay que saber sobre ti antes de llegar a algo tan íntimo como hacer el amor?

La soltó, despacio.

-Me recuerdan que tengo una misión concreta y que mi necesidad de unirme a ti no puede interferir. Cuando haya cumplido mi cometido, podré hablar de mí mismo. Hasta entonces, me advierten de que tu gente no debe saber quién soy.

-Es decir, que tienes un motivo para no hablar de ti. ¿No puedes?

Negó con la cabeza y suspiró. Se reclinó en la silla y la contempló, con tanto anhelo en la mirada que a Brittany se le cortó la respiración.

No lograba imaginar cuál era el motivo de mantener tan en secreto su identidad, a no ser que no quisiera poner al tal Jorran sobre aviso de que le estaba siguiendo la pista. ¿Sería realmente tan importante el motivo? Tenía las manos atadas, por así decido. Estaba claro que no podía hacer nada al respecto, tan sólo aceptado. Además, había dicho que podría hablar libremente una vez cumplida la misión, así que todavía quedaba esperanza.

A pesar de ello, en su tono había un cierto grado de decepción que no pudo ocultar al decir:

-Entonces, supongo que tendremos que concentramos en cumplir la misión. Nos irá bien un buen sueño reparador y empezar pronto por la mañana.

-¿Dormirás conmigo?

Fue increíble el efecto que le produjeron aquellas dos simples palabras. El impulso de volver a saltar a su regazo y empezar otra vez a besarle -al diablo lo de conocerse mejor- fue tan irrefrenable que tuvo que dar un paso atrás para resistirse. Aquel tipo de tentación era lo más fuerte que había experimentado jamás, más de lo que podía esperarse que controlara. ¿Cómo podía responderle que no si su cuerpo vibraba con fuerza, lleno de deseo, sólo de pensado?

Con toda su sinceridad, le respondió:

-No creo que pueda dormir sintiéndote a mi lado.

-Podrás. -insistió con confianza mientras le tendía la mano-. Entre mis brazos estarás tranquila. Lo único que te impide estar conmigo es esa «moralidad» de la que hablas. Descansaré mejor si estás entre mis brazos. Así sabrás que no tienes nada que temer de mí.

Imposible decir que no a una simple petición de proximidad. Brittany sabía que no podría pegar ojo, la envolvía una gran tensión sexual, y el hecho de estar cerca de él empeoraría las cosas. Pero le dio la mano y dejó que la subiera a sus rodillas y la colocara para que estuviese lo más cómoda posible.

Por un momento, volvió a sentirse como una niña, acurrucada en el regazo de su madre. Las luces aún estaban encendidas, y el televisor, con el volumen bajo, emitía un ronroneo monótono. Era absurdo tratar de dormir en una silla teniendo una cama estupenda tan cerca. Estuvo a punto de mencionado, pero prevaleció la cautela y permaneció callada.

Él tampoco dijo nada más, pero su mano aproximó la cabeza de ella a su pecho descubierto, a la abertura de la guerrera. No supo cómo lo consiguió, pero se quedó dormida escuchando el latir regular de su corazón.

CAPÍTULO 14

Brittany se despertó al amanecer, cuando los pájaros de los dos árboles que había frente al bloque de apartamentos iniciaron sus saludos matutinos. No se movió enseguida, simplemente abrió los ojos y asimiló el hecho de que estaba tumbada sobre un cuerpo enorme y que estaba totalmente feliz de estar allí.

Dalden se había levantado de la silla en algún momento de la noche y ya no estaba sentado sino tendido, casi boca abajo, de modo que ella tampoco estaba sentada. En realidad estaba encima de él, con una pierna doblada sobre su cadera y la otra perdida bajo la mesa que había frente a la silla.

Se preguntó qué habría pensado Jan al volver a casa y encontrados de aquella manera. Las luces y la televisión estaban apagadas, prueba de que Jan había cruzado la sala en silencio sin despertados. Era probable que Brittany y Dalden se hubiesen marchado antes de que Jan se levantara para ir a trabajar, ya que empezaba mucho más tarde que Brittany, lo que le recordó que tenía que llamar a Arbor y al balneario para informados de que se tomaba unas cortas vacaciones.

-¿Has dormido bien, *kerima*?

Levantó la cabeza para encontrarse con esos hermosos ojos ambarino s observándola.

-¿También te han despertado los pájaros?

-No, ha sido tu ronroneo.

Brittany gritó, balbuceó y rió, todo a la vez.

-Yo no ronroneo como los gatos.

Él le dedicó una sonrisa.

-Quizá he sido yo, entonces. No puedo desear ninguna otra cosa que no sea despertarme contigo en mis brazos cada nuevo amanecer.

Brittany se quedó un tanto pasmada, en realidad, anonadada. Aquellas palabras hacían referencia a permanencia, a para siempre, a no separarse nunca. Era algo que una mujer pensaría o diría, pero ¿un hombre? Pero si los hombres casi pasaban una agonía antes de pensar, ni que fuera remotamente, en algo parecido al compromiso. Aunque había utilizado la palabra «desear», lo cual podía cambiar el sentido. No lo decía en serio, «vamos casémonos». Estaba bromeando.

Aquella conclusión llegó a molestada, tanto como para apartarse de él y espetarle:

-Ojo, grandullón, tus deseos podrían hacerse realidad.

No consiguió alejarse mucho, porque los brazos de él la rodearon y pronto se dio cuenta de que era inútil intentar soltarse. Le lanzó una mirada que decía «suéltame o...», aunque, en, realidad, no se le ocurría ninguna amenaza. De todas formas, estaba segura de que él lo captaría. No funcionó. Todavía no iba a dejar que se apartase de él, y no había más que hablar.

-¿Qué te ha molestado? -preguntó.

-No estoy molesta. -respondió malhumorada.

Él repitió la pregunta, negándose a aceptar su evasiva.

-¿Qué te ha molestado?

-De acuerdo, tú lo has querido. Odio que los hombres siempre digan cosas que no piensan.

-¿Las mujeres no lo hacen?

-No tanto, y además...

-¿No acabaos de decir algo que no piensas al responder que no estabas molesta?

-No. Eso era directamente una mentira. No es lo mismo, en absoluto. Me refiero a cosas que se dicen los hombres y las mujeres y que tiene relación con los sentimientos, que pueden crear esperanzas y expectativas, que al final destruyen una relación cuando se hace evidente que no eran más que una M.

-¿Todo este resentimiento por un deseo que pienso hacer realidad? -de repente se oyó el zumbido del auricular, que seguía colocado en su oreja y que le recordó a Brittany que no estaban solos-. Me están diciendo que necesitas que te lo pidan, que no puedo decidir yo cómo debe ser.

-¿De qué estás hablando ahora? -exigió.

-De una diferencia de culturas, y una que considero inaceptable. Puedo pedirlo, pero si la respuesta no es la adecuada, retiraré la petición y la cuestión se resolverá al estilo Sha-Ka'ani.

Tuvo la clara impresión: de que en aquel momento estaba hablando con Martha y no con ella. Percibía su preocupación y, aunque no se reflejara ni en su tono de voz ni en su expresión, a ella le resultaba evidente. No le había gustado nada la interrupción de Martha, como a ella.

Se preguntó por qué no había hablado con la señorita Metomentodo antes. Si aquella mujer podía oír todo lo que decían y le hablaba a través del auricular, ¿no le hubiese sido más fácil pedirle a Martha que le aclarara todos los puntos con los que había tenido dificultad la noche anterior, en lugar de dejar que adivinara lo que necesitaba saber?

Brittany percibió al instante en qué momento la atención de él se concentró en ella. Sus ojos la absorbieron, y parecía que su cuerpo también y, caramba, de nuevo el bulto. Dalden incluso la colocó y la apretó contra él, buscando el punto exacto de su cuerpo donde él encajaba.

Un torbellino de deseo la recorrió de pies a cabeza, así que fue un jarro de agua fría oírle decir:

-¿Qué significa «eme»?

Esta vez consiguió zafarse de él, aunque clavándole un codo en el estómago para poder levantarse.

-Sé que me oyes, Martha. Así que ésta se la explicas tú.

Se dirigió a grandes zancadas hacia la cocina para preparar café y llamar a Arbor. Tendría que esperar unas horas hasta que abrieran el balneario.

Cuando se volvió hacia el salón con las tazas de café en las manos, volvía a tener bajo control las llamaradas de la pasión. No llegó muy lejos. Dalden bloqueaba la puerta, con una toalla de baño al cuello que sobre sus hombros parecía más bien una toalla de las manos, sin camisa. No había tenido tiempo de ducharse, y tampoco estaba mojado, estaba guapo, demasiado guapo, tan guapo que ella quiso fusionarse con ese espléndido cuerpo.

Ya le había visto una buena parte del pecho a través del corte de la camisa, pero era mucho mejor vedo entero. Aquel hombre era demasiado enorme. Nunca había visto a alguien tan corpulento, ni en fotografías. Si no fuera tan alto, tendría un aspecto realmente extraño, pero con su estatura, parecía nada menos que gigantesco. Se imaginó un gigante de fantasía, con un garrote tan grande como él. Hubiese reído de su propia imaginación si no se hubiese sentido tan fascinada por aquella piel dorada.

No había músculos en tensión ni piel tirante que los acomodara, todo natural y en posición relajada, sólo que descomunal. Y aquellos brazos, mucho más robustos de lo que podría haber imaginado cuando estaban ocultos bajo las mangas anchas. En ellos debía de acumularse una fuerza sorprendente. Se preguntó si estarían registrados como armas letales. Y, a pesar de ello, la había abrazado con ternura toda la noche. Su tierno gigante.

Esbozó una sonrisa, que se borró de su rostro, al igual que los dulces pensamientos de su mente, cuando Dalden sugirió:

-Martha dice que, como te has dirigido a ella directamente, se te permite oír su voz.

-¡Guau, qué afortunada que soy! -respondió con sarcasmo mientras le dejaba una taza de café instantáneo en la mano.

-Ahórrate los celos, muñeca. -la voz clara emergió de la caja y Brittany casi dejó caer la taza que llevaba en la mano-. No soy lo que has estado pensando y, para que te hagas una idea, te diré que yo estaba allí cuando nació e incluso asistí a su madre. ¿Te sirve eso? Sí, ya veo que sí.

El rostro de Brittany se iba encendiendo con llamas mortificadoras. Por favor, había sentido celos de un nombre, una voz, una mujer sin rostro, sin pensar en ningún momento que aquella mujer podía ser más bien como una abuela.

Para disimular la vergüenza, le preguntó a Martha:

-¿Cómo puedes vemos?

-Hay seis visores instalados en la unidad combo que Dalden lleva en el cinturón, uno en cada lado, así que no importa hacia donde mire él, yo siempre obtengo un buen plano de lo que ocurre a su alrededor.

-¿Así que también es una cámara?

-Sí, podrías llamado así. De hecho, ¿por qué no lo llamamos un modelo nuevo y avanzado de lo que tú conoces como teléfono celular o móvil, en fase de experimentación, y que, obviamente, no está dando buenos resultados? Tendría que haberlo montado en un modelo antiguo, porque ahora sé que vuestros hombres de negocios van por ahí con ellos pegados a la oreja y no hubiese llamado mucho la atención.

-¿Que no hubiese llamado la atención? ¿Él? -respondió Brittany-. ¿Estás bromeando, verdad?

De la caja salieron sonidos comparables a risitas.

-Dejando a un lado su aspecto. Necesita pasar desapercibido. No queremos que Jorran advierta su presencia y tenga ocasión de desaparecer.

-Si quiere pasar desapercibido, tendríamos que parar en el centro comercial de camino al ayuntamiento para comprarle ropa normal. Este atuendo de estrella del rock estaría bien en Los Angeles, donde la gente espera ver a los famosos con conjuntos elegantes, pero por Seaview no pasan muchas celebridades.

Martha no podía ver la expresión atónita de Dalden desde ningún ángulo de la cámara, pero sabía que la tenía.

-Está hablando de la industria del ocio, Dalden, pero lo más importante es que te va a comprar la ropa que llevan ahí.

Brittany hizo un gesto de incredulidad.

-¿Ah, sí? Bueno, supongo que sí, pero mientras sigues al otro lado, ¿qué tal si me cuentas por qué no lleva dinero en efectivo, o es que lo mandaron a este país sin blanca?

-Esta pregunta la clasificaría como difícil de explicar, cariño. Tiene un buen motivo para no llevar dinero, pero ahora no podemos revelado.

De la caja no salió ninguna otra explicación. Brittany se preguntaba si Martha estaba esperando a que le disparara más preguntas ahora que podía. Pero, por el momento, no tenía ninguna otra, al menos ninguna que pensara que pudiera responderse y no entrara en la categoría «difícil de explicar». Bueno, sí, tenía una...

-Veo que tú no tienes el mismo acento que él. ¿No eres de su país?

-No, mis orígenes son muy distantes. Pero la voz que uso es totalmente irrelevante, puesto que puedo imitar cualquier tono, acento o idioma imaginables. Lo que oyes es sólo para tu comodidad.

Brittany estaba impresionada.

-¿Experta en lingüística o imitadora?

-Se podría decir que ambas cosas, aunque simplemente experta es una buena definición.

Quizás Dalden se sentía olvidado, pero volvió a atraer la atención de Brittany cuando preguntó:

-¿Crearás una comida que nos dé fuerzas para todo el día?

Brittany le sonrió.

-No sé por qué, pero tengo la impresión de que no vas a conformarte con un tazón de cereales con leche. No importa, batiré unos huevos y te prepararé un desayuno típico mientras tú te duchas.

-Pero primero tendrás que enseñarme cómo consigo agua.

Levantó una ceja, aunque no debería haberse sorprendido. En un pueblo sin electricidad, sería normal que tampoco hubiera saneamiento.

Aun así, prefería no elucubrar si podía obtener una respuesta directa, así que lo intentó.

-¿No hay duchas en el lugar de donde vienes?

-Nos bañamos en grandes piscinas.

Ella se imaginó grandes estanques con unos cuantos árboles y pocas plantas, un oasis, otra vez camellos. ¡Bah! Iba a tener que descubrir ella misma dónde estaba situado aquel país del que nunca había oído hablar. Aquella figuración de tiendas primitivas en un desierto no tenía relación alguna con la posibilidad de que fueran compatibles. Aunque a ella no le iban mucho las tiendas de campaña.

Se encaminó hacia el baño y se inclinó hacia el interior de la ducha para accionar el monomando y ajustar la temperatura del agua. Hacía sólo un año que habían cambiado la ducha y ahora tenía uno de esos modernos grifos que ocultaban la válvula. Si no sabías dónde estaba, nunca la encontrabas, así que podía entender que Martha esta vez no hubiera sido capaz de ayudarle.

-Mi madre utiliza otro sistema, un baño rayo solar. -indicó él mientras ella estaba con medio cuerpo dentro de la ducha, esperando a que saliera el agua caliente.

-¿Quieres decir baño solar? Bueno, es bastante moderno y te ahorra dinero. Yo tengo intención de poner placas solares en la casa que construiré, al menos para el calentador. Y también quiero un baño espacioso, probablemente del mismo tamaño que la habitación que habrá al lado. Desde que puse los pies en este cubículo he soñado con tener espacios amplios.

-Yo estoy acostumbrado a tener el baño en la habitación donde duermo. -señaló.

-¿Una piscina en el dormitorio? -ahora ya imaginaba un palacio, o una mansión gigantesca.

Se volvió para preguntarle de nuevo dónde diablos estaba aquel país, pero se lo encontró justo encima, a menos de un palmo de distancia. El baño era realmente pequeño. Ella misma no podía volverse sin darse en los codos y, con él dentro, no quedaba el menor espacio para maniobrar sin chocar.

No era fácil concentrarse teniéndole tan cerca, pero lo logró.

-Como mínimo podrías decirme en qué continente está tu país, ¿no? Para que pueda identificado con algo cuando utilizas referencias como piscinas en lugar de bañeras y...

No pudo terminar la frase. Cuando él la aupó y la besó ardientemente perdió la poca concentración que le quedaba. El cuerpo de él, su olor, su sabor, la envolvieron. Sus sentidos

empezaban a desmadrarse, junto con sus principios, y volvían a aflorar de forma irrefrenable. Entonces la dejó en el suelo y la empujó hacia la puerta.

-Sal de mi vista inmediatamente, *kerima*, a menos que quieras compartir conmigo la ducha y algo más ahora mismo.

Fue una forma totalmente clara y sincera de decide que había llegado al límite de su aguante sexual. Sin embargo, prevaleció la prudencia y quiso que se apartara de su vista.

CAPÍTULO 15

-No puedes seguir besándome para distraerme cada vez que te hago una pregunta que no quieres responder. Si es un secreto, simplemente dilo. Si me harto de oírtelo decir ya te avisaré, ¿estamos?

Estaban en el coche de Brittany de camino al ayuntamiento. Era mucho más tarde de lo que habían previsto. Le había puesto el desayuno a Dalden antes de salir y, decididamente, después de aquella comilona tendría que parar a comprar de regreso a casa.

Se había producido una situación divertida al salir del apartamento, cuando ella le dijo que no se fijara en el aspecto de chatarra de su automóvil, porque lo tenía en excelentes condiciones. Él, sin duda, interpretó mal la frase y empezó a buscar chatarras y *fembairs*, que ella imaginó que era su forma de llamar a los gatos.

Era ya casi mediodía, porque en el centro comercial habían tenido que recorrer todas las tiendas de ropa de hombre después de que en la primera quedara claro que iba a costar encontrar algo de la talla de Dalden. De hecho, no lo consiguieron. Vieron algunas camisetas de la talla extra-extra grande, pero no le quedaban bien y, además, dejaban al descubierto aquellos brazos que atraerían la atención tanto como la camisa que llevaba.

De todas formas, todavía quedaban esperanzas, al menos para el día siguiente. Una costurera de una de las mayores tiendas de ropa vio un reto en Dalden y, después de tomad e rápidamente algunas medidas, prometió tener unos vaqueros y una camisa de algodón para el final del día.

Brittany esperaba que Dalden atrajera algunas miradas, pero la experiencia en el centro comercial aquella mañana superaba sus expectativas. El día anterior no lo había notado porque ella misma fue incapaz de apartar sus ojos de él, pero Dalden producía aquel efecto en todo el mundo. Mirase donde mirase Brittany, veía gente observándole con la boca abierta y los ojos como platos; estaba provocando choques en cadena, pero de peatones. Hubo un niño que incluso le pidió un autógrafo, convencido de que era alguien famoso. ¿Tratar de pasar desapercibido? ¡Ja!

No habían tenido mucho tiempo para hablar en el trayecto hacia el centro comercial. Además, ella se había limitado a contemplado mientras él examinaba todo el salpicadero, como si nunca hubiese estado dentro de un coche. No obstante, había esperado hasta estar en el auto, donde él no se atrevería a besada otra vez, para sacar el tema de su forma especial de distraerla.

No esperaba una disputa. Había hecho el comentario con tal sutileza que no había margen para discutido. Con todo, quiso ir más allá.

-Pero es muy divertido, para los dos, besarte para distraerte.

Eso era innegable, pero la respuesta estaba fuera de lugar.

-¿Recuerdas lo que te dije de «conocernos mejor»? Eso incluye responder preguntas, no evitarlas.

-Cuando seas mía, Brittany Callaghan, podrás tener todas las respuestas que buscas. Me dicen, no obstante, que no te gustarán.

Gracias a Dios que el semáforo que tenían delante estaba en rojo, porque Brittany se olvidó momentáneamente de conducir. ¿Cu'ando la hiciera suya? De nuevo, aquello sonaba a algo permanente, y era él quien lo decía. No había dicho cuando hicieran el amor, ni cuando él concluyera su misión, sino cuando fuera suya. Las palabras le produjeron un efecto inmediato y primitivo.

Dentro del coche y conduciendo por la avenida no era el lugar idóneo para iniciar una discusión, de modo que intentó centrarse en la segunda observación para sacar su mente del mundo de ensueño. Infelicidad. Respuestas que no iban a gustarle. La estrategia funcionó.

Le echó una ojeada rápida y bajó la vista hacia la caja que él llevaba en la cadera, pensando que los objetivos de la cámara de Martha estarían funcionando.

-¿Cuándo utiliza ese «me dicen», está expresando sus opiniones o lo que tú le estás diciendo, Martha?

-En realidad no quieres oír sus opiniones, muñeca. -respondió Martha en un tono claramente divertido que volvió a sacar de quicio a Brittany.

-Pues sí, en realidad sí quiero. -estalló Brittany haciendo gala de su tozudez.

-No, no quieres. -replicó Martha, y después amplió la información-. Por los datos que tengo hasta ahora, tu cultura y la suya están en los extremos opuestos de todo el abanico de posibilidades, a una distancia que podría decirse de años luz.

-¡Bah! Eso es una simple exageración. -respondió ella.

Se oyeron unas risas en la caja antes de que Martha dijera:

-Si te sirve de algo, y las probabilidades parecen indicar que sí, te diré que las culturas de su madre y su padre también están a años luz y que, a pesar de ello, han sido capaces de adaptarse (bueno, quizá debería decir que ella ha sido capaz de adaptarse). No es fácil que un hombre Sha-Ka'ani ceda.

-¿Se supone que eso es una advertencia?

-Por supuesto.

Brittany resopló. Empezaba a pensar que Martha estaba jugando con ella y se lo pasaba en grande. Sin embargo, lo que realmente la preocupaba era que Dalden no trataba de corregir la impresión que Martha intentaba darle de él. Aunque no parecía muy contento. De hecho, estaba un poco pálido.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó.

-Estoy familiarizado con los medios de transporte que no necesitan patas, pero no estoy acostumbrado a todas las paradas y arrancadas de tu chatarra.

Pasó por alto el nombre que le había dado al coche y le preguntó un tanto sorprendida:

-¿Te estás mareando? Hemos encontrado más tráfico de lo habitual, supongo que porque es la hora de comer, pero ya casi hemos llegado. Nos queda un minuto o así. ¿Podrás aguantar?

-¿Aguantar?

-Sin sacar el desayuno dentro del coche. -aclaró.

La expresión de Dalden mostraba su indignación por aquel comentario, a pesar de que había estado retorciéndose a causa de las náuseas.

-Un guerrero tiene el control suficiente sobre su cuerpo como para no rechazar una comida excelente.

-No le hagas caso. -fue el comentario exasperado que salió de la caja. -Lo que quiere decir es que...

-Ya lo he captado, Martha, pero ha dicho algo acerca de ser guerrero. ¿Es un militar?

-Podrías llamado así.

-Podría, pero tú no lo llamarías así, ¿no es cierto? Entonces, ¿cómo se dice en su país?

-Los hombres de Sha-Ka'an simplemente están siempre preparados, como lo que aquí llamáis la guardia nacional, o las milicias, o...

-Entiendo. -la cortó Brittany-. No es militar, pero está preparado por si le necesitan.

-Exacto.

-¿Y dónde está ese país?

Esta vez, Martha no sólo se rió sino que estuvo casi treinta segundos emitiendo sonidos burlones antes de responder.

-¿Eres tenaz, eh? Pero has oído hablar de la información reservada, ¿verdad? Sí, claro que sí.

-Oh, vamos, pero si ya me has dicho el nombre. Puedo buscado yo misma en un atlas.

-Puedes, pero estarás perdiendo el tiempo. No lo encontrarás en un atlas.

-¿Un país tan reciente que todavía no aparece en los mapas? -Brittany se mostraba escéptica.

-No es que sea nuevo. -la corrigió Martha-. Aunque nuevo es un término subjetivo. Lo que para ti es nuevo no lo sería para él, y viceversa, evidentemente.

Brittany podía aceptar que en el mundo aún quedaban zonas por explorar, pero otra cosa era todo un país oculto en una de esas zonas. Bueno, era posible. De hecho, Dalden y su gente eran prueba de ello.

-¿Y cómo han conseguido seguir ocultos sin ser descubiertos? -preguntó.

-Es que sus, digamos, fronteras están cerradas a los visitantes. Nadie entra sin permiso y éste raras veces se concede, si es que se conceden.

-Pero ¿estamos hablando de un país? ¿A lo mejor es que confundes ciudad y país?

-Mira, te estás basando en suposiciones. -afirmó Martha-. Eres tú quien dices que Sha-Ka'an es un país. Dalden no te lo ha confirmado ni desmentido en ningún momento. A veces sólo sigue mis instrucciones.

La última pulla iba dirigida a Dalden, que no reaccionó. No parecía estar prestando atención a la conversación. Tenía los ojos cerrados y seguía indispuesto, la frente empapada. Brittany no dudó de que aún estaba totalmente concentrado en mantener el desayuno donde estaba.

De todas formas, sabía que no conseguiría respuestas de él. Y como Martha le estaba dando algunas pistas, aunque no le sirvieran de mucho, prefería seguir intentando obtener más información. Intentó otra estrategia.

-No estoy pidiendo que me desveléis ningún gran secreto. Sólo quiero saber a quién estoy ayudando. Resulta que en el mundo existen grupos a los que me opongo radicalmente, y no me gustaría descubrir luego que he colaborado con uno de ellos.

-De acuerdo, escúchame bien, voy a quebrantar mis propias reglas. Sha-Ka'an no es un país. Digamos que es un lugar que da nombre a todos sus habitantes. El país del que proviene se llama Kan-is-Tra y su capital Sha-Ka-Ra. Y su gente no tiene una política opuesta a la de tu gente, así que puedes estar tranquila por ese lado. Ahora bien, sin ninguna otra información sobre estos lugares, tendrás que aceptar que para ti no tiene sentido. Déjalo...

-¡Maldita sea! -Brittany dio rienda suelta a su exasperación-. Podrías darme como mínimo el nombre de una zona: ¿el desierto, el ártico, los trópicos? ¿Iglúes, tiendas de campaña, algo?

Librodot

-¡Vaya, parece que a la carpintera le pica verdaderamente la curiosidad! Muy bien, tienen una arquitectura impresionante, con algunos ejemplos comparables al palacio de un sultán, y no, no encontrarás a ningún Sha-Ka'ani en esas zonas del mundo. -añadió con una risita jocosa-. Y ahora, déjalo correr, pequeña. Si él decide explicártelo cuando todo esto termine, tendrás una información que no estás autorizada a tener, así que no vale la pena. Antes de regresar a casa, tendré que borrar todo lo que él te haya contado.

-¿Borrar? -vociferó Brittany -¿Estás hablando de hacerme olvidar de alguna manera?

-Es necesario.

Brittany estaba escandalizada.

-¿Es así como se han mantenido ocultos? ¿Si alguien los encuentra se le manipula la memoria?

-¿Te molesta acaso el instinto de conservación?

Brittany dio un silbido.

-Jugar con los recuerdos de las personas es peligroso...

-Nada de eso. -la cortó Martha-. Es un trabajo meticuloso, preciso, no se deja nada al azar. Se elimina sólo aquello que debe ser eliminado y el resto permanece intacto.

-¿Te refieres a algún tipo de hipnosis? -preguntó Brittany en un tono ligeramente más sosegado.

-Algo así. ¿Te tranquiliza saberlo?

-En realidad, sí y no.

-¿No estarás pensando en borrar mis recuerdos de él, verdad? -lanzó la pregunta con voz queda.

-Tengo la suerte de no tener ni un solo circuito sentimental. Además, querida, créeme, te convendrá no recordarle...

-No temas, kerima, no permitiré que me olvides. -la voz venía de otra dirección.

-Ni una palabra más, guerrero, hasta que hayamos repasado las costumbres de la vida Sha-Ka'ani. -advirtió Martha en tono airado.

-Lo que Martha tenga que decir será escuchado, pero no cambiará nada ya que la decisión ha sido tomada. –respondió Dalden.

-¡No puedes hacerlo!

-Es demasiado tarde para que me lo impidas.

-Te juro que cada vez te pareces más a tu padre.

La indignación que demostraba aquel comentario era tajante, pero Dalden respondió con cierto orgullo...

-Me complace oírtelo decir.

-¿Dónde está el sentido común que heredaste de tu madre? ¡Bah, olvídalo! -refunfuñó en voz baja-. Lo discutiremos más tarde. Su chatarra se ha detenido. Termina lo que nos ha traído aquí y luego hablaremos sobre las decisiones que no tienen la menor posibilidad de ser aceptadas.

CAPÍTULO 16

-Baja un poco. Un poco más. -un suspiro-. Supongo que así estará bien. Ahora, quédate aquí y déjame hacer el trabajo por el que me pagas.

Dalden observó cómo Brittany se alejaba sonriendo mentalmente. Sabía que ella no tenía ninguna duda de que él la obedecería y se quedaría sentado en el banco donde le había indicado que se sentara. Ella todavía no comprendía que iba contra la naturaleza de un guerrero seguir instrucciones de cualquier tipo de mujer. Aunque sí podía complacerse a una mujer, y había que hacer concesiones especiales al tratar con hembras de otros planetas. Él lo entendía, casi por completo. No le gustaba, pero lo entendía.

Siguió mirándola mientras iba de un lado a otro por el pórtico de aquel lugar llamado ayuntamiento, deteniéndose brevemente a hablar con una persona y luego con otra. En realidad, cada vez le resultaba más difícil hacer otra cosa que no fuera contemplarla cuando estaba en el mismo espacio que él.

Meditaba si era influencia de la sangre kystrani heredada lo que hacía que tuviera reacciones impropias de un guerrero ante ella, o era simplemente porque en muchos aspectos le recordaba a su madre. No podía ser otra cosa que el instinto que le dijeron que se despertaría cuando encontrara a la que sería su compañera para toda la vida.

Fuese lo que fuese, parecía haber escapado a su control. Desearía tener un poco de jugo de *dhaya* para aplacar el insistente deseo de llevarla a un lugar apartado para hacerla suya, pero las reservas que habían llevado, que hubiesen bastado para el viaje inicial, no habían llegado para este viaje prolongado y hacía ya un mes que se habían agotado. Se preguntaba si de todas formas le hubiera bastado, porque lo que sentía era totalmente nuevo para él.

Le fascinaba de un sinfín de maneras. Hablaba como una antigua kystrani. Se parecía mucho a su madre, haciéndose cargo de las cosas y dando órdenes. Era atrevida, pertinaz, creativa. Se enorgullecía de un trabajo que los Sha-Ka'ani consideraban propio de esclavos. Era independiente. Sentía que no necesitaba ninguna otra protección aparte de las leyes de su país. Cocinaba y trabajaba como una sirviente *darash* y lo consideraba normal. Desempeñaba tanto un papel femenino como masculino sin ningún problema. Su cultura era tan distinta de la suya que no parecía posible hallar un término medio en el que pudieran encontrarse y coexistir.

Sospechaba que Martha sacaría a relucir todos aquellos aspectos. Estaba preparado para darle una simple respuesta que ni Martha podría discutir.

-Tedra va a pensar que tendría que haber venido en este viaje. -emitió la unidad combo en Sha-Ka'ani para que nadie que pasara cerca pudiera entenderlo.

-¿Por qué? -preguntó Dalden con amabilidad.

-Porque esta gente se parece tanto a sus antiguos que da que pensar. Me pregunto si no evolucionaron de una de las naves colonia originales.

-¿No estarían más evolucionados si fuera así?

-No si perdieron todos los datos y tuvieron que empezar desde cero. Aunque es poco probable. Además, es viable que dos planetas evolucionen exactamente de igual manera, lo cual explicaría las similitudes.

-Te gusta Brittany. -aseveró Dalden-. Lo he notado.

Se oyó una carcajada.

-Lo que querías decir es que a Tedra le gustaría. Es más, a tu madre le encantaría. Sería como tener una cinta infinita de los antiguos para escuchar. Las probabilidades indican que se harían muy amigas.

-¿Si tus objetivos se basan siempre en la felicidad de mi madre, por qué pones objeciones a llevamos a Brittany con nosotros?

-Porque, al contrario que tú, yo puedo ver las cosas en perspectiva, y Tedra no sería feliz si dos personas a las que ella ama se hacen desdichadas una a otra.

-Eso no ocurriría.

El suspiro fue prolongado, exagerado. Martha añadió entonces en un tono cargado de circunspección:

-Veamos, hablemos un momento a ver si por fin abres los ojos, ¿de acuerdo? Tú y esta mujer estáis locos el uno por el otro. Me parece bien, incluso saludable. Nadie se opone a que goces de placeres mientras estás ahí, si tienes tiempo. Pero tienes que empezar a ser realista al respecto, Dalden.

-¿Por qué crees que no lo soy?

-El hecho de que estemos manteniendo esta conversación es un claro indicativo. -repuso en tono sarcástico-. Un hombre puede quedar, y a menudo queda, cegado por su impulso sexual, incluidos los guerreros. Pero una vez superada esa motivación, el planteamiento es completamente distinto. Si después siente lo mismo, bueno, entonces significa que está enamorado. Pero la mitad de las veces, y me refiero en realidad a más de la mitad, descubre que no había más que un deseo primitivo y que, una vez satisfecho, no queda nada, o muy poco, sobre lo que establecer una doble ocupación.

«Doble ocupación» era el término kystrani para dos personas que querían compartir sus vidas. Antiguamente lo llamaban matrimonio, como en el planeta donde se hallaban. Los Sha-Ka'ani no tenían ninguna expresión específica para describirlo, aunque en su planeta cada país usaba una denominación diferente. En Kan-is-Tra, un guerrero elegía a una mujer para que se convirtiera en la madre de sus hijos y así se refería a ella. Por lo general, los miembros de la pareja se referían al otro como compañero o compañera de por vida.

-¿Tantos años en Sha-Ka'an, Martha, y todavía no has aprendido que el guerrero tiene un instinto especial para identificar a su verdadera compañera de por vida? Muchos se impacientan por experimentado y acaban conformándose con compañeras que les resultan indiferentes.

La caja emitió un suspiro.

-Cuidado, querido, podría pensar que estás hablando de amor, ¿sabes?, esa estúpida emoción que los guerreros afirman no tener.

-No existe el menor parecido entre el instinto y esa emoción femenina. -gruñó el joven.

-Estoy poniendo los ojos en blanco, Dalden. No puedes ni imaginarte la de ojos en blanco que hay en los monitores de la sala de control.

-No puedes cambiar la forma de ser de un guerrero.

-¿Parezco tan estúpida como para intentado? Pero es que tú mismo caes en la trampa, pequeño. Por eso precisamente es imposible que la carpintera y tú coincidáis en ningún aspecto. Sin puntos en común, y vosotros no tenéis ninguno, simplemente no podréis coexistir de forma compatible.

-Lo conseguiremos.

-No vas a conseguido sólo con testarudez. Pero ya veo que no me bastará con decirte que no va a funcionar. De acuerdo, pues, profundicemos en el tema con algunos datos específicos en los que baso mis probabilidades. La mujer puede aceptar que «la cuides», eso no sería un problema porque es lo que se estilaba aquí hace unos siglos y, aunque hoy se considera totalmente anticuado, no hace tanto tiempo como para que ella no sepa cómo funcionaba. Sin embargo, se aburriría soberanamente quedándose en casa sin trabajar aunque, al igual que hizo Tedra, sabría encontrar algo con lo que mantenerse ocupada.

-Me agrada oírte decir eso.

-No te agradará tanto cuando haya terminado, porque a lo que nunca podrá acostumbrarse es al derecho de un guerrero a controlar todos los aspectos de la vida Sha-Ka'ani, con la mujer relegada a guardar silencio servilmente. Aquí solía ser así, pero las mujeres lograron salir de ese agujero y, una vez fuera, nunca volverán a entrar. ¿Entiendes adónde quiero ir a parar? Dejar que un hombre tome las decisiones por ella no encaja con su

forma de ser. Es superior a ella aceptar una situación que no le gusta sin intentar cambiada. Y nunca aceptará que no puede cambiarse. Las reglas que los guerreros han establecido para la protección de sus mujeres son tan contrarias a la forma en que fue educada que se reiría en tu cara si trataras de aplicárselas. Tendrías que enfrentarte a una pelea tras otra, pequeño, toda la vida. Hasta tal grado llega vuestra incompatibilidad.

-¿Acaso no estás describiendo la vida de mis padres?

Una risita.

-Vaya, debe de ser el aire de este planeta.

Dalden captó la broma.

-No carezco de inteligencia, Martha.

-Ya lo sé, encanto, pero tu mentalidad de guerrero a veces no la deja aflorar, por eso os llaman bárbaros. Pero estamos divagando. He señalado cómo ha sido en el caso de tus padres, pero creo que me conoces lo suficientemente bien como para saber que ahora viene el inconveniente.

-Que es...

-Existe una gran diferencia, enorme, entre el caso de tus padres y el vuestro. Tedra sabe transigir. Creció sabiendo que el universo estaba habitado por una gran diversidad de razas y culturas. Su formación sobre descubrimientos la preparó para convivir con esa diversidad y le permitió aprender las normas básicas de la Confederación, que cada planeta es único, que hay que respetar todas las culturas y no cambiadas, que no hay que manipular a las culturas recién descubiertas, que no hay que en señarles una manera mejor de hacer las cosas sino dejar que evolucionen a su propio ritmo, siguiendo el orden natural de las cosas. Por lo tanto, a pesar de que le encantaría cambiar algunos de los aspectos que verdaderamente aborrece de Sha-Ka'an, y ya sabes a lo que me refiero, ni se le ocurriría tratar de modificados.

-Pero ha ayudado a muchas mujeres...

-Pues claro, pero no ha intentado cambiar las reglas. Sólo ha ayudado a algunas mujeres a eludidas.

-Ya, enviándolas a otros planetas.

El tono de Martha se impregnó de un matiz de indiferencia.

-«Lo que sirva», pequeño, es uno de los lemas de Tedra. Además, por lo general consigue lo que quiere, aunque sea a la larga. Puede costarle perder uno o dos desafíos pero, al final, tu padre le da lo que pide. Sabe demasiado bien que no debe pretender lo imposible, como tratar de que un planeta clasificado como bárbaro avance uno o dos grados en la escala de la civilización, o intentar cambiar el modo en que un guerrero ve las cosas. Y en este punto llegamos al motivo por el cual la situación sería completamente distinta en el caso de Brittany y tú.

-Pero si es idéntica a mi madre.

-Siento darte una mala noticia, guerrero, pero sólo se parece a tu madre en la forma de hablar. Fueron educadas de forma distinta, con culturas y creencias completamente dispares. Es posible que tengan el mismo punto de vista respecto a los derechos que una mujer debería tener, porque ambas crecieron en culturas en las que prima la igualdad de sexos, pero eso es todo. Y esto es sólo medio problema.

-Nada de lo que has dicho hasta ahora me parece un problema.

-Ahora viene la otra mitad. Crees que serás capaz de superar sus objeciones, pero basas esa suposición en el éxito que tu padre tuvo con Tedra. Sin embargo, has pasado por alto un hecho fundamental. Tú llevas la sangre de tu madre, y muchas veces te lo echan en cara, así que te has pasado media vida intentando ser el guerrero ideal. Has aceptado y obedecido las leyes y las reglas de tu gente a rajatabla, incluso cuando estabas en desacuerdo. Te has esforzado por no ser diferente. Estás constantemente intentando demostrar que la sangre de

Tedra no te influye. Eres diferente, pero te niegas a aceptarlo. Y estamos hablando de años y años de lucha interna, Dalden. ¿Crees que puedes dejar todo eso de lado y ser diferente?

-No tengo ningún motivo para cambiar o ser diferente de como soy.

-Me rindo. Por eso no funcionará. Tú no vas a ceder, y ella tampoco.

CAPÍTULO 17

Brittany tuvo que reírse de su ocurrencia de que dejando a Dalden en un banco bajo un árbol pasara inadvertido, por muy recostado que se sentase. La experiencia del centro comercial tendría que haberla disuadido de intentado, pero cada vez que miraba hacia atrás, advertía las miradas de la gente y cómo se detenían en grupos de dos o tres para observarle con disimulo.

No era sólo que fuese alto y guapo, desprendía una confianza en sí mismo que no era normal, tenía un porte excepcional que despertaba intriga y curiosidad. Sólo las personas conscientes de su valía, o que se sentían capaces de todo demostraban tal confianza: le venían a la cabeza políticos, famosos, millonarios, y quizás, en especial, militares entrenados.

Era la única explicación posible en el caso de Dalden. Evidentemente, aquello sólo era lo que ella suponía. Percibía aquella seguridad, aquella total despreocupación por las nimiedades mundanas que atormentan a las personas normales. Había quien sólo sentía curiosidad por su aspecto.

La hora de comer no era un momento ideal para iniciar el trabajo de encontrar a Jorran, ya qué casi todos los que cruzaban el vestíbulo eran funcionarios municipales de camino hacia la oficina. Eso significaba que había mucha gente con quien hablar al mismo tiempo y que no iba a poder detenerse con la mayoría.

La pregunta más sencilla y frecuente para entablar conversación con la gente era pedir señas. Así podía pasar a la siguiente persona en cuestión de segundos, a menos que encontrara a alguien que se enrollara y la retuviera cinco minutos, pero eso sólo le ocurrió en una ocasión.

El alcalde estaba en el edificio. Fue lo primero que determinó, y habló brevemente con todas las personas que había en la antesala de su despacho, que eran sólo tres a aquellas horas, gente que había decidido perderse su hora de comer para intentar vede y, aparentemente, estaban perdiendo el tiempo. Más tarde, se quedó en el vestíbulo principal, simplemente vigilando la puerta que conducía al despacho del alcalde por si aparecía alguien.

Después de casi una hora, por fin tuvo un motivo para volver con Dalden. Se sentó junto al él y le dijo en un susurro:

-No mires ahora, pero ahí a la izquierda hay un tipo con el pelo castaño rizado y una camisa blanca que es bastante extraño.

Dalden miró de inmediato y se concentró en la dirección hacia donde ella había inclinado la cabeza.

-¿Extraño en qué sentido?

-No sólo habla un poco como tú, sino que me dijo que yo no podía verle, como si pensara que es invisible o así. Y va moviendo un palo como si creyese que es una varita mágica...

Brittany no pudo terminar. Dalden salió disparado del banco a una velocidad tan asombrosa que la dejó boquiabierta. No creía posible que alguien de su tamaño pudiera moverse con tal agilidad, pero en cuestión de segundos había cruzado el vestíbulo tras el tipo

raro y le estaba pasando un brazo por el hombro como si fuesen amigos. No lo eran, por descontado, así que se produjo una breve confrontación que la inquietó, teniendo en cuenta que todo el vestíbulo debía de estar observándoles. No duró mucho. Dalden pronunció unas palabras en voz baja y entonces el tipo extraño lo siguió dócilmente hasta el banco.

La inquietud de Brittany se disipó. Ahora parecían simplemente dos amigos que se habían saludado con una curiosa simulación de lucha. No se lo podía creer mientras les veía acercarse. ¿Qué diablos había ocurrido?

-¿No pudiste prever esta posibilidad? -Dalden se dirigía a Martha en Sha-Ka'ani-. ¿Que Jorran intentaría utilizar los bastones con las mujeres?

-Tú no se lo dijiste, ¿no? -respondió Martha-. Y dudo que Ferrill comentara con él nada acerca de los bastones, de modo que no, él no sabía que sólo funcionan con los hombres. Yo ya lo sabía, pero quise darle un voto de confianza. Pensé que sería lo bastante avispado como para probados antes de usados. Es probable que lo hiciera, sólo que no incluyó a mujeres en las pruebas, probablemente porque se imaginó que su nuevo hogar es como el antiguo, donde las mujeres sólo están un poco por encima de los esclavos. Por cierto, fue una buena idea, pequeño, utilizar el bastón con el hombre para que creyera que es tu esclavo. Ellos tienen esclavos, así que saben perfectamente cómo se comportan.

-¿No sabéis vosotros dos que es de muy mala educación hablar en otro idioma cuando hay alguien que no entiende ni una palabra? -gruñó Brittany al final, impaciente hasta el extremo de enojarse.

-¿No se te ha ocurrido que de eso se trataba precisamente, muñeca? -respondió Martha con suavidad-. Información reservada, ¿recuerdas?

La respuesta no fue satisfactoria, así que Brittany prosiguió.

-Si creéis que os vais a salir con la vuestra sin decirme lo que acaba de ocurrir es que estáis chiflados. ¿Por qué parece que ese hombre está a punto de tirarse al suelo y besar los pies de Dalden?

-Probablemente porque está a punto de hacerla. -apuntó Martha con voz seca-. Haz que se aleje, Dalden, que no pueda quedar confundido por lo que oiga.

Brittany observó cómo Dalden le indicaba al hombre que se fuera a la esquina y éste le obedeció, de modo que aventuró en voz alta:

-O sea que, en realidad, sí lo conoces, ¿no es así? ¿Lo tienes a sueldo, o algo así?

Martha desbarató la hipótesis de inmediato.

-No le habíamos visto nunca.

-¿Entonces, por qué hace lo que le dices? -se extrañó Brittany.

Martha suspiró, no una, sino tres veces, para recalcar que iba a dar su brazo, o más bien fusible, a torcer.

-De acuerdo, teniendo en cuenta que este asunto será superfluo o borrado de tu memoria, puedo revelarte lo siguiente: en el lugar de donde venimos, se han inventado muchas cosas sorprendentes, difíciles de creer. El bastón que Dalden acaba de confiscar es una de ellas. Fue robado, de hecho, todo un lote, y nos han encomendado la misión de recuperados.

-¿Qué hace?

-No entendías cómo pensaba Jorran hacerse tan fácilmente con la alcaldía, ¿verdad? Bueno, pues él piensa que estos bastones le ayudarán a conseguido.

-Todavía no has respondido a mi pregunta. -señaló Brittany de nuevo impaciente.

-Ah, pero ¿querías detalles? -alegó Martha con una gran dosis de inocencia.

-¿Oye, qué pasa si rompo esa caja? -gruñó Brittany clavando los ojos en la unidad.

-Que Dalden conseguirá otra. -fue la respuesta de Martha cargada de satisfacción.

-Quiero datos. -murmuró Brittany.

Diez segundos de carcajadas antes de que Martha continuara.

-¿Quién iba a pensar que la mente de un hombre podría alterarse de forma instantánea con el poder de la sugestión y el simple toque de una varita? Pues hubo gente que lo pensó. Llámalo hipnosis avanzada, si quieres, pero alguien que no tenga ni la más remota idea del control mental puede utilizar estos bastones y modificar por completo los pensamientos de un hombre. El mejor ejemplo es que Dalden empleó el bastón con ese tipo y le dijo que era su esclavo, y abracadabra, el hombre está convencido de que lo es. Hasta que no le digan lo contrario, obedecerá cualquier instrucción que Dalden le dé.

Brittany apretó los dientes, incluso contó hasta diez antes de hablar.

-¿De verdad quieres que me lo crea?

-¿Acaso no he dicho que eran inventos difíciles de creer? ¿Y no has estado tú misma expuesta a ello, cuando el hombre intentó convencerte de que no le estabas viendo?

-Lo que demuestra que no hace lo que dices. Yo le veía perfectamente.

-Has tenido suerte, querida, porque no funciona con las mujeres y nosotros hemos tenido suerte porque es obvio que Jorran y su gente todavía no lo saben.

-¿Su gente? ¿Ese hombre no era Jorran?

-No, puede cambiar de aspecto pero no de estatura. Jorran es más o menos tan alto como tú. Pero ya sabíamos que tendría muchos peones con quienes tendríamos que enfrentarnos. Jorran viaja con todo un séquito, y es probable que haya repartido los bastones, aunque si atrapamos a Jorran los recuperaremos todos.

-Así que de eso se trata, de recuperar una propiedad robada. ¿Y por qué no habéis acudido a la policía para denunciado?

-¿No te das cuenta de la paranoia que se crearía si se corriera la voz de que existen esos bastones y de que hay gente por ahí que los usa? ¿Eres consciente de lo que se puede hacer con ellos? Le podrías pedir a un desconocido que te entregara todos sus bienes y él lo haría tan feliz, y después se marcharía y nunca sabría lo que le habías hecho para quedarse en la miseria. Se le puede decir a un hombre que deje su trabajo y lo hará sin llegar a saber nunca por qué lo hizo. Con esto se puede obligar a la gente a hacer cosas que van en contra de sus principios. ¿Entiendes por qué cuantas menos personas sepan de su existencia mejor?

-No. La policía tiene efectivos suficientes para encontrarlos más rápido...

-Brittany, Brittany... -la cortó Martha con un suspiro-, no lo entiendes. Primero tendrías que convencer a las fuerzas de seguridad de que los bastones son reales y después tendrías que hacerles jurar que guardarán el secreto. Ahora tenemos uno de los bastones para lograr lo primero, pero la naturaleza humana no haría posible lo segundo. La noticia se propagaría y toda la ciudad sospecharía de todo el mundo. Histeria masiva, paranoia, pánico. ¿Es eso lo que sugieres?

-Lo que tú sugieres es casi imposible, si realmente hay mucha más gente implicada de lo que al principio me disteis a entender. ¿Cómo se supone que vamos a encontrados a todos?

-No necesitamos encontrados a todos, sólo a Jorran. El resto vendrá de forma voluntaria cuando él esté en nuestro poder y los llevaremos de regreso al lugar donde pertenecen. En realidad, nosotros también podríamos traer a muchos más efectivos, pero eso sólo serviría para advertir a Jorran de nuestra presencia, y no queremos que eso ocurra. Si sospecha que andamos buscándole, se trasladará y entonces no tendremos ninguna posibilidad de encontrarle.

-¿Y no sospechará que algo anda mal cuando el hombre al que hipnotizasteis no informe?

-No te preocupes, muñeca. Te darás cuenta de que yo siempre me adelanto a los acontecimientos. Ahora no queremos que toda esta gente tenga que ir al oculista, así que busca un lugar donde el grandote goce de cierta intimidad para encargarse de nuestro esclavo.

-¿Encargarse de él, de qué manera?

La caja emitió una risita sofocada.

-¡Qué bueno! ¡No estarás pensando que vamos a matar a nadie!

Las mejillas de Brittany se tiñeron de un rojo intenso. Su comentario había sonado demasiado alarmado, y se había temido lo peor. Pero ¿para qué otra cosa necesitaría intimidad, si no era para deshacerse del tipo que habían capturado?

-Para interrogado. -continuó Martha como si hubiese leído los pensamientos de Brittany-. Después lo enviaremos a territorio enemigo sin recuerdos sobre nosotros pero sin el bastón, claro. Supondrá que lo ha perdido. Pero yo tendré una conexión y una vez al día podré obtener un informe sobre los progresos de Jorran, un punto a nuestro favor.

-Haces que parezca muy fácil.

-Ésta es la parte fácil. -puntualizó Martha-. Lo difícil está en vuestras manos. Nos gustaría detener a Jorran antes de que altere demasiadas personalidades o cause demasiados daños irreparables.

-¿No crees que este hombre pueda decimos dónde está Jorran ahora?

-Muy improbable. Jorran se rodeará sólo de unos cuantos elegidos. Al resto los habrá dejado sueltos para que cumplan sus órdenes sin discutirlas. Tendrán medios para comunicarse por las instrucciones que cambian, pero no directamente con Jorran. Sería una deshonra para él hablar con meros subordinados.

-¿Cómo un capo?

-Como un rey autocrático.

-No hay mucha diferencia, la verdad.

-Excelente observación, aunque no creo que ellos estuviesen de acuerdo (por principios, claro). Bueno, si ya hemos terminado con las agudezas, ¿puedes buscar ese lugar privado?

Brittany asintió con un suspiro. Hubiese preferido continuar hablando. Había conseguido otra pieza del puzzle, pero todavía no le encajaban las que tenía. Supuso que sería inútil insistir cuando Martha ya había zanjado el tema.

-Los baños que hay detrás de la esquina podrían proporcionarles un poco de intimidad, aunque por poco tiempo, ya que son públicos. Otra opción sería mi coche. -dijo lanzándole las llaves a Dalden-. Sólo tienes que encender el aire acondicionado y dejar las ventanillas subidas y nadie te oirá.

-A mí me preocupa más que los vean, -anunció Martha-, pero supongo que servirá. ¿Qué te parece mantener una charla con tu alcalde mientras estamos fuera? Tenemos que aseguramos de que todavía no le han manipulado.

-Por aquí no es tan fácil charlar con el alcalde. Primero necesito una cita y un buen motivo para pedida. Está muy ocupado. Dudo que su ayudante me dé hora simplemente para darle a la sinhueso.

-¿Su ayudante es una mujer?

-No, un hombre.

-Dalden, consíguele una cita a la chica para ahora mismo antes de irte al aparcamiento con tu esclavo.

Brittany se quedó pasmada cuando Dalden asintió con la cabeza, entró en los despachos privados del alcalde con el bastón alterador y salió al cabo de un momento, recogió al esclavo y salió del edificio.

Se quedó mirando fijamente a la puerta que conducía a los despachos de Sullivan. Era imposible que Dalden le hubiese conseguido una cita, como si tal cosa. Ella se había puesto en ridículo diciéndole al secretario que tenía hora. ¿No vendría Dalden a decide que era inútil?

CAPÍTULO 18

Antes de poder convencerse a sí misma, entraba en la sala de espera del alcalde. Esperaba lo peor, todavía no daba crédito a lo que podía hacer el bastón alterador. De todas formas, lo peor que podía ocurrirle era que se mofaran de ella y le señalaran la puerta.

-Brittany Callaghan. Vengo a ver al alcalde.

-Adelante, señorita. -dijo el secretario sin siquiera mirada-. La está esperando.

Evidentemente, el alcalde no la esperaba. Dalden no había incluido en su sugerencia al secretario que avisase al alcalde de la próxima visita, siguiendo el procedimiento habitual. Un alcalde querría saber con quién iba a tratar a continuación para poder ponerse la máscara política adecuada, de modo que Sullivan se disgustó bastante cuando ella entró tan fácilmente sin ser anunciada mientras él tomaba un almuerzo rápido entre visitas.

Estuvo a punto de avisar a seguridad y Brittany estuvo a punto de dejarse llevar por el pánico. No era muy buena inventando excusas, y aunque podría haber mencionado varios motivos de su visita, que más tarde se le ocurrieron, en aquel momento no le salía ninguno viendo la cara de enojo del alcalde.

Entonces apareció Dalden, mucho antes de lo que cabía esperar, y simplemente le dijo mientras se abalanzaba sobre Sullivan:

-No hizo falta volver a tu chatarra. El centuriano ha sido enviado a Martha, que ha señalado que no te había allanado bien el camino.

El alcalde estaba tan sorprendido por su irrupción en el despacho que Dalden consiguió alcanzarle antes de que saliera.

-¿Quién...?

El bastón lo tocó y la voz de Dalden sonó sedante.

-Estaba esperando a esta mujer. -le dijo al político-. Responderá a sus preguntas con toda sinceridad y las olvidará cuando ella se vaya. A mí no me verá.

Después se dejó caer sobre una silla que había a un lado. La destrozó. Dalden refunfuñó y probó la siguiente con más precaución. Una vez sentado, le dedicó una sonrisa. El alcalde no volvió a mirarle, ni cuando la silla se rompió, y Brittany tuvo justo el tiempo suficiente para recuperar la compostura antes de que rodeara la mesa con la mano extendida para saludarla, deshaciéndose en sonrisas y preguntándole qué podía hacer por ella.

Había quedado totalmente claro el poder de aquellos bastones y cuánto daño podían llegar a causar si caían en malas manos. Probablemente por eso su interrogatorio fue implacable. Segura ante la certeza de que el alcalde no la recordaría, ni sabría de qué habían hablado, no tenía necesidad de dar ningún rodeo.

Le preguntó directamente si había notado una llegada anormal de extranjeros en la ciudad, si había cambiado recientemente sus políticas, si se habían producido cambios en sus hábitos que, por algún motivo, creyera extraños. Abordó todos los temas que se le ocurrieron y algunos otros que Dalden mencionó.

Cuando salieron de allí, resultaba bastante obvio que la gente de Jorran había empezado a actuar, aunque la situación todavía no era alarmante. Sí, conocía a Jorran, eran grandes

amigos. No, no recordaba dónde se habían conocido. No, no tenía ni idea del aspecto de Jorran y no le extrañaba. Al parecer, habían preparado el terreno para un encuentro, pero todavía no se había producido.

No obstante, Dalden fastidió un poco los planes inmediatos de Jorran dejando a Sullivan con algunos pensamientos contradictorios, como que Jorran era su enemigo y debía evitarle por todos los medios. Era una medida temporal que podía contrarrestarse con nuevas instrucciones, pero les daba un poco más de tiempo y, con un poco de suerte, eso les bastaría.

-Jorran querrá neutralizar a todo el edificio antes de entrar en escena para minimizar los riesgos. -explicó Martha cuando salieron al vestíbulo-. Aunque también podría haberlo hecho ya.

-¿Y qué debemos hacer?

-Quedaros cerca para detectarle antes de que pueda acercarse al alcalde, y seguir pescando a sus esbirros para mandármelos a mí.

Brittany supuso que Dalden había puesto al tipo en un taxi, ya que había vuelto enseguida sin él y, bajo la influencia del bastón, no sabría exactamente adónde lo llevaban, que tenía que ser ante Martha. Entonces, aquello significaba que Martha estaba cerca.

-¿Te gustaría cenar con nosotros esta noche, Martha? -la respuesta fue un ataque de risa que provocó la siguiente pregunta de Brittany-: Bueno, y ahora ¿qué es lo que os hace tanta gracia?

Martha no iba a responder a la pregunta, o eso indicaba el largo silencio, así que fue Dalden quien dijo:

-Ella no come.

-Lo que quiere decir es que yo no tengo vida social. -puntualizó Martha claramente exasperada-. Pero tú ya sabes lo que es, ¿verdad, querida? No tener tiempo para ocuparte de todo lo necesario, etcétera, etcétera.

Brittany asintió.

-Sí, desde luego. Bueno, entonces quizá cuando todo esto termine.

-No. -replicó Martha con sequedad.

-Sí. -indicó Dalden levantando el rostro de Brittany con la mano y consumiéndola con la mirada-. Cuando esto termine, *kerima*, te llevaré conmigo a casa. Tendrás que dejar atrás todo lo que conoces pero, a cambio, yo te daré mi vida, para proteger la tuya por el resto de mis días.

-¿A eso llamas tú pedir permiso? -la queja de Martha sonó amarga.

La sonrisa de Dalden era radiante, impenitente.

-La decisión fue tomada cuando durmió entre mis brazos sin temor.

CAPÍTULO 19

-¿Tomada? ¿Qué decisión fue tomada?

Brittany le pedía a Dalden que le explicara aquel comentario críptico, pero fue Martha quien respondió en tono burlón.

-El grandote acaba de unirse a ti. Se supone que tenía que pedirte permiso primero, dijo que entendía cómo se hacen las cosas ahí, pero arbitrariamente ha seguido adelante a su manera en lugar de a la tuya.

-¿Que ha hecho qué? Lo siento, no lo entiendo.

-¿Te suena si te digo grilletes? ¿Una bola y una cadena, que estás encadenada? ¿No? ¿Y si te digo que estás casada?

Brittany soltó una carcajada.

-¡Venga ya! Como si para celebrar un matrimonio bastaran unas palabras.

-¿Quieres apostar?

Brittany clavó los ojos en Dalden, pero él no reía. La miraba como si acabara de comprada y estuviera satisfecho por el precio de la adquisición. Empezó a preocuparse.

Había intentado seguir el juego y considerado una broma, pero no era nada gracioso cuando sus sentimientos por aquel hombre eran tan recientes y frágiles. No podía negar que la idea de poder conservado era sugerente, aunque poco realista. Por decido más claro, hacía un día que le conocía y todavía no sabía prácticamente nada acerca de él. Por lo tanto, que él quisiera, o pensara, casarse con ella a aquellas alturas era tan descabellado que era inimaginable.

-De acuerdo, se acabaron las risas. -dijo secamente, sin intentar disimular su enojo-. ¿Qué, nos centramos en la misión o nos vamos primero de luna de miel?

La respuesta de Dalden fue agarrada de la mano y empezar a tirar de ella hacia el exterior del edificio. Brittany oyó la voz de alarma de Martha a cierta distancia, ya que con los brazos extendidos les separaban casi dos metros.

-¡Deténte aquí mismo, guerrero! ¡La muchacha estaba bromeando! No lo decía en serio. Y no te creas que ahora te vas a ir por ahí a divertirte simplemente porque tú mismo te has dado permiso para hacerlo. No cuando Jorran podría entrar aquí en cualquier momento.

Dalden se detuvo con una expresión de máxima desilusión hasta que sus ojos se posaron en Brittany; entonces, la expresión fue de ardor. Ella se quedó muda. Dalden, llevado por la pasión, era de lo más excitante. Él tuvo que notado, porque acortó distancias, tomó su rostro entre las manos y la besó en medio del ayuntamiento.

Se olvidó del espacio y del tiempo. Le parecía estar en una nube, tan arrebatada estaba por él y sólo él.

Esta vez no fue la voz de Martha lo que la devolvió a la realidad, sino una que había deseado no tener que escuchar nunca más.

-¿Ahora te va el exhibicionismo, Britt?

Era la peor interrupción que Brittany podía haber imaginado. Thomas Johnson, el ex, el chico que había conseguido que pensara en casarse, y hasta en el sexo, porque había creído equivocadamente que había entre ellos más de lo que había.

No podía decirse que la ruptura fuera amistosa, sobre todo después de que ella lo echara a patadas de su apartamento aquella noche y le dijera que se fuese al cuerno de paso. Era una ciudad pequeña y sabía que, tarde o temprano, acabarían encontrándose, aunque hasta entonces había conseguido esquivarle.

-¿Todavía estás vivo, Tom? -dijo con la esperanza de que captara la indirecta y se largara-. ¡Qué pena!

-¡Parece que estamos de mala gaita, eh!

-Sólo contigo. -sonrió tensa.

Él esbozó una sonrisa, aunque forzada.

Ambos sabían que ella no estaba bromeando, que su animosidad era real. Había invertido en él tres meses de emociones, para que luego admitiera que, después de todo, tenía un problema con su estatura a pesar de que medía unos veinte centímetros menos que él. No era lo bastante baja para hacerle sentir como un gigante, al parecer, que debía ser lo que él quería.

Vestido con su traje sastre de raya diplomática, Thomas la hizo sentir vulgar con los vaqueros azules, la camiseta blanca y las zapatillas de deporte que había considerado adecuados para hacer el turista por el ayuntamiento. Pensándolo bien, sin embargo, siempre la había hecho sentir inferior de uno u otro modo. Ojos azules, pelo negro ondulado, atractivo y extremadamente guapo, o al menos eso había pensado ella hasta que conoció a Dalden.

-He intentado llamarte muchas veces. -informó Thomas, como si ella fuera a creérselo sabiendo que él conocía sus horarios y exactamente cuándo estaba en casa y podía recibir llamadas.

Lo pasó por alto y decidió atacar los motivos.

-¿Y para qué? ¿No te quedó claro cuando te dije que no quería volver a verte?

-Porque interpretaste mal mi comentario a propósito de tu estatura y quería explicártelo.

-¿En serio? ¿Así que en realidad no piensas que soy demasiado alta para ti?

-Bueno, para algo permanente, sí, pero para...

-Anda y piérdete. -lo cortó, sintiendo de algún modo la incomodidad que había sentido aquella noche-. Tendrías que tatuarte la palabra «GILIPOLLAS» en la frente por si alguna pobre tonta no se da cuenta a simple vista.

-Britt...

-Mi mujer ha sugerido que se marche. Hágalo o tendré que ayudarle.

Thomas levantó la vista para mirar a Dalden un momento. Antes sólo lo había mirado de pasada, deduciendo que era sólo algún deportista lerdo con demasiado músculo y poco cerebro. Incluso en aquel instante, Dalden no le pareció en absoluto amenazador, de pie detrás de Brittany con las manos sobre los hombros de ella y una expresión apacible a pesar de lo que acababa de decir.

Por eso se atrevió a hacerle un comentario sarcástico a Brittany.

-¿De dónde has sacado a este neandertal?

-Puedes considerarte afortunado porque es posible que no tenga traducción para esa palabra. -estimó Brittany en voz alta-. Acaba de llegar al país y todavía no domina completamente el idioma. ¿Quieres que se lo traduzca? ¿Crees que se molestaría por las burlas de un enano como tú?

Finalmente, Tom entendió que su integridad física corría peligro. Se sobresaltó un poco, pero se recuperó enseguida: estaban en un lugar público, después de todo, y normalmente había policías vigilando, así que se sintió completamente a salvo convencido de que Dalden no iniciaría una pelea.

Brittany también estaba convencida de ello, sólo esperaba que Tom no estuviese tan seguro y se dejara amilanar, aunque ambos quedaron sorprendidos cuando Dalden apartó a Brittany a un lado, y después la situó detrás de él, donde no tendría ocasión de ver lo que iba a hacer.

Aquella estrategia fue inútil, no obstante, ya que Martha estaba lista para intervenir. En cuanto Dalden puso su enorme mano alrededor del cuello del hombre, sus dedos se quedaron flotando en el aire.

Renegó entre dientes mientras Martha decía en Sha-Ka’ani:

-Parece que los oculistas de por aquí se van a ganar muy bien la vida esta semana, pero mejor eso que dejar que derrames su sangre en este suelo blanco tan bonito.

-¿Adónde lo has llevado? -exigió Dalden en el mismo idioma.

-Afuera. Pensará que estaba tan asustado de ti que corrió como una flecha. Mejor así. Iniciar una pelea en un edificio plagado de policías te llevaría directo a la cárcel. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos sobre sus prisiones? Son lugares que hay que evitar a toda costa.

Brittany ya estaba harta de no entender.

Librodot

-Lo estáis haciendo otra vez. -se quejó mientras emergía de detrás de Dalden para encontrar un vacío delante de él-. ¿Y dónde está Tom?

-¿A quién le importa? -contestó Martha- Ya hemos tenido suficientes distracciones, y se supone que estáis trabajando en equipo para cazar a Jorran. Nuestro simpático centuriano acaba de informarme sin saberlo que hay dos más de sus hombres por aquí, intentando preparar a todas las personas del edificio para la llegada de Jorran, para que le reciban con los brazos abiertos. Encontrad a los otros dos y enviádmelos para que pueda reprogramarlos. Después seguiremos discutiendo el escaso control guerrero que ha demostrado Dalden ante enemigos y compañeras de por vida.

-¿Eh?

Brittany no recibió más explicaciones, cosa que se estaba convirtiendo en una costumbre irritante cuando estaba con esos dos. Casi prefería escuchar las charlas sin sentido clasificadas como «información reservada» que aquellas observaciones enigmáticas que creía que podía llegar a entender si lograba superar la fase de incredulidad. ¿Y aquel calificativo de «guerrero»? Primero lo dijo sin querer -porque Martha quería obviarlo-, pero ahora no dejaba de mencionado. No parecía hacer referencia a un tipo de guardia nacional en la reserva sino a un militar profesional en toda regla.

Ciertamente el cuerpo lo tenía, y también los reflejos. De modo que era un soldado y en su país de origen los llamaban guerreros. Lo comprendía. Pero ¿por qué trataban de disimulado y restar importancia al hecho de que fuera un militar?

Unas cuantas rarezas más que no terminaban de tener sentido. Y la que podía dar respuesta a todo eso iba colgando de la cadera de Dalden mientras recorría todas las oficinas del edificio, preguntando a todo el mundo sin preocuparse por si la gente se alarmaba ya que llevaba el bastón consigo. Entre tanto, Brittany se ocupaba del gentío que cruzaba el vestíbulo y sólo le quedaban dos horas antes de que el ayuntamiento cerrara.

Pero conseguiría respuestas, y muy pronto. Estaba trabajando para ellos, ayudándoles a atrapar a aquella banda de ladrones. Aunque lunáticos sería una palabra más acertada para describir a personas que creían que podían aparecer de repente y convertirse en políticos. Se merecía algo más que ambigüedades, bromas de mal gusto y, cuando eso fallaba, simplemente desdén.

CAPÍTULO 20

Brittany nunca se había dado cuenta de lo erótico que podía resultar un hombre con vaqueros ajustados hasta que vio a Dalden con los que le habían hecho a medida. O era simplemente él. De hecho, probablemente era él, porque con sólo verle salir del probador, con la camisa blanca de manga larga de algodón metida por dentro de los pantalones azul oscuro le pareció tan excitante que estuvo a punto de arrastrarle de nuevo al interior del probador.

Evidentemente, el hecho de haberle ayudado a parecer normal, no impedía que siguiera atrayendo muchas miradas. Su increíble estatura y corpulencia no podían ocultarse, pero por lo menos no parecía ya una estrella del rock, aunque Brittany se tronchó de risa cuando la modista que le había hecho la ropa nueva no quiso que la pagaran sino que pidió hacerse una foto con él. Debió de pensar que aunque por el momento no fuera famoso, llegaría a serio algún día, y ella quería una prueba de que había cosido para él.

Ya estaba anocheciendo cuando salieron del centro comercial. Su primer día trabajando para Dalden había resultado bastante bien. Si bien todavía no habían encontrado a Jorran, habían atrapado a tres de sus secuaces y se los habían mandado a Martha para que los

interrogara. Como ya casi era de noche, su trabajo había terminado por aquel día y, a pesar de que le disgustaba la idea de separarse de él, aunque sólo fuera por poco tiempo, supuso que tenía que ofrecerse para llevarle de vuelta a su alojamiento. Al salir del aparcamiento, preguntó:

-Ya sé que me dijiste que ayer no podías volver al hotel, pero insinuaste que hoy sí. ¿Quieres que te acerque?

-Mi hogar está donde tú estés.

Brittany le lanzó una mirada de incomprensión.

-¿Quieres volver a dormir en mi sofá?

Él le respondió con una sonrisa.

-Lo que durmamos dependerá de ti.

Le cruzó la mente la imagen de la silla y de tumbarse entre sus brazos durante toda la noche otra vez y se ruborizó, aunque era probable que usara el plural en un sentido singular, en lugar de referirse a él y ella juntos.

Pero si iba a pasar la noche allí otra vez, tendría que darle de cenar, y no le apetecía tener que hacer compra a aquella hora. Además, si iban a la tienda de la esquina, ya se imaginaba carros chocando por los pasillos y latas y cajas por el suelo.

Como tenían toda la noche por delante y al día siguiente no tenían que levantarse temprano como solía hacer, hizo una propuesta.

-¿Quieres que salgamos a cenar? ¿Al cine? ¿Tal vez a bailar? -y sonrió-. Ya sabes, una cita...

-¿Bailar?

Se desesperó.

-¿Por qué parece que no conozcas esta palabra? Martha, que había guardado silencio desde que salieron del ayuntamiento, decidió explicárselo:

-No hay equivalencia para esa palabra en Sha-Ka'ani. Es una forma de ejercicio que requiere música, pero la música todavía no ha llegado a Sha-Ka'an.

-No hay televisores ni música pero está familiarizado con los ordenadores. ¿No te das cuenta de que eso es inaudito?

-¿No te das cuenta de que en el mundo hay una gran diversidad de culturas? -Martha se la devolvió.

Brittany suspiró y cedió.

-De acuerdo, primero cenaremos y luego improvisaremos, y como no vamos muy bien vestidos, ¿qué te parece una pizza? O dos -le lanzó otra mirada sonriente-, o tres.

-¿Qué es...?

-¡Comida! Un plato típico ameri..., bueno, en realidad es italiano, pero lo hemos americanizado tanto que la original no tiene nada que ver con lo que se come aquí. Hay un sitio en la manzana siguiente.

La pizzería estaba sorprendentemente abarrotada para lo temprano que era, teniendo en cuenta que ofrecían servicio a domicilio. Había un equipo entero de fútbol infantil celebrando una victoria con un montón de padres, por lo que el servicio era lento y tuvieron que esperar un par de horas en lugar de entrar y salir rápidamente, que era lo habitual.

A Dalden le encantó la pizza; mereció la pena esperar. Pero entonces Martha se interesó por los componentes e iniciaron una larga conversación, porque no sólo quería saber la lista

de ingredientes sino el proceso de elaboración de todo, desde el principio. Como había crecido en una granja, Brittany pudo responder a la mayoría de las preguntas.

Y luego llegaron las interrupciones a las que ya estaba empezando a acostumbrarse. A Dalden volvieron a pedirle autógrafos, y dos hombres se acercaron para preguntarle en qué equipo jugaba. A Brittany le hizo gracia no haber sido la única en suponer de inmediato que era jugador de baloncesto. Y no supo cómo ocurrió, pero al regresar del baño se encontró a todo el equipo de fútbol apilado sobre sus espaldas para hacerse una foto con el «gigante».

Parecía estarse divirtiendo, y al cabo de tres pizzas grandes se fueron a la única discoteca de Seaview, que ya debía de estar abierta. Normalmente, ni se le hubiese pasado por la cabeza ir a bailar una noche entre semana, pero como Dalden no sabía bailar, quería que comprobara si también le gustaba.

Hubiese sido mejor en fin de semana, cuando la discoteca estaba hasta los topes, pero tenía la sensación de que él no se que daría tanto tiempo. Durante el día habían hecho muchos progresos, al igual que los subordinados de Jorran, en teoría, así que el aspirante a alcalde podía aparecer al día siguiente. Entonces, Dalden lo atraparía con aquel bastón, tan fácilmente como lo había hecho con sus lacayos, y no tendría ninguna razón para quedarse. Una vez cumplida su misión, se marcharía, y Brittany se negaba a pensar en cuánto iba a echarle de menos.

Había sido una insensata al encariñarse con él tan rápidamente. Aún no sabía casi nada de aquel hombre, y sin embargo ni siquiera eso le importaba. Iba a sufrir sobremanera.

Ya le habían asegurado que no rechazaría la facción en la que él trabajaba, así que no quedaba nada que pudiera objetar. No obstante, parecía que Martha pensaba de otra manera: sus culturas nunca podrían conciliarse. Pero ¿qué tendría que ver la cultura con los sentimientos, en especial cuando su instinto le decía que era el hombre de sus sueños, su pareja ideal? Incluso el hecho de que fuera más joven que ella carecía de importancia. Nada importaba ante las emociones que él le provocaba.

Aquella noche era para divertirse y para el recuerdo, pero era desalentador la poca gente que había en la discoteca: únicamente otras cuatro parejas, y sólo una parecía con deseos de bailar. Contrariamente a lo que había dicho Tom, a ella no le gustaba exhibirse, de modo que hasta la tercera bebida y media no se atrevió a salir a una pista de baile casi desierta.

Dalden estaba fascinado con aquel lugar. Las luces eran de las antiguas de discoteca, la música sonaba muy alta y la pareja que estaba en la pista estaba haciendo una demostración bastante aceptable. Martha seguía llamándolo ejercicio, una práctica obsoleta prohibida en muchos lugares. Brittany hubiese pedido la definición de «prohibido» si no hubiese tenido que gritar, porque su «prohibido» tenía que tener un significado distinto a «no permitido».

-¿Estás listo para probado? -le preguntó al fin.

-Contigo probaría cualquier cosa, *kerima*.

Estaba lo bastante achispada como para emocionarse con la dulzura de aquella respuesta. Le tomó de la mano y lo llevó a la pista. Sonaba una canción ligera, un compás no especialmente adecuado para bailar pero con un tempo adecuado para cualquier estilo. Ella bailaba como había aprendido a hacerlo en el instituto, es decir con movimientos sensuales, pero de la única manera que sabía.

Él parecía estar haciendo oscilar algún tipo de arma, con movimientos precisos, y ella casi se echó a reír al comprobar que no estaba bailando sino haciendo exactamente lo que Martha había dicho: ejercicio. Se lo estaban pasando estupendamente y los ojos de Dalden, que nunca se apartaban de ella, decían que de lo que más estaba disfrutando era de verla bailar.

Entonces la música cambió y sonaron los primeros compases de una pieza lenta, la primera de la noche. Dalden todavía no había visto cómo se bailaba lento, así que tuyo que enseñarle. Pero él se acercó un paso más y, al cabo de un momento, la estaba besando. Se

olvidó del espacio y del tiempo como por la tarde, perdió de vista todo lo que tenía alrededor. Sólo quedaba el hombre y su tacto, incendiándola.

-¡Martha, por favor!

A Brittany le pareció oír aquellas palabras, su voz, en la distancia. No sabía lo que Dalden estaba pidiendo, pero no dejó de hacer lo que estaba haciendo más de un segundo. Todavía la estaba besando, abrazándola tan fuerte que podía sentir todo su cuerpo. Tuvo una sensación de hormigueo que nada tenía que ver con las bebidas que había tomado, y después sintió algo suave bajo su cuerpo y al gran hombre encima. No reparó en que estaba en una cama con él, ni cayó en la cuenta de cómo había llegado hasta allí.

CAPÍTULO 21

Brittany había empezado la noche decidida a acumular recuerdos, porque estaba segura de que eso sería todo cuanto le quedaría de Dalden. Ni siquiera se había planteado la posibilidad de hacer el amor, pero ¿qué mejor recuerdo de él que uno de la más absoluta intimidad?

Ya no pensaba en la necesidad de algún tipo de compromiso previo o de conocerle mejor. Aquellos razonamientos le parecían bastante lejanos y de escasa importancia. Sus sentimientos se habían revolucionado desde el día anterior y, además, sencillamente le deseaba; no podía encontrar ninguna razón lógica para negarlo.

Sin embargo, todavía se sentía algo confusa: ya estaba entre sus brazos, en la cama, en su apartamento, plenamente sumergidos en el ritual amatorio. No sabía cómo habían llegado hasta allí; lo último que recordaba era la pista de baile de una discoteca.

Supuso que le habían cargado demasiado las bebidas sin que se diera cuenta y que el alcohol se le había subido a la cabeza. Sabía que había camareros que lo hacían, al estilo «chico ayuda a chico a atrapar a su presa», y pensaba que deberían ponerlos de patitas en la calle por eso. A pesar de que en aquellos momentos se estaba despejando a marchas forzadas, debió de haber estado bastante borracha para llegar a casa y no acordarse en absoluto del trayecto. Le parecía increíble, pero no podía haber otra explicación.

Su ropa había desaparecido. Recordaba que Dalden la había desnudado con una rapidez asombrosa. Él tampoco llevaba la suya, y desnudo era una maravilla.

Siempre había pensado que el hombre que encajase en su ideal masculino aún había de nacer, pero Dalden la sacó del error, ya que era totalmente perfecto, en todos los sentidos imaginables. También había creído que le sería imposible sentirse pequeña al lado de un hombre, pero tendida junto a él tenía esa sensación. ¡Era tan grande, todo él, tanta potencia y tanta fuerza para contemplar! Una mujer de tamaño «normal» se hubiese asustado irremediablemente, pero Brittany estaba encantada.

La urgente desesperación que había advertido antes en su voz sólo había remitido levemente. Seguía allí, con toda la fuerza de la pasión desatada, pero Brittany no se asustó, porque parecía tenerla bajo control ahora que ella estaba justo donde y como él la quería: desnuda, abrazada a él, dispuesta al abandono, a dejar que él descubriese cada centímetro de su cuerpo.

Y eso fue lo que hizo. La deslizó suavemente hacia un lado y hacia el otro, como si moldeara una figura, hasta encontrar la posición perfecta para explorar todos sus rincones, con las manos, con la boca, con sus ojos de color miel.

Uno de los dos había encendido la luz de la habitación, y no la habían apagado. A pesar de ello, no se incomodó en ningún momento, probablemente porque estaba totalmente

Librodot

absorta, fascinada por el cuerpo de Dalden. En parte se sentía dominada, pero incluso eso le parecía bien, porque sabía que podía tomar el control si lo deseaba. No lo hizo, y no porque se sintiese segura respecto al sexo, puesto que nunca había hecho el amor, sino porque las orientaciones de él, que actuaba con gran pericia, le agradaban y le daban mayor libertad para abrirse a los sentimientos, que en aquel momento eran muchos y muy intensos.

Sentía un éxtasis difícil de contener. Lo que Dalden le estaba haciendo sentir era emocionante, el hecho de que por fin iba a «hacerlo» era emocionante, y que fuese con él, más emocionante todavía. Era como un torbellino que ascendía por su cuerpo, los sentidos aguzados, cada nueva sensación la llevaba un paso más cerca de la cúspide...

Y entonces se acordó de Martha, con sus oídos fisgones y visores a seis bandas, y se angustió pensando que no estaban solos.

-¿Dónde está la caja de Martha? -no hubo respuesta, al menos por parte de Martha-. ¿No está?

-No nos molestará.

Aquello no significaba que Martha no estuviese allí, pero fue suficiente. Por lo menos mitigó un poco su angustia, aunque volvió a aparecer de otra forma. Él estaba encima de ella, a punto de dar el gran paso. Apretó muy fuerte los ojos, completamente tensa, mientras le aseguraba (o más bien intentaba con vencerse a sí misma):

-Estoy en buena forma, estoy preparada, adelante.

Él observó los ojos cerrados de ella y no pudo contener la risa.

-No estás preparada en absoluto, *kerima*. ¿No lo has hecho nunca?

Brittany abrió ligeramente los ojos, lo justo para poder verle.

-Si ya lo hubiese hecho, ¿crees que te hubiera disuadido ayer noche?

Se sintió orgullosa de aquella respuesta, de haber sido capaz de confesado. Había esperado durante mucho tiempo al hombre adecuado, y sabía que él era ese hombre. Se lo decía la intuición, a pesar de que las circunstancias indicasen lo contrario y de que Martha insistiese en que era imposible conciliar sus culturas. Nada de eso importaba. Tenía que hacerlo por ella misma. Todo sería perfecto si no la asaltase el temor de que aquello iba a ser algo ocasional.

De repente se sintió triste, y lo abrazó con fuerza.

-Dime que esto tendrá un final feliz, Dalden, aunque no sea cierto. Dime que ésta no será la única vez que nos amemos.

Él se inclinó hacia delante para poder mirada de cerca y directamente a los ojos.

-No entiendo tu miedo. Eres mi compañera para toda la vida. Hasta que no te tenga en un lugar familiar, donde pueda estar seguro de no perderte, no te separarás de mí. ¿Es éste el tipo de garantía que necesitas?

Sintió un gran alivio que la hizo resplandecer de felicidad.

-¡Sí, es justo eso!

Él sonrió, la besó con suavidad en la mejilla y le acarició el cuello. En aquel momento se reprimió, por ella, porque sabía que aquellas reflexiones la habían perturbado.. Quería volver a empezar, lo cual la llenó de tal gratitud y pasión que sus sentimientos por él se intensificaron de forma vertiginosa.

La pasión de él no había remitido y consiguió hacer que ella recuperara la suya con sorprendente rapidez. Dalden no la apremiaba, pero ella tenía tantas ganas de que aquello ocurriera... Y su cuerpo estaba cooperando a la perfección con su mente.

Finalmente, no le dolió tanto como temía. Probablemente debía darle las gracias al alcohol (o al control y pericia de Dalden). La penetró tan suavemente, con tal cuidado,

distrayéndola con sus besos que, cuando notó la molesta presión que él ejercía contra su pared virginal y supo que la derrumbaba, no exhaló más que un pequeño jadeo de sorpresa.

Dalden no siguió adelante, volvió a demostrar aquel sorprendente autocontrol. Era increíble el dominio que tenía sobre sus emociones y su cuerpo. No era normal, ni necesario, ya que los sentidos avivados de ella pedían más.

Intentó decírselo sin palabras, agarrando su espalda con ambas manos e intentando atraerlo hacia ella. Evidentemente, no sirvió de nada. No podía moverlo si él no quería. Por un instante sintió resentimiento, Porque él jugaba con su cuerpo como quería, y ella no estaba en igualdad de condiciones. Se le pasó en seguida, porque Dalden la miraba sonriente, divertido y obviamente complacido por los esfuerzos de ella.

La besó con delicadeza y atrapó su grito ahogado con los labios mientras se adentraba plenamente en su ser. Sentido tan adentro fue exquisito, más excitante de lo que nunca hubiera imaginado. Y él seguía conteniéndose con todas sus fuerzas, evitando los movimientos rápidos a pesar de sentir el deseo de ella, inmerso en un ritual lento y preciso.

Estaba dejando que ella experimentara todas y cada una de las sensaciones del acto amoroso. Brittany se sintió transportada, el placer la sobrevino de inmediato y fue aumentando gradualmente hasta quedar saciada (aunque hubiese podido disfrutar más tiempo si a su cuerpo no le hubiese gustado tanto lo que estaba ocurriendo).

No intentó retrasar el clímax cuando llegó. La invadió en intensas oleadas y, cuando llegó a la cumbre, las sensaciones fueron tan intensas que casi se desmayó. Entonces él se unió a ella, prolongando aquel placer excepcional hasta un éxtasis maravilloso.

Brittany se despertó en algún momento de la noche. Estaba encima de Dalden, abrazándolo como una manta. Intentó moverse para apagar la luz, pero el brazo de él la aferró negándose a que se alejara de su lado, incluso durante el sueño. Ella sonrió y volvió a apoyar la mejilla en el pecho de él. Era como un colchón irregular, como una almohada dura, pero le parecía genial. En aquellos momentos, su satisfacción no podía medirse en comodidad.

CAPÍTULO 22

-Britt, ¿estás despierta? -Jan la llamaba desde el salón-. Tienes compañía.

Brittany ya sabía que tenía compañía. Abrió los ojos y vio que la compañía seguía durmiendo. Le sobresalían los pies del colchón, y eso que era uno extralargo que a ella le iba bien. No hacían camas para personas de más de dos metros.

-¿Britt? -Esta vez fue un alarido.

Todavía no estaba muy despierta, porque se hubiera dado cuenta de que Jan no hablaba de Dalden, porque posiblemente no sabía que había pasado la noche allí.

-¡Ya voy! -respondió.

Dio un salto de la cama, sacó el albornoz blanco de felpa del armario, se lo puso y salió al salón. Oyó a Dalden moverse tras ella, pero no podía volverse para mirado porque sería demasiado descortés con la visita y le diría simplemente que se marchase. Así lo pensó, hasta que vio al hombre que estaba plantado justo delante de la puerta del apartamento.

Jan lo miraba como si estuviera muerta de hambre y él fuera un pastel de chocolate de dos metros de altura. Era increíblemente guapo, de hecho, casi demasiado. Nunca había visto a nadie tan perfecto, como si hubiese sido creado siguiendo las especificaciones ideales de alguien. Incluso cumplía todas sus expectativas y era igual de alto que ella o quizás un poco más. No estaba segura de querer acercarse lo suficiente para comprobar si la pasaba unos

centímetros, porque aún no daba crédito a sus ojos. Era incluso más guapo que Dalden, si es que era posible, aunque de un modo diferente, menos masculino.

Llevaba un mono que parecía algún tipo de uniforme. Tenía los ojos tan verdes que destacaban incluso desde el otro extremo de la habitación. El pelo era negro azabache, corto, aunque no en exceso. Sostenía algún tipo de recipiente de plástico y Brittany reaccionó al darse cuenta de que estaba repleto de comida.

Por fin se atrevió a preguntar:

-¿Está seguro de que no se equivoca de apartamento?

-Martha no se equivoca. Me ha mandado con algunos productos para el grandote.

-¡Ah, es amigo de Dalden!

Aquella afirmación no fue confirmada, pero oyó detrás de ella:

-¿Corth II, Martha? ¿Te parece prudente?

-Sólo trato de ahorrar tiempo, pequeño, porque ayer agotaste las reservas de la joven. -aclaró Martha.

La pobre Jan estaba ahora mirando el pecho de Dalden con los ojos como platos. Sólo se había puesto los vaqueros antes de aparecer en el umbral de la puerta de la habitación y se estaba colgando la caja de Martha. Seguro que estaba confundida por la voz que acababa de oír, que no correspondía a ninguno de los presentes. También estaba obviamente pasmada al ver salir a Dalden del cuarto de Brittany.

Con la mayor discreción, no obstante, se limitó a decir:

-Creo que necesito una taza de café. -y se metió en la cocina.

Brittany también quería una, pero decidió que sería mejor vestirse primero.

-Me vestiré mientras hablas con tu amigo.

Seguía mirando a la visita mientras dijo aquello, de modo que quizá por eso la voz de Dalden denotó una leve irritación.

-Corth II no se queda.

-Parece que no me vaya quedar. -dijo con una sonrisa maliciosa-. Encantado de conocerte, Brittany Callaghan, aunque sea fugazmente. Quizás...

-¡Adiós! -gruñó Dalden.

El hombre obedeció, aunque pareció marcharse muy risueño.

Martha también se reía.

-Vaya, vaya, qué interesante. -susurró desde la caja-. ¿Acaso estamos perdiendo un poco el control Sha-Ka'ani, guerrero? Aunque no debería sorprenderme, después de que lo perdieras por completo ayer noche.

Brittany frunció el ceño mirando la caja que él llevaba en la cadera.

-¿Por qué te metes con él, Martha?

No era posible que una voz transmitiera un encogimiento de hombros, pero la de Martha lo hizo.

-Sólo estoy preparando el terreno para lo siguiente, muñeca, antes de que Dalden empiece a preocuparse por unas inclinaciones naturales que está convencido de no tener. Un guerrero inquieto es como una bomba de relojería, y en esta fase del juego no es eso lo que necesitamos.

-Martha ya ha dicho demasiado. -refunfuñó Dalden. -Martha todavía no ha dicho nada, -respondió ella-, pero puedes estar tranquilo respecto a algunas de esas inclinaciones, guerrero. Ayer noche fuiste provocado. Lo que presenciaste ha sido una forma de incitación sexual durante siglos. Se sabe que desata pasiones. Algunas culturas han conseguido deshacerse de

ello, considerando que su gente ya sufre demasiadas tensiones y que la tensión sexual provocada de esa forma sólo agrava el problema.

-Pero hay gente que considera que bailar es una diversión. -señaló Brittany.

-Pero hay quien no está acostumbrado -replicó Martha- y Dalden no lo está.

Brittany miró fijamente a Dalden y sus mejillas se tiñeron de rojo.

-Espero que no pienses que era mi intención...

Él se acercó rápidamente a ella, tomó su rostro entre las manos y sonrió.

-No cambiaría absolutamente nada de ayer por la noche, *kerima*.

Ella tampoco, aunque le gustaría recordar cómo habían vuelto a casa. Tener lagunas la asustaba un poco, y mucho más no saber lo que podía haber hecho durante ese lapso. Pero supuso que si hubiese hecho algo tan estúpido como conducir bajo los efectos del alcohol, él ya se lo habría mencionado.

El resto lo recordaba claramente, incluido cuando le aseguró que era su compañera de por vida, que nunca se separarían hasta que la tuviera en un lugar familiar, aunque le gustaría saber el significado de aquel «familiar». Pensar que significaba «casa» era poco realista, quizá sólo se refería al lugar donde tenían montada la base de operaciones para esta misión. También necesitaba saber la definición de «compañera de por vida». Sabía qué definición le gustaría a ella, pero en algunas culturas, compañero sólo significaba amigo, así que prefería no pensar en lo que significaba para él.

No tenía ganas de iniciar un interrogatorio todavía, y mucho menos de obtener unas respuestas que podían traerle una decepción. Mejor saborear por algún tiempo la satisfacción que había sentido la noche anterior.

Lo rodeó con sus brazos, lo abrazó.

-Procuraré mantenerte alejado de cualquier local que se parezca a una discoteca, pero estoy segura de que nos divertiremos sin necesidad de bailes.

Martha no podía parar de reír y la sonrisa de Dalden se amplió considerablemente. Fue entonces cuando Brittany recordó que él se refería a hacer el amor como divertirse.

Dio un paso atrás y lanzó un bufido dirigido a ambos.

-No me refería eso. ¡Bah, qué más da! Mientras me visto, ¿por qué no descargas todo lo que tu amigo nos ha traído amablemente?

-Corth II no es un amigo.

-Bueno, enemigo entonces.

-Tampoco eso, -respondió-, mi madre lo considera uno más de la familia.

-¿Ah sí? Eso implica que tú no.

-Como mi padre, no tolero demasiado bien la condición de esos Corth II.

-¡Aaah! -respondió enfatizando la exclamación- Supongo que eso tiene mucho sentido... para ti. ¿Cómo voy a saber yo a qué te refieres con «condición»? Aunque me parece extraño que se apellide con un número. ¿Es normal en tu país?

-No es su apellido. Es el segundo de la serie, un modelo avanzado creado por Martha, parecido al original, Corth.

-¿Es hijo de Martha? -preguntó sorprendida.

-Sí, algo así como...

-¿Cómo qué? -Frunció el ceño-. De acuerdo, ya veo que no sé de qué estoy hablando y, la verdad, me gustaría una explicación. Martha, ¿me quieres echar una mano?

-Ni por ésas, querida. Me encanta ver cómo los guerreros se meten solitos en un atolladero del que no pueden salir.

Brittany hizo una mueca, pero dirigió la pregunta a Dalden.

-¿Por qué no tiene ese Corth un nombre propio? -Martha es una Mock II, de lo cual se deduce que a cualquier cosa que mejore el original, que es ella, le otorga la misma clasificación.

-Me rindo. Estás hablando como si él fuera una máquina, un androide o algo similar, y eso es imposible.

-¿Por qué imposible?

-Porque puede que estemos logrando grandes avances en robótica, pero nada ni remotamente parecido a lo que acaba de salir por esa puerta. Era un hombre. Tengo ojos en la cara. No tenía nada de mecánica.

Dalden le recordó algo.

-Inventos difíciles de creer, ¿recuerdas?

Puso cara de fastidio, pero luego se echó a reír.

-Me encanta que tengas sentido del humor, Dalden, de veras. Es bastante especial, pera no por ello menos divertido.

-Mujer...

-Creo que es momento de centrarnos, niños. -se entrometió Martha-. Esta mañana no os habéis despertado muy temprano y el chicarrón necesita comer. Esperaba llegar al ayuntamiento a la hora de abrir, pera ahora tendréis que volver a inspeccionado todo para aseguraras de que no se ha hecho ningún daño antes de que llegarais. Una pérdida de tiempo que nos podíamos haber ahorrado si los instintos de determinadas personas no se hubiesen disparado.

Brittany enrojeció, murmuró algo sobre ancianas gruñonas y se metió en el cuarto para vestirse.

CAPÍTULO 23

-Es como yo me lo temía. -dijo Martha, cuando entraban en el vestíbulo central del ayuntamiento-. La gente de Jorran se desperdigó por tu bonita ciudad. Los tres con quienes tengo conexión pasaron la noche en distintos lugares y no hicieron daño alguno. Pero han venido muy pronto esta mañana, a diferencia de otros...

-Algunas veces puedes pasar por alto los comentarios de Martha. -dijo Dalden rodeando a Brittany por la cintura-. Si realmente hubiese sido imprescindible llegar antes, ella misma nos habría despertado.

Se oyó como un chasquido.

-Si os hubiese despertado sin proponer ninguna distracción fuera de la cama también hubiese sido una pérdida de tiempo. ¡Vaya! ¿Os habéis sonrojado los dos? Ya veo que entendéis por qué no lo hice y preferí enviar a Corth II.

-¿Podrás desconectada en algún momento? –murmuró Brittany como respuesta.

-Claro, pero no hasta dentro de unos meses.

Brittany hizo un gesto de extrañeza.

-¿Tanto tiempo tardaremos en encontrar a Jorran?

-No, -afirmó Dalden -, pero no puedo deshacerme de Martha hasta que regrese a casa y se la devuelva a mi madre para que se convierta de nuevo en su pesadilla.

-Tedra no me considera una pesadilla. -repuso Martha en tono ofendido.

-¿Y mi padre dice lo mismo?

-Claro que no. -repuso con una risita que demostraba que no se había sentido ofendida por el comentario anterior.

Brittany pasó por alto las bromas y se centró en la observación de «dentro de unos meses».

-¿No vuelves directamente a casa cuando termines aquí?

-Claro que nos iremos a casa.

Abrió los ojos de par en par.

-¿Y sólo el viaje dura meses? Caramba, no pensaba que aún se tardara tanto en cruzar el océano. Debes de ir en un barco bastante lento y viejo. -esta vez no era Martha la única que reía. Y sintiéndose otra vez el blanco de unas bromas que no entendía, añadió-: ¿Me equivoco? ¿Quizá piensas volver nadando?

El sarcasmo le pareció evidente, pero no así a Dalden, que se limitó a aseverar:

-Eso no sería posible.

Martha fue más perspicaz en su respuesta.

-No te soliviantes, muñeca. Lo entenderás todo, y demasiado pronto. Entonces probablemente desearás no haber salido nunca de tu burbuja de ignorancia. Entretanto, ¿qué os parece si os ponéis manos a la obra? Igual que ayer. Brittany, empieza con el alcalde y a partir de ahí mientras Dalden hace la ronda por los despachos.

Brittany asintió con la cabeza, lanzó un suspiro y se dirigió hacia la antesala del despacho del alcalde. Como el día anterior habían confiscado tres bastones, ahora tenía uno propio y el secretario de Sullivan se convirtió en su primer conejillo de Indias.

Volvió a sorprenderla el control hipnótico absoluto que aquellos bastones conferían a quien los usara. Fue enviada directamente al despacho del alcalde, aunque esta vez hizo que anunciaran su visita para no volver a sobresaltarle. Ni se le ocurrió pensar que podía estar en medio de una reunión, como confirmó al entrar.

¿Dónde tenía la cabeza? Evidentemente, aún pensando en la noche anterior y no pendiente de lo que hacía. Pero aquello no era excusa para cometer un error tan grave...

Había otras cuatro personas alrededor de la mesa de trabajo del alcalde. No estaban hablando, sino simplemente sentados en sillas tapizadas y con aspecto aburrido. Sullivan se levantó con su mejor sonrisa para saludada como si no se estuviese entrometiendo en una reunión ya comenzada.

¿Seguiría bajo la misma influencia que el día anterior, dispuesto a responder a cualquier pregunta que ella hiciese y luego olvidado todo? Pero no podía formulado sus preguntas en presencia de aquella gente, y tampoco podía utilizar el bastón con todos sin que uno o dos se dieran cuenta de lo que estaba haciendo antes de alcanzados y huyeran para dar la alarma.

La situación exigía una retirada inmediata y, antes de empezar a ruborizarse por aquella metedura de pata, decidió solucionada.

-Creo que ha habido una confusión con las citas. Si lo prefiere, puedo esperar fuera unos minutos hasta que haya terminado, señor Sullivan...

-¿Hasta que haya terminado qué? -preguntó el alcalde con un gesto de curiosidad-. ¿La estaba esperando a usted, no?

-Sí, pero...

-Entonces, siéntese, siéntese. -le dijo luciendo nuevamente su sonrisa pública-. ¿En qué puedo ayudada hoy?

Finalmente no pudo evitar el sonrojo. Aquellos cuatro hombres debían de ser miembros de su equipo. Y seguían sin decir nada, sólo observando su forma de actuar con cierta desgana. Estaba en un aprieto. ¿Debía llevar a cabo su misión estando ellos delante? ¿Era normal que el alcalde estuviese rodeado de sus ayudantes durante las visitas privadas? Quizá

sí; después de todo, el día anterior se había entrevistado con él la hora del almuerzo. Y si aquél era el procedimiento habitual, ¿por qué no se habían presentado todos para que se sintiera más cómoda?

Inquieta ante la posibilidad de no cumplir su cometido si ellos estaban presentes, les señaló la falta de educación siendo a su vez un tanto grosera y preguntando directamente a uno de ellos.

-¿Quién es usted?

-Un observador.

No era mucho, pero le tendió le mano y, a pesar de que él no se inmutó, dijo:

-Soy Brittany Callaghan, ¿y usted es?

-Un observador. -repitió la respuesta, pero entonces añadió-. Comience su reunión, mujer, y luego márchese.

Esta vez sí percibió el acento. Similar al de Dalden, aun que no exactamente igual, pero parecía extranjero. En su mente se dispararon todas las alarmas. Tenía que salir de allí inmediatamente y advertir a Dalden de que habían dado en el clavo, así que aprovechó para simular que el comentario la había ofendido.

-Perdone, sé cuándo estoy de más en un sitio. -afirmó con sequedad, y luego, mirando a Sullivan-: Cambiaré la cita, alcalde, para cuando no le estén observando.

Se volvió y empezó a caminar hacia la puerta refunfuñando, aunque tuvo que detenerse. Uno de los hombres estaba bloqueando la salida y no era exactamente tan pequeño que pudiera apartarlo y pasar. Tenía su estatura, pero con el cuerpo de un gorila de discoteca, todo músculo y orgulloso de ello. La etiqueta con el precio que colgaba de la solapa de su traje nuevo le daba un toque curioso, aunque no lograba restarle seriedad a su rostro amenazante.

Entonces oyó detrás de ella.

-Cuesta ocultar el miedo bajo otras emociones. La mayoría de la gente no lo consigue, y usted forma parte de ese numeroso grupo. La pregunta es, por lo tanto, ¿qué se ha dicho aquí que pueda haberla atemorizado?

Se volvió. El hombre que había percibido su miedo era el mismo con el que ella había hablado: el observador. Le había parecido más importante que los otros tres intrusos aburridos, por eso se había dirigido a él. ¿Sería el propio Jorran?

El hombre se puso en pie y su aura de superioridad se hizo aún más evidente, lo envolvía como si fuese una capa. Alto, delgado, con el cabello rubio y los ojos de un verde esmeralda. Tenía porte real, sólo le faltaba llevar corona para completar la estampa. Pero nuevamente la etiqueta que le colgaba de la manga del traje malogró aquella impresión.

La vio cuando él cruzó los brazos. Un breve y angustiado vistazo a los otros dos le permitió comprobar que también las exhibían. ¿Estaría de moda en su país de origen? ¿O estarían tan atrasados en él que no sabían que al salir de la tienda con la ropa que acabas de comprar puesta, hay que arrancar la etiqueta?

El hecho de que todos llevaran trajes recién estrenados hizo que se preguntase por qué lo habrían considerado necesario. ¿Para sustituir las ropas del desierto, quizás?

Volvía a hacerla, estaba haciendo suposiciones en lugar de considerar sólo los hechos. El problema era que, esta vez, tenía muy pocos en los que basarse. No obstante, aquella evidente ignorancia del mundo moderno le permitía dejar sus temores a un lado. ¿Cómo iba a tomarse en serio toda esa patraña si aquella gente no sabía absolutamente nada del país del que querían apoderarse, ni de su política?

Él estaba esperando a que respondiera y ella lo hizo con sencillez.

-No sé de qué me está hablando.

El hombre hizo un gesto de leve fastidio.

-Claro que lo sabe, y ya puede confesar la verdad o haré que la arresten por intentar asesinar al señor Sullivan. Él, evidentemente, jurará que usted intentó matado.

No podía ser cierto, tenía que ser un farol. ¿Sería capaz de enviada a la cárcel, que es lo que ese cargo implicaría si se utilizaban los bastones para demostrarlo, sólo porque no respondía a su pregunta?

Una mezcla de pánico e indignación la impulsó a reclamar.

-¿Ha oído eso alcalde?

Sullivan la miraba con el ceño fruncido.

-Lo único que oigo es a usted diciendo estupideces sola.

La respuesta hizo que Jorran suspirara, con lo que atrajo la mirada de Brittany.

-Realmente es un problema grave que haya dicho eso. Sólo tenía curiosidad por saber qué provocó ese miedo repentino. Ahora tendremos que detenerla.

De modo que había sido un farol. Era obvio que no querría causar mucho alboroto y atraer la atención. Pero detenerla era igual de malo.

-Y no se moleste en preguntar por qué no me oye ni me ve, -añadió con desdeño mientras regresaba a la silla-, su curiosidad no tiene la menor importancia.

¿Quería deshacerse de ella así de fácil? Aquello la enfureció. Era insignificante, un mero fastidio que no suponía ninguna amenaza para sus planes bien trazados.

-¿Preguntar? No necesito preguntar. -saltó demostrando el mismo desdén-. Sé exactamente por qué no le ve ni le oye.

CAPÍTULO 24

Brittany se hubiese tirado de los pelos por haber dicho aquello, pero sabía que la ira era su peor enemigo, sin excepción. Tendría que haber mantenido la boca cerrada. Tendría que haber fingido ser lo que parecía ser, una cita más en la agenda del alcalde. Ahora tendría que admitir que sabía más de lo que ellos pensaban y dar sus razones sin implicar a Dalden.

Él era más grande que todos ellos, aunque quizá los dos gorilas le causarían alguna dificultad. De todas formas, seguro que podría ganarles a todos sin mucho esfuerzo. Pero si todos llevaban uno de aquellos bastones, de nada valdría el esfuerzo. En cuestión de segundos lo convertirían en un Dalden inofensivo, y todo concluiría con la victoria de Jorran y la derrota de Dalden. Por lo tanto, era imperativo que no supiesen que estaba en el edificio buscándoles.

Jorran estaba en pie, y sin el menor atisbo de enfado. Un tipo bajito y fornido se había situado detrás del alcalde y le susurraba algo al oído. Era como si ella también se hubiese vuelto invisible, ya que el alcalde empezó a mirar unos papeles que tenía sobre el escritorio sin prestarle la menor atención.

-Explíquese. -Aquellas palabras la obligaron a mirar al regio Jorran.

Decidió utilizar la mentira más plausible de las pocas opciones que tenía.

-Soy periodista y estoy destinada en el ayuntamiento. Mi trabajo consiste en desentrañar cualquier tema de interés que suceda por aquí, y su pandilla y esos bastones que han estado blandiendo durante los dos últimos días resultaban bastante interesantes. Los he seguido, los he escuchado. Hasta un niño hubiese juntado las piezas del rompecabezas, puesto que su gente no ha ocultado en ningún momento lo que estaba haciendo.

El último comentario no era exactamente cierto, pero él no lo advirtió.

-Hemos estado al tanto y nada de lo que dice ha aparecido en las noticias de la ciudad, lo que significa que miente.

-No, sólo que no he terminado de escribir el artículo.

-¿No ha comunicado a nadie sus descubrimientos?

Se planteaba un dilema: cubrirse las espaldas y decir que otras personas lo sabían, con lo que ellos temerían ser descubiertos, o evitar que se asustaran para que Dalden pudiese atraparles. En realidad, no había lugar a dudas, ya que Martha había dicho que si se ocultaban, les resultaría imposible volver a encontrados. Por lo tanto, había que evitar el pánico (aunque a ella la invadía).

Decidió decantarse por la vía de la acusación y quejarse.

-¿Está bromeando, verdad? ¿Y que me tachen de escribir ciencia ficción? Necesito más pruebas antes de firmar un artículo tan increíble como éste. Es decir, lo que hacen esos palos es simplemente imposible. A lo mejor le gustaría explicarme qué es lo que hacen exactamente.

-¿A qué conclusión ha llegado usted?

-No me pagan por sacar conclusiones sino por informar de lo que puede tener un interés periodístico. -dijo-. Pero me parece bastante obvio que quiere convertirse en alcalde.

-Lo que es obvio a menudo resulta ser irrelevante, -respondió él, después inclinó la cabeza hacia el alcalde y añadió-, porque este tipo no hace nada que me impresione. No decide nada de importancia. Ahora no estoy seguro de querer su título. Me tomaré unos días para observar y decidir.

Brittany casi estalló en carcajadas. Aquel hombre quería ser alcalde pero no tenía ni idea de lo que suponía el cargo. ¿Estaría intentando despistada?

-La posición de alcalde no se consigue en cuestión de días. -le explicó-. Se emprenden proyectos que pueden durar meses, o incluso años. El éxito o el fracaso de un alcalde se ve al final de su mandato, en lo que ha conseguido y lo que no. No es un título, es un trabajo. Trabaja para la gente, para mejorar la ciudad, no para él.

El hombre movió la mano en un gesto de repulsa.

-La posición será lo que yo haga de ella, no lo que la gente de la ciudad espera. Además, poco importa. Es sólo un trampolín para conseguir el mando absoluto.

Demasiado rotunda para ser una teoría inventada. Sonaba más como una fanfarronada, pero no podía esperar que la liberaran después de aquella conversación, así que mejor sería escuchada toda...

-¿Mando? ¿No querrá decir liderazgo? Pero sólo por curiosidad, ¿cómo creyó que podría situarse en un cargo de importancia que en este país se obtiene tras unas elecciones cuando no es ni ciudadano estadounidense ni la población le conoce?

-Soy conocido. La gente de este edificio ya piensa que soy su alcalde. Sullivan pronunciará hoy un discurso para los llamados medios de comunicación informando de que sólo ha sido mi títere y que yo he tomado todas las decisiones desde el principio.

Estuvo a punto de decide que semejante discurso provocaría un escándalo, que era decir a los ciudadanos que les habían estafado y que no tendría el efecto que él pensaba. No obstante, por si no lograban detenerle, sería mejor no avisarle de que se estaba cavando su propia tumba si seguía por ese camino.

En lugar de eso, decidió cambiar de tema.

-¿No está olvidando al resto de candidatos?

-Si decido continuar por este camino hacia la presidencia, seré el único candidato que se presente a lo que aquí llamáis elecciones. El resto se retirarán ante el mejor.

-Tiene pensado usar los bastones para obligarles a retirarse en el último momento, ¿no es así?

El hombre esbozó una sonrisa totalmente confiada, como diciendo «no puedo perder».

No fue aquello lo que le retorció el estómago, sino la certeza de que podía hacer exactamente lo que planeaba, que era mucho peor de lo que a ella le habían comunicado.

¿La presidencia? Aquel tipo estaba chiflado, pero con los bastones podía conseguido. Podía decir a los hombres lo que debían votar. Podía facilitar información falsa a los medios de comunicación y hacerse famoso. Los jefes y maridos de las mujeres que pudieran sospechar e intentaran evitarlo las disuadirían o las encarcelarían como querían hacer con ella.

Tenían infinitas maneras de llegar a los cargos que desearan, simplemente con un toque de la varita hipnótica y unas palabras. Los jueces, otros políticos, máximos cargos de los organismos de seguridad, ¡cielos!, incluso el alto mando militar, todos podían convertirse en marionetas al servicio de Jorran.

-¿Y por qué perder tiempo con tan poca cosa, por qué no ir directo al cargo más importante? -preguntó Brittany intentando entender su razonamiento-. Con la cirugía plástica conseguiría ser igual que el actual presidente. -recordó que Dalden estaba preocupado por que pudiera haber cambiado de aspecto-. Podría hacerse con el poder.

-¿Y adoptar el nombre del presidente? -dijo con voz indignada-. Eso nunca. Yo no comparto la gloria. Mi nombre será venerado, como debe ser.

Brittany recordó que antes había dicho «si», lo cual indicaba que todavía no estaba seguro de seguir por aquella vía. Desde el punto de vista de Jorran, no había ningún obstáculo, ya que no sabía nada de Dalden y Martha. ¿Entonces, por qué dudaba?

-Para no estar totalmente decidido se ha tomado muchas molestias aquí. ¿Acaso se ha dado cuenta de que no funcionará a la larga?

La mirada curiosa que le lanzó no era de duda, sino más bien de regodeo.

-¿Y por qué no habría de funcionar?

-Porque siempre se pondrá en duda quién es y de dónde ha salido. Allá donde vaya habrá periodistas acosándole, pidiendo respuestas. Puede engañar a unos cuantos, pero en este país hay millones de personas, y todas ellas interesadas por saber quién las dirige. Y cada vez que abra la boca, aparecerán nuevas preguntas.

-¿Por qué?

-Porque su acento indica que no es uno de nosotros, así que no tiene derecho a gobernarnos. Si tiene previsto que alguien hable siempre por usted, podrá apañárselas por un tiempo. Pero me impresiona al decir: que no quiere quedar en segundo plano.

El hombre soltó una carcajada.

-Sus suposiciones se basan en lo que ha sido y no en lo que será. ¿Entiende que su forma de gobierno va a cambiar y será sustituida por mi forma de gobierno? A un rey no se le cuestiona. La palabra de un reyes la ley.

-¿Y usted va a ser rey? -preguntó en tono burlón.

-Ya soy rey. Lo único que necesito es un nuevo país que gobernar. Mi indecisión se refiere sólo a este país en particular. Ahora tengo más información sobre su mundo. Debo sopesar la posibilidad de obtener un poder inferior pero inmediato en lugar del máximo poder, que requiere más tiempo y esfuerzo. Me inclino por el máximo posible, pero aborrezco tener que esperar.

¿Realmente era tan ingenuo aquel hombre? ¿Cómo podía ser que no conociera las distintas formas de gobierno y no supiera que la que había elegido era la menos adecuada para sus propósitos?

No tuvo ocasión de preguntárselo. El tipo fornido dejó al alcalde absorto y se dirigió a Jorran malhumorado.

-No necesita perder más tiempo con esta hembra, Eminencia. Me encargaré de que se deshagan de ella.

Jorran reflexionó un momento antes de responderle.

-No, no, me ha gustado esta charla, Alrid, y quiero seguir luego.

-Sabe demasiado...

-Seamos realistas, señores, -interrumpió ella, consciente de aquel razonamiento-, podría haber gritado y tener a toda la caballería echando abajo la puerta del alcalde. Pero soy periodista, ¿recuerdan? Prefiero conseguir una entrevista en exclusiva después de que el alcalde pronuncie su discurso ante las cámaras. Todo el mundo querrá saber quién es el verdadero cerebro que hay detrás del alcalde. Déjeme trabajar para usted y tendrá la mejor cobertura periodística que pudiera desear.

-¿Y por qué haría eso?

-Porque sería una gran oportunidad en mi trayectoria profesional, lo que significa ganar dinero. Tengo una hipoteca que pagar, hijos que alimentar... -quizás estaba exagerando demasiado-. Mire, la verdad es que no iría a ninguna parte con el artículo que tenía previsto escribir, así que me olvidaré de él y me centraré en la verdadera historia. Además, necesitará contar con medios favorables que pueda controlar. Los periodistas normales escribirán lo que quieran de usted y no lo que usted quiere que se sepa.

-¿Y usted escribiría lo que yo quiero que se sepa?

-Claro... Pero por un precio.

Jorran echó la cabeza hacia atrás y rió.

-Codicia. Lo entiendo perfectamente. Ya empezaba a pensar que su especie no conocía la corrupción. He recuperado mi fe en ustedes. Se quedará con nosotros y todos saldremos beneficiados.

Se lo había creído. La pondrían en nómina. Increíble. Ella nunca hubiese creído las tonterías que acababa de decir. Tuvo que ser la parte de la codicia lo que le convenció, debió de gustarle. No le importaba, ya que seguro que sería el trabajo más breve de su vida, porque esperaba que Dalden llegara y se encargara del tipo antes de que el alcalde empezara a declarar las mentiras que el bastón le haría decir.

CAPÍTULO 25

-Tenemos problemas.

La voz de Martha salió entrecortada a través de la unidad combo.

-¿Tienes problemas de habla? -dijo Dalden mientras regresaban al vestíbulo principal.

-No es sólo eso. Hay algo en el área que está provocando interferencias. La transferencia molecular es demasiado peligrosa. ¿Notas algo extraño?

Dalden echó una ojeada por el vestíbulo.

-¿Aparte de que Brittany no está?

-Sí, aparte de eso. ¿Algún artefacto extraño? ¿Tormentas eléctricas?

-¿Tampoco te funcionan los visores?

-Sólo a ratos, es inaceptable. Corth II va de camino con unos cuantos dispositivos de emergencia. Tardará unos minutos en llegar, ya que he tenido que configurado fuera de la frecuencia de alcance de la interferencia. Es vital que localicéis lo que sea y lo inutilicéis.

-Es más vital que tú me digas dónde está Brittany. -respondió Dalden.

Se oyó un suspiro.

-Todavía está en el despacho del alcalde.

-¿Por qué?

-Probablemente porque Jorran está allí también. ¡Deténte! Si irrumpes allí es posible que le causen algún daño. De momento está bien.

-No la dejaré allí dentro, Martha.

Lo afirmó con tal rotundidad que sólo a un loco -o a Martha- se le hubiese ocurrido discutido.

-Está bien, pequeño, créeme. No puedo escuchar toda la conversación, pero por los fragmentos que oigo parece que ha conseguido convencerlos de que se ha pasado a su bando y puede serles de utilidad. Además, él no se atreverá a hacerle daño porque la encuentra interesante.

-A mí me parecen interesantes estos árboles, pero eso no me impediría cortados.

-Me refería a interesante en el sentido de diversión en la cama. ¡Espera! ¡Quieto! No vas a hacer picadillo a alguien sólo por pensar, porque su interés no ha llegado más lejos. Ella no sabe que él la encuentra atractiva. Nunca revela sus emociones a nadie por si se perciben como una debilidad que pueda utilizarse en su contra.

-Se acabó, Martha, no podrá detenerme.

-Dalden, querido, -dijo en tono almibarado para persuadirle-, casi hemos terminado aquí. Al final del amanecer podríamos estar de camino a casa. No lo estropees todo porque estás ansioso de echarle las manos al cuello a Jorran. Si creyera que está en el menor apuro te daría luz verde, pero de momento queremos que él crea que lo tiene todo controlado, para que baje la guardia y podamos atraparle sin llamar la atención. En estos momentos hay como mínimo cuarenta personas que se lanzarían en su defensa.

-¿Tantos están de su lado?

-No, pero olvidas lo que te expliqué de la gente de este país. Son agresivos. Interferirán por el mero hecho de hacerla.

-No si los dejo a todos sin sentido.

Otro suspiro, más largo y cargado de negatividad.

-Tedra lo conseguiría, pero tú no has practicado nunca con la unidad combo. Con tranquilidad, utilizándola pausadamente y apuntando bien, no tendrías ningún problema, pero las probabilidades dicen que con la premura que tienes por dejados a todos aturdidos antes de que te alcancen, acabarías fallando con uno o dos y te arriesgas a que el rayo se refleje en algún objeto y te toque a ti. Pero por si todavía no te has dado cuenta, las interferencias no sólo afectan a la transferencia, tu arma también está inutilizada.

-¿Qué propones entonces?

-Deja que Corth II lo arregle o hazlo tú mismo. Y, por favor, recuerda que no puedes matar a Jorran, a pesar de que ahora estés pensando en hacerla, porque perderíamos la ocasión de recuperar todos los bastones. Aténte al plan original: desconecta su escudo para que pueda transferirle a la nave, pero no lo hagas en un lugar muy concurrido para que esa gente no se abalance sobre ti pensando que estás atacando a un inocente. Todavía le llevamos ventaja porque no sospecha que estamos aquí. Muy bien, eso está mejor. -esta vez el suspiro era de alivio y sin interferencias.

-¿Qué?

Librodot

-Corth II acaba de llegar y ha anulado la interferencia, aunque de una forma no muy diplomática. -se quejó Martha-. Tendré que hablar luego con él sobre esa tendencia a amenazar a la gente que no quiere cooperar y dejar cuerpos sin sentido por donde pasa. Ha llegado el momento de poner punto final a esta aventura, pequeño. Tenemos una hora hasta que toda esa gente recobre el sentido y se arme un lío descomunal.

Dalden sonrió.

-Tendré que darle las gracias a Corth II por liberarme de tus restricciones.

-Eso si antes no le frío los circuitos. -murmuró Martha-. Pero todos mis sistemas están operativos. Y todos esos cámaras que acaban de entrar en el edificio todavía no han advertido que están desconectados y no pueden retransmitir en directo. Eran los equipos de los medios de comunicación los que estaban... Jorran está saliendo. Comienza el espectáculo.

-¿Comienza el espectáculo?

-¡A la carga, guerrero!

En realidad salieron muy pocas personas del despacho del alcalde, aunque Dalden no vio a nadie hasta que identificó a Brittany y comprobó que estaba bien. Jorran la seguía. El tipo parecía inofensivo vestido como los ciudadanos del país en lugar de ir ataviado con su atuendo real, pero Dalden era plenamente consciente de lo peligroso que podía ser, especialmente si tenía su pequeña espada afilada escondida en el bolsillo. ¿Habría creído necesario llevar un arma o habría supuesto que el bastón alterador era todo lo que necesitaba?

Salieron unas doce personas, incluido el alcalde.

-¿Cuántos son seguidores de Jorran? -preguntó Dalden.

-Tres de ellos. -respondió Martha-. El resto son miembros del personal del alcalde, aunque según todas las probabilidades, han sido alterados. Tendrás que esquivar cualquier bastón que apunten hacia ti.

-Tú te encargarás de contrarrestar lo que me digan para detenerme, como hizo Brock en Sunder cuando nos sugirieron que nos olvidásemos de mi hermana.

-Eso funcionaría, pero se necesita tiempo para corregir lo que te hayan dicho, y en ese tiempo podrían utilizar las armas. ¡Esquiva los malditos bastones!

-Quizás esto te ayude. -dijo Corth II acercándose a ellos-. Los dispositivos de emergencia que Martha pidió, por si la interferencia no ha sido completamente anulada. No es que los necesitemos ahora, pero así tenemos la confianza de contar con el equipo adecuado.

El equipo adecuado era en ese caso la espada de Dalden y su escudo tallado. Martha mascullaba algo sobre dar espectáculos, pero Dalden dejó de escuchada en el momento en que se deshacía de la camisa y se ataba los protectores de acero de Toreno a los brazos, desde el codo a la muñeca.

Era su única protección, pero tampoco necesitaba mucho más con una espada de más de un metro en la mano. Droda, qué sensación tan agradable, agarrar aquella empuñadura.

-Te debo una.

-Sí, es cierto. -dijo Corth II sonriendo-. Pero recuérdalo la próxima vez que flirtee con tu hermosa compañera.

Dalden lo miró con cara de pocos amigos, pero Martha no había terminado y sugirió en un tono razonable:

-Al menos podrías intentar ocultar ese instrumento de matar ridículamente largo hasta que estés lo bastante cerca de Jorran como para usado.

-Martha es demasiado prudente cuando algo concierne a los hijos de su propietaria. -señaló Corth II, más como recordatorio a Martha que a Dalden, que lo vivía a diario en sus propias carnes-. No podemos culpada. Su programación básica no le permite dejar que ocurra

algo que afligiera a Tedra si ella puede evitado. Pero ahora que el objetivo ha sido localizado, no hay motivo para no capturarle sin impedimentos. Yo mantendré a los otros alejados.

-No dejes inconsciente a nadie más, a menos que sea realmente imprescindible. -fue la advertencia que Martha le hizo a Corth II, que se limitó a sonreír con descaro.

-Tengo el tercer bastón confiscado.

-Entonces, ¿por qué lo utilizaste con la gente de la prensa que hay fuera?

-Porque necesitábamos tiempo y así lo tenemos. Podrían alterarse las instrucciones dadas con los bastones, repararse las máquinas que yo inutilicé y volver a conectar las interferencias...

-Bueno, ya es suficiente, diablos, lo comprendo. Pongámosle fin a esto, niños.

CAPÍTULO 26

Brittany estaba muy nerviosa y el miedo a que se le notara la ponía todavía más nerviosa. Se había puesto un jersey y unos pantalones vaqueros para poder ocultar el bastón alterador en la manga y tenerlo a mano. Como el ayuntamiento tenía aire acondicionado, se imaginó que no le agobiaría mucho esa gruesa prenda de invierno y se sintió bien hasta que se encontró cara a cara con Jorran. Entonces empezó a sudar.

¿Cómo se había metido en un lío así? Ya no se trataba de ayudar a un hombre que la había vuelto loca a buscar a un ladrón extranjero chiflado. Eso era fácil, algo que cualquiera hubiera hecho, incluso le pareció una especie de aventura. Esa gente era peligrosa. No le cabía duda de que lo de «hacerse cargo» que había dicho el tipo gordo era algo habitual en ellos. Era un juego de poder, de poder en serio. Con ese tipo de cosas entre manos, no les preocuparía en absoluto quién resultara herido o muriera.

¿Y dónde demonios estaba Dalden? Uno de los periodistas le había dicho al alcalde que tenían problemas con una cámara, que alguien la había desenchufado y que aún tardarían unos minutos antes de estar preparados para el discurso. Un discurso que iba a trastornar la ciudad si Dalden no hacía algo antes de que Sullivan hablara.

O si no lo hacía.

¿Qué posibilidades tendría de utilizar contra Jorran el bastón que llevaba en la manga antes de que uno de sus dos matones le impidiera cumplir con su cometido? Ella no podría decir mucho, sólo que cancelara el acto, y quizá también mencionar que él no quería ser alcalde ni presidente; puede que le sugiriera que debía irse a casa.

Estaba lo suficientemente cerca de él como para hacerla. Se había puesto delante de ella, tan cerca, que los pocos centímetros que le sacaba en altura le impedían ver buena parte del salón. Pero el voluminoso amigo llamado Alrid estaba igual de cerca de ella, a su espalda...

¡Dios! ¿Debía correr el riesgo o esperar a ver si Dalden se encontraba entre la multitud que había detrás -de las cámaras? Miró por encima del hombro de Jorran para tener una panorámica más amplia de la sala, con la esperanza de divisar el enorme muchachote, y cuando lo vio, contuvo la respiración. Estaba allí y se dirigía con paso resuelto hacia la gente que había en la puerta del despacho del alcalde. Pero ¿medio desnudo y con una espada en la mano? ¡Una espada! ¡Por el amor de Dios!

Jorran también lo había visto, sonreía y no parecía nada sorprendido. Era evidente que se conocían. Puede que no se hubiera fijado en la espada.

Se volvió para hablar con sus guardaespaldas.

-Un guerrero Sha-Ka'ani entre nosotros, ¡qué interesante! No intervengáis, vaya disfrutar mucho.

-Jorran, si hay uno, seguro que hay más. -La voz de Alrid reflejaba una evidente preocupación, al igual que la expresión de su cara-. Deberíamos...

-Disfruta del espectáculo. -le cortó Jorran-. Son hombres y están sometidos al bastón como cualquier otro, serán unos excelentes guardaespaldas cuando instauremos mi imperio. Su familia desbarató mis planes. Debe morir. A los demás, los educaremos.

Su seguridad iba más allá de la mera bravuconería, era la certeza de que tenía ventaja. Brittany sabía perfectamente qué ventaja era. Jorran no tenía los músculos ni la altura o la corpulencia suficientes como para desafiar a la inmensa estatura de Dalden en el combate cuerpo a cuerpo que la espada que llevaba parecía sugerir. ¿Cómo pensaba vencerlo Jorran sin una pistola u otra arma que pudiera detenerlo antes de que llegara donde estaba? No tenía armas...

Pero sí tenía algo. Lo sacó del bolsillo del abrigo antes de quitárselo y dárselo a Alrid. Era una especie de tubo, o eso parecía, que no medía más de quince centímetros. Pero no apuntó con él hacia Dalden, sino que lo apretó y de él salió una hoja de metal de cerca de un metro, tan fina que resultaba difícil verla de lado.

-¿Qué demonios es eso? -lo dijo en voz alta.

Alrid la oyó y le contestó.

-Una espada cuchilla capaz de cortar a un hombre por la mitad sin ningún esfuerzo. El Sha-Ka'ani se va a dar cuenta enseguida.

Brittany palideció y la debilidad que sintió en las piernas la dejó inmóvil. Jorran lo había dicho y Alrid lo había confirmado. El plan era matar a Dalden, no querían detenerlo ni utilizar el bastón contra él.

Aquella escena en medio del ayuntamiento era extrañísima. Un gigante con el torso desnudo, vaqueros ajustados y botas hasta las rodillas, con lo que parecía un anticuado transistor en el cinturón y una espada enorme en la mano. Y lo que parecía un simple hombre de negocios con pantalones entallados, camisa de seda y corbata, y algo sujeto al cinturón también, un disco redondo, plano en la parte sujeta al cuerpo, del tamaño de una naranja, y una espada tan fina que realmente no podía dársele ese nombre sino que más bien era una cuchilla alargada.

Era normal que la gente los contemplara con la boca abierta sin poder dar crédito a lo que veían. Las personas normales no suelen ir al ayuntamiento con espadas y aspecto de querer utilizadas. Pero se dio cuenta de que había un tipo que no prestaba atención a los dos hombres que estaban frente a frente. Corth II estaba allí y se acercaba hacia donde se encontraban los guardaespaldas de Jorran.

Entonces reaccionó y se dio cuenta de que aquel tipo alto, aunque delgado, iba a necesitar ayuda con los dos matones y que ella no despertaría sospechas. Empezó con Alrid, a quien necesitaba adelantarse para llegar a los otros dos, le tocó el brazo y le dijo que no podía moverse ni decir nada. Hizo lo mismo con uno de los guardaespaldas, pero no fue lo suficientemente rápida como para llegar al otro antes que Corth II.

Puede que tuviera cara de tonto, pero no lo era. Se dio cuenta enseguida de la amenaza que se le venía encima y utilizó su bastón contra Corth II. Brittany estaba lo suficientemente cerca como para oír que el hijo de Martha decía: «Lo siento, muchachote, pero eso no funciona conmigo», antes de coger la ofensora mano y rompérsela sin aparente esfuerzo.

No dejaba de sorprenderle que Corth II fuera la única persona inmune a los bastones. En ese momento, también ella estaba actuando y utilizó su bastón con el guardaespaldas y le dijo lo mismo que a los otros dos, aunque añadió: «No te dolerá».

Corth II se rió del comentario y le dijo:

-Eres demasiado buena, preciosa.

-No, simplemente sufro una crisis nerviosa, -contestó Brittany con tono inquieto-, aunque nada de lo que está pasando aquí tiene ningún sentido.

Había otras personas que compartían esa opinión. La sorpresa inicial había desaparecido, empezaban a oírse gritos y ruido de metal, y a notarse una sensación general de pánico. Brittany se volvió y vio que Dalden y Jorran estaban peleando, y el público, que no creía que se pudiera llegar a una situación como ésa, reaccionaba con normalidad: algunos retrocedían, decididos a salir de allí lo más rápidamente posible, otros llamaban a la policía, los periodistas observaban atentamente y los que llevaban cámaras disparaban sus flashes.

La gente que intentaba salir del edificio se llevó otra sorpresa, aunque no tanta como Brittany, al ver que las puertas estaban bloqueadas. Los hombres que había delante de ellas para impedir que nadie entrara o saliera eran tan altos como Dalden, igual de musculosos, llevaban el torso desnudo y tenían la piel dorada y el pelo rubio; lo cierto es que eran idénticos a él, excepto en las facciones de la cara y las espadas sujetas con correas a la cadera.

Fue esa parte idéntica la que le dio la clave. No sabía cómo lo había hecho, pero aquellos cuerpos tenían que ser una ilusión creada para que Jorran y su gente pensaran que los Sha-Ka'ani tenían ventaja.

Hizo lo que pudo para superar el miedo y avanzó rápidamente entre la multitud repitiendo una y otra vez:

-Es un grupo de teatro de la ciudad, disfruten de la obra, no hay nada de que asustarse.

La gente podía pensar que la sangre que había visto era falsa y deseó poder hacer lo mismo. Había evitado mirar al centro de la sala. Seguía oyendo el sonido de las espadas y supo que seguían luchando, pero no era capaz de contemplarlo.

Paró a Corth para preguntarle:

-¿Por qué no le ayudas a desarmar a Jorran y acabar con esto?

-Me desmontaría si me atreviera a intervenir en su pelea. -contestó Corth II los guerreros son muy quisquillosos con esas cosas.

-¿Desmontarte? -bramó-. Si resulta herido lo haré yo misma.

-Mientras esté vivo podrá repararse completamente.

¡Qué forma más rara de decir que los médicos pueden remendarte si las heridas no son mortales! Su falta de preocupación debería de haberla tranquilizado, pero no fue así, y finalmente volvió la vista hacia el centro de la sala. Después le resultó imposible apartarla.

Había sangre en aquel suelo blanco, aunque no mucha, y aparentemente, sólo de Jorran. Éste tenía un tajo en el brazo izquierdo, que había cortado la seda de la manga y mostraba una mancha que le llegaba hasta el codo. Pero la mayor parte de la sangre le brotaba de la mejilla, que indicaba que la espada de Dalden le había acertado en ella.

Ninguna de las dos heridas había detenido el arrollador movimiento del otro brazo de Jorran, que era con el que sujetaba el arma. No cesaba en su intento de cortar a Dalden y lo hacía con tanta velocidad que resultaba evidente que su espada no pesaba nada. Sin embargo, todavía no había tenido éxito, porque los escudos del brazo de Dalden, más que su espada, conseguían detener la cuchilla y retirarla hacia un lado sin que lograra herirle.

Dalden también utilizaba su arma, pero no como podía esperarse. Cuando Jorran estiraba demasiado el brazo, impaciente por herirlo, Dalden lo cogía para evitar otra estocada y le pegaba con la espada en algún sitio vulnerable, pero con la hoja plana y no con el borde. Podía haberlo desarmado, incluso haberlo matado, pero en vez de eso le rompía las costillas y la nariz.

-Está jugando con él. -dijo Brittany en voz alta con tono enfadado, mezclado con miedo.

-Sí. -corroboró Corth II.

-Pero Jorran no.

-La verdad es que no.

-Entonces, ¿por qué corre el riesgo de que él acierte alguna vez?

-Porque es un guerrero.

-Así que en vez de hacer las cosas de la manera más fácil y rápida, tiene que hacerlo en, plan macho. Es una actitud medieval.

-Creo que «bárbara» sería una descripción más acertada. -fue la respuesta de Corth II.

Pronunció esas palabras con una sonrisita, como si hubiera algún tipo de broma en ellas de la que Brittany no se había dado, cuenta: Le entraron ganas de golpearle, un impulso que también podía definisrse como barbaro. ¿Era la única que se daba cuenta de la diferencia? ¿Qué presumir de macho está fuera de lugar cuando la vida corre peligro?

CAPÍTULO 27

Con gran cautela, los dos dieron vueltas alrededor el uno del otro. Dalden permitió una pausa. Jorran respiraba con dificultad. Tenía la frente perlada de sudor y la camisa de seda estaba empapada en la zona de las axilas, la espalda y el pecho. Intentar cortar a alguien en rodajas no resulta fácil. En comparación, el esfuerzo de Dalden había sido mínimo.

-Puede que quieras la rendición. -observó Dalden.

-¿Estás proponiéndola?

-No soy yo el que va perdiendo.

-Yo tampoco.

-¿No? Los guerreros aprenden cuando presencian errores. Cuando comprobamos la eficacia de tu espada cuchilla, Falon y yo nos entrenamos para frenada.

-La práctica no puede igualar la intención de una cuchilla. -replicó Jorran con una sonrisita.

-Es verdad, pero tu experiencia tampoco te preparapara la voluntad de un guerrero Sha-Ka’ani.

Jorran no esperaba un ataque, ya que hasta el momento Dalden sólo se había defendido. Sus reflejos tampoco eran lo bastante rápidos como para evitar que le levantara en el aire y lo arrojara tres metros hacia el otro lado de la sala.

-Tu lucha con Falon no fue a muerte. ¿Te das cuenta de la diferencia? -añadió Dalden cuando llegó a su lado.

Aquel combate tampoco iba a ser a muerte si Dalden podía evitarlo, pero Jorran no tenía por qué saberlo todavía. Éste se había enfadado de verdad. La caída le había puesto nervioso. Tirar a un rey supremo como si fuera basura no era algo corriente. Su furia era otro punto a favor de Dalden.

Jorran se apartó y volvió a la carga de inmediato. La rapidez con que movía la cuchilla la hacía prácticamente invisible.

Detenerla empezaba a ser complicado. La lucha había sido demasiado fácil hasta entonces y no quería que Falon, que seguramente estaría furioso por no ser él el que estuviera enfrentándose a Jorran, se sintiese menos hábil porque su pelea contra éste no había sido tan sencilla. Por supuesto, en aquella ocasión la ventaja de Jorran había sido que Falon había peleado con una espada muy pesada, mientras que la de Jorran apenas pesaba, pero ahora sabían cómo vencer una espada cuchilla.

La cólera fue la perdición de Jorran. La furiosa explosión de energía acabó agotándolo rápidamente y cuando moderó sus ataques, Dalden aprovechó para poner fin al combate.

En vez de desviar la siguiente finta, lo empujó lejos de él, Jorran perdió el equilibrio. Rápidamente, machacó la rodilla de su enemigo con la hoja de la espada, dejándolo aún más desequilibrado, y mientras se percataba horrorizado de su situación, Dalden lo inutilizó completamente y le dobló el brazo derecho detrás de la espalda hasta que se lo partió.

No era necesario. Durante la lucha podía haberle quitado el escudo anticontaminación y dejar que Martha se hiciera cargo de él. Aquello no habría sido un castigo, sino una simple derrota, pero Jorran se lo merecía. Dalden cogió el escudo del cinturón de Jorran y se lo lanzó a Corth II, que lo rompió con las manos como si fuera de papel. Jorran cayó a sus pies.

-Todo tuyo, Martha.

-No... -empezó a gritar Jorran, pero desapareció antes de que pudiera articular otra palabra.

-Y nada de meditec con él. -ordenó Dalden ignorando la sorpresa colectiva por la súbita desaparición de Jorran.

-No pensaba procurárselo -contestó Martha-. El tirón de orejas que le darán cuando lo llevemos a su casa no es suficiente para lo que ha hecho.

-Gracias por tu silencio. -añadió, pues había pasado varios días sin la constante comunicación con Martha, deseada o no.

-Sé cuándo no debo distraer a alguien, guerrero. -reconoció Martha con evidente tono irónico-. Ahora te toca reunir el resto de pruebas de nuestra presencia aquí, antes de que nos dirijamos a nuestro sector del universo.

-¿Qué ocurre con el alcalde? ¿Sigue bajo el control de Jorran?

-Lo pusimos a salvo en su oficina antes de que empezara la pelea, pero Corth II llegó antes y lo sugestionó para que olvidara a Jorran. Resulta sorprendente que muchos de los presentes piensen que su alcalde ha estado utilizando un ardid publicitario, ya que se habían valido del bastón para decides que Jorran era ya el alcalde. Corth II hará una limpieza posterior a ese respecto, mientras recogemos el resto de bastones entre la gente de Jorran.

-¿A qué otras pruebas te refieres?

-Por desgracia, las cámaras han grabado toda tu pelea.

No podemos dejarles nada que esté más allá de su propia tecnología y no puedan entender. Los presentes pueden pensar que lo que han visto es una ilusión, como cuando alguien desaparece en un truco de magia, pero cualquier experto que estudie las cintas podrá descubrir algo más. Deshazte de las cintas antes de que te saque de ahí. Hay dos, son las que están dentro de los aparatos que llevan en el hombro los dos cámaras. No te preocupes por la grande de televisión, sigue inoperante.

Dalden miró hacia los periodistas, pero antes descubrió a Brittany detrás de ellos, que lo miraba como si no fuera real.

-¿Está bien mi compañera de por vida? -le preguntó a Martha, cada vez más preocupado.

-Sí, quizá un poco aturdida por toda la violencia que ha presenciado, pero se repondrá.

-Súbela a la nave, no vaya a ser que necesite volver a utilizar la fuerza para recuperar las pruebas.

-No creo que vayas a tener más problemas, chaval. Los presentes te tienen suficiente miedo, pero tienes razón, el resto de la tripulación de Jorran va a desaparecer en cuestión de segundos y si ella está entre ellos, se dará cuenta. Mejor una sola crisis nerviosa que un montón.

-¿Se lo explicarás todo y la tranquilizarás?

-Por supuesto. No te preocupes, te estará esperando en tus dependencias.

Sin embargo, la rápida respuesta de Martha no lo tranquilizó. Cuanto antes acabara, antes volvería a ver a Brittany.

Observó cómo la transferían junto con el resto de la gente de Jorran. Corth II y la media docena de guerreros de la puerta permanecieron allí para el caso de que fueran necesarios. Dalden se volvió hacia los periodistas.

Las cámaras seguían enfocadas en su dirección e intentaron retroceder. mientras él se aproximaba, pero había poco espacio. Cuando se detuvo delante de ellas, seguían grabando.

-Son los mejores efectos especiales que he visto en mi vida. ¿Quiere limpiarse un poco? -preguntó uno de los cámaras, muy nervioso.

Alguien le alcanzó un pañuelo. Se miró el torso y descubrió qué era lo que necesitaba limpiarse. No había notado el corte que iba desde la parte superior izquierda y le cruzaba todo el abdomen hasta la cadera derecha. Apretó el pañuelo contra la herida, pero no sirvió de mucho. Inmediatamente brotó más sangre y le manchó los pantalones.

Sin embargo, el cámara, que creía que aquella raya y la sangre iban a borrarse, miró boquiabierto cómo sangraba.

-Eso es real, ¿verdad?

Dalden fijó sus ojos en él.

-Necesito lo que habéis grabado. Si lo podéis sacar de las cámaras y dármelo no tendré que romperlas.

-Por supuesto, lo que quiera, no hay problema.

Aquel tipo sacó la cinta y se la dio a Dalden todo lo rápido que pudo. El otro cámara seguía andando hacia atrás, aunque sin nervios. Parecía que buscaba una salida y que no tenía intención de entregar las pruebas.

A su espalda, Corth II era un sólido e inamovible muro.

-El grandullón te ha pedido la película, colega. Te ha ofrecido no romperte la cámara y yo te propongo no romperte a ti para sacarla. ¿Con cuál de los dos quieres tratar?

-Vale, vale. -contestó, y se detuvo para volverse y lanzarle un puñetazo a Corth II. Gran error. Acabó con unos nudillos destrozados que no habían calculado la dureza de la cara contra la que golpeaban y preguntó gimiendo-: ¿Llevas una placa de acero en la mandíbula?

-De acero *toreno*, para ser exactos, y no sólo en la mandíbula sino en todo el cuerpo. Acabas de entrar en tu peor pesadilla, chaval. -dijo Corth II mientras se disponía a aplastar a aquel tipo.

-¡Basta de demostraciones, chicos! -resonó la voz de Martha muy molesta-. ¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

La pesada cámara de vídeo desapareció de la mano de aquel tipo, Corth II se esfumó después y luego Dalden y el resto de guerreros. Parecía que en realidad Martha era capaz de hacerlo casi todo ella sola.

De repente, en el ayuntamiento se hizo un silencio sobrecogedor que finalmente rompió la risa del hombre que todavía tenía cámara, aunque sin película.

-Me gustaría estar presente cuando intentes explicar lo que ha sucedido, -le comentó a su amigo-, y por qué no deberías pagar la cámara.

-No soy el único que ha visto desaparecer cosas. -gruñó éste.

-Lo que has contemplado ha sido una excelente actuación en la que no deberías haber intervenido. Si tienes suerte, esos magos te devolverán la... -se detuvo en el preciso momento en que la cámara aparecía entre los dos-. ¿Qué te apuestas a que la película no está dentro?

CAPÍTULO 28

Encontró a Brittany hecha un ovillo en el suelo de sus dependencias a bordo del *Androvia*, con la espalda apoyada contra la acolchada pared, la cara oculta entre las rodillas y su largo y cobrizo cabello extendido como una capa a su alrededor. No levantó la vista cuando la puerta se deslizó y se cerró a su espalda. Se balanceaba ligeramente y emitía unos angustiosos gemidos.

Dalden sintió que el pecho se le oprimía, no era un dolor físico sino psicológico, y no estaba muy seguro de cómo remediado.

Martha le había informado de que la impresión de la transferencia había provocado en ella una actitud de rechazo a creer en nada. La mayoría de la gente sabía de qué se trataba, entendían lo que era la transferencia molecular y sabía lo que iba a pasar. E incluso aunque no supieran que les iban a transferir, si de repente aparecían en un lugar distinto al que estaban, podían entender lo que había sucedido. Era ese conocimiento de lo que es una transferencia, que la mayor parte del universo posee excepto los planetas sin descubrir como el suyo, lo que le había faltado a ella.

-¡Brittany!

Levantó la mirada rápidamente, con sus grandes ojos verdes muy abiertos, llenos de miedo y confusión. Se puso de pie, dio un salto y se abrazó a su pecho.

-Empezaba a pensar que no eras real, que te había soñado. Eres real, ¿verdad? Dime que eres de verdad. -le pidió con una suave vocecilla que fue creciendo en intensidad.

-Completamente, *kerima*.

-No vas a volver a desaparecer, ¿verdad? -preguntó bruscamente.

-No volverás a estar lejos de mí, nunca más. No lo permitiré.

Se relajó un poco y se echó hacia atrás para mirado a los ojos, como para encontrar alguna respuesta en ellos. No la halló, pero sí la tranquilidad que necesitaba. Se apartó de él, la inquietud que sentía había reemplazado al miedo, aunque su confusión iba en aumento.

-Creo que me debes alguna explicación.

-Lo sé.

-Para empezar podrías decirme cómo he llegado hasta aquí y dónde estoy exactamente.

-Martha ya te ha dicho...

-No intentes contarme las mismas historias que ella. Todo ha sido un sueño y acabamos de despertamos, ¿verdad? Eso puedo creerlo, pero ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿Y cuándo? ¿Anoche? Así pues, nada de lo que he visto en el ayuntamiento ha sucedido de verdad, no has luchado contra Jorran con una espada ni te han herido. No, claro que no. No tienes ninguna cicatriz en el pecho.

Le miró el pecho con expresión triunfal, pensando que había confirmado todo lo que acababa de decir.

-Tenía un corte, pero ha desaparecido. -se vio obligado a confesar-. Así de sorprendente es la unidad meditécnica a la que fui transferido nada más llegar aquí.

-Dalden, ¿estás bien de la cabeza? No te creerás todas esas tonterías, ¿verdad?

Sonrío ante su preocupación por él.

-Te dijeron que se te informaría de todo en cuanto acabáramos nuestro trabajo y el momento de las respuestas ha llegado.

-Entonces, empieza a decirme la verdad, porque no me creo todas esas chorradas de ciencia ficción. Empieza por decirme dónde estamos.

-En mis dependencias, a bordo del *Androvia*.

Librodot

-A bordo... ¿Cómo en un barco? ¿Una habitación sin cama ni cuarto de baño? Sí que me lo vaya creer.

En esa situación era mejor enseñarle que intentar convencerla.

Cogió una de sus manos, la apoyó contra la pared sanitaria y apretó un botón. Inmediatamente surgieron unos tabiques que los encerraron en un reducido espacio, un lavabo y un retrete salieron de ellos y una ducha circular surgió del suelo en uno de los rincones; se desplegó una repisa en la que había otros servicios como acceso al ropero con selector. Marcó una túnica de color azul claro y ésta apareció en menos tiempo del que cuesta ponérsela. Mientras contemplaba atónita todo lo que le estaba mostrando, apretó el botón para que volviera a colocarse en su sitio y la llevó al otro lado de la habitación.

Apretó otro botón, apareció otro tabique y parte del suelo se deslizó para dejar ver una cama estrecha que se ajustaba al tamaño de la persona que se tumbaba en ella. También la volvió a enviar al sitio en el que estaba guardada.

-Aquí me siento un poco encerrado, por eso no dejo todas estas cosas fuera sino que las escondo hasta que las necesito. Me dijeron que las han diseñado así para que estas habitaciones parezcan más grandes de lo que son.

-Ya entiendo. -dijo finalmente mirándolo a la cara-. Es un estudio de cine, ¿no? Atrezzo, cosas de fantasía que no son de verdad.

Suspiró. Sabía que no iba a ser fácil, pero no pensaba que fuera a ser imposible.

-Estás buscando cualquier explicación en vez de la verdad.

-Dame alguna prueba. -pidió, empezando a inquietarse de nuevo-. Si esto no es un estudio con forma de barco, enséñame el exterior.

-Esta habitación no tiene ventanas.

-Eso no es correcto. -dijo la voz de Martha a través del intercomunicador visual de la pared, con lo que demostró que estaba en modo de espera-. Como sé lo mucho que te disgusta que te recuerden que estás viajando, no te hemos enseñado las ventanas.

Las paredes volvieron a descorrerse de nuevo, esta vez accionadas por Martha, y dejaron al descubierto una hilera de ventanas hechas con algo parecido al cristal y por las que sólo se veía agua y un pez que nadaba por allí.

-¡Es un submarino! -exclamó Brittany sorprendida, pero después frunció el entrecejo y añadió con escepticismo-: Aunque también podría ser un enorme tanque de agua. ¿A esto llamas prueba?

Dalden lanzó un gruñido de exasperación y Martha se rió.

-Date por vencido, chaval. No quiere pruebas. Sabe muy bien de qué se trata, pero se niega a aceptado y no conseguiremos que cambie de parecer por muchas palabras que empleemos.

-¡Porque los alienígenas son una invención perpetuada por los locos de los platillos volantes! -gritó Brittany por consideración hacia Martha, pero luego se volvió hacia Dalden y le dio una palmada en el pecho-. Tú eres de carne y hueso, tienes todas tus partes en el sitio adecuado y en el número correcto, a pesar de que seas un poco grande. No tienes nada de alienígena.

-Me encanta oírtelo decir. El nombre que utilizáis para las personas de otros mundos es un poco más tolerable que lo que me llaman normalmente.

-Se refiere a «bárbaro». -intervino Martha-. Así es como el resto del universo ve su mundo, no por el aspecto de su gente, por cómo se visten o porque sigan luchando con espadas, sino por su actitud ante todo, por sus leyes primitivas y su obstinada observancia de una tradición que ha logrado sobrevivir hasta nuestros días.

-No me estás ayudando mucho, Martha. -comentó Dalden.

Librodot

-Sólo le estoy diciendo la verdad, guerrero. ¿Para qué darme contra el muro de la incredulidad dos veces? Además, la imagen que tiene de un alienígena es la de un ser extraño que no es un humanoide, otro de los motivos por los que le cuesta creer lo que está viendo aquí. Si tuvieras el aspecto de un morrilio y una cabeza igual de grande, no tendría ningún problema en señalarte con el dedo y decir que eres un alienígena.

Brittany no la escuchaba. Se cogía del pelo cercano a las sienes y se repetía a sí misma:

-Tiene que haber una explicación lógica para todo esto.

Tiene que haberla.

Dalden se acercó para rodeada con los brazos.

-*Kerima*, tu aflicción me hace daño. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Se inclinó hacia él e intentó aceptar el consuelo que le ofrecía.

-Dime que tienes una buena razón para mentirme.

-Hablando de preguntas con doble sentido. -dijo Martha con uno de sus tonos «ahora sí que me has enfadado» más evidentes.

Brittany se volvió para buscar la voz de Martha, ya que Dalden no llevaba su comunicador.

-Viene del monitor audiovisual de la pared. -suspiró indicando hacia ese lugar-. Controla la nave y tiene ojos y oídos en todas las habitaciones.

Brittany se dirigió hacia el monitor, que estaba apagado.

-Muéstrate, que quiero ver a la mujer que tiene las narices de intentar convencerme de que estoy en una nave espacial.

-Voy a hacer algo mejor -le contestó.

Dalden se puso tenso, pero antes de que pudiera decide nada a Martha, Brittany ya había sido transferida fuera de la habitación. Lanzó un juramento, pues sabía dónde la había enviado y que no llegaría a tiempo para evitar que se llevara una sorpresa mayor.

CAPÍTULO 29

Brittany se llevó un buen susto. Había vuelto a pasar ese momento de cosquilleo para después despertar en otro sitio. ¿Despertar? No, estaba de pie. Incluso si hubieran conseguido dormida para transportada a otro lugar, no se hubiera despertado de pie.

Tenían que ser ilusiones, o puede que paredes giratorias. Ya había visto demasiadas desde que había llegado allí como para saber que lo hacían de forma automática y a gran velocidad, así que podía seguir en la misma habitación, pero con otras paredes y una enorme consola de computadora en el centro.

-Éste es el centro de control. -le informó la voz de Martha, que parecía venir de todas partes-. Si yo no estuviera aquí, esta habitación la ocuparían todos los especialistas necesarios para gobernar una nave de este tamaño, aunque ya no son necesarios, gracias a Mock II. Por cierto, yo soy Mock II.

-¿Qué es eso? -preguntó Brittany-. ¿Y dónde te has metido esta vez?

-La verdad es que estoy dentro de la consola que estás viendo. Así es, muñeca, soy una computadora, una de las más avanzadas jamás creada. Dalden te lo mencionó el otro día, pero, por fortuna, creíste que te estaba tomando el pelo. Una decisión nada extraña si se tiene en cuenta que las que hay en tu planeta son dinosaurios prehistóricos comparadas conmigo; al fin y al cabo son las únicas con las que podías compararme, hasta ahora.

Librodot

-Tonterías.

-Cada vez te cuesta más mantener tu incredulidad, chiquilla. -dijo Martha con un suspiro-. Iré al grano, antes de que Dalden entre para recuperarte. Ahora mismo no está nada contento conmigo. Te estás causando a ti misma y a él un gran dolor por algo que no merece la pena. Este día ha sido magnífico. Tendría que estar celebrándolo en vez de tener que vérselas con una histérica que no es capaz de entender un hecho tan simple.

-¿Un simple hecho?

-¿Por qué no utilizas la lógica que estabas pidiendo hace unos minutos? Pensar que vuestro insignificante planeta, escondido en un sector del universo, es el único en el que hay vida es una auténtica muestra del egotismo de tu pueblo. Míralo de este modo: vuestro sistema solar se ha instalado en un barrio que llevaba existiendo mucho tiempo, es como una especie de chaval nuevo en la zona. Pero en él había otros sistemas mucho más antiguos que el vuestro, cuyos habitantes exploraban el espacio cuando en vuestro mundo todavía existían los dinosaurios.

-No lo entiendes. Tendría que estar soñando para que todo esto fuera real, pero no lo estoy haciendo, porque me he pellizcado y me ha dolido, así que deja de jugar con mi mente.

-Necesitaríamos tener demasiada sangre fría para intentar haceros creer algo así. ¿Ésa es la forma en que ves a Dalden?

Por supuesto que no lo hacía y por eso nada de lo que decía tenía sentido. Tenía que haber una razón para todas esas mentiras, pero no conseguía averiguar cuál era y sus intentos de encontrar una explicación plausible la estaban volviendo loca.

-Llévame a casa. -pidió débilmente-. Ya he hecho mi trabajo. Ya habéis capturado a vuestro ladrón. Ya no me necesitáis. Quiero irme a casa.

-Es demasiado tarde. Lo fue en el momento en el que Dalden te convirtió en su compañera de por vida.

-¿Qué demonios quiere decir eso?

-Ya te explicaron lo que quiere decir y preferiste tomártelo a broma también. Y sigues sin tomártelo en serio, aunque para él lo es tanto como pueda serlo. Ahora eres suya para que te proteja, para tenerte y dominarte toda la vida. No tienes escapatoria, tal como acostumbra hacer tu gente ahí. Es algo que no puede romperse. Es un trato permanente. Así que irás donde él vaya, muñeca, sin peros que valgan. Y ahora se dirige hacia su hogar en Sha-Ka'an, un planeta en el sistema estelar Niva, a muchos años luz de aquí.

-Acabas de cometer un error. -dijo Brittany aprovechando la situación y diciendo con voz triunfante-: Se necesita más de una vida para viajar a años luz de distancia.

Una risa invadió la habitación como respuesta.

-Con lo que es capaz de fabricar tu planeta sí, pero el resto del universo utiliza otros tipos de energía. Esta nave está impulsada por piedras *gaali*, la más moderna e impresionante fuente de alimentación conocida, así que no nos costará más de un par de meses llegar a casa. Pero incluso el *crisilio*, la última, aunque desfasada fuente de energía, era capaz de alcanzar una velocidad similar, igual que la anterior. Tu planeta no tiene ni idea de lo que es la verdadera energía.

-Tienes respuesta para todo, ¿verdad? -replico Brittany con amargura.

-Pues claro, soy un Mock II. No nos estancamos, con el tiempo vamos creciendo.

-Quieres decir que os actualizáis. -la corrigió Brittany.

-No, no pueden cambiarme las piezas, pero nunca han necesitado hacerlo. -contestó Martha, e hizo un intento de explicárselo-. Imagínate un cerebro artificial muy poderoso desde su nacimiento, aunque, como cualquier otro cerebro, capaz de madurar. Lo que significa que es capaz de pensar y tomar decisiones, como el tuyo, a pesar de estar fabricado.

-Eso no es posible.

-Muñeca, para los morrilios que me crearon, todo es posible. Son una especie muy antigua, cuya inteligencia puede compararse con la divina, si es que quieres comparada con algo. Me refiero a un intelecto superior a cualquier cosa que puedas imaginar y que va más allá de lo que la mayoría de mundos es capaz de concebir, incluso los mucho más tecnológicamente avanzados que el tuyo. Por irónico que pueda parecer, son gente muy sencilla con pocas necesidades que no sean intelectuales y nada agresivos, lo que es una gran suerte para el resto del universo. Esa falta de agresividad va incorporada en todos los Mock II cuando los venden.

-¿Vender? ¿Tienes dueño?

-Te ayudaría mucho dejar de considerarme una persona. A pesar de que retuerza mi ego, no es nada acertado. Los Mock II están diseñados para ser compatibles solamente con un propietario, así que toda su programación está orientada hacia esa persona y su felicidad y bienestar es nuestra prioridad. Mi dueña es Tedra, la madre de Dalden. -añadió-. Y su dicha incluye la de toda su familia. Por eso fui enviada en este viaje de recuperación, no sólo para recobrar los bastones alteradores, sino para asegurarme de que su hijo volviera sano y salvo. ¿Te acuerdas de su hijo, el Sha-Ka'ani que ha decidido que eres la única mujer con la que quiere pasar el resto de su vida? ¿De verdad crees que te haría daño intencionadamente interfiriendo en tu cerebro?

-Intento no pensar. Ahora lo único que conseguiría es que me diera un ataque de nervios.

-No lo permitiré.

-No creo que puedas impedido.

-Claro que sí. ¿O es que ya no te acuerdas de la opción que iba a tomar si Dalden solamente te hubiera elegido para divertirse un rato contigo y luego abandonarte? Puedo hacer que no nos recuerdes a nosotros ni nada de lo que te hemos revelado. ¿Es eso lo que quieres? ¿No volver a ver a Dalden? ¿Que te deje atrás?

-¿Qué alternativa tengo? ¿Que me llevéis a las profundidades del espacio? ¿No regresar jamás, no ver a mi familia nunca más? En resumidas cuentas es eso, ¿no?

Martha emitió un sonido reprobatorio.

-Una de las cosas que todavía no te he contado es que en el ámbito universal, la familia de Dalden es inmensamente rica, por la simple razón de que son propietarios de la mina de piedras *gaali* más grande que existe. Una energía necesaria en todo el universo y por la que se paga lo que sea. Así que con la adecuada seducción, estoy segura de que podrás convencer a tu compañero de por vida para que te lleve de vez en cuando a ver a tu familia.

-No me ha preguntado si quiero ser su compañera de por vida. -dijo Brittany con vocecita resentida.

-Los guerreros no preguntan nunca. En Sha-Ka'an, las mujeres no intervienen en las decisiones de los hombres. Pero, simplemente por curiosidad, ¿qué respuesta hubieras dado si te hubiera preguntado?

-¿Antes de que me contaras todo esto o antes?

-Es igual, ya te haré esta pregunta algún día, porque ahora sólo dirías algo impulsivo que no reflejaría lo que sientes de verdad. Es muy habitual en los humanos. Idiotas, la mitad de las veces esas respuestas equivocadas causan todavía más daño, que se podría evitar con un poco más de honradez en primer lugar.

-No tienes ni idea de lo que siento. Ni siquiera podrías...

-En eso estás equivocada. -la interrumpió Martha ronroneando en tono «te vas a llevar una sorpresa de verdad»-. Todavía no conoces a las computadoras de mi calibre, pero ya te darás cuenta de que no tiene sentido discutir o no estar de acuerdo conmigo, simplemente

porque mi fuerte son las probabilidades. Así que incluso si no dispongo de todos los datos necesarios, soy capaz de hallar respuestas. Pongamos tu caso, por ejemplo.

-Mejor no.

-Demasiado tarde. Estoy demostrando algo y cuando lo hago soy un poco terca. Te volviste loca cuando viste por primera vez al guerrero. Tienes que reconocerlo, te quedaste prendada de él. Incluso el que fuera extranjero, que seguramente son los hombres que están en el último lugar de los que consideras aceptables, no consiguió disuadirte de la atracción que sentiste. Levantaste todas las barreras que tu gente suele erigir para detener lo inevitable, pero bastaron un par de intoxicantes para derribadas y arrojarte de cabeza a un compromiso total. Y, por cierto, fuiste tú la que te comprometiste, y ése fue el único sí que necesitó para tomar la decisión que te une a él para toda la vida.

-No estoy de acuerdo contigo. -replicó Brittany fríamente, con deliberado énfasis-. Pero ahora, ¿qué tiene que ver todo eso contigo, con esta nave y con tu ridícula afirmación de que sois alienígenas del espacio sideral?

-Se dice habitantes de otros mundos, muñeca. Ése es nuestro nombre. No somos diferentes a vuestros congéneres de Asia o India. No entiendes su idioma hasta que lo aprendes; no te adaptas a su cultura porque no es la tuya y, naturalmente, prefieres la tuya. Pero vas allí de vacaciones, te llevas bien con ellos y hasta es posible que te gusten sus países y sus gentes lo suficiente como para decidir quedarte allí. La única diferencia entre ellos y nosotros es que en vez de atravesar un océano en avión para hacer una visita, nosotros tenemos que hacerlo en una nave espacial y viceversa. Además, no es que no te creas nada de esto, lo que sucede es que no quieres que sea verdad. Ha llegado el momento de la prueba final, así que es mejor será que te relajes y te des cuenta de que esto es una aventura en vez de la peor de tus pesadillas.

-¿Estás a punto de destrozar mi vida y pretendes que me parezca algo aventurero? -se burló Brittany.

-Eres el primer espécimen de tu mundo que va a viajar al espacio interplanetario. Vas a ver cosas que te llenarán de asombro. Deberías estar entusiasmada y no llorando porque quieres que todo esto desaparezca. Los datos que he asimilado de tu planeta demuestran que tu especie es mucho más atrevida de lo que me estás demostrando.

Esa afirmación tenía un tono despectivo y si fue pronunciada con intención insultante, había conseguido su propósito completamente.

-¿De qué prueba final me hablas?

-Mejor será que tomes asiento. -la invitó Martha, y una de las sillas que había sujetas al suelo avanzó en dirección a Brittany-. Mira el panel con las pantallas de observación que voy a encender y sobre las que voy a darte una breve explicación. La más grande, la del centro, es nuestra visión frontal. Mientras hablábamos he estado elevando la nave desde el lecho del océano en el que nos encontrábamos. No tenía sentido seguir allí más tiempo ahora que tenemos una misión que cumplir en la otra cara de la Luna. Llegaremos a su superficie dentro de nada y después aceleraremos para salir del campo visual del planeta, así que siéntate.

Brittany corrió en dirección a la silla, se dejó caer en ella y se agarró a los brazos como si su vida dependiera de ello.

-¡No hay cinturón de seguridad! -exclamó presa del pánico.

-¿Crees que soy una aficionada? -preguntó Martha ofendida-. No hay piloto que haga volar estas cosas mejor que yo. No te preocupes por la velocidad, querida, ajustaré la gravedad interior para adaptada a ella. Sólo sentirás un ligero tirón y un desplazamiento del peso.

La pantalla se había encendido y mostraba un torrente de burbujas en el agua que había en el exterior. Oía la voz de Martha como un eco distante en otras secciones de la nave,

avisando a cualquier tripulante de que el despegue era inminente. Se encendió otra pantalla en la que se veía una gran masa oscura que parecía una roca deforme.

-La nave tiene capacidad para ocultarse y éste es el disfraz que llevamos ahora. No está mal esta imitación de, meteorito, ¿no crees? Creo que incluso salimos en alguno de vuestros periódicos cuando llegamos.

Los ojos de Brittany se posaron en la computadora cuando recordó que Jan le había hablado de un meteorito que se des integró antes de causar un gran desastre.

-Hubo otros avistamientos de ovnis la semana pasada. ¿No os escondisteis inmediatamente en el océano?

-Ésos no éramos nosotros. Fue el capitán Jorran haciendo el idiota. Mira las pantallas, para el despegue voy a adoptar la apariencia de nube. Me parece un poco menos llamativo, ya que se sabe que las rocas caen del espacio hacia la superficie de la Tierra, pero no al contrario. Podrás ver a través de ella, mientras que los demás sólo verán una densa nube durante un milisegundo, el tiempo suficiente para notar su existencia.

La pantalla del medio, un poco más alargada, mostró la salida de la superficie del agua, mientras que la pequeña mostraba una nube que se elevaba sobre el océano. Se iluminó otra pantalla en la que se observaba la vista inferior, y la imagen del océano pronto se convirtió en una perspectiva completa del planeta desde el cielo, que fue reduciéndose de tamaño progresivamente conforme se iba rodeando de oscuro espacio, La pantalla principal mostraba una Luna que cada vez se iba haciendo más grande.

Brittany se había quedado sin habla. ¿La habían sacado de su planeta sin esperanza de volver a él? ¿O esas pantallas eran simples efectos especiales hechos con ordenador para que parecieran reales?

CAPÍTULO 30

-No cambies de opinión, chiquilla. -dijo Martha con voz profundamente enojada, como si estuviera leyendo el pensamiento de Brittany simplemente por la expresión de su cara-. Gracias al despegue he conseguido que Dalden no venga aquí. Los despegues no le gustan nada, ni las naves espaciales o los viajes interestelares, y estará pegado a su silla tanto como lo estás tú ahora. Su planeta no dispone de tecnología de vanguardia, por si no te habías dado cuenta todavía, pero desde que los descubrieron se han visto obligados a relacionarse con el resto del universo, que ansía uno de sus recursos. No vuelvas a pensar que intentamos engañarte.

-He visto películas del espacio, Martha, y sé que consiguen hacer unos efectos especiales que parecen reales.

-Y yo creo que Tedra fue la que escribió sobre la testarudez. -farfulló Martha, y después, con un tono más animado, preguntó-: ¿Te apetece dar un paseo por la Luna?

-¿Has perdido el juicio?

Se oyó una risa.

-Vuelves a confundirme con una persona. El comentario más apropiado sería: «¿Has perdido la placa base?». -volvió a reírse-. Sólo nos llevará un instante alunizar. Ya está. En la sala de control hay una salida de emergencia que estoy abriendo en este instante.

-¡Espera! ¡No lo hagas! ¿No necesito un traje espacial? Su atmósfera es irrespirable.

-No te preocupes, chiquilla. Esta nave acorazada es capaz de posarse en cualquier planeta sin importar cuál sea su composición y crear su propia atmósfera. He desplegado una

cúpula a su alrededor y la he rellenado con una sustancia respirable. Adelante, la plataforma que hay en la puerta funciona como un ascensor y te llevará a la superficie. A pesar de que ahora tiene capacidad para una persona, puede ampliarse para dar cabida a treinta personas. Las barandillas protectoras se plegarán en el momento que toque suelo, para que puedas salir.

Brittany se acercó a la puerta, pero no se subió a la plata forma. A unos ocho o diez metros a sus pies se encontraba la superficie de la Luna. Empezó a reírse, ligeramente histérica. La Luna y ella se hallaban a pocos metros de distancia. Unos cuantos promontorios rocosos, algún barranco, pero, aparte de eso, sólo vio una superficie lisa y gris con una iluminación deslumbradora que provenía de los focos de la cúpula. Más allá se extendía el negro espacio, el Sol no llegaba a esta cara de la Luna, pero el interior de la cúpula estaba muy iluminado. Era muy grande, descomunal, y en su interior cabía una enorme nave espacial.

-¿No sales?

-No, prefiero que sean nuestros astronautas los que disfruten de ese honor. Les costó mucho trabajo llegar hasta aquí y tú haces que parezca un juego de niños.

-Cariño, no confundas la gimnasia con la magnesia. Es esta nave de guerra la que hace que parezca un juego de niños; fue diseñada por un pueblo que existe desde hace doce millones de años. ¿Cuántos lleva evolucionando tu especie? Mira vuestra era de los inventos. En unos cuantos cientos de años vieron la luz todas las mejoras conocidas en vuestro mundo: la electricidad, los vuelos, las comunicaciones a gran escala, el poder viajar de forma adecuada y todo lo demás. Piensa en vuestra historia y lo que teníais antes de todos esos inventos, e imagina lo que crearéis dentro de mil años. Tu gente progresa con normalidad son simplemente jóvenes en comparación con algunos mundos de otros sistemas solares. Si te sirve de consuelo, hay otros mundos que son aún más jóvenes que el tuyo y que no han progresado tanto como vosotros.

Brittany volvió la vista hacia la consola. -¿De verdad?

-En serio. Mira el planeta de Jorran, que es del siglo III, por cierto. Es medieval en su forma de gobierno, en su progreso y en su mentalidad. Han sido descubiertos y podrían comprar la modernización, pero prefieren sus costumbres feudales y un Gobierno que sólo favorece a unos cuantos elegidos, la casta dirigente. Y hasta que a esos reyes supremos no los derroque una revolución, nada cambiará allí. Pasarán otros mil años y continuarán en el Medievo. Jorran es uno de esos reyes supremos del siglo III, pero es el único que no tiene reino propio. -continuó Martha-. Su intención era utilizar los bastones que robó en el planeta Sunder para hacer de vuestro país su reino y después el mundo entero. Pudo haberlo conseguido. Los sunderianos todavía no han llegado a la era espacial y no podían perseguir a Jorran para recuperar los bastones. Nosotros simplemente pasábamos cerca de aquí, de camino a casa, recibimos su llamada de socorro y sabiendo lo estúpido que es Jorran, decidimos poner fin a sus planes. Se podría decir que es nuestra buena obra del siglo.

-Así que no tuvisteis que perseguirlo.

-La verdad es que no. Para cuando se hubiera notificado a las autoridades competentes, él habría desaparecido, e incluso si lo hubieran encontrado finalmente, el daño estaría hecho. Nosotros ya le seguíamos la pista, podíamos perseguido y éramos los únicos que teníamos una oportunidad para detenerlo antes de que arruinara demasiadas vidas.

-¿Y Sha-Ka’an? -preguntó Brittany-. ¿Cómo encaja en la era del desarrollo?

-Sha-Ka’an es especial. No es realmente bárbaro, es simplemente un nombre conveniente que le dieron los mundos modernos. Ha conseguido perfeccionar algunos artefactos, superiores en calidad, sin que tengan contaminación de fábricas, y posee una antigua fórmula para fabricar un acero más fuerte que nunca se ha fundido y que ni siquiera el láser puede atravesar, tiene una arquitectura palaciega en algunas de sus ciudades, regula el

control de natalidad y la provocación sexual, utiliza el oro como vosotros hacéis con cualquier metal...

-¿Cómo puede regular la provocación sexual?

Martha se rió.

-Con otra cosa que sólo tiene ese planeta, la planta *dhaya*. El jugo que se extrae de ella es capaz de calmar el mayor de los impulsos sexuales temporalmente y ningún tipo de estimulación consigue su objetivo hasta que sus efectos desaparecen de forma natural. En su forma trepadora evita el embarazo.

Brittany frunció el entrecejo.

-¿Para qué iban a querer suprimir la provocación sexual?

-Espera, creo que no lo has entendido bien. El jugo de *dhaya* sólo se utiliza en situaciones concretas, cuando los guerreros van de caza solos y cuando hacen incursiones.

Brittany hizo una mueca.

-¿Hemos llegado a la parte que les cataloga como bárbaros?

-Ya lo creo; al menos, en parte. De todas formas, es diferente a lo que estás pensando. Has oído la palabra incursión y la has relacionado con matanzas, pillaje y caos. No es eso lo que hacen los Sha-Ka'ani. No guerrean entre ellos. Son un montón de países, cada uno con sus propios líderes, pero en resumidas cuentas se consideran una sola nación. Para ellos, hacer incursiones es un deporte, una manera de divertirse. Van a otros lugares, cogen algo de sus vecinos, intentan conservado, pero si sus vecinos hacen otra incursión y lo recuperan, se encogen de hombros y dicen: «Bien hecho».

-¿Así que es sólo un juego?

-Es una forma de llamado. Y respecto a la otra razón de por qué se les etiqueta de bárbaros, ya te he dicho que es algo cultural que tiene relación con la forma en que ven las cosas y a ellos mismos, y con las anticuadas leyes que mantienen. Son cosas que difieren ligeramente en cada país, aunque hay una que es universal en todo el planeta. Los guerreros se relacionan los unos con los otros como iguales, pero tratan a sus mujeres como a los niños.

-¿Perdona?

-Creo que tienes ya suficientes cosas para asimilar ahora mismo como para explicarte algo que todavía vuelve loca a mi Tedra. Además, Dalden llegará en cinco segundos. Se alegrará de saber que ya no crees que estás soñando.

-¿Cómo a los niños? -insistió Brittany-. Estás bromeando, ¿verdad?

No obtuvo respuesta, la puerta de la sala de control se abrió y dejó ver a un hombre de dos metros diez, muy enfadado.

CAPÍTULO 31

Dalden estaba realmente enojado, aunque Brittany se sorprendió de poder notárselo, ya que la expresión de su cara no lo demostraba. Más bien era que lo sentía o que lo esperaba, porque Martha le había avisado de que lo estaba.

Entró en la habitación, la cogió de la mano y tiró de ella para sacarla de allí. Ni siquiera se detuvo cuando le dijo a la computadora:

-Has interferido en la relación de un guerrero y su compañera de por vida. Sabes que eso es inadmisible, Martha.

-La interferencia beneficiosa sí es admisible. -le contradijo Martha-. Además, ¿desde cuándo tengo que pedir permiso si es necesario que haga algo? No hay forma de detenerme y nadie que tenga sentido común querría hacerlo, teniendo en cuenta que antes de llevar a cabo cualquier acción calculo todas las probabilidades de antemano.

-¿No la hay?

-¿El qué?

-Forma de detenerte.

-Tedra nunca consentiría que me desconectaran. -respondió Martha en tono malicioso.

-Mi madre sigue rindiéndole cuentas a mi padre. ¿Crees que él lo dudaría?

-Espera un momento... Dalden, vuelve.

No le hizo caso, ni tampoco hacía falta que se quedara donde estaba, ya que la voz de Martha los Siguió por un amplio pasillo hasta que llegaron hasta una especie de cabina ascensor cuya puerta se cerró tras él y más tarde se abrió dejando ver un pasillo diferente, ligeramente en curva. La cabina no se había movido, al menos Brittany no había sentido ningún tipo de movimiento, aunque, al parecer, los había transportado a otro lugar de la nave. ¡Dios santo! Empezaba a creérselo todo.

-Me parece bien que nos cueste tres meses llegar a casa. -la voz de Martha seguía persiguiéndolos y brotaba de todos los monitores que pasaban, colocados a cada treinta centímetros en la pared-. Tiempo más que suficiente para habituaras a vuestro compromiso e incluso superar alguno de los obstáculos previstos.

Aquel comentario no consiguió despertar la curiosidad de Dalden, aunque sí la de Brittany.

-Los guerreros tienen buena memoria. -fue lo único que dijo.

-Es una pena -farfulló Martha-. Por cierto, por si no te habías dado cuenta, ha funcionado. Realmente no avanzabas mucho en el tema de convencerla. Y lo que es más importante, ¿qué iba a afectar más a vuestro reciente vínculo? ¿Que acepte lo que eres y de dónde procedes o que continuara creyendo que le estabas mintiendo?

Dalden se detuvo y miró a Brittany.

-¿Me crees?

Sabía lo que le estaba preguntando y, a pesar de que le hubiera gustado tranquilizarlo, ya que parecía preocupado por una cuestión de si le creía o no, tenía que pensar primero en su propia salud mental. Había otras explicaciones, aunque más elaboradas e increíblemente caras y, sin embargo, mucho más agradables que la de que estuviera viajando por el espacio sideral. Cuando pensó en lo que les habría costado preparar un estudio lo suficientemente grande como para que cuando miró por aquella puerta creyera que estaba contemplando la superficie de la Luna, el esfuerzo que esa gente estaba haciendo para engañada le alucinó totalmente.

O puede que no fuera a ella solamente; es posible que estuvieran experimentando ese programa con más gente. No le agradaba pensar que todo aquel esfuerzo, el que hubiera una nueva imagen detrás de cada puerta, de cada ventana, era por una sola persona. ¿Era parte de un experimento? ¿Lo había echado Dalden a perder relacionándose con ella sin que estuviera previsto? Martha se había quejado mucho de aquella relación y había hecho demasiadas predicciones de que no funcionaría, para intentar detenerlo antes de que sucediera, pero Dalden siguió adelante igualmente.

-No. -contesto Brittany, lo que provocó que Martha soltara un gruñido de desaprobación y que Dalden, confundido, frunciera el entrecejo-. Lo que no quiere decir que no crea que todo este elaborado engaño lo hacéis por mi bien. Por eso lo acepto de momento y vaya confiar en que, al menos, vuestros sentimientos son reales.

-¿Qué sentimientos? -intervino Martha-. No me digas que todavía no te has dado cuenta de que no los tiene.

-¿Perdona? Todo el mundo los tiene. Tú misma dijiste que estaba enfadado.

-La verdad es que me quedé corta. Lo que estaba es furioso, y todavía lo está, pero nunca verás a un guerrero shaka'ani dar pruebas de ello. A uno ba-har-ani, quizá, pero los de su país se enorgullecen de mantener una absoluta calma en todo tipo de situaciones, lo que significa que se han despojado de los sentimientos más comunes que puedan interferir con su serenidad.

-Si tú lo dices... -replicó Brittany.

Esa respuesta provocó la risa de Martha, pero Dalden estaba preocupado por su «no».

-No acabo de entender que no lo creas y sin embargo lo aceptes.

-Se llama seguir la corriente, Dalden. -lo interrumpió Martha-. En otras palabras, no va a dar ningún crédito a nada de lo que vea u oiga, simplemente se limitará a sonreír y a seguir el juego. Ha decidido que no le importa. Es más, sabe muy bien lo que más le conviene y ha elegido pensar que no le preocupa.

La forma en que Martha era capaz de analizar y diseccionar los pensamientos de una persona a partir de unas cuantas palabras, como un psiquiatra que acierta en la primera sesión, resultaba asombrosa. Brittany debía tener presente que seguramente esa gente ya lo había hecho antes, que sabían lo que había que esperar y por eso tenían respuestas preparadas para todo. Sin embargo, si se detenía a pensar, también ella era capaz de tener respuesta para muchas cosas, desde una perspectiva diferente y más creíble.

No podía imaginarse ninguna buena razón para que la hubieran sometido a ese programa. Alguna no muy buena sí, pero no una satisfactoria. Si fuera un científico o alguien que ocupara una posición de poder, entonces tal vez sí; podría ser por razones de seguridad nacional o algo parecido, para comprobar si revelaba algún secreto o si se unía a su causa o lo que fuera. Pero ella era una persona normal y corriente, así que ¿para qué iban a querer jugar con su cerebro? Al fin y al cabo, ¿qué podía hacer por ellos o decides si conseguían hacerle creer que todo aquello era real?

-No discutes lo que ha dicho Martha. -observó finalmente Dalden-. ¿Es eso cierto?

-¿Si te estoy siguiendo la corriente? -preguntó Brittany molesta-. Prefiero pensar que es una forma de no volverme loca, así que, ¿qué te parece si lo dejamos por hoy? Ya me han contado demasiadas cosas de una sentada, más de lo que puedo digerir. Aquí estoy, escucharé y puede que haga alguna pregunta, incluso soltaré alguna exclamación de asombro cuando sea necesario, pero vamos a dejado ya. Estoy agotada mentalmente y mucho más estresada de lo que puedo soportar.

-Está exagerando un poco, Dalden, pero quizá le iría bien algún tipo de relajante: o un par de rondas amatorias o una visita a la unidad de masajes del gimnasio. Mi Tedra tenía una fe ciega en esto último hasta que conoció lo primero. Sin embargo, en el caso de Brittany, y por el momento, creo que lo segundo será lo más apropiado. No tiene sentido que intentemos que decida qué es lo que cree o lo que no. Y puesto que tú eres parte esencial de lo que cree o no, evitarás que su orgullo se sienta herido si de momento mantienes una política de no intervención.

El rubor que había manifestado al oír lo de las dos rondas amatorias había desaparecido cuando Martha terminó de hablar. Brittany gruñó en voz baja. Había pensado en cómo se sentiría Dalden respecto a su incredulidad si él se creía todo aquello, pero en realidad no lo había meditado con detenimiento, hasta ese momento. Evidentemente él se lo había tomado como una falta de confianza, algo que podría abrir una gran brecha entre ellos y que sería infranqueable a menos que uno de los dos cambiase de opinión.

No quería perderlo, pero, ¡maldita sea!, ¿lo había tenido alguna vez o también eso formaba parte del programa? Que la hubieran seducido y deliberadamente hubieran hecho un lío con sus sentimientos como parte de un programa, o fuera lo que fuese lo que esa gente estaba intentando conseguir, era algo que escapaba a cualquier tipo de comprensión.

-Siento unos niveles de indignación muy elevados, Dalden. Llévala a la unidad de masajes ahora mismo.

CAPÍTULO 32

Brittany no había experimentado nada parecido jamás. Una vez se permitió el lujo de someterse a un masaje de cincuenta dólares cuando acabó uno de los proyectos más agotadores en los que había trabajado. Le eliminaron la tensión física de una forma muy dolorosa y salió de la experiencia pensando que los masajes eran una porquería; que le hicieran más daño para que olvidara el dolor que sentía no le convencía, a pesar de que al día siguiente la tensión había desaparecido. Lo que estaba experimentando ahora no se parecía en nada a aquello. Era una relajación total y absoluta, puro placer, y le dio pena que finalmente el panel se descorriera, como para pedirle en silencio que saliera.

Al introducir se dentro había tenido miedo. Le recordaba un ataúd o, mejor dicho, un sarcófago, ya que tenía forma de cuerpo. En aquel amplio gimnasio había unas cuantas unidades como aquélla y numerosos aparatos para hacer ejercicio que jamás había visto. Conocía el mejor equipo que existía en la actualidad, y sin embargo nada allí le resultaba familiar.

Y respecto al masajista, Dalden le había asegurado que disfrutaría con la experiencia. También se disculpó por no poder demostrárselo él mismo, ya que no los había lo suficientemente grandes para él. Finalmente le dijo que si quería salir antes de que acabara la sesión sólo tenía que presionar en el panel para que éste se abriera.

Cuando la tapa se deslizó y la dejó encerrada no tuvo problemas para respirar. Ésa había sido su principal preocupación antes de entrar. Después, cientos de diminutos rodamientos y resortes que hacían presión en la piel recorrieron su cuerpo de pies a cabeza, por encima y por debajo de ella, proporcionándole un suave y completo masaje. Notó que la tensión abandonaba su cuerpo y que el estrés se iba con ella; se sintió tan calmada y relajada que no supo si sería capaz de mantenerse en pie.

Cuando salió se encontró con que Dalden no se había quedado para decirle un merecido «¡Ves!». Sin embargo, delante de ella, al parecer esperando a que acabara, estaba la mujer más encantadora que jamás había visto, tenía aspecto de modelo y una cara de las que salen en la portada de las revistas. Era rubia, tenía los ojos de color ámbar, la piel dorada y no era tan alta como Brittany, pero sí más de lo normal. Llevaba un vestido jersey de una pieza, de color blanco, que parecía un uniforme y se ajustaba a su figura como una segunda piel, hecho con un material fino y elástico. También llevaba puesta una cordial sonrisa, aunque sus ojos mostraban una intensa curiosidad.

Brittany estaba igual de intriga da y le preguntó:

-¿Quién eres?

La sonrisa se hizo más amplia.

-Me llamo Shanelle Van'yer. ¿No te ha hablado Dalden de mí?

Brittany se puso tensa y arruinó gran parte del trabajo que el masajista acababa de hacerle.

-Pues, no. ¿Tendría que haberlo hecho?

-Supongo que no, aunque yo me moría por conocerte. Cuando Martha me dijo que Dalden te había elegido como compañera de por vida, no me lo podía creer, ¡sólo hacía dos días que te conocía! Ese tipo de impulsividad no la lleva en los genes.

-Entonces, ¿lo conoces bien?

-Shanelle, cariño -las interrumpió la voz de Martha desde uno de los monitores de la pared-, quizá deberías echarte un paso o dos hacia atrás antes de que te dé un bofetón, porque está tan furiosa por los celos como puede estado un humanoide.

Shanelle frunció la frente.

-¿Celosa? ¿Por qué?

Martha le contestó rápidamente en uno de sus habituales tonos mordaces.

-Seguramente porque no le has dejado claro que eres un pariente de Dalden y no una compañera de diversiones.

Decir que estaba furiosa por los celos era una exageración, pero aun así consiguió que Brittany se pusiera roja del todo porque acababa de experimentar una importante, aunque aparentemente injustificada, emoción negativa.

-¿Pariente?

-Su hermana o, para ser más exacta, su melliza.

-¿Hermana? -preguntó Brittany sardónicamente, y se ruborizó diez veces más.

La hermosa Shanelle le obsequió con una de sus cariñosas sonrisas.

-En realidad, su única hermana. Nuestro padre decidió que dos eran suficientes después de que nuestra madre lo pasara muy mal al damos a luz. No es que el parto fuera difícil, sino que donde ella vivía no tienen hijos y fue una experiencia con la que no pudo identificarse de ningún modo.

Brittany la miró. Estaba a punto de pedirle que se lo explicara, pero luego pensó que ninguna explicación que le diera podría tener sentido.

Así que en vez de eso dijo:

-Creo que me daré otro masaje.

-La máquina sabe cuándo has tenido bastante, puede sentido en la relajación de tus músculos, de la misma manera que siente la tensión y qué zonas necesitan más presión. No funcionará contigo hasta que vuelvas a necesitado. No funciona por capricho, en ese sentido es como una unidad meditécnica.

-¿Qué es eso, un médico dentro de una caja?

-Sé que ahora mismo estás siendo sarcástica, pero eso es exactamente una unidad meditécnica. Se trata de uno de los mayores logros de los científicos kystrani. Son muy caras, así que no han hecho desaparecer la profesión médica por completo, ya que muchos planetas no pueden permitírselas. Los que sí pueden pagarlas suelen tener una o dos unidades en cada ciudad. La mayoría de las naves también tienen una, excepto las pequeñas naves mercantes. Por supuesto, una de guerra como ésta tiene varias.

-¿De qué me estás hablando en realidad? -preguntó Brittany.

Shanelle volvió a fruncir la frente.

-Martha me ha dado una cinta subliminal con vuestra lengua. Creía que la había oído toda. ¿No me he explicado bien?

-He entendido todas las palabras, pero no sé qué me estás contando.

-El médico en una caja, ¿te suena?

-Eso es ridículo.

-No, se llama unidad meditécnica.

-Vale, de momento lo admito. -aceptó Brittany con un suspiro-. ¿Para qué sirve?

-Para todo, menos para devolver la vida o traer niños al mundo. Lleva a cabo todo lo que puede hacer un médico, sólo que mucho más rápido. Acelera el proceso de curación de tal manera que resulta casi instantáneo. Cura enfermedades, suelda huesos y cicatriza piel y

músculos desgarrados, es tan concienzuda en reparar cualquier cosa que no esté bien que incluso hace que desaparezcan las cicatrices antiguas.

-¿Te das cuenta de que lo que estás describiendo es un milagro?

Shanelle se encogió de hombros.

-Si te sirve de ayuda, muchos mundos están de acuerdo contigo, o más bien, no se lo creen como tú. En Sha-Ka'an pasaba lo mismo, pero resulta difícil cuestionado cuando alguien está a punto de morir por sus heridas y, después de ser transferido a una unidad meditécnica, verlo con una salud perfecta. Es tan milagroso que los Sha-Ka'ani, que no quieren saber nada de las invenciones extraplanetarias y la tecnología de vanguardia, solicitaron al menos una unidad meditécnica para cada una de sus ciudades. Si es lo único que puede salvarte la vida, merece la pena tenerlo cerca, ¿no?

-Pues claro. -aceptó Brittany-. Si es algo que existe realmente...

Shanelle sonrió.

-Esperemos que no lo necesites nunca.

-Mejor, ¿por qué no me lo demuestras?

Shanelle parpadeó.

-¿Quieres que te hieran sólo para experimentado? No creo que Dalden esté de acuerdo.

-Me has dicho que borraba cicatrices, ¿no? Bueno, pues tengo unas cuantas, no son muy grandes, pero tengo muchas, es uno de los riesgos de mi profesión.

-Te ha pillado, chiquilla. -sonó la voz de Martha al otro lado de la habitación-. Llévala a la sección médica. Esto va a ser interesante.

Brittany ya no estaba muy segura de si seguía queriendo ir. Si Martha estaba de acuerdo en que fuera, seguro que allí le esperaba algún nuevo truco. El masajista había estado bien, pero no le sorprendería nada que algo así ya estuviera inventado, aunque todavía no hubiera salido al mercado para el gran público. Sin embargo, esa unidad meditécnica era tan creíble como una nave espacial.

Con todo, siguió a Shanelle. La curiosidad es algo muy humano, casi tanto como dejarse arrastrar voluntariamente hacia una trampa por su culpa. ¿Qué le diría cuando siguiera teniendo las cicatrices? ¿Qué la máquina no funcionaba en ese momento o que las cicatrices eran demasiado antiguas como para borradas?

Había toda una fila de máquinas en la prístina habitación blanca que llamaban sección médica, pero ningún técnico que las manejara. Eran más largas que las del masajista, más anchas, más profundas y le recordaron unos ataúdes enormes. Brittany estuvo a punto de rehusar entrar en una, le pareció ridículo. Aquella cosa no podía hacer lo que decían que era capaz de hacer. Sin embargo, no se podía echar atrás, ya que había sido idea suya. Bueno, la verdad es que sí podía, pero prefería no dar la impresión de que era una cobarde.

La tapa de la unidad más cercana se abrió automáticamente en cuanto se acercó a ella. Estaba en el suelo, a la altura de un sofá, y era fácil sentarse en ella y estirarse. Estaba acolchada en todas sus caras y no era tan profunda como parecía indicar su tamaño. Teniendo en cuenta que la tapa quedaba muy próxima seguramente sólo podrían utilizadas con gente muy delgada, lo que le pareció ridículo, ya que existen personas de todos los tamaños y pesos.

-¿Qué pasa cuando una persona con problemas de peso quiere utilizadas? -preguntó, al tiempo que se tumbaba en la que se había abierto.

-¿Te he comentado que no están diseñadas para ayudar a mujeres embarazadas?

-Me refería a una persona normal a la que le gusta mucho comer.

-Bueno, supongo que primero tendrían que adelgazar un poco.

-¿Y morirse mientras tanto?

Shanelle sonrió.

-El mundo que las creó ya no utiliza sus recursos animales, es decir los pocos que le quedan, para alimentarse. Toman alimentos que tienen la misma textura, sabor y apariencia que la auténtica comida, pero no son reales y resulta virtualmente imposible que nadie engorde con una dieta tan regulada y nutritiva.

-Pero también me has dicho que se vendían a otros mundos, ¿han vencido todos a la obesidad?

-La verdad es que no, pero ¿no puedes imaginar un incentivo mejor para mantener sano el cuerpo? Lo siento, eso ha sido un chiste de mal gusto. De hecho, la mayor parte de los mundos avanzados han superado esos problemas de salud, tal como dices tú, unas veces a través de regulaciones gubernamentales y otras con simple inteligencia y aprecio por un entorno saludable. También hay mundos más militarizados que se mantienen en forma por razones que no tienen que ver con la salud. De cualquier modo, cuando se descubre un mundo, éste puede optar por adelantar su forma de vida o continuar con su progreso normal. La Liga de Planetas Confederados mantiene un estricta política de no interferencia si un planeta opta por la segunda posibilidad.

-Pero ¿cómo puede nadie rechazar ese tipo de milagros si se los ofrecen?

-Por muchas razones, como las culturas profundamente arraigadas, la ignorancia, la desconfianza en los habitantes del espacio sideral... -una carcajada proveniente de los muchos monitores de las paredes invadió la habitación e hizo que Shanelle hiciera una mueca antes de añadir-: Bueno y la testarudez de los guerreros.

-Creo que lo que le divertía era mi incredulidad. -añadió Brittany haciendo también una mueca.

Shanelle sonrió.

-No te engañes, chiquilla. Los Sha-Ka’ani superan a otros mundos en lo que se refiere a no gustarles los habitantes de otros mundos y las invenciones extraplanetarias.

Después, Shanelle dio un paso atrás y la tapa se cerró sobre Brittany. Sintió una oleada de pánico que no duró mucho. Volvía a estar encajonada en una de sus máquinas, aunque en ésta sólo había un ligero calor que se movía a su alrededor y recorría todas sus extremidades, sintió un cosquilleo aquí y allá, y después se abrió la tapa.

Brittany frunció el entrecejo cuando se volvió a sentar. Sólo habían pasado unos segundos, prácticamente el tiempo justo para oír el zumbido de la máquina y sentir el suave calor que la había envuelto. Tal como se había imaginado, ahora iban a decide que aquello no funcionaba.

-No funciona, ¿eh? -les espetó.

Shanelle se sorprendió.

-¿Por qué? ¿Te queda alguna cicatriz?

Como esperaba que se excusara, ni siquiera se había tomado la molestia de buscar las pruebas. Se miró la mano izquierda, en la que se había hecho diversas heridas cuando aprendía su oficio. Observó ambos lados y después se la acercó a los ojos para estudiada mejor.

La expresión de su cara debió de ser el reflejo perfecto de su incredulidad, porque Martha, que observaba la habitación desde el intercomunicador del otro lado, se quejó.

-Le ofrezco un paseo por la Luna y sigue escéptica, pero una corta visita a una unidad meditécnica basta para que entre en el modo «tengo que creérmelo».

Brittany cerró la boca y apretó los dientes.

-Se trata de hipnosis, ¿verdad? Las cicatrices siguen ahí, pero me habéis sugestionado para que no las vea.

-Me dejas de piedra. -dijo Shanelle riéndose-. Ésa es una deducción muy lógica si te empeñas en dudar; esperemos no tener que recurrir a un meditec para demostrar nada más.

¿Nos vamos a la sala de recreo? Seguramente Dalden habrá acabado ya con Jorran y se estará preguntando por qué no estás donde te dejó.

Brittany se había olvidado de Jorran.

-Supongo que ese ego maníaco estará encerrado, ¿no?

-Mejor que eso, está en una celda de detención. No tiene puertas ni ventanas ni otro medio de salir de ella si no es mediante transferencia. La verdad es que es una habitación muy lujosa que, en mi opinión no se merece. Pero nosotros no maltratamos a los prisioneros, sólo nos ocupamos de aislar a los que lo necesitan. A pesar de que Martha ha estado transfiriendo a su gente a bordo -todos han preferido viajar con él, en vez de volver a casa en su nave-, no podrán hablar con él durante el viaje y los ha alojado en una parte de la nave que no se utiliza y en la que estarán bien, aunque fuera de la vista. Ponerlos con él sería buscar problemas. ¿Qué tal va el recuento?

-Me quedan dos filas. -contestó Martha-. Pero me faltan dos de ellos, que todavía no saben que lo hemos capturado. Calculo que pasarán tres horas antes de que podamos salir.

-El capitán de la nave de Jorran está cooperando mucho. -le explicó mientras salían de la sección médica-. En cuanto vio que tenía encima la nave acorazada, nos dio las coordenadas exactas del resto de centuria nos que había en su nave para que los sacáramos de allí rápidamente y está haciendo todos los esfuerzos posibles para encontrar a los dos que siguen en el planeta.

-¿No es un centuriano?

-No, es un simple mercader con tripulación completa que Jorran contrató para que le llevara a su nuevo reino.

Acababan de llegar a la sala de recreo. Era muy grande y estaba diseñada para entretener a la tripulación franca de servicio. La nave tenía a Martha en vez de tripulación, pero la sala estaba llena de hombres igualmente, eran unos cincuenta y todos enormes como Dalden.

-No irás a sorprenderte de nuevo, ¿verdad? -preguntó Shanelle preocupada-. ¿No te había dicho que nabía otros Sha-Ka’ani aquí?

-No me acuerdo.

-Son los guerreros de mi padre, enviados para proteger a mi madre en su viaje a Kystrani. Volvíamos a casa desde ese planeta cuando recibimos la llamada de socorro de Sunder. Mi madre insistió en que los guerreros vinieran con nosotros y se quedó sola. -Shanelle elevó la voz para que Martha la oyera por encima del ruido que había en la habitación, a pasar de que tenía un monitor detrás de ella-. Dime otra vez que las probabilidades indican que no la castigará por eso.

-Deja de preocuparte, muñeca. -replicó Martha-. Ya sabes que tu padre es muy comprensivo.

-Excepto cuando se trata de la protección de su compañera de por vida. -añadió Shanelle cada vez más nerviosa.

-¿Castigada? -preguntó Brittany.

-Mejor será que ni te enteres. -contestó Shanelle antes de salir a toda velocidad y muy enfadada.

-¿Martha? -llamó Brittany sintiéndose también enojada.

Pero ésta simplemente susurró:

-Tiene razón, es mejor que no te enteres. Además, Shanelle siempre reacciona de forma exagerada cuando cree que su madre ha contrariado a su padre. En esta ocasión está completamente equivocada, pero no se quedará tranquila hasta que llegue a casa y lo compruebe por ella misma. Y, en todo caso, ¿para qué enterarse de las rarezas y peculiaridades de una gente que crees que no existe?

Brittany abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla. Quería saber a qué se refería cuando hablaban de castigo, pero no preguntaría ni loca. Los Sha-Ka'ani no existían, no estaba en una nave espacial y nada de eso era real, pero ¿de dónde habían sacado a cincuenta gigantes para que participaran en esta extraña historia?

CAPÍTULO 33

-¿Tedra no es de Sha-Ka'an?

-No, fue incubada en el planeta Kystrani, en el sistema estelar Centura, lo que para ti supone una suerte, muñeca. Estoy segura de que se preocupará por que te instales con todas las modernas comodidades de otros mundos de las que ella disfruta y que muchos Sha-Ka'ani se niegan a introducir en sus vidas. Kystrani es un gran exportador de artículos de lujo y miembro de la Liga Centura de Planetas Confederados.

Brittany se había sentado en una silla próxima a la puerta de la sala de recreo y tenía un monitor detrás de ella. No tenía intención de adentrarse más en esa habitación llena de gigantes que holgazaneaban, sin que estuviera Dalden. Había sentido que la silla se movía y que se hacía más pequeña cuando se sentó, pero no iba a decir nada.

Martha era menos reticente y le comentó despreocupadamente:

-Simplemente por que lo sepas, las camas también se ajustan a la medida. Cuando estás a punto de tumbarte en una no suele ser el momento de este tipo de explicaciones.

Brittany no le dio las gracias por el aviso. Estaba demasiado violenta tratando de no sentirse incómoda en aquella sala con tantos hombres enormes. La mayoría no le hacía ni caso, pero eso no la tranquilizaba mucho. Algunos miraban lo que parecían películas de guerra en unas grandes pantallas, otros participaban en combates de lucha y otros hacían ejercicios sobre colchonetas. De hecho, la mayoría estaba haciendo cosas que deberían hacerse en el gimnasio.

-No les gusta el gimnasio. -le informó Martha, que volvía a leerle el pensamiento-. Está lleno de cosas que no conocen y, al igual que a Dalden, no les gustan las cosas que no son de su mundo. Juegan con los programas de guerra del sistema de juegos de la nave porque saben que sólo son juegos, pero cuando se trata de hacer ejercicios de gimnasia, prefieren hacerlo a su manera. Si no se lo hubiera prohibido estarían practicando con espadas.

Espadas, guerreros. Brittany seguía pensando lo increíble que era que hubieran encontrado tantos hombres corpulentos para ese proyecto y convencerla costase lo que costase. Todos medían más de dos metros y uno de ellos sobrepasaba con creces a los demás.

Había hecho un comentario sobre la madre de Dalden para no pensar en lo que estaba viendo. Y por mucho que no quisiera parecer curiosa, no pasó por alto la palabra «incubada».

-¿Estás intentando convencerme de que Tedra no es humana?

-¡Para el carro! -la cortó Martha poniendo sorpresa en su tono de voz-. ¿De dónde has sacado eso?

-De que has dicho incubada en vez de nacida. O no sabes que eso implica una cáscara, cosa que dudo, o querías mostrarme tu agudeza al confundir esa cuestión.

Una risita suave llegó hasta Brittany.

-No puedo negar que tengo mis momentos «agudos», pero en esta ocasión simplemente lo estaba llamando por su nombre. Los kystrani son una especie tan avanzada que hace tiempo que se libraron de los partos naturales como tú los conoces.

-Imposible. Se habrían extinguido y no hablas de ellos en tiempo pasado.

-Casi se extinguieron durante la Gran Escasez de Agua, hace muchos años. Perdieron la mayoría de sus plantas y animales, pero no abandonaron el planeta. Son uno de los muchos planetas colonia fundados por los originarios ancestros hace más de dos mil años, así que recibieron mucha ayuda de sus planetas hermanos. Tuvieron que adaptarse debido a la escasez e inventaron baños sin agua, nuevas fuentes de alimento, de oxígeno, de líquidos y, como no hay mal que cien años dure, ahora tienen una tecnología que les permite poblar planetas estériles y desprovistos de recursos.

-Sacarías muy buena nota en la asignatura de distracción, Martha.

-¿Y ahora quién se está mostrando aguda? No estaba apartándome del tema, simplemente te estaba aportando más datos. Han eliminado los partos naturales por la simple razón de que son dolorosos y peligrosos. Tampoco se trata de reproducción selectiva y los kystrani prefieren cultivar una inteligencia que mejore su forma de vida.

-¿Cómo?

-Piensa un poco -replicó Martha-, y seguramente acertarás, ya que tu propio planeta está empezando a experimentar en ese campo.

-¿Clonación?

-Caliente. Lo llamáis inseminación artificial. Los kystrani han dado un paso más y han conseguido no necesitar una mujer receptora y poder utilizar úteros artificiales en su lugar. A lo que hay que añadir un control de natalidad mundial que no deja elección a las personas sino que administra todo el alimento y agua del planeta, y unos donantes seleccionados entre los mejores. Todo ese proceso se supervisa desde el Control de Población: Después los niños son educados en los Centros Infantiles, en los que se les examina para ver cuál es la mejor carrera que pueden hacer.

-Suena muy... frío.

-Tedra estaría de acuerdo contigo. Los Centros Infantiles enseñan todo lo que necesita un niño, pero no dan lo que sólo unos padres pueden dar. Tedra tuvo que ir a-Sha-Ka’an en busca de ese ingrediente que les falta.

-Te refieres al amor, ¿verdad?

-Pues claro.

-Entonces te estás contradiciendo. -apuntó rápidamente Brittany-. ¿O no intentabas convencerme hace un momento de que los Sha-Ka’ani han controlado sus sentimientos hasta casi hacerlos desaparecer?

-Los de los hombres, no los de las mujeres. -le aclaró Martha-. Pero voy a contarte un secreto. Los guerreros están convencidos de que no pueden amar. Sentir cariño, sí, pero no tener esa profunda emoción que es el amor. Aunque Tedra ha desbaratado completamente esa idea con su compañero de por vida, Challen. La ama con locura, a pesar de que intenta negarlo. Representa todo lo que le faltaba a su vida, así que ¿crees que la iba a dejar estar allí con él si no fuera a dárselo en grandes cantidades? Con todo, tuvo que estar al borde de la muerte para conseguido. Así que prepárate para una gran frustración si quieres intentar que un guerrero lo admita.

-Muchas gracias. Es justo lo que necesitaba oír.

-No te desanimes, muñeca. Me gustas y no te voy a llevar por el mal camino. Acabo de darte una gran ventaja en lo que respecta a tu guerrero: intentará convencerte de que a los guerreros les es imposible amar, paro ahora sabes que no es así. Te aconsejo que no lo fuerces. Después de todo, es hijo de Tedra, lo que lo hace ligeramente diferente del resto de los Sha-Ka’ani, así que es posible que lo entienda por sí mismo, mientras que la mayoría de Sha-Ka’anis puros nunca lo hacen. Sus mujeres tampoco se oponen a cómo son las cosas. Cambiarlas y demostrarles que las creencias arraigadas no son siempre verdad es una tarea que les corresponde a los extraplanetarios.

-¿Así que mi papel es ser su maestra?

Martha se río.

-Ésa ha sido muy buena, aunque no acertada. A esos hombres no les gusta aprender cosas nuevas, creen que su manera de hacerlas es mejor. Yo diría mostrarle, más que enseñarle, y me refiero a tu compañero de por vida, no a todo el planeta. Tedra ha intentado cambiar las cosas allí, pero no ha tenido mucha suerte. Créeme, odia sus reglas y leyes tanto como tú, pero tendrás que aguantadas porque a sus mujeres no les importan todavía. Tu gente siguió el mismo camino, estuvisteis sometidas en una sociedad dominada por el hombre hasta que os cansasteis de que os trataran como a niñas e hicisteis algo para cambiado. Las mujeres de Sha-Ka'an todavía no han llegado a ese punto.

-Hablar contigo puede ser de lo más deprimente. ¡Cómo me alegro de que nada de esto sea real!

-Si te sirve de consuelo, Tedra ha sido muy feliz con su guerrero todos estos años. No lo cambiaría por nada del mundo.

-En pocas palabras, se ha acostumbrado a su forma de ser en vez de que ellos conocieran la suya.

-De ninguna manera. Sabe muy bien cuándo no tiene que tomarse en serio cosas que no puede cambiar y ayudar en los momentos en que sí puede. Ha sacado a unas cuantas mujeres del planeta para que vivan donde se sientan útiles y necesarias.

-Lo que me parece un gran error. Para querer cambiar hace falta estar insatisfecha. Si saca a las que no son felices allí, nunca cambiará nada.

-Lo sé, y evidentemente tú también lo sabes, pero mi Tedra necesita sentir que está haciendo algo por esa gente, así que no se lo vamos a mencionar.

-Como sueles decir tú, ¿qué te apuestas?

-¿Vas a cambiar las cosas?

-Si no, siempre puedes mandarme a casa. -sugirió Brittany.

-¿Me estás chantajeando? -se rió Martha.

-Digamos que estoy negociando.

-Sigues olvidándote de que estás tratando con una computadora que puede decirte con exactitud cómo va a acabar esa propuesta. Te llevo a tu planeta, incluso me llevo a Dalden a ShaKa'an sin ti, puesto que en la cuestión de gobernar esta nave no hay elección. Sólo que entonces tengo a un guerrero muy enfadado y un Challen igual de enfadado que pensará que he sobrepasado mis límites. Así que seguramente me desconectarán y Dalden se buscará otra nave para ir a buscarte, porque no hay forma de separarte de tu compañero de por vida. Como mucho conseguirías salvarte seis meses de la horrible vida que imaginas y después serías llevada a Sha-Ka'an de todas formas, pero con un compañero muy molesto en vez de con el que está cambiando su forma de ser para agradarte. Ahora, dime, ¿qué opción te parece mejor?

-¡Venga ya! ¡Piérdete!

-No puedo. Lo más que puedo ofrecerte es callarme. Pero entonces tendrás que seguir sentada ahí y meditar sobre todo en lo que no crees y, puesto que discutir conmigo es mejor que romperse la cabeza, ¿qué crees que voy a hacer?

-Yo no soy Tedra. -gruñó Brittany-. No estoy bajo tu responsabilidad.

-Por supuesto que lo estás. Cuando Dalden te convirtió en su compañera de por vida entraste a formar parte de la familia de Tedra, y creo que ya hemos tocado ese tema. Su familia, todos los miembros de ella, están dentro de mi campo de responsabilidad. Es una mujer muy generosa y se enfada cuando su gente no es feliz. Es capaz de sentir su dolor.

-¿Y quién tiene prioridad cuando dos de su familia están enfadados entre ellos?

-La prioridad la tiene la mejor elección posible dentro de todas las variables implicadas. -contestó Martha-. Lo que quiere decir que alguien tendrá que ceder un poco, pero en la mayoría de desacuerdos es necesario un compromiso.

-¿Por qué tengo la impresión de que seré la que tenga que ceder?

-Ni de lejos, muñeca. Conozco a Dalden desde que nació y a ti no hace ni una semana, recuerda que he dicho la mejor elección posible. Es a Dalden al que le toca ceder. Se empeña en seguir una sola dirección sin hacer caso a la otra mitad de su ser. Es algo que le ha hecho mucho daño y me gustaría que eso acabase. Estará más contento consigo mismo siendo el que es, cuando acepte que no solamente es un guerrero Sha-Ka'ani.

CAPÍTULO 34

Brittany tuvo que meditar un poco, diez minutos. Ése fue todo el tiempo que se sintió capaz de pensar cuando intentó asimilar la fantástica información que le había transmitido Martha.

Era simplemente demasiado. Demasiadas invenciones extrañas, demasiados conceptos avanzados mezclados con cosas primitivas. Y a pesar de que no tenía sentido, si mundos tan fascinantes como Morrilia estaban tan adelantados, ¿por qué no enseñaban a los pueblos más primitivos? ¿Por qué los dejaban que se debatieran en la ignorancia?

Pero nada era real. Quienquiera que fuese el que había diseñado el programa para el que había tenido la desgracia de que la eligiera, tenía una imaginación de lo más extraña. O puede que simplemente fuera Martha, a la que habrían indicado que improvisara si era necesario, la que tenía una imaginación hiperactiva. ¿En qué situación quedaba ella? ¿prisionera en esa imaginaria nave durante casi tres meses? ¿y después qué? ¿Sería llevada a alguna zona remota que hubieran decorado para hacerle creer que estaba en otro planeta?

Dudaba mucho de que tuvieran planeado invertir tres meses en una prueba para una sola persona. Seguramente tendrían un tiempo límite, un par de semanas, un mes a lo sumo, para convencerla o para admitir que todo era una farsa y enviada a su casa, sin Dalden.

Se le encogió el corazón. Él era uno de ellos, formaba parte del programa. ¿Había hecho su trabajo en su corazón además de en su mente? Esperaba que no. Prefería pensar que su relación no había estado programada, que al menos esa parte fuera real.

Pero tampoco le iban a dejar quedarse con él cuando todo hubiera acabado. Tenía que decidir si iba a cortar ese lazo en su corazón ahora, antes de que se hiciera más fuerte, o si iba a disfrutar con él mientras estuviera a su lado. Pero ¿ acaso no había decidido ya saborear el tiempo que le quedaba y hacer acopio de recuerdos, sabiendo que el tiempo que pasaran juntos tenía un final? Por supuesto, había sido algo que había decidido antes de que el programa estuviera totalmente en marcha.

-¿Dónde está Dalden?

-¿Ya has acabado tus reflexiones? -replicó Martha.

-Más bien ya me he cansado. -contestó Brittany con un suspiro.

-Ha admitido tranquilamente el papel de embajador y ahora mismo está explicándole a Jorran por qué no va a ver cumplidas sus exigencias. Me sorprende que todavía no haya perdido la paciencia. La abrumadora arrogancia de Jorran es difícil de digerir para cualquier especie.

-Supongo que has estado escuchándolos. -observó Brittany.

-Puedo seguir y participar en cualquier conversación que haya en esta nave. -presumió Martha-. Las computadoras no están limitadas como los humanos a hacer una sola tarea a la vez.

Brittany se permitió un satisfactorio resoplido antes de contestar:

-¿Qué te parece si me llevas hasta donde está? Prefiero no quedarme aquí.

-Esos guerreros no te molestarán, muñeca. -dijo Martha, que había vuelto a leerle el pensamiento-. Estás fuera de su alcance porque saben a quién perteneces.

-No pertenezco a nadie. ¿Tienes que hacer que suene como si fuera un tipo de esclavitud? -entonces le asaltó un temor-. ¿Existe allí?

-En alguno de los más lejanos países, sí, pero, antes de que te enfades, recuerda que también existe en alguno de los remotos rincones de tu planeta y que hace doscientos años se aceptaba en tu propio país.

Brittany se dio una imaginaria bofetada por haber preguntado. Para la mayoría del universo, un mundo bárbaro incluiría por supuesto cosas como la esclavitud. Una deducción lógica. Era mucho más fácil convencer al incrédulo si el relato seguía un razonamiento lógico.

Pero Brittany demostró lo decididos que son los humanos y preguntó:

-¿Me indicas por dónde? ¿O hay alguna razón por la que deba quedarme aquí?

-Saliendo hacia la derecha y recto hasta el ascensor que hayal final de la sala. Esto puede ser una voz grabada o que yo controle. -se rió-. Dalden ni siquiera lo sabe. Da por sentado que siempre vaya llevarle exactamente al sitio al que quiere ir en la nave porque siempre sé dónde quiere ir y la controlo para él.

-¿Por qué no se lo dices?

-¿No me estabas escuchando cuando te he dicho que no le gustan las naves espaciales? Cuanto menos tenga que hacer personalmente en la nave, mejor.

-¿Podré verla yo?

-Claro, ¿por qué no?

Brittany podría haberle dado una razón muy importante. Si realmente era tan grande como habían querido hacerle creer, entonces el tamaño del estudio en el que se había recreado esa ilusión tendría que ser de proporciones gigantescas. Para ellos sería mucho más fácil restringir su visita a unas cuantas habitaciones. Seguramente, cuando pidiera hacer todo el recorrido le darían alguna excusa para no poder hacerla todo.

-¿Sola?

Martha rió de nuevo.

-Muñeca, en una nave que controlo yo no se puede estar sola nunca. Hay monitores visuales en todas las habitaciones que no se pueden apagar si yo no quiero.

-¿Y si se rompen, se destrozan o se hacen polvo?

-¿Estás furiosa? Puedes intentarlo, pero están hechos con un material irrompible. ¿Por qué te molestan?

-Puede que porque estoy acostumbrada al concepto de intimidad. -masculló Brittany-. Puede que porque no me gusta el hecho de que siempre haya unos ojos que me vigilen.

-No soy indiscreta, Brittany. Veo lo que tengo que ver y no porque me apetezca.

-No me impresiona el tono de ofensa de tu voz. Si eres una computadora no puedes tener sentimientos.

-Pues claro que no, pero tú no crees que yo sea una computadora.

Antes de que el rubor de Brittany se hiciera muy evidente, la puerta del ascensor se abrió silenciosamente. Dalden se volvió hacia ella rápidamente, al igual que Jorran. Estaban en una habitación circular en cuyo centro había otra habitación circular cerrada por paredes

transparentes, curva das y sin uniones, del suelo al techo. Tal como le había dicho Martha, no tenía ni puertas ni ventanas, ni aberturas de ningún tipo. Seguramente en el suelo habría una trampilla que ella no alcanzaba a ver, porque la única forma de entrar o salir de ella, la llamada transferencia, iba más allá de los límites de su imaginación, por no hablar de los de ella.

-¿Por qué está aquí? -preguntó Dalden.

-Shanelle la llevó a la sala de recreo porque pensaba que estarías allí y luego la abandonó cuando volvió a sentirse afectada por lo que piensa que ha podido pasarle a su madre. Nada que no la hayamos visto hacer una docena de veces desde que dejamos a Tedra, pero ya conoces a tu hermana y lo mal que le sienta ese tema.

-¿Por qué está aquí? -repitió, y demostró que los bárbaros también pueden ser obstinados.

-¿No hiciste caso de mi sutil advertencia de lo que te preguntará luego? ¿Has olvidado que ése es el sitio en el que les gusta holgazanear a tus amigos? -se sintió intimidada.

El tono rosáceo que Brittany había logrado controlar volvió a su cara. La expresión de Dalden se relajó, le puso un brazo alrededor y dijo:

-No tienes por qué asustarte de los guerreros kan-is-tran.

-No estaba asustada. -lo corrigió-. Martha lo ha tergiversado ligeramente, estaba incómoda. Me dijo que estabas representando el papel de embajador y quería ver cómo se hace eso exactamente.

Dalden hizo una mueca.

-Tienes razón, lo ha tergiversado. No tengo la diplomacia necesaria para ese papel, pero soy capaz de rechazar las exigencias de Jorran y asegurarme de que entiende por qué.

-¿Te gusta decir no?

-Así es.

-Supongo que te está pidiendo que le dejes ir.

Dalden negó con la cabeza.

-Sabe que le llevamos a Centura y que estará encerrado aquí durante el viaje. No le cuesta nada aceptar que es consecuencia de haber perdido el combate conmigo. Pero recuerda que un meditec le curó totalmente después de su pelea con Falon, el compañero de por vida de mi hermana. Me ha pedido que le curemos.

-¿No vais a hacerlo? -preguntó Brittany sorprendida. -Hemos decidido que no va a recibir más tratamiento que el que pudieran darle en su mundo, que prácticamente no es nada. Todavía no han alcanzado la era de la ciencia o de la medicina.

No estaba segura de si había entendido bien ese razonamiento y después pensó que no tenía por qué hacerlo. Se dio cuenta de que no solamente le habían estado contando cosas; eso era fácil. Habían estado representando la historia siguiendo sus propios papeles y Jorran se había convertido en uno de los actores principales.

Por supuesto, él era uno de ellos. Le habían hecho creer lo que esos bastones podían hacer cuando en realidad no podían hacer nada, y los habían utilizado en miembros del proyecto que simplemente fingían que los habían hipnotizado. ¿El alcalde? ¿Su secretario? O los habían engañado para que les siguieran el juego o los habían hipnotizado mucho antes. Jorran sólo había sido su «motivo» para venir aquí, así que tenía que seguir siendo parte del guión.

¿Las heridas que le habían hecho? Falsas, por supuesto, pero caray, muy logradas. La nariz parecía realmente rota debajo del pañuelo que tenía para empapar la falsa sangre. El brazo roto colgaba inerte en uno de los lados y se inclinaba para no apoyar el peso sobre su supuestamente rota rodilla.

Impresionada, Brittany comentó alegremente:

-¿Sabes?, si realmente pensara que Jorran está herido de verdad en vez de fingiendo, te diría que me parece cruel hacerla sufrir cuando podríais curarle.

Dalden frunció el entrecejo, pero esta vez fue Martha la que decidió responder.

-Se merece el sufrimiento. Es miembro de la casa dirigente de su mundo. Lo único que le harán cuando lo llevemos allí será darle una bofetada y decirle que la próxima vez no se deje atrapar. Pero incluso si no hubiera intentado conquistar tu mundo, sigue estando en nuestra lista de especies en peligro de extinción porque intentó matar al yerno de Tedra para poder enrollarse con su hija, con el único propósito de apoderarse de su mundo. Nunca ha sufrido las consecuencias de sus viles actos. Es necesario que alguien le enseñe que la forma en que hace las cosas no es aceptable en el resto del universo.

-¿Por qué no reacciona ante lo que dices? -preguntó Brittany llena de curiosidad.

-No me oye. Apagué el intercomunicador cuando en traste.

-Vuélvelo a conectar. Me gustaría saber lo que opina.

-Eres demasiado sensible para entenderlo, muñeca. Aclárate, o crees que es real, en cuyo caso tendrías que creer todo lo demás, o no. Y si no lo vas a hacer, ¿qué te importa lo que diga?

Touché.

-¿Le duele?

-No, incluso los mundos medievales conocen calmantes de un tipo o de otro y le daremos dosis reguladas en el aire que respira mientras las necesite. No vamos a torturarlo, simplemente queremos darle una lección, e incluso eso será temporal.

-¿Por qué?

-Para cuando llegue a su mundo se le habrán soldado los huesos, pero no a la perfección, así que tendrá una ligera cojera y no creo que le guste mucho el aspecto de su nueva nariz. Aunque no me cabe duda de que con el tiempo encontrará un meditec que se la arreglará perfectamente. Incluso si no vuelve a salir nunca más de su planeta, éste recibe la visita de turistas de otros planetas a los que les fascina su cultura de mundo antiguo, y muchas de las naves modernas llevan una unidad meditécnica o dos.

Brittany miró a Jorran a través de la pared transparente y éste le devolvió la mirada con una abyecta súplica en los ojos. Quería que le ayudara y estaba intentando despertar su compasión. Era un buen actor, muy bueno, adecuado para el papel de villano. No recibiría ninguna ayuda por su parte. Fuera real o no, su preocupación era saber si Dalden era cruel. No lo era, sólo estaba intentando administrar una justicia que creía que no llegaría de ningún otro sitio. Era lo más lógico, lo que suelen hacer los buenos chicos.

Saludó llevándose la mano a un imaginario sombrero, y se volvió hacia Dalden.

-Estoy impaciente por ver el final. ¿Cuándo vamos a Sha-Ka'an?

CAPÍTULO 35

Partieron para Sha-Ka'an, o al menos eso es lo que querían hacerle creer. Habían dado el aviso, todo el mundo lo había oído.

Brittany estaba en las dependencias de Dalden, mirando por la larga fila de ventanas. Las mismas que antes le habían dejado ver agua. Cuando volvió a ese lugar sólo mostraban la oscuridad del espacio y las estrellas. Tras el aviso, algunas de aquellas estrellas comenzaron a

moverse. Una sorprendente escenificación de una nave que se mueve rápidamente en el espacio, o una alargada pantalla de ordenador que diera ese efecto.

Tenía muchas cosas en qué pensar, demasiadas. No quería tener que hacerlo. La deprimía. Incluso aunque no creyera de verdad que se alejaba de la Tierra, estaba experimentando esa sensación. Y no era lo mismo que cuando se fue de casa por primera vez. Puede que no fuera a ver muy a menudo a los amigos, pero podía coger el coche y hacerlo cuando quisiera. Aquella posibilidad era segura. Ahora, no la tenía.

La puerta se abrió silenciosamente a su espalda. La oyó, pero no se volvió para mirar si era Dalden o no. La depresión que la había invadido desde el momento en que se quedó sola la estaba agobiando. Demasiadas emociones, dudas, miedos, y mucho de ello centrado en él.

Se detuvo delante de ella. Parecía preocupado, seguramente porque ella estaba al borde de las lágrimas y no lo ocultaba. ¿Era él real? ¿Cómo iba a serio? No podía aceptar que fuera un bárbaro de otro planeta. Pero ¿se lo creía él? Al igual que podían hacer que ella olvidara, también podían hacer que él tuviera unos recuerdos que no fueran verdaderos, que los hubieran insertado en su memoria para hacerle creer que era otra persona. Eso era lo que le gustaría creer y no que simplemente era otro actor en esa obra.

-Así que no aceptas todo esto tanto como decías.

-Sé que no es de verdad. -replicó con tono apagado-. Tú dices que sí lo es, así que uno de los dos no está en lo cierto.

Le pasó la mano por la espalda y la acercó lo suficiente para que se tocaran. Ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirado a los ojos. Sus encantadores ojos de color ámbar estaban llenos de pena.

-No puedo hacer que todo desaparezca en ti. Tampoco querría. Eso significaría entregarte, y nunca haría una cosa así.

-Te refieres a la capacidad de Martha para hacer olvidar a la gente lo que ha pasado.

-Sí.

-Yo tampoco querría algo así. -puso la cabeza en su pecho y lo abrazó con fuerza-. Pero me he dado cuenta de que aceptar todo esto también significa no volver a ver a mi familia. ¿Entiendes ahora por qué esa idea me resulta abominable?

-Desde luego, aunque estás en un error. Tu sistema solar está más alejado del mío que la mayoría de ellos, pero sigue siendo alcanzable. Si así lo deseas, puedes volver a ver a tu familia.

Levantó la cabeza para mirado.

-¿Lo dices en serio?

-No quiero que rompas los lazos con todo lo que conoces, tan sólo los estoy aflojando temporalmente. Ahora tienes una nueva familia, me tienes a mí.

Estaba volviéndolo a hacer, sorprendiéndola con lo fácil que le resultaba arreglar sus sentimientos. Tenía fama de no tener ninguno, pero sabía muy bien cómo amoldar los de ella. Unas cuantas palabras le habían liberado de la mitad del peso que cargaba a sus espaldas.

No era la primera vez. De hecho, parecía que era lo normal en él. La forma en que la miraba, la tocaba como si la valorara más que a nada, le decía lo que necesitaba oír..., no le extrañaba nada que se hubiera enamorado de él tan rápida y profundamente. Puede que él no la amara, puede que incluso no fuera capaz de ello, pero sí sabía cómo hacer que se sintiera amada. Y cada vez que lo hacía, unía su corazón al de él con mayor firmeza.

¿Lo habían diseñado así? ¿Era algo premeditado? ¿Parte del plan? Brittany apartó esas dudas de su cabeza y saboreó el alivio que le producía. Se apretó más a él, para dade las gracias sin palabras. Puede que él fuera demasiado bueno para ser verdad, pero sería un sueño con el que podría vivir toda su vida.

-Eres maravilloso.

-Me gusta que lo pienses.

-No seas presuntuoso. -dijo echándose hacia atrás y sonriendo-. No he dicho que seas perfecto, casi, pero no te llevas el premio.

Sus manos continuaron acariciándola suave y tranquilizadoramente, más que sexualmente. ¿Seguía preocupado porque se viniera abajo? ¿O seguía teniendo en mente la recomendación de Martha de no tocada? Deseó que no fuera así.

-¿Qué más te gusta? -le preguntó intentando no parecer sexual, sino simplemente curiosa.

Pero sin más, sus ojos se llenaron de pasión y empezó a besarla. Martha no siempre tenía razón. Como aliviador de tensiones, hacer el amor con Dalden era mucho mejor que el masaje, con diferencia, aunque sólo se hubiera dado uno. Sólo sus besos ya lo hacían, y por la simple razón de que, como siempre, todos sus pensamientos, preocupaciones y miedos desaparecían de su mente en el momento en que sus labios se posaban sobre los suyos.

La levantó, la llevó a la cama, se puso de espaldas y la colocó con cuidado encima de él para que no la molestara ningún tipo de ajuste de la cama. Volvió a llevada al reino del éxtasis tan nuevo para ella y, sin embargo, tan adictivo. Su calor la envolvía y la fuerza de su pasión la hacía estremecer.

Que le hiciera el amor era la única respuesta que necesitaba, aunque más tarde le dijo:

-Me gusta que me desees. Me gusta apretarte cerca del corazón. Me gusta todo en ti, mujer. Y lo que más me gusta es saber que eres mía.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¿Te he dicho que no eras perfecto? Pues ahora sí que te has ganado el premio.

Se rió y la apretó contra él. Si estaba soñando no quería despertarse.

CAPÍTULO 36

Si no hubiera tenido recuerdos determinados de todos y ada uno de los días, habría podido pensar que había estado durmiendo todo el viaje, pues el tiempo pasó rápidamente.

Empezó a señalar los días, pero después pasaron dos semanas y luego un, mes y tuvo que darse por vencida de que tenían un límite de tiempo para convencerla. Se vio forzada a llegar a la conclusión de que el tiempo formaba parte del proyecto, para saber cuánto le costaría venirse abajo. Evidentemente no era otra cosa que un elemento sometido a estudio. Querían hacerse una idea exacta de los plazos para cuando quisieran llevar a cabo sus verdaderos objetivos.

¿Mucho esfuerzo invertido en ella solamente? Puede que no. La «nave» era lo bastante grande para que hubiera docenas de personas como ella al mismo tiempo, y simplemente se las habían ingeniado para que no se cruzara con ellas.

Había conseguido hacer por fin la visita que había solicitado y había acabado incluso más impresionada por el inmenso alcance de ese proyecto y la gran cantidad de dinero que habían invertido en él. Incluso si aquel ascensor no la llevaba realmente a otros niveles de la nave y seguía estando en el mismo piso en el que habían cambiado las paredes para hacerle pensar que veía otras habitaciones, recrear todo aquello tenía un precio inconcebible. También se preguntaba si era la única persona con la que estaban ensayando que todavía no se lo había creído parcialmente, y mucho menos del todo.

Parecían no perder la paciencia con su incredulidad y nunca intentaron redoblar sus intentos de que cambiara de forma de pensar. Les estaba agradecida, porque, gracias a eso,

podía disfrutar entre ellos. Era como leer un libro. Una vez que se acostumbró a verlo de ese modo, se dio cuenta de que verlos interpretar sus personajes y hacerles todo tipo de preguntas sobre aquella parte del universo era muy divertido.

Supo que la madre de Dalden era una heroína en su planeta, que fue una de las primeras en descubrir Sha-Ka'an y darlo a conocer al resto del universo; que su planeta estaba cerrado a las visitas de personas de otros planetas, que todo el que llegaba tenía que quedarse en el Centro de Visitantes y hacer su negocio desde allí, y que había pocas excepciones a esa regla. No siempre había sido igual, pero los «turistas» habían causado los suficientes problemas en los primeros tiempos del descubrimiento como para no ser bien recibidos.

Pasó mucho tiempo con Shanelle y se enteró de que la responsable de que no se aceptaran visitantes en su planeta había sido la familia de Falon, ya que uno había violado a la hermana de éste, y que si no hubieran puesto límites a los habitantes de otros planetas habrían entrado en guerra. Brittany pensó que aquello era una buena excusa para no enseñarle demasiado Sha-Ka'an, pero Shanelle le aseguró que se habían hecho excepciones para los compañeros de por vida, que ahora ella era una Ly-San- Ter y, por lo tanto, parte de la familia.

De ella también aprendió que, al igual que en su propio mundo, cada país de Sha-Ka'an era diferente, unos con unas normas y regulaciones, otros con diferentes filosofías, y en otros la gente también tenía otro aspecto, aunque, al parecer, la increíble altura y musculatura era común a todo el planeta.

El compañero de por vida de Shanelle y su hermano eran buenos ejemplos de ello. Habían nacido en una ciudad distante y tenían el pelo negro y los ojos azules, mientras que todos los habitantes de la ciudad de Dalden tenían el pelo y los ojos castaños. Las mujeres de la ciudad de Falon no tenían tantas restricciones como en Sha-Ka-Ra, pero ése era un aspecto de la vida Sha-Ka'ani por el que Brittany no se interesaba todavía.

Se hizo muy amiga de Shanelle. Al menos, ella sentía que eran amigas, aunque si aquella joven sólo estuviera fingiendo. También se hizo amiga de Martha, por increíble que pudiera parecerle, ya que todavía no la había conocido y dudaba de si lo haría algún día. Ésta tenía un sentido del humor muy cáustico, al que Brittany se acostumbró cuando dejó de sentirse atacada por él. Además, Martha seguía siendo su principal fuente de información. Debido a que no tenía rostro, Brittany se atrevía a preguntarle cosas que no habría preguntado a nadie.

Una de ellas era la diferencia en la forma de hablar, algo que le había sorprendido desde el principio. Después de varias semanas de viaje, finalmente le preguntó:

-¿Por qué Shanelle y tú habláis de una forma..., supongo que la palabra que busco es normal, y Dalden y la gente de Jorran me suenan extranjeros? Si Shanelle es su hermana, ¿por qué no hablan igual?

-Dalden habla Sha-Ka'ani puro. Lo que oyes es la traducción en tu lengua. Lo mismo ocurre con Jorran, que se expresa en centuriano puro. Shanelle y yo, sin embargo, lo hacemos en kystrani, no puro, sino en un antiguo dialecto que también tiene argot. Es el que hemos elegido, porque Tedra siente fascinación por sus ancestros y mi dialecto principal está programado para que sea idéntico al de su preferencia.

-Pero si usas una traducción, ¿por qué es diferente?

-Debido a las similitudes que hemos encontrado entre los antiguos kystrani y tu gente. Vuestra historia ha seguido de cerca la suya, tanto que incluso vuestro argot es prácticamente igual al suyo. Así que mi lenguaje, el que prefiere Tedra, es el mismo que el vuestro en contenido, al igual que en sentido, y tiene el mismo argot e incluso las mismas frases. Si te digo que cuando conociste a Dalden te quedaste flipada, sabes exactamente a lo que me refiero, ¿no? Un Sha-Ka'ani normal no lo entendería, puesto que no tienen una palabra similar en su lengua.

-¿Por qué no has dicho que Dalden no tendría ni idea?

-Porque sí que se enteraría. Ya te he dicho que Dalden es especial, un producto de dos culturas, aunque él preferiría que fuera sólo una. Yo misma me encargué de gran parte de la educación de los dos hijos de Tedra, aunque sólo hasta cierto punto. Shanelle quiso saber más y continuó aprendiendo, y Dalden no. Después de tomar la decisión de seguir solamente los pasos de su padre, no quiso aprender nada más de mí y ha intentado olvidar todo lo que sabe del resto del universo. Puede hablar como Tedra, pero no quiere hacerlo.

-Así que él salió a su padre y ella a su madre.

-Respecto a la lengua, sí, pero las mujeres suelen ser mejores a la hora de adaptarse y Shani es un buen ejemplo de ello. Puede ser la perfecta hija Sha-Ka'ani, obediente en todas las cosas excepto una, o irse a Kystrani y seguir su carrera de piloto de naves mercantes o de descubrimiento de mundos; pasó allí un año aprendiendo esas carreras.

-Espera un momento. ¿En todas las cosas excepto una?

-Venga, chiquilla, si utilizas tu sentido común te darás cuenta de que conoce bien cómo son las cosas en otros planetas y no pueden gustarle todas las del suyo. Ojos que no ven, corazón que no siente, pero ella ve muy bien y es por lo que ha elegido volar. Incluso tenía intención de abandonar su casa para encontrar un compañero de por vida en otro planeta, hasta que conoció a Falon y se quedó tan flipada como tú.

-¿Y ahora es feliz quedándose en casa con él?

-Sí claro. -contestó Martha con una risita condescendiente-. Hay algo en ese sentimiento de amor que tiene tu gente que os hacer estar dispuestos a quedaros con vuestro compañero tanto si os gusta donde está como si no.

-¿Eso forma parte de mi preparación para que no me guste Sha-Ka'an? -preguntó Brittany con recelo.

-En absoluto. Cuando te acostumbres te molará un montón. No hay delitos, en el sentido en el que tú los conoces, ni miedos, ni preocupación por la guerra, enfermedades, trabajo o cualquier cosa por la que os preocupáis.

-¿ Una utopía con trampa?

Más risas.

-Si todo fuera perfecto, muñeca, te aburrirías enseguida. Pero volviendo a Shani, hubiera sido una embajadora perfecta de Sha-Ka'an, porque, al igual que Tedra, conoce muy bien todos los lenguajes conocidos del universo y respeta todas las especies por su singularidad. Las dos apoyan incondicionalmente la política de no intervención de la Liga para los planetas menos desarrollados, aunque les gustaría que para Sha-Ka'an fuera diferente. Están de acuerdo en que se debe dejar que una especie se desarrolle a su ritmo, para bien o para mal, ya que si no, jamás se desarrollarían plenamente. Está demostrado que cuando los mundos menos desarrollados tecnológicamente empiezan a comerciar con culturas más avanzadas, su propio desarrollo se estanca y los hace retroceder siglos en su desarrollo como personas.

-¿Por qué?

-Porque las personas creativas de su mundo pueden creer que cualquier cosa que puedan idear ya está inventada y entonces, ¿para qué preocuparse?

-¿Cómo se evita algo así?

-No se puede, es algo que sucede una y otra vez. Así que cuando la Liga descubre un mundo avanzado tecnológicamente, se alegra, pero cuando encuentra uno primitivo, procede con gran cautela. El comercio se limita a lo más rutinario, no se ofrece la posibilidad de los viajes espaciales y se conciencia a los primitivos de que lo que hay fuera de su mundo es mínimo. Algunos planetas que no están en la Liga y algunos comerciantes poco honrados quebrantan esa política, pero, en la mayoría de las ocasiones, la acatan.

-Eso no parece ser lo que pasó con Sha-Ka'an. -señaló Brittany.

-Sha-Ka'an fue una excepción porque el resto del universo necesita desesperadamente uno de sus recursos naturales. Pero es algo que han resuelto bien, porque ellos mismos limitaron la implicación extranjera y progresan a su ritmo, mientras la Liga los protege de la invasión de mundos más avanzados. La Liga tiene en Tedra una buena representante. Es la perfecta mediadora, porque quiere lo que es bueno para las dos partes.

Brittany pensó que en un espacio tan limitado como el *Androvia* se aburriría enseguida, pero no fue así. Aprendió alguno de los juegos de la sala de recreo que le sorprendieron mucho. No estaba muy al día en cuanto a juegos de ordenador y nunca habia tenido un ordenador, pero poder controlar lo que parecía gente de verdad en guerras simuladas y ver la acción en pantallas del tamaño de las de cine era impresionante. Era como ver una película en la que se fuera el director o el titiritero que controla los muñecos.

También descubrió un taller de artesanía y acabó pasando mucho tiempo allí. Era para la tripulación, que en realidad el *Androvia* no tenía, o para gente que tuviera alguna afición a la que no quisiera renunciar porque hubiera elegido dedicarse a la carrera espacial. La mayoría de las cosas que había en la habitación no tenía ningún sentido para ella, pero en una sección encontró madera y herramientas para trabajada.

Llenó las dependencias de Dalden con sus nuevas creaciones: una mesa, sillas y una mesilla, e insistió en que la cama estuviera siempre fuera. Hizo un balancín doble -él no había visto jamás nada parecido-, lo suficientemente resistente para aguantar el peso de los dos. Se sentaban en él todas las tardes frente a la hilera de ventanas para mirar las estrellas y algún cometa, y una vez, otra nave que la asustó hasta que Martha le aseguró que sólo se trataba de un mercante que iba de paso.

No, no se aburrió nunca. Corth II la divirtió mucho. Tenía un sentido del humor muy agudo y a veces lo utilizaba para intentar enfadar a Dalden. Martha le explicó que Dalden no había tenido celos jamás y siempre los había considerado un sentimiento que no podía tener, ni motivárselos otros guerreros, porque confiaba plenamente en ellos. Pero Corth II era diferente e impredecible.

A Dalden no le importó que Brittany se hiciera amiga de uno de los jóvenes guerreros, interesado en la ebanistería. A Kodos siempre le había gustado hacer cosas con las manos, pero jamás se había tropezado con nadie que le enseñara, hasta que la conoció a ella. Eso fue lo que le contó y lo que decidió aceptar, porque enseñarle mantenía ocupada su mente en algo que no fuera el final del proyecto.

No, a Dalden no le importaba que Kodos fuera su amigo, pero sí le molestaba que pasara tiempo con Corth II, al que le gustaba mucho flirtear. Ella no se lo tomaba muy en serio y archivó en su mente la insistente afirmación de Martha de que no era un hombre de verdad sino un androide que habían creado ella y otro Mock II amigo suyo, llamada Brock, con un «Sí, claro». Si Dalden sabía que no era un hombre de verdad, ¿por qué iba a estar celoso?

Por supuesto, Martha tenía una respuesta: porque se había introducido una unidad de entretenimiento en el cuerpo del androide y era capaz de tener experiencias sexuales. Dalden lo sabía. Sin embargo, Corth II era cualquier cosa menos normal, aparentemente era una computadora que podía pensar por sí misma, no tenía restringidos sus movimientos a quedarse en casa y obedecía únicamente a Martha y a Brock.

Brittany quiso saber por qué no se había puesto piernas a sí misma, algo que era posible, y ésta le respondió que era mejor no alterar la perfección. Brittany se rió un buen rato.

Se propuso no hacerle preguntas que pudieran molestarle. Al fin y al cabo, ¿para qué balancear un bote inestable? Y también puso en esa categoría las leyes y normas que le

advirtieron que le molestarían. Pero el viaje llegaba a su fin y no le quedó más remedio que plantearle la cuestión a Martha.

-¿Ha llegado el momento de que conozca sus leyes?

-La verdad es que no. -replicó Martha con tono aburrido, que en esa ocasión fue muy reconfortante-. Mientras estés con Dalden, no dejará que te pase nada malo. Cuando te deje para que te las apañes sola, entonces necesitarás saber qué es lo que puedes hacer sola y lo que no.

-¿Me las dirás antes de que quebrante alguna? -insistió Brittany.

-Tedra no era así, pero Challen era como tú, estaba convencido de que ella tenía que ser de su planeta y que ya sabía todo sobre él y todas las leyes. Rechazaba creer en gente de otros planetas, de hecho sabía que ella decía la verdad sobre quién era, pero él no quería creerla. ¿Te suena?

Eso la enfadó. Le habían enseñado unas cosas fantásticas o, mejor dicho, que serían fantásticas si fueran reales, pero no creía que lo fueran.

Así que no estaba preocupada por el hecho de llegar a Sha-Ka'an. Si hubiera pensado que iba a ver a los verdaderos padres de Dalden en vez de a unos actores, seguramente hubiera sufrido una crisis nerviosa y se hubiera preocupado por las cosas normales por las que una se preocupa cuando conoce a la familia del hombre con el que se ha comprometido.

Y estaba completamente comprometida. Después de pasar casi tres meses con Dalden no había duda de que su corazón estaría vacío sin él. La idea de perderlo cuando todo aquello acabara y la rechazaran por no haber conseguido convencerla era tan dolorosa que no podía ni imaginársela. Tampoco había buscado consuelo ni había preguntado qué pasaría con ellos cuando todo hubiera acabado, porque él insistía en que nunca habría un fin para los dos.

A veces pensaba que le habían lavado el cerebro a Dalden tanto como querían lavárselo a ella, que él no creía en realidad todo lo que le habían contado a ella. Prefería pensar que ésa era la situación, en vez de que le mentía deliberadamente por alguna «buena» razón. La mentira supondría el final cuando por fin admitieran la verdad. Y ¿cuál sería ese final? ¿Vete a casa, ya hemos acabado contigo? O ¿quédate conmigo y forma parte del programa? ¿Accedería a poner a otra gente en la misma situación en que estaba ella ahora? No lo creía, porque jugar con los sentimientos de la gente hasta tal extremo le parecía muy cruel.

Pero el viaje había acabado; ya habían anunciado que aterrizarían en pocas horas. Había llegado el momento de descubrir cómo iban a reconstruir un planeta entero, si lo hacían, claro está. Ningún estudio podía ser tan grande. Tendría que estar dentro de una pequeña zona de él. Pero ¿cómo iban a hacer para que resultara convincente? Ya habían cometido el error de decirle que la flora y la fauna de Sha-Ka'an eran autóctonas, que incluso el aire era diferente, como un Edén, de lo puro e incontaminado que estaba. Algo difícil de falsificar.

Así pues, ¿ese iba a ser el fin? ¿Se lo comunicarían cuando abandonara la nave? ¿Le dirían: «No lo has conseguido, puedes volver a tu casa»?

CAPÍTULO 37

-Ha llegado el momento.

A través de la hilera de ventanas de las dependencias de Dalden, Brittany miraba un enorme planeta que no se parecía en nada al suyo. En la Tierra, tres de sus cuartas partes eran océanos. En éste había mucho verde, pero poco azul. Una bonita simulación hecha por

ordenador, como todo lo que había visto al otro lado de esas ventanas. Y sin embargo, parecía tan real que sentía escalofríos.

-Todavía no estamos lo suficientemente cerca para aterrizar. -dijo.

-Lo estamos. Para una nave de esta velocidad será cuestión de segundos.

El enorme brazo de Dalden la rodeó por detrás para apretada contra su pecho. Era reconfortante y aterrador al mismo tiempo, porque podía estar preparándola para sus últimas horas juntos. Aquel pensamiento hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas y se abrazó a él con fuerza.

-Dime que no va a ser el fin para nosotros. -dijo con una voz tan cercana a la súplica como pudo.

Dalden le levantó la cara con las manos, y con los pulgares secó la humedad de sus mejillas. La expresión de su rostro era grave.

-Siento tu dolor. No puedo permitir que lo que lo causa continúe. A partir de hoy no habrá nada que temer.

-Siento tener que decírtelo, guerrero. -la voz de Martha flotó de repente en la habitación-. Pero no la estás tranquilizando.

Dalden volvió su disgustada cara hacia el monitor de la pared.

-¿Qué debo hacer para calmar su aflicción?

-Llévala a casa, a su nuevo hogar. Instálala allí. Enséñale los animales domésticos de la familia. -Martha introdujo en el tono de su voz una verdadera risa perversa-. Es una pena que no haya baños rayosolares en la nave. Tres meses de pulcritud sin una gota de agua podrían haberla convencido, pero aquí sólo ha visto cosas inanimadas en las que no ha querido creer porque ha pensado que eran trucos o cosas que su gente podría haber inventado. Cincuenta guerreros gigantes no la han impresionado porque en su mundo los hombres pueden alcanzar esa altura. Piensa que ha estado en una nave falsa, que saldrá de ella y seguirá en su planeta. Pero ahora sí tienes cosas para enseñarle, cosas vivas, que respiran, únicas y que no pueden entrar en la categoría de trucos.

Brittany dio un paso atrás con el pelo erizado por la indignación. Le molestaba en extremo que hablaran de ella cuando estaba escuchando.

-Siento tener que decírtelo, Martha, pero tampoco tú me estás tranquilizando. -dijo irritada.

-Tampoco lo estaba intentando, chiquilla. Simplemente le estoy diciendo al guerrero lo que te hará salir de tu incrédula situación. Después te he dado una pista, pero no la has pillado.

-¿Qué?

-«Nuevo hogar», «instalarse». Suena más a comenzar algo que a acabado, ¿no?

Era verdad, pero las palabras pueden ser engañosas o absolutas mentiras. Volvió a mirar a Dalden, escéptica. Éste tenía una expresión resuelta en el rostro y se estaba preguntando por qué, cuando la cogio de la mano y salieron de la habitación.

-¿Me vas a sacar de la nave?

-Así es.

-¿Por qué no lo haces de la misma manera que me introdujeron en ella?

Martha le respondió a través del intercomunicador que le habían dado hacía unos días. Le dijeron que lo llevara a todas horas hasta que no le quedaran más dudas.

-No podemos hacer transferencias hasta que hayamos aterrizado. Sha-Ka’an está rodeado por un escudo global que impide el acceso de naves no autorizadas. Cuando se concede autorización, se abre un agujero encima del Centro de Visitantes, pero incluso esa abertura tiene un escudo anticontaminación. En cada ciudad hay al menos un meditec, pero no

sería suficiente si una enfermedad se introdujera en el planeta a través de los visitantes. El segundo escudo que atraviesa la nave mide el nivel de contaminación, y en ese proceso interfiere con la transferencia.

-Pero ¿no estamos a punto de pasado?

-Sí, y podría enviarte directamente a palacio una vez que lo hayamos atravesado, pero ¿de verdad quieres perderte las vistas que hay de camino a casa? ¿Tu primer viaje en un aerobús y después un *hataar*? ¿La arquitectura en el campo? ¿Tu primera vista de Sha-Ka'an desde lejos?

-¿Todo lo que piensas que me hará creer?

-Sin duda. -contestó Matha en tono irónico.

Brittany resopló para agradar a Martha, pero también empezaba a sentirse un poco entusiasmada. Un comienzo que implicaba compartir la vida con Dalden. Había llegado a un punto en el que no le importaba dónde la compartieran, con tal de que lo hicieran. No podía soportar la idea de perderlo, pero ¿en otro mundo? ¿Cómo iba a pensar que eso era real?

Martha parecía haber llegado a la conclusión de que cuando acabara el día no le quedaría más remedio que aceptado. Dalden había dicho más o menos lo mismo, que a partir de aquel día ya no tendría nada que temer. Pero ¿en qué situación le dejaba a ella todo eso? Sin duda con Dalden, pero también con la fantasiosa idea de vivir en otro mundo y conocer a sus padres reales.

¡Venga ya!

CAPÍTULO 38

Por mucho que lo hubiera intentado no podría habérselo imaginado.

Brittany esperaba ver montones de naves espaciales, bonitas y fáciles ilusiones visuales. Se suponía que estaban en un puerto espacial. Pero no vio nada de eso. Incluso la que acababa de abandonar dejó de ser visible cuando bajó de ella. Salieron en algo parecido a un tranvía que los trasladó durante un minuto y luego entraron en una especie de tubo que acababa dentro de un enorme edificio redondo. Cuando miró atrás lo único que vio fue la abertura del túnel y la pared que lo rodeaba.

Aquel lugar era inmenso, eso tenía que reconocerlo. No se ven techos de diez pisos de altura todos los días. Con todo, y para el tamaño que tenía, no había mucha gente en su interior, y las pocas personas que había iban vestidas de una forma muy extraña.

-Sólo la terminal. -le explicó la voz de Martha a través del intercomunicador que llevaba en la cintura-. Es para las llegadas, las naves no aterrizan a no ser que necesiten reparación. No es bueno que se desconecten.

-Así que se quedan flotando en el espacio gastando combustible.

Martha no advirtió el tono escéptico de aquella frase.

-El concepto que tú tienes de combustible está obsoleto. Una nave puede funcionar con una sola piedra *gaali* eternamente. Y una vez que están dentro del escudo no se les permite salir hasta que están listas. Se conectan con este centro para desembarcar a los pasajeros, después con el de avituallamiento para aprovisionarse y luego vuelven aquí y se quedan flotando.

Desde lejos es una vista impresionante, pero se construyó de forma que su visión no molestara a un pueblo que no quiere que le recuerden que algo así existe. Queda muy lejos de cualquier ciudad, incluso de Sha-Ka-Ra.

Una buena excusa para no enseñarle desde lejos el Centro de Visitantes. Sólo debían tener trucos de corto alcance.

Se fijó en el resto de túneles iguales al que habían utilizado ellos. Había diez en total, suficientes para que entrara gran cantidad de gente, pero nadie más llegaba, aparte de la gente de su nave. Había una gran salida, hacia la que se dirigían, que no era nada más que un amplio pasillo que llevaba a otro edificio. No había ventanas en ningún sitio por las que ver el exterior. ¿Por qué le sorprendía algo así?

-Este centro es como una ciudad pequeña, al menos lo que vosotros consideráis una ciudad pequeña. Los pueblos Sha-Ka'ani no son tan grandes. -le informó Martha, que seguía en su papel de guía turístico-. Tiene una superficie de cinco kilómetros cuadrados, el puerto ocupa la mitad y los almacenes de mercancías cubren otra buena parte. El resto se utiliza como alojamiento para los embajadores comerciales, el personal de seguridad y de los edificios, y los visitantes que no van a permanecer aquí mucho tiempo. Después están las zonas de mantenimiento, suministros, reparaciones y todo lo necesario para que sea un lugar autónomo.

-¿No lo mantiene el planeta?

-No, la verdad es que la mayoría de sus habitantes se niega a aceptar que está aquí. Lo dirige la Liga para la Ayuda de la Liga de Planetas. El padre de Dalden es el único *shodan* que mantiene una relación habitual con este sitio, el resto de *shodani* lo hacen a través de él si es necesario.

Ya sabía que un *shodan* era como un alcalde o, para ser más exacto, como un señor feudal que gobernaba un pequeño reino. Aunque ésa tampoco era la descripción más adecuada. Los ciudadanos le presentan sus problemas, toma decisiones que afectan al pueblo, las viudas y los huérfanos están bajo su protección y, sin embargo, cualquier guerrero puede desafiarle, y arrebatarle el puesto si gana el combate. En Kan-is-Tra no era un cargo hereditario, aunque sí en algunos países, como Ba-Har-an, de donde procedía Falon. Pero incluso allí, el hijo que deseara el cargo tenía que aceptar todos los desafíos que le hicieran.

-Atención, muñeca, estás a punto de conocer a tus suegros. -dijo Martha.

-¿Qué?

Brittany se detuvo y Dalden, que había estado llevándola de la mano, se volvió para ver qué ocurría. Sonrió de modo tranquilizador. Él también había visto a la pareja, al final del pasillo.

El hombre era enorme, tan corpulento como Dalden, tan rubio e igual de guapo. Después de haber pasado tres meses con cincuenta guerreros ya sabía que prefieren llevar unos pantalones cortos llamados bracs y túnicas cruzadas. La mujer tenía la misma altura que Brittany, el pelo muy largo, recogido en una alta coleta, y llevaba un extraño vestido que parecía estar hecho de pañuelos verdes transparentes, algunos de ellos opacos, que le llegaba hasta los pies, calzados con sandalias, y una capa a la espalda. Era hermosa, sin duda, y demasiado joven para ser la madre de un hombre adulto.

Dalden le dio alguna explicación.

-Tranquila, *kerima*. Martha ha estado en contacto con Brock desde el último amanecer. Sabían que veníamos, pero debido a nuestra larga ausencia no han podido esperar hasta que llegáramos a casa. Seguro que les ha hablado de ti, ¿es así Martha?

-No te quepa duda.

Shanelle ya había ido corriendo hacia allí para abrazados. Los guerreros que iban con ellos pasaban desfilando y dejaban que la familia se reuniera.

-Ve delante, déjame un momento para que me arregle. -le pidió Brittany a Dalden.

Sonrió, aunque le costó un esfuerzo hacerlo. Él también estaba nervioso, una reacción normal la de preocuparse por si les gustaría a sus padres, si todo eso fuera real. ¡Dios santo!

Librodot

Era encantador, introducir esas pequeñas sutilezas que podrían haber pasado inadvertidas para ella si no hubiera estado tan compenetrada con él.

En un momento en el que no podía oírle le dijo a Martha:

-Al menos podías haber buscado a alguien un poco mayor para que hiciera el papel de su madre. Si intentas convencerme de que ésa es la madre de Dalden, no lo vas a conseguir. No es mucho mayor que yo, y él tampoco.

-Tedra ha envejecido muy bien en comparación con los humanoides normales. Con los Sha-Ka'ani ocurre lo mismo, debido a la pureza de su entorno, pero Tedra también se ha beneficiado de su entrenamiento Sec 1, unos ejercicios agotadores que han convertido su cuerpo en un arma letal. Tiene cuarenta y cuatro años. Lo sé muy bien, me pertenece.

-Pensaba que era al revés, que tú le pertenecías a ella.

-Cuestión de opiniones.

Brittany no se creía que la apuesta pareja fueran los verdaderos padres de Dalden. Entonces, ¿por qué ese repentino nerviosismo? Seguramente había comenzado la fase «convencerla a cualquier precio». La nave espacial no lo había conseguido y ahora tenían que hacerlo nuevos actores y todo un falso planeta. Su mayor miedo al abandonar la nave había sido que por la noche volvería a estar en su cama y el espacio a su lado estaría vacío, pero aquello no parecía estar incluido en el programa todavía.

-Ha llegado el momento de las presentaciones. -dijo Martha cuando el grupo que tenía delante dejó de esperar a que se dirigiera hacia ellos y empezaron a andar hacia ella.

Martha estaba intentando ser encantadora, algo demasiado parecido a como Brittany lo veía todo. Era una representación para ella sola, unos simples actores que seguían un guión e improvisaban cuando era necesario.

-Bienvenida a Sha-Ka'an, Brittany Callaghan, y bienvenida a mi familia.

Dios mío, eso sonaba muy bonito. Su familia había crecido separada y casi no se veían nunca. Estaban en contacto, pero echaba de menos la cercanía de cuando todos vivían juntos. En una de las lecciones que recibió a bordo le contaron que las familias Sha-Ka'ani normalmente permanecen unidas y que cuando los niños se hacen adultos se quedan en la misma ciudad y, a veces, en la misma casa. Algunas mujeres acaban teniendo compañeros de por vida en otras ciudades o países, pero eran excepciones, ya que los guerreros suelen escoger a sus compañeras entre las mujeres que conocen en su propia ciudad.

Tras la bienvenida de Tedra recibió un fuerte abrazo y un susurro en la oreja.

-Tranquila, chiquilla, aquí no juzgamos a nadie. Cuando un guerrero hace su elección no hay forma de volverse atrás, así que todos le desean que sea feliz. A algunos les cuesta mucho decidirse, otros lo saben al instante. De cualquier forma, es algo que sienten. Es una pena que las mujeres nunca tengan esa clase de seguridad.

¿Era un chiste? Cuando se echó hacia atrás Tedra sonreía. Sin embargo, lo que acababa de decir era lo contrario a lo que Brittany había experimentado. Las mujeres saben perfectamente en qué momento se enamoran y lo normal es que la persona receptora de ese amor tarde mucho tiempo en darse cuenta. Hay excepciones, por supuesto, pero en general las mujeres se llevan la palma en cuanto a tomar decisiones instantáneas.

Al veda de cerca, Brittany seguía pensando que no podía tener cuarenta y cuatro años. Decir que había «envejecido bien» era un eufemismo. Con toda seguridad sería una excelente suegra, aunque no estaba tan segura con Challen, que le imponía mucho respeto por su altura y su mirada escrutadora que por otro lado, era inescrutable.

Tedra se volvió hacia Dalden con una expresión severa en el rostro.

-Seis meses sin verte, no lo hagas nunca más, Dalden. Al contrario de lo que dice el dicho de los antiguos, la ausencia no es al amor lo que el aire al fuego, sino que es muy dolorosa. No vuelvas a repetido. Y tu padre está de acuerdo conmigo, por una vez.

-No quieras dar la impresión de que no estoy nunca de acuerdo contigo, mujer. -retumbó la voz de Challen de forma cortante-. Eso sería una tremenda mentira.

-Sólo estás de acuerdo conmigo cuando te conviene a ti y no a mí.

Esas palabras provocaron una sonrisa en aquel hombre enorme y que le diera un tirón hacia él que debió haced e daño a Tedra cuando chocó contra aquel corpachón y una palmada en la espalda que le debió doler aún más.

-Estamos de acuerdo en que más tarde discutiremos la cuestión de no estar de acuerdo.

-¡Que te lo crees tú!

Después lo apartó, cogió a Shanelle del brazo y se dirigieron hacia la parte delantera del edificio. Challen y Falon las siguieron más despacio. Dalden cogió a Brittany de la mano para cerrar la comitiva.

-No te preocupes, chiquilla. -sugirió Martha en tono amistoso desde la cintura-. Se tarda algún tiempo en acostumbrarse a las bromas de aquí.

-¿Bromas? Sí, seguro.

Dalden la miró.

-Martha tiene razón, pero a la que hay que acostumbrarse es a mi madre, no se comporta como debería hacerlo una mujer Sha-Ka'ani.

Brittany se detuvo y le preguntó:

-¿Y cómo debería haberlo hecho una mujer Sha-Ka'ani? ¿Sonreír y dar las gracias a su compañero de por vida por darle un manotazo?

Dalden parecía confundido, pero Martha no lo estaba y dijo:

-Tranquila. El cuerpo de Tedra puede recibir golpes y no sentidos. No le ha dolido, no creo ni que haya sentido esa caricia amorosa. Challen se cortaría la mano antes de hacerle daño. La mayoría de los guerreros tienen los mismos sentimientos hacia sus mujeres.

-¿Es verdad? -le preguntó a Dalden.

-Sí. -contestó un tanto molesto porque necesitara confirmación.

Sí, repitió en su mente. Pero se refería al dolor físico, no al psíquico, que a veces puede ser igual de insoportable. ¿Cuál sería la filosofía de un guerrero a ese respecto?¿Se puede hacer daño con tal de que no deje moradura?

Tuvo la sospecha de que la fase dos iba a ser más emocional que visual. ¿Iban a llenada de preocupaciones e inseguridades para que no se diera cuenta de que empezaba a creérselo todo?

CAPÍTULO 39

Brittany empezó a relajarse en el corto trayecto hasta ShaKa-Ra, la ciudad natal de Dalden. Ya no le enseñaban nada, puede que porque pensaran que era una pérdida de tiempo y un esfuerzo. Le dieron pobres excusas para esta nueva táctica, pero no le importó demasiado.

Fuera del edificio no había nada que ver, excepto la fachada que acababan de dejar y, en el otro lado, una colina que estaba lo suficientemente cerca como para ocultar cualquier vista. Podría ser falsa, no la habían dejado acercarse para comprobado. Había tres vehículos para trasladados y entraron en ellos.

Los llamaban aerobuses, pero podían haber sido autobuses normales modificados. Se quitan las ruedas, se hace el morro más estilizado en vez de chato, se amplía para que sea dos veces más grande de lo normal y, ¡voila!, un vehículo espacial de extraño aspecto.

Detrás de la cabina del piloto había unos asientos muy cómodos en la primera sección, pero el resto del vehículo estaba destinado a carga. Se suponía que los utilizaban para llevar y traer mercancías a los puntos más alejados del planeta, pero tenían que ser más o menos invisibles y habían programado rutas que los llevaban por encima de las nubes para no ser vistos desde la superficie. Necesitaban pilotos, aunque éstos no veían nada más que un gran monitor. No tenían ventanas, ni siquiera en la parte delantera, con la excusa de que si tenían que llevar a un guerrero al Centro de Visitantes por alguna razón, intentaban que le resultara lo menos doloroso posible y no le dejaban ver que estaba volando. Tampoco se oía nada ni daba sensación de despegue ni se sentía ningún movimiento, sólo un leve y continuo zumbido casi imiudible.

Las pistas de aterrizaje de esos autobuses se llamaban estaciones y todas ellas estaban situadas lejos de las poblaciones, para evitar que la gente supiera de su existencia. Brittany no cayó en la cuenta de lo que eso significaba hasta que llegaron.

Vistas increíbles y extensísimas panorámicas majestuosas. La estación estaba en la base de una montaña llamada Monte Raik, que era tan alta que la cima estaba cubierta de nieve incluso a pesar de que el clima era tropical. Delante de ella, gran parte del territorio que se extendía ante sus ojos era llano y en algunas partes cultivado con cereales y hortalizas. A lo lejos se veían bosques con árboles multicolores, rojos, verdes, amarillos, azules..., ¿azules?, y todo tipo de tonos intermedios. Vio largas sombras púrpuras en el horizonte, que podrían haber sido otras cadenas montañosas, pero estaban demasiado lejos para poder estar segura. También vio lo que parecía un lago en un campo de flores silvestres.

No había postes de teléfono ni carreteras, aparte de unos sucios caminos, tampoco había edificios ni aviones sobrevolando sobre sus cabezas para destruir esa edénica imagen. El aire era limpio, no había ni humo ni contaminación flotando en la línea del horizonte. ¿Dónde habían encontrado un sitio así?

Entonces vio los tres aerobuses, estacionados sobre una pista de aterrizaje pavimentada y lo que parecía una ondulante carretera que llevaba hacia la montaña. Estaban demasiado cerca como para ver la ciudad de Sha-Ka-Ra, que se encontraba a medio camino, o, al menos, eso le habían dicho. .

-¿Vamos a subir andando?

-Mi padre se ha ocupado del transporte.

-¿Y dónde está?

La cogió de la mano y la llevó detrás de los aerobuses, que impedían ver lo que había al otro lado. Allí había una manada de *hataari*, unos cuarenta, descansando plácidamente a un lado de la pista. Algunos de los guerreros ya estaban montados en ellos y otros, de pie a su lado, dejaban ver lo grandes que eran esas bestias. Sus cabezas apenas sobresalían treinta centímetros por encima de los lomos de los animales, lo que quería decir que aquellas espaldas eran tan altas como ella. Eran unas criaturas muy peludas, la mayoría de color negro y unas cuantas marrones, pero todas tenían crines blancas y colas que casi llegaban al suelo. Patas delgadas, cuerpos muy anchos, demasiado para ser caballos; puede que ése fuera el aspecto que tenían los caballos prehistóricos. Pero eso era mucho suponer. Eran parecidos a los caballos, pero no lo eran en absoluto.

Eran tan graciosos, con ese pelaje tan abundante, que se echó a reír. Tenían que ser falsos, seguramente se trataba de percherones, ¿no se hacían tan grandes?

Con todo, alguien había sobrepasado su propia imaginación en la creación de los disfraces y el relleno de esos cuerpos extragrandes les hacía parecer ridículos.

-¿Qué te hace gracia? -le preguntó Dalden mientras la ayudaba a subir a un *hataar*.

La sorpresa de verse encima de una de esas cosas puso fin a su diversión. No había silla, sino una manta que cubría el lomo y una especie de arnés con riendas y un palo para agarrarse, que Brittany asió con fuerza mientras Dalden se sentaba detrás de ella.

-Vaya, vaya. A ver si encuentro la cremallera del disfraz. -dijo nada contenta.

Dalden la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí, lo que la relajó y apartó de ella su enfado pasajero. Él no le pidió que se lo explicara aunque, si hubieran sido reales, no habría entendido el comentario. Martha sí se había dado cuenta.

-Me has decepcionado, muñeca. -dijo su voz en la cintura-. Sabes que buscas a la desesperada y te agarras a cualquier cosa para explicar lo que resulta obvio.

-Lo que a ti te parece obvio es un poco rebuscado. Si hay alguien que debería estar decepcionada, ésa soy yo. Esperaba algo mejor después de los meticulosos detalles de la nave espacial.

-¿No te has parado a pensar que no hay elección en la cuestión de lo que es real? Sí, tienen un aspecto raro. He visto los animales que tenéis vosotros y que en comparación son esbeltos y hermosos. No todos los mundos tienen suerte con sus bestias de carga. Lo creas o no, algunos planetas tienen criaturas parecidas a los *hataar* incluso más raras que éstas.

-Ya, y yo soy propietaria de un puente fantástico que me encantaría venderte.

-*Kerima*, has de poner fin a esa costumbre de decir cosas que no vas a hacer.

Brittany se puso tensa ante el serio tono de la voz de Dalden, pero se quedó sin habla cuando oyó a Martha.

-¡Cuidado, chiquilla! Ahora está en su casa y empieza a comportarse como un guerrero.

Brittany se volvió para lanzarle una dura mirada.

-¿Qué ha querido decir con eso? -no obtuvo respuesta-. Martha, ¿por qué haces que la palabra guerrero parezca algo malo? -tampoco obtuvo contestación por ese lado, lo que hizo que se enfadara aún más-. ¡Caray! No os atreváis a darme más sorpresas a estas alturas. ¿Acaso me he enamorado de un hombre que sólo me ha mostrado la mitad de sí mismo? ¿Es la otra mitad un monstruo al que voy a odiar?

La expresión de Dalden se relajó, seguramente porque ella acababa de admitir por primera vez que le amaba. No tenía intención de reconocerlo todavía. No quería decirlo si el fin del «proyecto» no le gustaba, pero ahora era demasiado tarde para retirado. Lo amaba, al menos, amaba al hombre que había conocido. Pero ¿quién era? ¿Un hombre que fingía ser un alienígena? ¿Un hombre con el cerebro tan lavado que realmente se creía que era un extraterrestre? ¿O era un alienígena de verdad que había controlado sus inclinaciones extragalácticas hasta entonces, pero que ahora que estaba en su planeta las iba a mostrar? ¿Por qué llamaban a esa gente bárbaros?

Su bárbaro le puso una mano en la mejilla para acercar la boca. Su beso fue suave, tierno. Una de las cosas que más le gustaban de él era que, a pesar de su increíble tamaño y fuerza, siempre era muy dulce con ella. No era un bárbaro, de ninguna manera.

CAPÍTULO 40

Hacía mucho tiempo que Brittany no se sentía tan avergonzada. Dalden casi ronroneaba de satisfacción..Había logrado que se olvidara sobre qué estaban discutiendo, de que tenía que estar mirando las cosas de su alrededor, que estaba a lomos de un animal y que había otra gente cabalgando a su lado.

Él estaba orgulloso de tener ese poder sobre ella. Aquel beso se había convertido en un enloquecido infierno de pasión, al menos por parte de ella. Se había dado la vuelta para ponerse frente a él con las piernas abiertas, poniéndose encima, subiéndose, devorándolo, perdida en el momento...

Hasta que la voz de Martha la interrumpió.

-Hubiera jurado que te gustaba la arquitectura.

Kodos, que cabalgaba a un lado, se reía.

Shanelle, que estaba al otro, en la misma montura que Falon, puso los ojos en blanco. Gracias al cielo que sus padres iban en un hataar delante de ellos y no se habían dado cuenta, o su mortificación hubiera sido absoluta.

-Si pensara que lo has hecho a propósito, estarías en un gran aprieto. -le susurró a Dalden.

Parecía muy divertido, al menos eso indicaba su sonrisa.

-Define lo que es un gran aprieto.

-Para empezar, no volvería a hablarte. -dijo apretando un dedo contra su pecho.

-Eso no está permitido.

-¿Que no está...? -dijo, incapaz de acabar la frase-. ¿Qué te apuestas? No hay nadie más testarudo que una americana irlandesa, que es lo que yo soy. Es lo que más nos llaman.

-Creía que te llamabas Brittany.

-Muy gracioso, como si no supieras a lo que me refiero.

-Me estás diciendo que eres testaruda, pero eso es muy común en todas las mujeres, así que ya me lo esperaba y me parece muy divertido.

-¿Por qué?

-Porque es algo en lo que las mujeres no tienen mucha suerte aquí.

-A lo mejor podrías cambiar un poco esa afirmación y añadir «hasta ahora».

Se rió, la abrazó y le explicó por qué le gustaban tanto sus respuestas.

-Tú y Martha insistís en que sois diferentes porque no habéis nacido aquí, pero tu reacción ante una lección que no querías no es muy diferente de la de una mujer Sha-Ka'ani.

Se deshizo de sus brazos y entornó los ojos.

-¿Una lección? ¿Qué intentas enseñarme? ¿Que si hago o digo algo que no te gusta me avergonzarás todo lo que puedas?

-No era mi intención avergonzarte.

-Entonces, ¿cómo se cree que tenía que sentirme?

-Exactamente como has hecho.

Lo que ella había sentido era una irrefrenable pasión y un profundo deseo de hacer el amor en ese mismo instante.

-No lo entiendo. -no contestó, lo que la enfadó lo suficiente como para añadir-: Martha, tú y yo vamos a tener una larga conversación antes de que finalice el día. Y esta vez me lo vas a contar todo.

Pero Dalden se negó a que Martha le aclarara nada.

-Las lecciones se aprenden mejor con la práctica.

A Brittany se le pusieron los pelos de punta, pero antes de que pudiera decir nada Martha le hizo una crítica al guerrero.

-Dalden, ¿te ha trastornado de repente el cerebro el aire puro de Sha-Ka'an? Hasta ahora lo habías hecho muy bien y recordabas que ella no es una Sha-Ka'ani. No lo estropees todo solamente porque estás en casa y no saques conclusiones basadas en una sola reacción, porque

ella es capaz de tener reacciones que nunca has presenciado. Ella no va a tolerar algunas de las cosas que para ti son normales y naturales. Será mejor que te acuerdes de la diferencia cultural sobre la que te advertí, porque es real, enorme, y te causará unos problemas con los que ningún guerrero, ni siquiera tu padre con Tedra, se ha enfrentado antes.

Brittany se puso tensa y sintió un inquietante terror que la asustó. Dalden se puso tenso también, aunque por diferente razón. No le gustaba oír que ella en particular iba a ser la causante de que hubiera problemas entre ellos. No le gustaba oír que Martha tenía razón y que Dalden no sabría cómo enfrentarse a ellos.

Brittany se aferró a él sintiendo que la invadía el miedo.

-Pase lo que pase podremos superarlo. Sea lo que sea lo que ella cree que voy a odiar, intentaré... intentaré entenderlo y no odiarlo. Lo arreglaremos, Dalden.

Él la apretó también, un poco más fuerte de lo habitual.

-Te estoy agradecido, aunque no deberías hacer promesas basadas en algo que desconoces. Por supuesto que lo solucionaremos. No permitiría otra cosa.

Su indómita determinación conseguía sorprenderla a veces. No pasaría nada porque él lo decía. No importaba por qué, ni los obstáculos ni nada. No dejaría que las cosas fueran de otra forma, no lo iba a permitir. Ojalá pudiera aferrarse a esa seguridad y tomársela a pecho. Con todo, la tranquilizó y atemperó su miedo.

-¿Os había dicho algo sobre la arquitectura? -les interrumpió la voz de Martha en tono serio.

Brittany se echó a reír y se libró de toda tensión.

CAPÍTULO 41

Brittany no se había perdido mucho de la ciudad, sólo la entrada. Sha-Ka'an era mucho más grande de lo que esperaba, ya que Martha le había dicho que en ese planeta las ciudades no eran del tamaño a las que ella estaba acostumbrada; no tanto por el número sino por la distancia entre edificios. Se alzaba en una meseta y no había ninguna construcción en las laderas de la montaña.

La calle principal era muy ancha, bordeada a intervalos regulares por árboles de distinto color -tampoco es que los reconociera, ya que no sabía mucho de botánica- y farolas. Eran muy parecidas a las del siglo XIX, a las que alguien tenía que ir todas las noches para encender las velas que había en su interior, aunque éstas utilizaban piedras gaali, que al parecer no necesitaban ser encendidas sino solamente destapadas para que emitieran un suave resplandor.

Estaba ansiosa por ver de cerca una de esas piedras de las que tanto le habían hablado, una pequeña, ya que le habían advertido de que las grandes emitían una luz tan fuerte que podía cegar.

En ese momento estaba un poco molesta porque se daba cuenta de que ningún edificio estaba hecho de madera. Todos tenían un suave color tostado, tanto en yeso como en piedra, pero no estaba lo suficientemente cerca como para saber qué color era. La mayoría de casas sólo tenían un piso y unas pocas, dos; muchas mostraban unos encantadores arcos, ventanas de todo tipo y todas tenían patio, establos y jardín. Algunas incluso tenían balcones en sus techos planos, tipo solarios. Todo estaba inmaculado, no se veía nada de basura en ningún sitio.

Era una mezcla por igual de nuevo y viejo. Los edificios parecían modernos, pero la gente no lo era y muchos habían salido a ver su llegada. Cincuenta hombres de aquella ciudad se habían ausentado durante mucho tiempo y sus familias estaban deseosas de darles la bienvenida. El cortejo comenzó a disgregarse cuando los guerreros empezaron a encontrarse con dos o más miembros de sus familias. Curiosamente, nunca era una sola persona, o más específicamente, una compañera de por vida. Incluso era más extraño -ahora que se fijaba en él lo que no hubiera ninguna mujer en la calle que estuviera sola.

Todas tenían un hombre al lado y todas llevaban uno de esos vestidos de pañuelos que llamaban chauri, con una capa a la espalda. Los había de muchos colores, pero todos uniformes. No llevaban ni una sola prenda que tuviera varios colores.

Más tarde supo que la única razón por la que no le habían dado una capa con los colores de la casa a la que pertenecía ahora era porque la camiseta blanca y los pantalones vaqueros que llevaba eran los colores de la casa de Dalden. Que él le dejara llevar pantalones, cuando no le estaba permitido a ninguna mujer, era una excepción porque ella no era Sha-Ka'ani y Dalden quería que lo viera su pueblo. Con todo, había dejado de ser una regla estricta, porque sabían que en otros países, como el de Falon, no observaban esa prohibición y ahora hacían excepciones con los visitantes. De todas formas, era su regla y por ello le iban a dar un vestuario completo y esperaban que lo llevara.

No le importaba, estaba cansada de los vaqueros después de haberlos llevado tres meses, aunque limpios y devueltos cada día por esa cosa que Dalden llamaba ropero con selector. Le habían ofrecido un uniforme de la nave, pero lo había rechazado. Le parecía que con su altura no le quedaría bien un mono ajustado.

Los mercados eran del tipo antiguo, parecían una feria medieval y había pequeñas carpas con mesas y artículos expuestos en alfombras. También había un hermoso parque con un estanque y niños que jugaban, algo que podría haber estado en cualquier ciudad de Estados Unidos.

Las calles estaban trazadas en líneas iguales y rectas. Al volver una de ellas se encontraron con el edificio más grande de la ciudad, un imponente castillo de piedra blanca. Brittany se quedó con la boca abierta. No era igual a los que conocía, era más parecido a los que se ven en los libros de cuentos. Tampoco era un solo edificio grande, sino que estaba construido en secciones, unas redondas y otras cuadradas o rectangulares. Todas tenían diferente altura y forma, aunque se elevaban como una pirámide; las torres más bajas estaban en la parte exterior y las más altas, en el centro. Algunas tenían techos cónicos, otras en espiral, otras más normales, y también los había planos, incluso había algunas con pasajes con almacenes.

Unos altos muros blancos rodeaban el castillo y había un arco de entrada que se extendía por toda la calle hasta llegar al patio interior del castillo. Hacia allí se dirigían. Allí era donde vivían Dalden y su familia.

Era demasiado. No podían haber construido una cosa así sólo para el proyecto; debía de ser algo que habían encontrado y que iban a utilizar, como el resto de la ciudad. Puede que estuviera en Rusia o en esa parte del mundo. ¿No tenían allí edificios de formas raras, como ése, y hermosos e intocados paisajes y ciudades muy diferentes a lo que ella estaba acostumbrada?

Se sintió mejor con ese razonamiento, pisando tierra firme de nuevo y lista para que la impresionaran mientras avanzaba por el arco en dirección al patio del castillo. Frente a ella había un largo edificio rectangular con escaleras que abarcaban toda la parte delantera y, en el centro, unas altas puertas que parecían metálicas, flanqueadas por dos guerreros.

Delante había un establo para los hataari y por primera vez vio a los hombres pequeños que trabajaban en él. En realidad no eran pequeños sino que no eran gigantes como los guerreros y vestían de forma diferente, con estrechos pantalones blancos y camisas. Al

parecer eran *darash*, la clase de los sirvientes, de los que ya le habían hablado. Eran descendientes de un pueblo conquistado hacía tanto tiempo que nadie se acordaba de la fecha.

No eran esclavos, sino más bien una mezcla entre siervos medievales y sirvientes del siglo XVIII en Inglaterra. Eran la clase obrera, los que hacían todo el trabajo manual que desdeñaban los guerreros, aunque no les pagaban por ello. Había leyes que los gobernaban y tenían algún derecho, pero no podían moverse como la clase trabajadora normal. En su mayoría era un grupo feliz que conocía su valor, ya que, sin duda, la sociedad de los guerreros se vendría abajo sin ellos.

Los padres de Dalden fueron los primeros en entrar. Shanelle se quedaría unos días más, pero después se iría a Ba-Haran, un país al que se tardaba tres meses en llegar en hataar, pero que estaba a pocos minutos en aerobús. La distancia, o antiguo tiempo de viaje, era por lo que no se había sabido mucho de ese lugar antes de que pidieran a Challen que se pusiera en contacto con ellos para comerciar con la Liga, ya que se habían detectado grandes depósitos de oro en esa región que interesaban a otros planetas.

Pero tampoco era la distancia lo que había hecho que los dos países fueran extraños el uno para el otro, sino que los shaka'ani eran sedentarios. Podían ser diferentes en alguno de los países, pero en general no tenían madera de exploradores. Por naturaleza preferían permanecer, crecer y prosperar en un entorno familiar.

CAPÍTULO 42

Brittany hubiera seguido con la boca abierta cuando atravesó las enormes puertas metálicas del castillo si no le hubieran advertido antes -las piscinas en las habitaciones fueron una buena pista- de que el interior no era como un castillo sino como un palacio. Aun así, lo espacioso del lugar lo hacía algo único: techos altos, enormes habitaciones, todo predominantemente en colores blancos, incluso los suelos, que eran parecidos al mármol.

Las plantas en macetas y árboles con flores añadían un toque de verde y de otros colores, y una alfombra azul de unos cuatro metros de ancho se extendía hacia el centro del recibidor. Había una gran habitación a cada lado, separadas por unos arcos que eran tan grandes que no eran exactamente divisiones sino que desde el fondo de una de ellas se podía ver el final de la otra. Ambas tenían altas ventanas que dejaban entrar una suave brisa que mantenía fresco el lugar, además de tanta luz como pudiera haber fuera. También había árboles en grandes maceteros, junto a sofás sin respaldo, mesas...

El interés de Brittany aumentó. Las mesas indicaban carpintería, pero su tipo de..., bueno sólo había un tipo. Sin embargo, Kodos le había dicho que no había nadie que le pudiera enseñar a trabajar la madera, que la mayoría de los edificios de la ciudad habían sido construidos por los *darash* hacía tanto tiempo que se había perdido el conocimiento de cómo hacerlo. Al perdedor de un combate podían obligarlo a construir un edificio, pero solía ser de tan mala calidad que no se utilizaba nunca.

-¿Esperas perder algún combate? -le había preguntado en broma a su joven amigo.

Él le respondió un poco indignado.

-Quiero enseñarle al que pierda cómo hacer un edificio en condiciones para que sea útil, en vez de encargarle que lo destruya, como suele ser el caso.

Ella no había preguntado mucho sobre esos desafíos y se había imaginado que eran otro deporte de los guerreros. Pero esa conversación le había recordado otra que había tenido con Dalden cuando éste comparó su trabajo con un castigo. Al parecer, los guerreros podían ser comerciantes, podían dirigir el trabajo de los *darash* en el campo, pero lo único que hacían

con las manos era blandir espadas. Resultaba sorprendente que ese pueblo hubiera conseguido conectar y combinar sus relatos en un cuento completo sin cabos sueltos.

El grupo se dividió con intención de volverse a juntar para la cena. Challen se fue a atender sus asuntos de shodan, Tedra a ponerse al día con Martha, Shanelle y Falon a su antigua habitación y Dalden tiró de Brittany hasta llevarla a la suya, por un pasillo, después por otro, a través de una torre, luego por un jardín con un camino con techo que lo atravesaba por la mitad hasta llegar al siguiente edificio, más recibidores, escaleras y más escaleras. Cuando llegaron a la habitación, que estaba tan lejos de la parte principal que podía no considerarse parte del castillo, estaba completamente perdida.

La habitación ocupaba toda la planta baja del edificio y tenía un balcón que la rodeaba completamente. Y sí, era cierto, había una piscina de unos dos metros y medio de diámetro, como un oasis en miniatura con macetas alrededor y un banco de piedra al Lado. Contra la única pared que no tenía ventanas con arcos se apoyaba una cama enorme. No era como las que conocía, sino que parecía ser un grueso colchón relleno, encajado en una estructura con forma de caja sin muelles. A pesar de que parecía muy anticuada, daba la impresión de ser blanda y confortable.

Había unos cuantos más de esos sofás sin respaldo alrededor de la larga y baja mesa. ¿Comían tumbados? Entre los arcos había arcones tallados, producto de un buen trabajo de carpintería. Los suelos eran como de mármol, pero ligeramente veteados de azul. Unas cortinas azules transparentes se movían frente a las ventanas y constituían la única cosa que las cubría. No había nipersianas ni postigos.

-¿Cómo os las arregláis para que no entren moscas y mosquitos? -le preguntó a Dalden.

-¿Qué?

-Insectos, chinches, ya sabes, esa cosas pequeñas que vuelan y tienen la costumbre de picar a la gente.

-Esas cosas habitan en las tierras bajas, pero no en la montaña.

-¡Ah!

-¿Qué te parece tu nueva casa?

Sabía que esperaba ansioso su respuesta, a pesar de que su expresión no lo dejaba ver. La habitación era muy bonita, nada recargada y, sin embargo, espléndida. Pero aquel lugar le recordaba el harén de un sultán. Le hizo sentir que no estaba en su hogar en absoluto.

-Es muy grande.

-Pues claro, un guerrero necesita espacio para no sentirse encerrado.

-Supongo.

-¿No te gusta? -preguntó con tono disgustado esta vez.

-No he dicho eso. -replicó rápidamente-. Sólo tengo que acostumbrarme.

-¿Qué es lo que no te gusta de ella?

-Dalden, déjalo. Es muy bonita, de verdad.

-Eres mía y por lo tanto te conozco bien, *kerima*, y no te agrada el sitio en el que vas a vivir.

Brittany alargó su mano hacia él. Cuando la agarró, atrajo sus dedos hacia la boca y le mordió en uno de los nudillos con fuerza. Él levantó una dorada ceja, aunque casi no sintió ningún dolor. Después sonrió y la atrajo hacia sí, pero ella se apartó.

-No era una invitación. Te estaba demostrando que no me conoces tanto como crees, lo que no me parece mal. Después de todo, las sorpresas le dan un poco de aliciente a la vida y respecto a estas habitaciones, ya me acostumbraré a ellas. Pero ya viste dónde vivía. La casa que tenía planeado construirme iba a ser cuatro veces más grande, aunque no sería un castillo.

Para mí, este lugar está como sacado de un cuento de hadas, que no están mal, pero son para disfrutados temporalmente y no para siempre. No me hago a la idea de vivir aquí toda la vida.

-¿Te gustaría vivir en otro sitio?

En vez de contestar, le hizo una pregunta.

-¿Siempre has pensado en vivir aquí, incluso después de haber elegido una compañera para toda la vida y haber establecido tu propia familia?

-Hay suficiente espacio para más de una familia.

-Sí, pero no has entendido lo que quería decir. ¿No te apetece extender tus alas? ¿Tener un sitio que sea solamente tuyo y no de tus padres? Donde vivo yo, los hijos suelen dejar la casa familiar en cuanto acaban los estudios, para empezar su propia vida. Los padres los alimentan hasta un momento determinado, después dejan libres a sus criaturas y esperan que se conviertan en adultos productivos. ¿Tú eres un adulto, no?

Aquello provocó que frunciera el ceño de tal manera que Brittany no pudo reprimir la risa. ¡Era tan raro vede fruncir la frente por algo que no fuera una sorpresa!

-Perdona, pero tenía que preguntarte, no estoy acostumbrada a nada de lo que hay aquí. ¿Trabajan las mujeres en este planeta, ya sabes, si hacen cosas, construyen o crean? ¿Tienen alguna ocupación?

-No en ese sentido.

-Sácame de aquí.

-Tienen pasatiempos.

-Eso no basta para una mujer trabajadora. Y, sin embargo, aquí tenéis industrias, artesanía, aserraderos... Lo he visto por toda la ciudad. ¿Dónde lo ocultáis?

-Kan-is-Tra no tiene esas cosas. No forzamos la naturaleza por encima de la superficie de la tierra, aparte de aumentada para cultivar alimentos.

-¿Y por debajo?

-Hay muchas zonas del planeta en las que se extrae oro, incluido Kan-is-Tra. Normalmente, los *darash* que viven cerca de cada mina saben cómo trabajar y dar forma a ese metal para convertido en objetos útiles.

-¿Y los muebles que he visto?

-Los hacen en los países del sur. Los traen grandes caravanas de mercaderes dos veces al año. En el norte hay alfareros y la mayoría de los *darash* se ha especializado en tejido, costura y teñido. En el este trabajan el cristal, pero normalmente no lo traen en caravanas porque no suele resistir el viaje.

-Supongo que bastará. -dijo aliviada-. ¿Cuánto me costará ir a uno de esos países para buscar un trabajo?

No obtuvo respuesta, sino una mirada muy sorprendida. Brittany suspiró, pero se acordó de que sujeta a la cintura tenía una fuente de información mejor.

-Martha, ¿qué es lo que no ha entendido de esa pregunta?

-Lo ha entendido todo, lo que pasa es que no le cabe en la cabeza, ya me entiendes. Las mujeres Sha-Ka'ani no han tenido que trabajar nunca. Durante su vida pasan de un protector a otro, así que nunca les falta apoyo, lo que no quiere decir que no tengan responsabilidades. Para que te hagas una idea, piensa en la señora medieval que hacía que todo funcionara, supervisaba a los sirvientes y se aseguraba de que se hacían bien las cosas.

-Pero eso no es trabajo, son labores del hogar.

Martha se río.

-La cultura de la que procedes ha evolucionado a pasos agigantados en los últimos cien años y ha dado un gran paso en las cuestiones que atañen a las mujeres en los últimos

cincuenta. Así que sé que las mujeres de tu planeta no siempre han tenido esa actitud de «tener que trabajar». Tú sí que la tienes porque naciste cuando ese movimiento estaba iniciándose y cuando llegaste a la edad adulta ya se había impuesto. Querías mantenerte a ti misma y esperabas hacerlo después de casada porque tu gente había dejado que la economía enloqueciera y había forzado a los ciudadanos a acostumbrarse a juntar dos ingresos para poder llegar a alguna parte.

-¿Qué estás intentando decirme?

-Piensa en hace cincuenta años, cuando en tu cultura se esperaba que las mujeres se quedaran en el hogar, fueran amas de casa en cuanto se casaran y sólo hicieran trabajos de poca importancia. Eran felices en ese papel. Al igual que las mujeres medievales antes que ellas, no ganaban los garbanzos, pero trabajaban: llevaban la casa, algo que a menudo era más duro que el trabajo que hacían sus compañeros. Ahora piensa en lo que tienes aquí: un montón de mujeres contentas con su situación, tal como lo estaban las de tu planeta hace unas cuantas décadas, algo a lo que no te costará adaptarte ya que no se aparta mucho del modelo de tu propia historia.

-La inactividad hará que me suba por las paredes. -insistió Brittany.

-Es una posibilidad sobre la que Dalden tendrá que reflexionar para poder rectificada. ¿Me escuchas, tío grande?

Lo hacía y contestó testarudamente.

-Los pasatiempos la mantendrán ocupada, igual que hicieron con mi madre.

Martha simplemente resopló.

-No te engañes, el trabajo de Tedra ha sido la seguridad. Mantenerse en forma era un ejercicio agotador y a la larga fue una ocupación aburrida porque Kystran es un planeta pacífico. Así que es feliz entreteniéndose con algo de artesanía, aunque no le dedica mucho tiempo. Pasa mucho más relacionándose con la gente y, hasta cierto punto, con la seguridad del Centro de Visitantes. En otras palabras, Dalden, se mantiene activa en cosas que le gustan. Todo el mundo tiene derecho a hacer algo así.

-Mi compañera de por vida lo tendrá.

-Pero no será suficiente, te conozco. -le previno Martha-. Ella necesita crear cosas que sean útiles. Es lo que le gusta hacer y lo hace muy bien. Su actividad puede ser beneficiosa para tu pueblo también, ya que puede hacer cosas desconocidas aquí. Como esto, por ejemplo.

Brittany estaba impresionada por el discurso de Martha y se sorprendió cuando de repente apareció delante de ella el balancín que había hecho en la nave. Nadie lo había llevado hasta allí, simplemente había aparecido.

-Por cierto, Brittany, chiquilla, -dijo Martha en tono irónico-, si esto te parece una ilusión, seguramente no querrás sentarte en él ni llevado al balcón, donde sería ideal para disfrutar de la vista. Por otro lado, si quieres sentarte en él, tendrás que aceptar que lo he transferido, ¿no? Tal como he hecho con todas tus pertenencias, que ahora están en el armario de Dalden.

-¿Qué pertenencias? -preguntó Brittany resentida-. Tu gente no me dio tiempo a hacer las maletas.

-Esas cosas no eran necesarias en la nave, pero Corth II recogió todo lo que era tuyo, con ayuda de tu compañera de piso, excepto tu montón de chatarra. No tenía sentido traerlo aquí ya que su fuente de alimentación sólo se usa en tu planeta.

-¿Todas mis cosas?

-Sí, no es que le vayas a dar mucho uso a tu propia ropa, pero siempre puedes convencer al tipo grande para que te deje ponerte algo en privado.

Brittany no se fijó en el degradante «convencer» sino en las dos puertas de la pared sin ventanas. La más grande llevaba a las escaleras por las que habían subido a la habitación. Se

dirigió hacia la otra y vio que detrás había una habitación un poco más grande que su dormitorio en la Tierra, con percheros de los que colgaban ropas del lugar, de forma que todo estuviera a la vista. Al otro lado estaba su maleta, llena a reventar, y algunas de las cajas, que ella y Jan habían guardado para el caso de que las necesitaran en Navidades, con lo que no había cabido en la maleta. ¡Incluso estaban sus herramientas!

La habitación no tenía ventanas, pero estaba bien iluminada. Tuvo que buscar la fuente de luz, que resultó ser una caja pequeña de madera que estaba en la misma estantería que las botas y los cinturones de Dalden. En realidad, entre las ventanas de la otra habitación había unos pequeños salientes que tenían esas mismas cajas. Ésta estaba abierta del todo y emitía luz.

Se acercó y la bajó hasta que pudo mirar su interior. Dentro había una pequeña roca de color azul, del tamaño de un dólar de plata, con los bordes pulidos, aunque no era del todo redonda. Acercó una mano, pero no desprendía calor como tendría que haber ocurrido, teniendo en cuenta que era de allí de donde salía la luz. La acercó más, pero no notó nada.

La miró para reunir el valor suficiente como para tocada y luego se la puso en la mano. Estaba fría y no pesaba nada.

Estaba fascinada y quería examinada más de cerca y a la luz del día para buscar las junturas que no conseguía ver dándole la vuelta. Tenía que haberlas. Tenía que haber una pila dentro que proporcionara la luz.

La llevó con ella al dormitorio. El balancín había desaparecido, pero se fijó que habían abierto las cortinas transparentes de una ventana que daba a una arcada que llevaba al balcón en el que Dalden había puesto la silla y se había sentado. Apretó los dientes. Evidentemente, el balancín estaba allí antes de que hubieran llegado; lo habían llevado antes de que llegaran ellos junto con el resto de sus pertenencias. Pensó: «Transfiere mi culo».

Ya pensaría más tarde dónde podrían estar las cámaras que proyectaban imágenes, ahora estaba demasiado interesada en la piedra gaali que llevaba en la mano.

Se dirigió hacia el balcón en el que estaba Dalden. Estaba a unos diez metros de la arcada cuando un gato, que no pudo frenar el impulso de su salto, aterrizó en el balcón, salido de la nada. Entró en el dormitorio y se quedó a sus pies, lo que hizo que Brittany se desmayara. Comprensible teniendo en cuenta que era tan grande como ella.

CAPÍTULO 43

Dalden suspiró mientras dejaba a Brittany en la cama. Se sentó a su lado y le apartó el pelo de la cara con cuidado, ese pelo de un color tan bonito como desconocido en su mundo.

-¿Se ha hecho daño al caer, Martha? -preguntó preocupado.

-Al igual que la intoxicación atenúa los reflejos naturales, las personas que se desmayan lo hacen sin intención de caerse, con lo que suelen hacerse menos daño que las personas que son conscientes de su caída.

-No has contestado mi pregunta.

-Ah, ¿querías datos concretos? Está bien, en serio.

Al menos podía estar agradecido por eSo. Todo lo demás lo estaba frustrando hasta niveles casi intolerables.

Martha le había pedido que no se dejara arrastrar por sus instintos guerreros con su pareja de por vida hasta que lo aceptara definitivamente por lo que era. Pero ¿cuándo iba a hacerla? Tenía que haber abierto los ojos y aceptar la verdad en el momento en que llegaran a

su planeta, pero todavía no lo había hecho. Incluso había dicho que el *hataar* era un animal de su planeta disfrazado. Y el fembair la había asustado tanto que se había desmayado, un animal que según ella era de su mundo.

Empezaba a pensar que su hermana lo había maldecido realmente durante todos aquellos meses, cuando contribuyó a ponerla en manos de Falon y ella no quería. Se había enfadado demasiado como para pensar en las palabras que le gritó: «¡Estrellas, espero que la mujer que quieras para ti no sea Sha-Ka'ani y que no te deje nunca en paz!». Era lo peor que le podía haber deseado y se había hecho realidad a medias.

Su mujer no era Sha-Ka'ani y su propia testarudez iba a levantar una barrera insuperable entre los dos. Lo amaba, sí, pero no del todo, no mientras siguiera dudando quién era. Era algo que perturbaba su paz. Sin embargo había estado esperando este momento, había aceptado la palabra de Martha de que Brittany admitiría la verdad una vez que llegaran a su mundo, pero no había sido así.

-Martha, dile a Shanelle que venga y recoja su animalito.

-Ni en broma. La llegada de esa bola de pelo ha sido muy positiva. Ni yo misma lo habría podido planear mejor.

-No consentiré que vuelva a asustarse. -aseguró Dalden categóricamente.

-No estaba asustada, simplemente recibió una sorpresa demasiado grande como para soportada, y no estoy haciendo un chiste. -dijo Martha, aunque entre risas-. Si te llevas a Shank antes de que se despierte pensará que es otra ilusión. Déjala que lo vea, no habrá forma de que niegue su existencia. Es irrebatible.

-Nuestra llegada aquí tendría que haber sido eso precisamente. -le recordó muy enfadado.

-Creo que su testarudez escapó ligeramente a mis cálculos, pero está en el límite. Ahora se aferra desesperadamente a una esperanza de lo más rebuscada para poder mantener su incredulidad. En cuanto se dé cuenta de que las excusas que pone para engañarse son más ridículas que la verdad, abrirá los ojos.

-¿Cuánto durará eso?

-Pon en práctica esa paciencia de guerrero por la que son famosos tus hombres. Dale otra semana. Su argumento de que todo es un «proyecto» es un colchón de salvación para ella. Se agarra a él porque le asusta la verdad.

-No hay razón para que se asuste. -respondió frustrado.

-Eso ya lo sabemos, pero ella no es capaz de verlo.

-Tengo una visión perfecta. -dijo Brittany con voz de estar grogui e irritada cuando se despertó-. Lo que me parece estupendo, ya que en esta cultura no existen los oftalmólogos ni las gafas, ¿no?

-Bienvenida. -dijo Martha alegremente.

-No estoy muy segura de si me alegra haber vuelto.

-¿Piensas alguna vez antes de decir palabras que pueden hacerle daño al guerrero?

Los ojos de Brittany se abrieron horrorizados cuando se dio cuenta de lo que significaba esa pregunta. Dalden estaba a su lado. Se sentó y lo abrazó.

-Martha está equivocada. -le aseguró Brittany-. No lo ha dicho por ti sino por ella.

-Sin embargo, resulta evidente que no te gusta estar aquí.

-No, pero si tenemos que quedamos, me acostumbraré. No tiene por qué gustarme, de verdad. Lo que es importante es que me guste estar contigo. El sitio no importa. Seré feliz mientras no nos separemos cuando esto haya acabado.

Dalden la apartó un poco y le dijo con severidad:

-Ya te he dicho que no habrá final para nosotros. Eres mía para toda la vida, al igual que yo soy tuyo. Eso es lo que significa de por vida. ¿Cuándo lo aceptarás?

-Creo... que ya lo hago. Lo que pasa es que todo parece interferir entre nosotros.

-¿Todo? ¿Cómo tu insistente creencia en que no soy un guerrero kan-is-tran de Sha-Ka'an? ¿Qué soy entonces?

-Me estás confundiendo.

-Te confundes tú sola, mujer.

Martha intervino.

-Te advertí que el guerrero se impondría ahora que está en su hogar.

-¡Calla, Martha! -gritaron los dos casi al unísono.

Nervioso, Dalden se puso en pie y los ojos de Brittany brillaron cuando se dio cuenta de que el *fembair* seguía en la habitación, echado en el suelo junto a la cama. No volvió a desmayarse, pero sí a tener miedo.

-¡Martha, saca eso de aquí! -dijo con voz chillona, refiriéndose a «eso» como si fuera otra ilusión, según su forma de pensar.

-Contrariamente a lo que piensas, no tengo ningún control sobre la población de aquí, ya sea animal o humanoide. Por cierto, puedes acariciar a Shank, no te morderá.

Aquello no la tranquilizó. En esa ocasión, sin embargo, Dalden no podía culparla por su incredulidad. Un fembair era un depredador, el devorador más feroz del planeta, algo que incluso evitaría mencionar. Los que vivían en el castillo habían sido domesticados, aunque cualquier visitante que no lo supiera reaccionaría de la misma manera que Brittany.

No resultaba fácil distinguir unos de otros. Eran una especie que no se cruzaba, así que había poca diferencia en su apariencia. Todos tenían pelo corto blanco de una suavidad excepcional, largos y esbeltos cuerpos y una cabeza redonda con grandes ojos azules y colmillos. Él nunca habría tenido uno como animal de compañía porque les gustaba dormir en las camas y, hasta ahora, él no había querido compartir la suya.

Normalmente, explicarle a un Sha-Ka'ani que no negara la existencia de un *fembair*; de que podía encontrárselos dentro de la ciudad o en cualquier casa, era suficiente. Podían tener su guarida en cualquier parte del planeta, ya que el clima no variaba mucho, aunque preferían la selva, lejos de las ciudades y la gente.

Los habitantes de Sha-Ka'an estaban acostumbrados a verlos rondar dentro y fuera de los pueblos y les parecía divertido que su *shodan* hubiera podido domesticar a una especie tan salvaje. Lo que no le habría importado a su compañera de por vida, cuya incredulidad la causaba un motivo diferente. Con todo, tenía que intentado.

-Shank es de mi hermana. -le dijo a Brittany-. Lo ha criado desde que era cachorro, cuando ella era casi una niña, está domesticado.

-Si es de ella, ¿qué hace aquí?

-Se trata de un juego de cuando éramos pequeños. Lo atraía hasta aquí con golosinas para que no lo encontrara. Para él se convirtió en un hábito y sigue viniendo para que le dé algo.

-Espero que tengas algo a mano para él.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas cerca del *fembair* y éste acurrucó su enorme y flexible cuerpo a su alrededor. Le rascó detrás de las ojeras y debajo de la barbilla y comenzó a ronronear inmediatamente.

-Ven aquí. -le pidió a Brittany. La miró y vio que negaba con la cabeza rotundamente-. ¡Ven aquí! -repitió en un tono que hubiera hecho que cualquier mujer Sha-Ka'ani obedeciera inmediatamente, pero no su compañera de por vida-. Quiero quitarte el miedo a este felino. -le explicó más calmado.

-Preferiría que quitaras al gato.

Martha se burló de ella.

-¿No piensas que es una ilusión? ¿Desde cuándo pueden hacer daño?

Aquello hizo que Brittany frunciera el ceño y Dalden aprovechó su confusión paraseñalarle:

-¿No oyes lo contento que está?

Lo oía ronronear tan alto que la habitación retumbaba.

Saltó de la cama y se acercó hacia él, se sentó al lado de Dalden, aunque a cierta distancia del animalito de Shanelle. Dalden la inclinó hacia él y la puso en su regazo para acercarla a Shank. Ella seguía sin quitar ni un segundo la vista del *fembair* y tenía el cuerpo rígido por el miedo, a pesar de la decisión que había tomado. Era una mujer con valor dispuesta a seguir hacia delante, con o sin miedo.

Dalden le cogió la mano, la puso en el lomo de Shank y la dejó allí. Brittany no la retiró y después de haber tocado al animal, quiso examinarlo más de cerca. Le levantó la pesada cabeza, miró sus grandes ojos azules y calculó la medida de sus dos colmillos.

-Los dientes de sable se extinguieron. -dijo finalmente con voz llena de miedo.

Dalden no sabía a qué se refería, pero Martha sí.

-En tu planeta sí.

-Tampoco eran tan grandes.

-Cuidado, muñeca, o te convencerás de que estás en otro mundo.

Brittany soltó un gruñido y se puso de pie.

-Ya sé lo que habéis hecho. Encontrasteis este sitio y habéis conseguido que nadie se entere de su existencia. ¿Qué es lo que hace que la gente y los animales crezcan tanto, el agua? ¿O la ingeniería genética? ¿Habéis alterado la naturaleza?

Tanto si hubiera podido contestar esas preguntas como si no, Dalden supo que no iban dirigidas a él. Siempre que se enfrentaba a algo irreal acusaba a Martha, nunca a él. Hacerlo hubiera significado que tendría que discutir con él su incredulidad.

Los dos habían sido reacios a hacerlo, a «hacer olas», como diría Martha. Pero quizás había llegado el momento de que el bote se hundiera. Saber que a pesar de que ella quería estar con él, con la persona que ella insistía que era y no con quien realmente era, estaba resultando muy doloroso.

Necesitaba consejo de alguien que hubiera tratado mucho tiempo con una persona que no fuera de su planeta.

Fue a buscar a su padre.

CAPÍTULO 44

-¿Dónde va? -le preguntó Brittany a Martha cuando Dalden abandonó de repente la habitación.

-Seguramente a matar algo. Los guerreros suelen hacer lo cuando se sienten frustrados.

-¿Algo?

-No te asustes, era una broma. Pero, chiquilla, vas a tener que empezar a ver las cosas desde su punto de vista. Cuando te burlas de lo que te enseñamos, te estás burlando de él.

Cada vez que pones alguna de tus excusas, estás diciendo que él no es real. ¿Cómo crees que se siente?

-Si le han lavado el cerebro para que se crea todo esto, seguramente estará enfadado, pero eso es culpa tuya, no mía. Si sólo es un buen actor que está representando su papel, entonces dejaré que se frustre por no ser lo suficientemente convincente. Pero si ya habéis calculado que nunca me convenceré de que me habéis traído a otro planeta en otro sistema estelar, entonces él y yo podemos dejar de sufrir por sentimientos que no tenemos por qué tener.

-¿De verdad quieres que te llevemos a casa y no volver a verlo? No es que lo vaya a permitir, pero ¿es así como crees que acabará todo?

-¿Por qué íbamos a tener que separamos? Admitís la verdad, estoy de acuerdo en que es un proyecto necesario para algo beneficioso, y él y yo podemos seguir juntos, ¿no?

-En esta sociedad las mujeres viven con los hombres y no al revés. Para que puedas tenedo has de estar aquí, en su mundo.

-Ya veo. Como no te ha funcionado ahora quieres utilizarlo a él. ¿Chantaje emocional? ¿Si no acepto todo esto lo perderé?

-Te está aumentando la presión arterial, chiquilla.

-¡Tengo una tensión normal!

-Es increíble la capacidad que tenéis los humanoides para enfadaros vosotros solitos. Me duele el corazón cuando te veo luchar contra tantos sentimientos contradictorios.

-Según tú, no tienes corazón que pueda dolerte.

-Quemadura en un sector entonces, es lo mismo.

Brittany emitió un grito de disgusto y se apartó de la puerta por la que había salido Dalden. No sabía por qué seguía hablando o, mejor dicho, discutiendo con Martha, con esa voz sin rostro. Esa mujer le daba un nuevo sentido a la palabra determinación. O era eso o ella era el pez gordo a cargo de todo el proyecto y los demás, mero escaparate.

Ahora que lo pensaba, Dalden nunca había intentado convencerla de verdad. Estaba allí para consolada y calmada, para distraerla, para apartar su mente de pensamientos caóticos, para darle algo de paz. Y si eso iba a cambiar ahora, se volvería loca en un mes.

Finalmente se dio cuenta de que el «monstruo prehistórico» seguía en la habitación. Dios, era enorme, tan grande como un caballo, pero sabía que la ingeniería genética podía doblar en tamaño a una criatura. ¿Podía hacerse una y otra vez hasta lograr algo monstruoso como aquello? Aunque era hermoso, esbelto y proporcionado y seguramente estaba agradecido de no tener que vérselas con suelos resbaladizos.

Por irónico que pareciera, a ella le gustaban los gatos. Había tenido unos cuantos cuando era niña y uno en el apartamento cuando se mudó allí, hasta que un día se escapó por una puerta y no volvió. Que Jan fuera alérgica a ellos era la única razón por la que no había tenido otro, pero albergaba la esperanza de tener toda una colección de fieras en cuanto construyera su casa y tuviera más espacio. Pero éste no era natural, era el resultado de un experimento, o de la naturaleza, y esos colmillos...

-Ahora te estás comportando como una idiota. -dijo Martha, que había visto cómo se alejaba del gato-. Si ese animal fuera peligroso, Dalden no te hubiera dejado sola con él.

Eso tenía sentido. Parecía que se tomaba mucho interés en protegerla. Decidió que podía no prestarle atención a la bestia sin correr peligro. Con todo, era una creación, posiblemente un animal de compañía tal como decían.

Entonces Martha añadió:

-Hay otros merodeando por el castillo. Tedra y Challen también los tienen como mascota s, así que te encontrarás con más. No corras hacia otro lado cuando los veas venir hacia ti.

-¿Por qué? -preguntó Brittany alarmada-. ¿Me atacarán?

Martha se rió.

-No, solamente me pareces una persona que no quiere que todo el mundo sepa lo cobarde que eres.

-¿Ahora recurres a los insultos?

-¿No lo eres? Te aterroriza enfrentarte a la verdad, lo que me parece ridículo. Es un mundo muy hermoso. Bárbaro, pero también tiene cosas buenas que lo compensan.

Brittany se relajó. Era típico de Martha lanzarle algo que le abriera los ojos, como un insulto, para llevada al tema que quería discutir. A partir de entonces estaría prevenida.

-Dime una cosa y no me hables del aire otra vez, porque se puede encontrar en muchas regiones montañosas como ésta.

-¿Qué te parece un clima suave en todo el planeta? No existen las estaciones como tú las conoces. El tiempo es el mismo durante todo el año en todos los países, un poco más caliente al norte y un poco más frío al sur, pero nada extremo.

-Como si no hubiera regiones templadas en mi mundo. -replicó Brittany.

-No existen las enfermedades. Puede que sea por el aire puro del que no quieres que te hable. -añadió Martha con ironía.

Si fuera verdad, se hubiera sorprendido mucho.

-¿Es el aire?

-No lo sé -admitió Martha-. Nunca lo han analizado. También podría ser la constitución Sha-Ka'ani, pero no tienes por qué preocuparte, en el castillo hay un meditec, en caso de que pilles algo que no quieras.

-Sé muy bien que todo esto no es real. He tenido mala suerte de no coger una gripe o un enfriamiento para desenmascarar vuestro meditec de una vez por todas.

-Podría pedirte un virus, aunque tardaría unas cuantas semanas en llegar.

-Muy bonito. Estás gastando saliva Martha.

-¿Saliva? Las computadoras no tienen saliva.

-Ya sabes a lo que me refiero.

-Muy bien, intentémoslo con la fidelidad.

-¿Qué?

-Esto te va a parecer interesante. Un guerrero que toma una compañera para toda la vida le será fiel siempre. A mí me parece excepcional, ya que muchas culturas no pueden decir lo mismo, incluida la tuya.

-¿Tanto aman?

Una gran carcajada.

-Te olvidas de que afirman que no son capaces de amar.

-Tú dijiste que algunos sí lo hacen.

-Algunos, sin embargo, los guerreros que tienen compañera de por vida les son fieles. Forma parte de su modo de protegerlas. Es una obligación que se toman muy en serio e incluye no solamente protegerlas del daño sino también del estrés emocional y del miedo. ¿Cuántas veces has oído decir a Dalden que no permitirá que tengas miedo?

-Como si fuera algo que él pudiera controlar.

-No te engañes. Puede ayudarte a superar tus miedos, de una forma u otra. Puede que sus métodos no sean normales, pero son eficaces. Los guerreros creen firmemente en la enseñanza a través de ejemplos. De esa forma consiguen dejar huellas duraderas que las palabras no consiguen. Por eso la filosofía del crimen y el castigo es tan bien recibida aquí.

-¿Vamos a hablar por fin de las leyes de este sitio?

-No, he llegado a la conclusión de que la información adicional que te he estado proporcionando no te ayuda y puede que ése sea parte del problema. No te he dado tiempo para asimilar todo lo que has aprendido. Además, ya conoces los principios básicos para no tener problemas. Ya no llevarás pantalones, ofenden a los guerreros. No saldrás nunca de casa sin un escolta a tu lado o sin llevar la capa de esta casa, para que la gente que te vea sepa que estás protegida. Serás respetuosa con los otros guerreros y obedecerás al tuyo. ¿Lo ves? Es muy simple.

-¿A eso llamas leyes?

-Pues, sí. -Martha soltó otra gran carcajada-. Yo no las llamo así, pero ellos sí. El término más apropíado sería reglas. No tienen el tipo de leyes que tienes tú, porque no tienen el tipo de crímenes que requieren unas leyes estrictas. Los robos aquí son más bien un deporte. Si roban algo a alguien, lo vuelven a comprar, lo vuelven a robar o se alegran de no tenerlo.

-Entonces, ¿no roban nada para quedárselo? ¿Por qué no le molesta a nadie?

-Es más como un deporte, algo que hacen para divertirse. Tampoco existen los asesinatos, la ética de los guerreros no los permite. Los duelos pueden acabar en muerte, pero es algo que raramente ocurre; resulta más atractivo humillar a un enemigo desafiándole a perder el servicio. Tienen sus propias reglas de comportamiento. Todas las disputas se llevan ante el *shodan* para que éste decida. Pero me estoy saliendo del tema.

-¿Tú? No es posible.

-¿Estás siendo sarcástica?

-He tenido una buena maestra.

-No tengo un ego que alimentar, aunque aprecio tu esfuerzo. Volvamos a nuestra conversación, que eran las mujeres. Son responsabilidad de su protector, ya sea su padre, su compañero de por vida o su *shodan*. Sin protector pueden ser reclamadas por cualquier guerrero que las quiera y una mujer reclamada no está en una situación tan deseable como una libre, para las mujeres, claro está.

Brittany se puso tensa al oír lo último.

-¿Por qué? ¿Y por qué no me lo habíais dicho antes?

Martha insertó un encogimiento de hombros en su tono.

-No lo hemos mencionado porque es algo por lo que nunca te tendrás que preocupar, mientras cumplas las reglas que te acabo de comentar. Y respecto a por qué no es una situación deseable es porque puede ser muy parecida a la esclavitud. Una mujer reclamada puede ser vendida o maltratada, pero tiene tan poco derechos que puede considerarse esclava. La mayoría de las mujeres prefieren disfrutar del lujo de ser libres.

-¿Libres? ¿Cuándo no pueden salir sin que las lleven de la mano como si fueran niñas?

-¿Te sientes ofendida?

-Por supuesto. Ya sabes que no podré aceptar algo así viniendo de un sitio en el que hay absoluta libertad de elección.

-Lo mismo le pasaba a Tedra y se acostumbró sin problemas. Tú harás lo mismo. Sólo hay que cambiar esa forma de pensar y ver la lógica que hay detrás de la protección que te ofrecen. Y puedo jurarte que ya no te vaya dar más información. Empieza a preguntarle a Dalden. Las respuestas que te dé te ayudarán a comprenderlo todo mejor. Hasta otra, muñeca.

-¡Espera, Martha! -No tuvo respuesta, pero el *fembaír* seguía allí, mirándola con sus grandes ojos azules-. ¡Vete, gato! ¡Fuera!

No lo hizo, sino que se puso en posición alerta y miró detrás de él como si hubiera oído algo. Brittany no oyó nada, pero los animales tienen mejor oído que los humanos. Se levantó

tan deprisa que se resbaló, volvió a recuperar el equilibrio, salió corriendo hacia el balcón y saltó por el mismo sitio por el que había aparecido.

Brittany suspiró aliviada. Martha volvió a tiempo para echarse a reír.

CAPÍTULO 45

Brittany comenzó a guardar preguntas para Dalden, pero éste no volvió a la habitación. En lugar de él, apareció una sirvienta *darash* para ayudada a vestirse para la cena. La verdad es que la necesitaba para averiguar cómo había que ponerse un *chauri*.

El conjunto era un simple montón de pañuelos finos, unos cuadros de tela casi transparentes. Unos cuantos estaban cosidos en las puntas. Ésos se ponían en los hombros y con parte de ellos se cubría solamente lo que era indispensable, después se anudaban a la cintura para mantenerlo todo en su sitio. La falda iba aparte, pero se colocaba casi de la misma forma: una serie de pañuelos cosidos en una cinturilla que colgaban con las puntas flotando a mitad de las pantorrillas.

Si no se andaba rápido o se levantaba viento, el conjunto era decente. Era suave, femenino, fresco, sin mangas, con cuello de pico, el cinturón proporcionaba una hermosa figura y era muy bonito en la forma en que se ponía. También le dieron unas sandalias que se ataban a los pies, un poco extrañas, pero prácticas.

Lo único que parecía fuera de lugar era el comunicador que llevaba en el cinturón. Pensó en dejarlo, pero no se atrevió, aunque Martha había estado de lo más silenciosa.

Talana, la chica que le había traído el chauri blanco, le dijo que le estaban haciendo más y que se los entregarían el siguiente amanecer. Su corta estatura y sus oscuros ojos y pelo la distinguían evidentemente como darash, aunque no su sencilla túnica sin mangas y larga falda. Brittany no estaba acostumbrada a tener sirvientes, pero Talana no era nada servil. Era alegre, sonreía sin parar y parecía muy delicada. Aparte de llamada «señora» no hacía otra cosa que ayudada.

También se ocupó de llevada a la cena. Cuando pasaron por el jardín exterior, Brittany se detuvo de repente y se dio cuenta de que no tenía ningún problema para entender a Talana ni a Tedra ni a Challen ni a nadie con quien hubiera hablado desde que había llegado esa mañana.

No conseguía entender cómo no había caído en algo tan simple y el tono de su voz reflejó incredulidad cuando dijo:

-Al final, lo habéis estropeado.

-¿Señora?

-¿Cómo vais a explicar que la gente me entiende si se supone que pertenecen a otra raza y que hablan en otra lengua?

Talana la miraba sin entender nada, demasiado confundida como para contestar, pero Martha había estado oyéndola todo el tiempo.

-Te ha costado mucho darte cuenta, chiquilla. Pero lo has entendido al revés. No es que ellos hablen tu lengua, sino que tú hablas la suya.

-¿Qué?

-Sólo se necesita dormir una noche con una cinta subliminal para que los rudimentos de un nuevo idioma se alojen en el subconsciente. En tu planeta han empezado a utilizar un proceso similar, aunque no tan avanzado como el nuestro. Y en vez de una sola sesión contigo, te sometí a una sobredosis una semana antes de que llegáramos, para que la

transición fuera lo menos penosa posible. Por eso te ha costado tanto darte cuenta de que ahora tienes dos lenguajes completamente diferentes en la cabeza.

-Martha, ¿por qué te molestas? -le pidió Brittany con un suspiro-. Sabes bien que no me lo voy a creer.

Martha se echó a reír con un marcado tono de triunfo.

-Por una vez, chiquilla, no tengo que convencerte. Tú misma lo harás un poco más tarde. Por ejemplo, la palabra *chemar*. Sabes bien lo que significa, ¿no?

-Por supuesto, es...

Brittany no acabó la frase. Martha había cambiado a su propia lengua en esta última frase y ella le había respondido de forma natural, sin pensado, había estado hablando ese nuevo idioma desde el primer momento que lo oyó. Lo conocía muy bien y responder en la misma lengua en la que le hablaban le salía automático.

-Es una pena que te hayamos dado un simple comunicador para que estés en contacto conmigo en vez de una unidad combo con pantalla. Me encantaría ver lo pálida que se te ha quedado la cara.

El color rojo hizo su aparición inmediatamente.

-Por si lo quieres saber, es rosa vivo.

-Por fin te hemos sorprendido con algo que no ruedes acusar de falso.

Brittany apretó los dientes.

-Chorradas. Las cintas subliminales tienen reputación de ser una buena herramienta de aprendizaje y hubiera sido necesario que me pusieras una durante tres meses sin que me enterara. En un día, ni loca.

-Si las computadoras pueden perder la paciencia, yo lo estoy haciendo en este momento.

Eso la sorprendió.

-¿Te das por vencida? ¿Ha acabado todo ya?

-Aunque no quieras creerte nada más, esto has de creerlo. No va a acabar nada. Jamás va a haber un final. Así que ya puedes acostumbrarte. Comienza con tu transición, tienes una nueva vida, aprovéchala todo lo que puedas.

-¿Así, sin más? ¡Caramba! ¿Cómo he podido estar tan equivocada? ¿Eso es lo que esperas que diga?

-¿Tu testarudez es hereditaria? ¿Se llevaban bien tus padres?

-Mis padres se llevaban muy bien. Cuando no se peleaban, se daban besos y hacían las paces.

-Dijiste que no eran nada convencionales.

-Crecieron.

-¡Ah! Ahí está la ecuación que faltaba. Muy bien, escúchame, muñeca, porque las probabilidades me han dicho cuál es tu problema y, por suerte para ti, hoy tengo ganas de compartir. Tus primeros miedos eran por lo desconocido. Identificabas los alienígenas con criaturas extrañas. Esos miedos tendrían que haber desaparecido ya. Los Sha-Ka'ani no son exactamente como los humanoides a los que tú estás acostumbrada, pero se acercan bastante. Tu otro miedo es más personal y sigue dentro de ti.

Brittany no quería seguir oyendo.

-Eso no va a...

Pero no consiguió interrumpir a Martha.

-Tienes miedo de aceptar la felicidad que te ofrece Dalden porque en tu interior lo ves como algo demasiado bueno para ser verdad. Representa todo lo que buscabas en un compañero, todo, así que imaginaste que no podía ser cierto. Tu mente no puede concebir que

alguien sea tan afortunado. Tus sentimientos se están conmocionando. ¿Te he tocado alguna fibra?

-¡Vete al cuerno!

-Preferiría no hacerlo, gracias. Tu guerrero está a punto de llegar para recogerte. Ha tenido una agradable conversación con su padre y ha llegado a la conclusión de que necesitáis un tiempo para los dos en un lugar donde no os molesten. Lo que significa que no me llevaréis con vosotros. Buena suerte, muñeca. La vas a necesitar.

Eso último no sonó muy esperanzador y cuando Dalden apareció seguía muy inquieta. Su rostro mostraba una de sus clásicas miradas llenas de determinación y cuando la tomó por la mano y empezó a llevada sin decir una palabra sobre dónde iban, su inquietud aumentó.

CAPÍTULO 46

-Sabes, Dalden, cuando dos personas deciden irse juntas de excursión, normalmente lo comentan antes de salir, para asegurarse de que ambos están de acuerdo en que es una buena idea. De esa forma, ninguno va a regañadientes y los dos disfrutan del viaje.

No contestó. De hecho, ella había aventurado una serie de comentarios desde que habían salido de Sha-Ka-Ra y él no había contestado a ninguno de ellos tampoco. Seguía sin decir ni una sola palabra desde que la había sacado del castillo.

Había dos *hataari* esperándolos. Brittany se asustó al pensar que tendría que montar uno ella sola, pero no fue así. La otra montura estaba cargada con cosas que Dalden quería llevar y simplemente los siguió.

Cuando llegaron al pie de la montaña era noche cerrada. Estaba muy oscuro y no había luna, sino unas estrellas que parecían normales. No se extrañó de que no hubiera constelaciones que pudiera reconocer. Se había imaginado que si querían que su proyecto funcionara tenían que llevada a algún remoto país con el que no estuviera familiarizada y, evidentemente, las estrellas a las que estaba acostumbrada no se veían en esa parte del planeta.

Estaba sentada delante en el *hataar* y él sujetaba con fuerza su cadera con uno de sus brazos para que no tuviera miedo a caerse. Con el otro controlaba al animal. Viajaban despacio, lo que le parecía bien. Todo estaba en sombras y no distinguía gran cosa. Casi no podía ver el polvoriento camino por el que avanzaban, si es que era un camino. Pero, evidentemente, él sí podía.

Seguía con el *chauri* puesto y se sentía muy rara cabalgando con una pierna a cada lado del animal y las piezas de la falda abiertas dejando ver sus piernas hasta la mitad del muslo. Con todo, no tenía frío. La temperatura parecía no cambiar mucho por la noche y era tan suave y cálida como había sido en el día. Tal como había predicho Martha, habían dejado atrás el comunicador, Dalden lo había quitado de su cintura y lo había arrojado a la vegetación de la parte trasera del jardín.

Dalden llevaba menos ropa que habitualmente. Tenía el pecho descubierto, excepto por un medallón. Se había puesto un cinturón del que colgaba una espada. También se había atado unos puñales de terrible aspecto en las botas y se había puesto los escudos de brazo que llevaba en su pelea con Jorran en el ayuntamiento. Con ese atuendo daba la impresión de ser muy primitivo, lo que debería haberle dado una pista de que no era el mismo Dalden al que estaba acostumbrada.

Cuando pasaron por un bosque tan oscuro que renunció a intentar ver nada de lo que tenía delante, volvió a intentar sacarie alguna respuesta.

Librodot

-¿Por qué no me dices dónde vamos?

-Cuando digas algo que necesite una respuesta, te la daré. Mientras tanto mantengo la atención en el camino para asegurarme de que es seguro.

¿Algo que necesitara una respuesta? En otras palabras, ¿no era de su incumbencia hacia dónde se dirigían?

Empezó a indignarse, no podía remediado. De repente había empezado a comportarse de una manera demasiado... bárbara para su gusto. Debía ser la ropa que llevaba puesta. Si tienes aspecto primitivo, actúas como tal.

-Martha tenía razón, tú...

-Martha ha sido un estorbo. Deberías olvidar todo lo que te ha dicho.

-¿Nos acercamos finalmente a la verdad?

-¿Qué verdad es ésa?

-La de dónde estoy.

-Estás conmigo.

-Muy bien. Entonces, ¿dónde estás tú?

-Contigo. -dijo apoyando la mejilla en su hombro-. Siempre estaré contigo.

Aquella frase tenía un sonido hermoso y firme, suficiente para calmada por el momento. Supuso que, si lo intentaba, podría leer entre líneas lo poco que había dicho hasta el momento. Martha sólo estaba interesada en convencerla de que se creyera toda esa fantasía. Al parecer, Dalden tenía otro plan. Él era la fantasía o, al menos, gran parte de ella. Y para él, no era importante si ella aceptaba dónde estaba, sólo con quién estaba.

Martha le había dicho que lo había convencido para que tuviera paciencia, lo que significaba que evitaría contarle nada de lo que era en realidad. ¿De eso era de lo que se trataba en ese momento? ¿Se iban a algún lugar en el que conocería al verdadero Dalden, el bárbaro del que hasta el momento sólo había conseguido ver algún atisbo?

De repente sintió un miedo real. ¿ Qué sucedería si no le gustaba la parte bárbara de él? ¿Qué pasaría si, tal como indica la palabra bárbaro, era tan insoportable que no podía vivir con él?

Continuaron cabalgando por aquella boscosa región, al parecer sin rumbo fijo. Si había un camino, ella no lo vio. Recorrieron kilómetros y kilómetros sin poder ver nada a causa de la oscuridad. De pronto, se acercaron a un claro que parecía más iluminado por la luz de las estrellas.

-Acamparemos aquí. -dijo Dalden desmontando y ayudándola a bajar.

Brittany se estaba quedando dormida y no se había fijado en el lugar al que habían llegado. Cerca había una corriente de agua y, mientras dormía, había salido una luna, una gran bola amarilla entre los árboles.

-¿Éste es nuestro destino final o continuaremos por la mañana?

-Nos quedaremos aquí.

-¿Y para qué?

-Estamos aquí para aprender.

-Deja que adivine. Yo aprenderé y tú me enseñarás.

Se había alejado para bajar la carga del animal y miró en dirección donde ella estaba con una ceja arqueada.

-Tu tono sugiere que has venido con ese enfado del que me has hablado. ¿No te he dicho más de una vez que serás feliz mientras estés conmigo? ¿Acaso no era verdad? ¿Es que este lugar hace que sea diferente?

-Tienes razón, no sé por qué estoy irritable. La verdad es que no lo sé, pero lo pasaré por alto ya que volvemos a comunicamos. Lo estamos haciendo, ¿verdad? Vas a dejar ese silencio ridículo, ¿no?

-Siempre hay una razón para lo que hago. Los animales salvajes habitan en estos bosques y los cazadores vienen aquí a cazarlos. Los viajeros pasan por ellos de camino entre ciudades, al igual que los grupos de asaltadores. Necesitaba mantener toda mi atención para que el viaje fuera seguro. También tenía intención de que Martha no nos siguiera con su escáner de corto alcance, cosa que podría haber hecho con nuestra conversación. Ya no necesitas su protección. Ahora eres mía para que te proteja. Al final has aprendido que habrá decisiones que tomaré que no están abiertas a ninguna discusión.

-¡Vaya! Eso sí que ha sido una explicación completa. Dalden se volvió para deshacer los bultos, pero replicó en un tono sin inflexión:

-Siempre me estás buscando fallos, ¿Por qué?

-Martha me advirtió...

-¿Otra vez Martha? -la interrumpió-. ¿No te he dicho que olvidaras todo lo que te ha contado?

-Sabes que eso es imposible.

-¿A pesar de que no te crees la mayoría de las cosas que te ha dicho?

Se puso roja hasta la raíz del pelo. Por fortuna, Dalden no la estaba mirando y seguramente no se habría dado cuenta del rubor de sus mejillas en aquella oscuridad, aunque lo estuviera haciendo. Desde que Martha la había advertido, se había temido lo peor y había esperado el peor de los tratos por su parte. Él decía que estaban allí para aprender yeso implicaba las dos partes. ¿Qué había de malo en ello? Quería conocerlo mejor, enterarse de todas las pequeñas cosas que tenía que saber de él.

-Lo siento. He venido con algunas ideas preconcebidas, pero las vaya apartar de mi cabeza. ¿Quieres que te ayude con eso? De niña fui exploradora y sé cómo plantar tiendas, encender fuegos, buscar comida y sobrevivir en la naturaleza.

Eso atrajo su atención por un momento.

-¿De verdad? ¿Les enseñan esas cosas a las mujeres de tu mundo?

-Bueno, no en todas partes. -tuvo que admitir-. Se trata de una actividad que ofrecen en mi país, y en otros países hay otras parecidas. No es obligatorio, de hecho; en la actualidad hay pocas chicas a las que les interese, porque tienen muchas otras ofertas. Es una pena, porque te enseñan unas cuantas cosas muy útiles. A mí me parecía que ir de acampada con mis hermanos era muy útil.

Asintió con la cabeza e incluso sonrió.

-Me alegro de que te guste el campo. La mayoría de nuestras mujeres se queja cuando las sacan de la comodidad de sus hogares. Tienen miedo de la «naturaleza», como la llamas tú.

Esperó que ese miedo fuera por alguna buena razón, al menos, no había dicho que allí la naturaleza era diferente. Respecto a su sugerencia, no le hizo caso, seguramente porque la tienda era demasiado grande y pesada para que la moviera ella. No era de fino nailon o lona del ejército, sino de un material muy grueso diseñado para mantener fuera cualquier cosa que estuviera husmeando por los alrededores. Una vez montada, había muchas cosas que meter en su interior y dejó que lo ayudara con eso.

Cuando acabaron, una gran alfombra estaba desplegada en el centro y haría las veces de cama. También habían metido muchos sacos y una caja con una piedra gaali que les proporcionaba abundante luz y hacía innecesario el fuego, excepto para cocinar. Aunque aquella noche no lo necesitaban, porque habían llevado la cena ya preparada.

La compartieron. Dalden insistió en darle él la comida y ella no se opuso. De hecho, fue una experiencia erótica, ya fuera intencional o no, con la que disfrutó mucho. Así que no se la podía culpar de que pensara que iban a hacer el amor en cuanto acabaran de cenar.

-¡Ven aquí! Satisfecha y sosegada, y habiendo decidido que ese viaje iba a ser muy divertido, no lo dudó. Se sentó en sus rodillas, sintió que sus fuertes brazos la rodeaban y esperó a que la besara. Pero no lo hizo.

Inclinó su cara hasta que adquirió la postura ideal para un beso, pero tenía otra cosas en la cabeza.

-¿Te ha costado obedecerme?

La palabra obedecer encendió las señales de alarma. Brittany se puso tensa e intentó separarse hasta una distancia más apropiada para una discusión que estaba segura de que no le iba a gustar. Pero él la mantuvo con firmeza donde estaba. ¿Un sutil recordatorio de que si alguien se negaba a obedecer podría obligarle a hacerlo?

CAPÍTULO 47

Brittany intentó concederle el beneficio de la duda. Reconoció que estaba reaccionando de manera exagerada ante una sola palabra. Cierto es que era una palabra que iba contra las ideas de una mujer independiente acostumbrada a tomar sus propias decisiones desde que se había ido de casa. Pero, en realidad, lo único que tenía que hacer era darle un sentido menos ofensivo. Al fin y al cabo, ella no había estado obedeciéndole y así se lo dijo para responder a su pregunta.

-No lo había entendido como una orden, sino como una sugerencia.

-¿Y si hubiera sido una orden?

-Entonces lo hubiera tenido que meditar.

-¿Por qué?

-Porque no me gustan las órdenes. Son degradantes y demuestran falta de inteligencia. Por eso no me alisté en el ejército. No hubiera sido capaz de soportar otra cosa que órdenes y no te hagas el sorprendido, las mujeres pueden ser soldados en el lugar de donde vengo yo. ¿No es igual en el planeta de tu madre?

-Admito que la tecnología de esos mundos lo hace posible, si tú aceptas que en una sociedad donde las únicas armas son las espadas y la fuerza, las mujeres no pueden competir.

Aquello se materializó en una imagen de ella intentando ella blandir una espada de más de un metro de larga, que apenas podía sujetar, contra uno de esos bárbaros gigantes. Era tan absurdo que se le esbozó una sonrisa en la cara y después se echó a reír.

-Tienes razón.

Volvió a mostrarse sorprendido, seguramente porque esperaba que se lo discutiera.

-¿Estás de acuerdo?

-Sí, claro, pero eso no quiere decir que vaya a tirarme al río si me lo pides.

-Incluso si te doy esa orden por tu propio bien. -insistió Dalden.

Lo pensó un momento y luego dijo:

-Sin duda, algunas órdenes pueden aceptarse, pero tú no eres un jefe que tenga poder sobre mi trabajo, ni mi Gobierno, ni la ley. Eres el hombre con el que tengo una relación. ¿Por qué ibas a querer ordenarme nada?

-No es cuestión de querer sino de necesidad. Mi obligación es defenderte. Nadie más la tiene, ni siquiera tú. No es algo que normalmente tenga que explicar. A nuestras mujeres se les enseña desde pequeñas lo que pueden y no pueden hacer, y a quién han de obedecer en todas las cosas, y por qué. Un guerrero necesita tener la seguridad de que si ve que su mujer está en peligro y tiene que darle instrucciones para que se aleje de ese peligro, no se detendrá a. discutir sobre ello. Si no tiene esa seguridad, entonces le pondrá más limitaciones de las necesarias y ninguno de los dos estará contento.

-Bien, ya veo dónde quieres llegar. Si a tus mujeres les han enseñado desde niñas a que se tiren cuando se lo ordenan, entonces vuestros hombres dan por sentado que lo harán. Pero has de tener en cuenta que yo no fui educada de esa forma, así que en vez de intentar enseñar a un caballo viejo a hacer nuevos números, ¿qué te parece si recuerdas que no soy una de vuestras mujeres y que necesito que me trates de otra manera?

-¿Me estás diciendo que no obedecías las reglas de tu padre?

-No sólo de mi padre, de mis padres. Las reglas que decidían entre los dos, sí, pero con pleno conocimiento de que cuando abandonara mi casa tendría mis propias reglas. ¿Ves la diferencia? Aquéllas eran cosas temporales, normas para una niña. Nuestros hijos crecen sabiendo que un día vivirán por su cuenta y sólo tendrán al Gobierno y a la ley para decides lo que pueden y lo que no pueden hacer. Sin embargo, tú me dices que tu gente sigue tratando a vuestras mujeres como si fueran niñas incluso cuando ya son mujeres adultas. Tengo veintiocho años, por si no te lo había dicho, y no soy una niña.

De repente le cubrió los senos con las manos y el calor atravesó la fina tela del chauri.

-No te veo como a una niña.

Se sonrojó. Esta vez tuvo que darse cuenta, puesto que la piedra *gaali* brillaba dentro de la tienda como si hubiera luz del día. Él sonrió, ella frunció el entrecejo.

-No te salgas del tema. No me refería a sexo sino a un trato general. Conozco las ridículas reglas que imponéis a vuestras mujeres: tienen que vestirse de cierta forma y no pueden salir a la puerta de la calle sin ir de la mano de algún hombre. ¿Has pensado alguna vez lo degradantes que me parecerían esas reglas?

Entonces, el que frunció el entrecejo fue él.

-Conoces las reglas, pero no por qué existen.

-Martha no me quiso decir nada, seguramente porque las encuentra igual de ofensivas que yo.

-No están pensadas para ofender sino para proteger.

-Si tu ciudad estuviera civilizada podría pasear por sus calles sin miedo a que nadie me molestara. ¿Vas a decirme que no es civilizada?

-¿Cuántas veces te han dicho que los mundos civilizados ven a Sha-Ka'an como un pueblo bárbaro? ¿Pensabas de verdad que encontrarías igualdad entre los hombres y las mujeres aquí?

Volvió a ponerse roja. Lo había olvidado. No es que tuviera mucha importancia, ya que todo era falso, pero si iba a continuar con el programa, o al menos aceptar la posibilidad de que Dalden se creyera realmente todo aquello, entonces necesitaba tener presente que nada allí iba a ser lo que ella consideraría normal. ¿Por qué seguía enfrentándose a aquello? Lo que necesitaba era descubrir si podría vivir con algo así, al menos hasta que el «programa» hubiera acabado.

-Muy bien, sois bárbaros. Lo siento, sé que no os gusta esa palabra, pero tú la has mencionado. Y dices que esas reglas a las que me opongo son para protegerme. ¿Por qué? ¿Qué pasará si no las obedezco?

-Se te castigará.

-¿Tenéis cárceles para esas cosas?

Librodot

-No.

-¿Postes para azotar?

-No seas ridícula, mujer. -replicó con dureza-. Sería yo el que tendría que castigarte y ya sabes que nunca te haría daño físico.

Ella lo sabía. Él siempre tenía presente que era mucho más fuerte y ponía sumo cuidado al tocarla. Suspiró e inclinó la cabeza para apoyada en su pecho.

-Esta discusión empieza a no gustarme nada. -dijo con voz cansada.

Él empezó a calmarla con las manos.

-No hace falta que la terminemos hoy, aunque me gustaría que no tuvieras más preguntas cuando nos marchemos.

Estaba completamente de acuerdo. Había evitado esas respuestas o había conseguido que se las evitasen demasiado tiempo.

-Has debido de tener una buena conversación con tu padre.

-¿Cómo lo...?

-Martha.

-Claro, Martha. Ha sido muy completa en su informe, mis padres lo han oído juntos.

-Parece que no haces caso a su consejo de tener paciencia conmigo.

-Mi paciencia no te ha ayudado a que aceptaras la realidad.

-Dalden, no vaya aceptar toda esta fantasía nunca. Si tú no puedes entender eso...

-Contesta, *kerima*. Si creyeras en todo lo que se te ha dicho, ¿cambiarían tus sentimientos hacia mí?

-No. -contestó sin dudado.

-Eso es lo que me dijo mi padre. Las predicciones de Martha de que sería un fracaso no cuentan en el corazón de una mujer, algo que Martha no podrá entender nunca.

-Entonces, ¿por qué me has traído aquí?

-Para ayudarte a que me aceptes del todo.

-Pero...

Le puso un dedo en los labios.

-Intentaré explicarte lo que quiero decir. Las diferencias culturales que tanto preocupaban a Martha son reales. De entrada ya has mostrado tu falta de entusiasmo por abrazar la mía. Lo que necesitas es darte cuenta de que no hay elección, ni para ti ni para mí. Si éste fuera un país diferente que estuvieras visitando en tu mundo, ¿te negarías a aceptar sus leyes mientras estuvieras allí? ¿Esperarías inmunidad ante esas leyes simplemente porque no habías nacido allí?

-No, pero...

Volvió a no dejada acabar.

-Entonces, ¿por qué te empeñas en hacerla aquí? ¿Por que no te parece real? ¿Es tu negación el problema?

-Pero ¿qué tiene que ver eso con aceptarte plenamente?

-Todo, *kerima*. -dijo con suavidad-. Tendrás que obedecer nuestras reglas y si no, serás castigada. ¿Puedes aceptado y comprender que es algo que no me gusta hacer? A menudo, un guerrero sufre tanto o más que la mujer a la que castiga.

No soltó un bufido, pero le entraron ganas. Trataban a sus mujeres como a niñas y los castigos, sin duda, serían de la misma naturaleza. Su preocupación y lo que empezaba a preocuparle a ella también era si podría aceptar que él le aplicara uno de esos infantiles

castigos. Seguramente no, pero podrían llegar a un acuerdo. Ella podría aceptar sus reglas para que la cuestión no se pusiera a prueba.

-¿Qué te parecería que simplemente obedezca las reglas para que dejes de preocuparte por castigos que nunca tendrás que infligir? ¿Te tranquilizaría eso?

-Me alegra mucho que quieras hacer ese esfuerzo.

Brittany frunció el entrecejo.

-Entonces, ¿por qué no pareces contento? No era eso lo que querías oír, ¿no? ¿Realmente necesitas mi permiso y mi perdón antes de hacerla?

-Esas cosas no son necesarias. De lo que quiero asegurarme es de tu comprensión. Te he explicado lo que puede pasar. Necesito saber que entiendes por qué son necesarias esas cosas aquí.

Brittany contó hasta diez antes de preocuparse por algo que no era necesario. Después suspiró.

-Creo que aceptaré tu ofrecimiento de dejar el tema por ahora. Tengo un montón de cosas en que pensar. Necesito tiempo para asimilarlas.

Dicho eso volvió a intentar levantarse de sobre sus rodillas y fuera de su alcance, pero no pudo. Entornó los ojos.

-Aprovecharte de tu fuerza es jugar con ventaja.

-Es uno de los privilegios de ser un guerrero. -contestó sonriendo para demostrarle que estaba de broma, pero ella apostaría a que no-. ¿Por qué quieres irte?

-Para poder enfurruñarme, por supuesto.

Dalden movió la cabeza sonriendo.

-Si hemos acabado de discutir los asuntos importantes, ha llegado el momento de... otras cosas.

-¿Cómo qué?

-Como el privilegio de ser mujer.

Aquella noche resultó estar llena de privilegios.

CAPÍTULO 48

El completo y total arrebato que le provocaban los besos de Dalden parecía no cambiar nunca. Desde el momento en que sus labios reclamaban los suyos, lo olvidaba todo: dónde estaban, qué habían estado discutiendo, su enfado, todo desaparecía con el roce de aquellos labios.

Era el gran poder que tenía sobre ella. Algo que, de no tener confianza en él, podría haberla asustado.

La desnudó, una tarea que el chauri hizo que le resultara fácil. Sólo tuvo que ponerle las manos en el cuello, bajarlas por los hombros y los brazos con una suave caricia para que el vestido cayera con ellas dejándola desnuda hasta la cintura. Brittany casi no se percató de ello, porque él seguía besándola con un profundo beso del tipo «eres mía» que al instante encendió su pasión. Puede que sus manos la acariciaran lentamente, pero el resto de su persona tenía un programa mucho más acelerado. Un ligero cambio de postura y se vio empalada y explotando de placer. Todo en cuestión de minutos y sin salir de su regazo.

Aturdida, sin aliento y todavía palpitante, casi no tuvo tiempo de ver su sonrisa antes de que empezara de nuevo. Y así siguió durante gran parte de la noche. Perdió la cuenta de los

diferentes placeres que obtuvo. Su bárbaro era incansable. Ella no lo era, pero dormir no entraba en sus planes. Sólo tuvo que tocarla otra vez para que los besos empezaran de nuevo, ella estaba completamente despierta y necesitada.

Una sobredosis de placer. Absolutamente extraordinaria. Ésa era la forma, ella lo sabía bien, de compensada por todas las duras «realidades» de ese mundo que a ella no le gustaba, de recordarle todas las ventajas; las ventajas de ser una mujer. Aunque lo cierto es que eran las ventajas de ser su mujer.

Cuando finalmente se despertó a la mañana siguiente, le costó trabajo librarse de la bobalicona sonrisa que tenía esbozada en la cara. Era tarde. Habían dormido mucho o, al menos, ella sí lo había hecho. Dalden ya estaba despierto, la apretaba contra él cuando abrió los ojos y no parecía más dispuesto que ella a volver a comenzar la deprimente conversación del «así son las cosas»

Le dio las sobras de la cena. Quería saberlo todo acerca de la pesca que ella le había mencionado más de una vez. Al parecer, había peces en sus lagos y ríos, pero nadie se había molestado en pensar en añadidos a su lista de alimentos diarios. Brittany no se lo creyó, pero se divirtió haciendo una caña de pescar con uno de sus cuchillos, cogiendo un pelo de la crin de un hataar para hacer el sedal y enseñándole a utilizada en la corriente cercana.

Dalden parecía impresionado, pero llegó a la conclusión de que no había ningún tipo de desafío en cazar peces, tal como lo describió él. Prefería la caza mayor, que podía proporcionarle más de una comida. Ella ya se había imaginado que él haría ese tipo de caza durante el viaje y a mitad de la tarde partió en busca de la cena.

No estaba segura de por qué pensó que la dejaría ir con él. Seguramente porque cuando iba de caza con sus hermanos siempre lo hacían todos juntos. Pero en aquel lugar no estaba permitido a las mujeres, tanto si sabían como si no. Tampoco era una cuestión que se pudiera discutir. Le ordenó que se quedara en la tienda mientras él estaba ausente y no salir de ella bajo ningún concepto, eso fue todo.

Se quedó lo suficiente para explicarle que la tienda era su única protección mientras él no estaba con ella. Era su casa y mientras estuviese dentro, ningún guerrero que apareciese entraría sin permiso. También estaba construida con la suficiente solidez como para mantener fuera a los animales, así que estaría segura mientras permaneciera en ella.

Tuvo que asegurarle que así lo haría antes de que él se fuera. Pensó que estaba tomándoselo demasiado en serio. Ya había estado fuera mientras él estaba cerca, en el río, en la orilla del claro. Era un sitio muy tranquilo. No le preocupaba que la dejara sola, lo que más le molestaba era que restringiera sus movimientos a estar dentro de la tienda.

Le aseguró que no tardaría en volver, le dio un beso antes de irse para que tuviera ago en qué pensar y se fue. Se paseó por la tienda durante un rato, más bien dio vueltas, hasta que finalmente se olvidó de su enfado y decidió echarse una siesta para matar el tiempo.

En el momento en que se tumbó en la suave alfombra oyó que el *hataar* que había estado paciendo en el claro salía corriendo. No le dio mucha importancia. Si en algo se parecía a un caballo, hasta un pájaro que pasara volando podría asustado. Deberían haberlo atado. Ahora Dalden tendría que ir a buscarlo cuando volviera. Entonces oyó otros ruidos más cerca, un sonido como un chasquido, como de algo que se arrastrara por la hierba y un par de golpes.

Se puso en pie despacio. Había oído irse al *hataar* de Dalden y se habría enterado si hubiera vuelto. Aquello no era Dalden haciendo ruido en un extremo de la tienda. Era demasiado extraño para que fuera humano, así que debía ser algún animal husmeando por los alrededores. No estaba muy asustada. Si era un depredador, habría perseguido al *hataar*, a menos que le pareciera demasiado grande como para atacado.

No tenía otra arma que la caña de pescar, que no le serviría de nada contra un depredador de dos patas, pero que podría asustar a uno de cuatro. Aunque, sobre todo, lo que

más sentía era curiosidad. Era una visita que no esperaba, así que no habría ni disfraces ni engaños. Tenía la oportunidad de ver a un animal de apariencia normal de su mundo, puede que un ciervo, o un oso, algo que reforzara su versión de dónde estaban.

Sólo quería echar un vistazo rápido. Dalden no estaba allí y no podría darse cuenta de que desobedecía su orden, además, volvería a entrar antes de que él volviera. Abrió la puerta de la tienda. El animal estaba en la parte izquierda. Salió, fue despacio hacia ese rincón, asomó la cabeza y vio una cosa extraña que desafiaba cualquier lógica.

Era una larga cola con púas que se arrastraba por el suelo. Su grito atrajo unos ojos amarillentos hacia ella. Se echó hacia atrás y corrió hacia la tienda, pero aquella cosa utilizó sus fuertes patas para saltar hacia la esquina e intentar cerrarle el paso. Era tan rápida que se volvió y aterrizó a tiempo de ver dónde iba ella. Brittany no se dio cuenta de eso hasta que cerró la puerta de la tienda por dentro y la vio allí, agachada, mirándola.

Brittany no tenía ni idea de lo que era. Los animales que había visto, aunque extraños, se parecían algo a los que ella conocía. Éste no. Era grande, medía cerca de un metro y medio de alto y era gordo, al menos en su parte baja. La mitad superior se estrechaba hasta formar unos delgados hombros y una cabeza redonda con orejas puntiagudas, sin nariz aparente, ojos almendrados amarillentos y una mandíbula saliente con muchos dientes. Las patas delanteras eran deformes y parecían demasiado cortas en comparación con el resto del cuerpo. Se movía y balanceaba apoyándose en su larga cola y sus fuertes y rechonchas patas, que tenían tres dedos con garras. Era de color gris, no tenía pelo y su piel era arrugada. De no haber sido por los dientes que enseñaba le hubiera parecido simplemente divertido.

Estaba nerviosa, pero no pensó que algo con un aspecto tan raro pudiera ser peligroso. Podía haberla seguido simplemente por curiosidad. La mayoría de los animales tienen más miedo a los humanos que al revés y éste podía necesitar que se lo recordaran. Con ese pensamiento cogió la caña de pescar que tenía al lado de los pies y la blandió como si fuera una espada, al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas. No consiguió nada, el animal simplemente la miró.

Enfadada, movió el palo cortado hacia la cosa unas cuantas veces.

-¡Vete de mi casa! ¡Fuera!

Una de las estacadas le alcanzó. A aquella cosa no le gustó nada, empezó a gruñir y a hacer un ruido como un chasquido. ¿Serían sus dientes? ¿Las garras de sus achaparradas patas? No lo sabía, pero decidió que uno de los dos tenía que irse. y si aquella cosa no lo hacía...

Se movió lentamente hacia la puerta y lo obligó a que la siguiera con la mirada. Golpeó en el suelo varias veces con el palo en un intento de que se alejara de la abertura. Lo hizo, pero su gruñido se hizo más intenso. Se estaba enfadando mucho. Bajó la cabeza hasta el suelo y luego la levantó.

Brittany estaba asustada, lista para echar a correr. Le hubiera gustado que aquella cosa se hubiera apartado más antes de salir, con la esperanza de que si hacía el suficiente ruido en ese lado de la tienda desde el exterior se iría en esa dirección en vez de seguirla y se quedaría en la tienda lo suficiente para que pudiera escapar.

Salió, gritó el nombre de Dalden, pasó el palo por el lateral de la tienda y se echó a correr hacia el río. Agua. Una forma de ocultar su olor. Había visto algunos lugares lo suficientemente profundos como para sumergirse si era necesario. Sólo tenía que llegar allí mientras esa cosa seguía intentando encontrar la salida de la tienda.

Aterrizó delante de ella. Había saltado una distancia increíble para ponerse frente a ella y, debido a la velocidad que ella llevaba, no le dio tiempo a detenerse. Tropezó con él, cayó por encima y fue rodando hasta la orilla, donde se quedó con la mitad del cuerpo en el agua.

Estaba aturdida, pero demasiado asustada para que eso la detuviera. Se sentó. Lo primero que le vino a la mente era que tenía que llegar a la otra orilla. Puede que aquello

tuviera miedo del agua o, al menos, que fuera lo suficientemente precavido como para no cruzar. Ésa podía ser su salvación.

La cosa se le subió encima, le rompió la mitad de las costillas y le aplastó un pulmón. Ya no le quedaba aire para gritar, no le quedaba nada. Se desmayó un momento y se despertó sumida en un terrible dolor, empapada, caliente, sangrando. No estaba muerta, pero deseó haberlo estado. Las manos no le servían para nada. La cosa la estaba arrastrando con los dientes fuera del agua y sintió que le estaba destrozando parte de la pierna.

Su último pensamiento, antes de que el dolor la devolviera a la nada, fue que Dalden la había llevado por todo el universo para que acabara devorándola un bestia estúpida. No le iba a gustar nada.

CAPÍTULO 49

-¿Realmente son tan tontos? -preguntó Tedra en el intercomunicador que llevaba en la mano-. Declarar la guerra a un planeta protegido por la Liga es como declarársela a toda la Confederación.

-No es que sean tontos, -respondió Martha tranquilamente-, sino demasiado primitivos como para prever una cosa así.

Tedra estaba furiosa, no tanto por la audacia de la gran cantidad de habitantes de Centura III que habían llegado, sino porque Challen se lo había tomado en serio y estaba considerando la idea con ganas de entablar una buena guerra, a la antigua. Aunque de anticuada no tendría nada. Los centurianos no tenían planeado luchar con las manos, sino que bombardearían desde el espacio.

Al parecer, Jorran había estado llorando y quejándose mucho cuando volvió a casa. El que no estuviera en las mejores condiciones y se hubiera quedado ligeramente deforme debido a sus curadas heridas había enfurecido a sus parientes y éstos querían venganza.

El más importante de los reyes supremos, Carden, cabeza de la familia real, había confiscado todas las naves que habían visitado su sistema estelar, un total de veintitrés, entre naves mercantes, veloces aparatos particulares y naves de combate.

Toda una impresionante flota, razón por la que Carden estaba tan seguro de sí mismo. Creía que dominaba la situación.

Martha no era de la misma opinión.

-Pura chatarra. -la definió, sabiendo que todas aquellas naves eran muy antiguas, que no las habían transformado para utilizar *crisilio* y mucho menos *gaali*. Con todo, a bordo del *Androvia*, seguía esperando que le dieran permiso para enviar a los centurianos de vuelta a su casa.

Challen le había negado ese permiso, lo que probablemente era bueno. La liga Centura se había esforzado por evitar la guerra, intentar cualquier opción pacífica en primer lugar y recurrir a la guerra sólo como último recurso. Esperaban que los planetas que estaban bajo su protección siguieran su ejemplo. Tedra lo sabía y lo habría mencionado si no se hubiera tomado aquello como algo personal. Challen también se lo había tomado de la misma forma, aunque por diferentes razones.

Les habían presentado unas exigencias que de no ser satisfechas conducirían a una declaración de guerra. Por el momento, los centurianos, que pedían la cabeza de Dalden y su mujer, habían paralizado las negociaciones. Éste no estaba presente para poder ofrecerla sino que se había ido con su compañera de por vida a pasar un tiempo solos. Incluso si hubieran

sabido dónde estaban, les habría costado tiempo llegar hasta ellos. Con todo, Tedra no tenía ninguna intención de decirle que su cabeza estaba encima de la mesa de negociaciones porque éste tenía fama de hacer sacrificios de honor.

No era que los centurianos buscaran una satisfacción por el insulto infligido a Jorran con la muerte de Dalden y de su compañera de por vida. No, Challen ni siquiera había considerado esa opción, sino que veía el asunto desde el punto de vista de un guerrero y no desde el de un padre.

Los centurianos se atrevían a hacerle la guerra a Sha-Ka'an y no había un solo guerrero en el planeta que no se sintiera insultado y se dispusiera alegremente para la ocasión. El planeta, como tal, todavía no se había enterado. Las exigencias habían llegado a través del Centro de Visitantes y habían sido comunicadas directamente a Challen a través de su comunica dar con el director del centro. Una de las naves centurianas había conseguido engañar al centro y entrar antes de que llegara el resto. El director estaba a su merced y el escudo global ya se había cerrado.

Si los centurianos comenzaban a atacar el planeta con rayos láser podrían hacer mucho daño y causar incontables muertes. Por eso Challen había interrumpido las negociaciones, necesitaba tiempo para que sus guerreros llegaran al centro.

Tedra sólo quería un poco más de tiempo para pensar en todas las complejidades antes de mencionar que no era necesario atacar a los centurianos, que podían transferir instantáneamente ante ellos a los que se habían apoderado del centro, al igual que a Carden. Pero cuando Challen adoptaba una actitud guerrera parecía no hacer caso a lo que los Mock II eran capaces de hacer en las naves de guerra de tecnología avanzada. O puede que no es que no le hiciera caso, sino que prefería hacerla de ese modo.

Estaba a punto de irse sin los guerreros que habían sido llamados al castillo. Tedra se apresuró a interponerse en su camino.

Challen sólo tuvo que ver su obstinada expresión para advertirle:

-No interfieras, mujer.

Lo que quería decir que si lo hacía tendría problemas. Con todo, no le había dicho que se estuviera quieta, y no lo hizo.

-¿Qué te gustaría más, que Carden yaciera en una piscina de sangre o que admita su error y suplique tu perdón por venir aquí?

-Ese hombre es el líder de su pueblo. -replicó Challen-. No lo menospreciaré con una humillación, sino que le ofreceré una muerte honrosa.

-Pero ¿qué te satisfaría más? -insistió Tedra.

Él le lanzó una mirada de disgusto y ella aprovechó el momento de indecisión para añadir-: No está en el Centro de Visitantes. Allí sólo están Jorran y su tripulación. El rey supremo Carden está en la nave más grande, lleva la voz cantante y cree que está a salvo.

-Jorran tampoco está en el centro. -informó de repente Martha-. Quizá sería mejor esperar antes de hacer nada. Jorran acaba de contactar conmigo para hacer una transferencia de emergencia a una unidad meditécnica.

-¿Para él? -preguntó sorprendida Tedra.

-No, para tu nuera.

Tedra palideció.

-¿Ha sido a tiempo?

-Todavía no se sabe. -se vio obligada a responder Martha-. Ha perdido mucha sangre y su vida pende de un hilo. -pasaron ocho segundos llenos de incertidumbre antes de que pudiera añadir-: Bien, la transferencia se ha hecho a tiempo, está fuera de peligro inmediato; Detesto tener que decido, pero Jorran le ha salvado la vida al contactar conmigo. Ahora estás en deuda con ese imbécil.

Tedra soltó una retahíla de juramentos.

-Dudo mucho que lo hiciera desinteresadamente. ¿Fue así, Martha?

-La verdad es que no; quería que Brittany se salvara para poder llevársela a su planeta. Esos idiotas han tenido suerte y han conseguido transferida a una de sus naves, pero no tienen un meditec. Consiguió encontrada haciendo un escáner para localizar su lenguaje. Se transfirió donde estaba ella y mató al *sa`abo* que la estaba destrozando, sabiendo que lo único que podía salvada era un meditec, y la única forma de llevada a uno era a través de mí.

-¿Dónde coño está Dalden?

-Estoy escaneando los alrededores para encontrado. -contestó Martha-. Pero como no habla no puedo fijar su posición. Y si vuelve al campamento y encuentra toda esa sangre y no ve a Brittany se volverá loco. He conseguido una imagen y no es nada agradable, así que he enviado a Corth II para que lo espere y le explique la situación.

-¿Estás segura de que Jorran no lo ha transferido a otra parte? -preguntó Tedra.

-Jura que Dalden no estaba allí cuando él llegó. Me inclino a creerlo. Parece muy afectado.

-¿De verdad?

-Brittany no se hubiera acercado a un *sa'abo* si Dalden hubiera estado allí. -señaló Martha.

Eso era verdad y mitigó el miedo que sentía Tedra por su hijo, pero le dejó con el enfado de que ahora no podría enfrentarse con tanta dureza a Jorran porque su gratitud se lo impedía.

-¿Qué hacía él buscándola? ¿Sus exigencias son una estratagema?

-Las probabilidades me dicen que Jorran no informó a sus familiares sobre mí y el *Androvia*. El rey supremo es de fiar. Ha venido en busca de venganza, su casa se sintió ofendida por el tratamiento que dimos a uno de los suyos. Pero Jorran sabía de antemano que estaban en un aprieto y que la única forma de conseguir lo que quería era infiltrarse y hacerlo él mismo mientras estábamos distraídos con Carden.

-Así que trajo aquí a sus parientes sabiendo que quedarían en mal lugar. ¿Por qué?

-Cuando dije que le gustaba Brittany no consideré necesario explicar cuánto le gustaba. Después de analizado todo, pensé que no volveríamos a encontramos con él, así que no le di importancia.

Tedra frunció el entrecejo.

-¿De qué estás hablando?

-La quiere como su reina y puesto que ella no aportará tierras, posición, súbditos, riqueza u otras ganancias, me atrevo a suponer que su deseo es puramente personal.

-¡Santo cielo!

-Ha perdido su ventaja al rescatada y traerla para que la curemos. Si los hubiera encontrado solos, es seguro que los hubiera transferido a su nave y estarían de camino a su planeta con Dalden como rehén para evitar que lo siguiéramos. Y a Dalden no le hubiera gustado nada ese viaje. El que Jorran encontrara a Brittany a punto de morir dio al traste con esos planes. Su crítico estado seguramente ha salvado a Dalden de una interminable tortura. Espero que el chico lo tenga en cuenta antes de castigada por enredar con un *sa'abo*.

-¿Tuvo elección?

-Ese bicho es demasiado estúpido como para encontrar la entrada de una tienda. ¿Necesito decir algo más?

-No, pero ha estado a punto de morir. Creo que ya ha sufrido bastante.

-¿Desde cuándo tienen en cuenta los guerreros el sufrimiento previo cuando tienen que darle una lección a alguien? Eso sólo re fuerza su necesidad de asegurar que esa situación no volverá a repetirse, ya conocemos la canción.

Aquello hizo que Challen recibiera una mirada feroz de Tedra y, que él riera ante su compañera de por vida, confirmó que Martha tenía razón.

CAPÍTULO 50

Fue una suerte que la tapa del meditec se abriera antes de que Brittany abriera los ojos o si no hubiera pensado que la habían metido en un ataúd. Tampoco hubiera sido un pensamiento fuera de lugar, pues creía que iba a morir. Pero no estaba muerta y, si lo estaba, al menos el dolor que había sentido había desaparecido. Sin embargo, tampoco estaba en el cielo, ya que Tedra estaba a su lado y le ofrecía una mano para salir de allí.

Se sentó, con cuidado en un principio, por si sólo eran imaginaciones suyas que el dolor hubiera desaparecido. Pero lo había hecho. También podía respirar con normalidad. Se miró y se dio cuenta de que no lo había soñado todo, el chauri le colgaba de las piernas desgarrado y lleno de sangre, pero no tenía ninguna herida.

-Funciona de dentro hacia fuera, por eso no hace falta que los pacientes estén desnudos. -le informó Tedra.

Brittany se dio cuenta de qué era aquello, era el meditec, que la había curado. Estaba en una habitación pequeña, se imaginó que en el castillo, sola con Tedra y Martha, si lo que llevaba Tedra en el cinturón era un comunicador.

-¿Quieres que te dé una lista de las heridas que te ha curado?

-No, sentí la mayoría de ellas mientras me las hacían. No es necesario que me las recuerdes, gracias.

-Te lo estás tomando con mucha calma. -dijo Tedra con un estremecimiento.

-No estoy calmada. Todavía sigo en estado de shock.

-Es comprensible. Te tropezaste con uno de los depredadores más horribles que hay en este planeta. Los *sa'abo* derriban a sus presas rompiéndoles el cuello, lo que les causa una muerte instantánea. Me alegro de que no llegara al tuyo.

-Ése no es el shock al que me refiero. ¿Eres realmente su madre?

No debía de ser un comunicador lo que Tedra llevaba en el cinturón, porque si no Martha estaría relamiéndose. Tedra sonrió comprensiva.

-Supongo que resulta difícil olvidar que una máquina ha sido lo que te ha devuelto del borde del abismo, pero no intentes asimilarlo todo, tienes tiempo para hacerlo.

¿Asimilarlo todo? Los acontecimientos se desplegaban en la mente de Brittany a toda velocidad: el *Androvia*, los planetas de los que le habían hablado, los diferentes grados de evolución, Sha-Ka'an en el último peldaño del desarrollo, bárbaro y, sin embargo, sorprendente en...

La vergüenza desplazó su sorpresa. Esa gente había tenido mucha paciencia con ella y Dalden hasta niveles increíbles. Lo había llamado mentiroso en incontables ocasiones con su continua incredulidad, pero él no se había dado por vencido. No le habían lavado el cerebro ni había estado representando un papel. Era un auténtico alienígena de una casta guerrera, bárbara en sus costumbres y creencias. Y ella estaba casada con él, o unida a él con el equivalente del matrimonio, era su compañera de por vida.

-Será mejor que te vayas a tu habitación y te cambies de ropa antes de que encuentren a Dalden y lo transfieran aquí. -le dijo Tedra sin tener piedad por una mente que se había vuelto loca, ya que lo increíble se había vuelto de verdad de repente-. Cuanto menos note el trauma por el que has pasado, mejor.

-¿Por qué? No ha sido culpa suya. Me dijo que me quedara dentro de la tienda. No hay razón para que se sienta culpable.

Eso hizo que Tedra frunciera el entrecejo y, como si Martha pudiera verlo, demostró que estaba presente y le dijo a su dueña:

-No te confundas, muñeca. Nuestra Brittany lo ve desde una perspectiva terrícola, donde sus hombres están condicionados a echarse la culpa, la tengan o no. Todavía no ha comprendido que cuando se obedecen las reglas de un guerrero, la protección está garantizada y que la única forma de que le ocurra algo malo es que las quebrante. Toda la culpa recae en la persona que no obedece y el que las impone, se ve obligado a reforzarlas con una lección que le deje un recuerdo duradero para que no vuelva a hacerlo otra vez.

-¿Tienes que recordárselo, Martha? -preguntó Tedra suspirando.

-Por supuesto. -replicó ésta con un tono evidentemente irónico-. No hay nada como una buena dosis de realidad para despejar el estado mental que deja una conmoción de este tipo.

Aquel estado tardó un rato en despejarse lo suficiente como para que Brittany entendiera lo que Martha acababa de decir con tantos rodeos.

-A ver si lo he entendido bien. Acabo de pasar por un infierno. Si no hubiera sido por unos inventos increíbles como la transferencia y el meditec estaría muerta. ¿Y crees que Dalden me va a castigar además? -no obtuvo respuesta por parte de ninguna de las dos, lo que de por sí constituía una respuesta y Brittany sacudió la cabeza-. Ni hablar, no lo hará.

-Repasemos los hechos. -dijo Martha volviendo a su tono de profesora-. El animal que casi se te come para cenar es tonto perdido. Te olió y sabía que estabas dentro de la tienda, pero es tan poco inteligente que nunca se le hubiera ocurrido pensar que había alguna manera de entrar en ella. En vez de eso, esperó a que salieras; podría haber esperado mucho tiempo, porque había olido comida, pero finalmente le habría entrado suficiente hambre como para buscar comida que pudiera ver y no sólo oler. Por supuesto, Dalden habría regresado antes y lo habría matado sin dificultad. Los guerreros lo hacen muy bien. Así que si te hubieras quedado en la tienda, tal como reconoces que se te advirtió, ¿hubieras pasado por un infiemo?

-Te olvidas de que ya he sufrido bastante.

-No, tú eres la que te olvidas de que no habrías sufrido nada si simplemente hubieras obedecido a tu guerrero. Se pondrá furioso cuando se entere de que te han hecho daño porque no le obedeciste y se asegurará de que no vuelvas a enfrentarte a un peligro así nunca más. ¿Lo entiendes ahora?

-Sí, lo que no quiere decir que esté de acuerdo.

Martha se rió.

-A los guerreros no les hace falta que estén de acuerdo con ellos, Tedra te lo puede confirmar.

-A mí no me metas, vieja. -replicó ésta-. Esta semana me estoy llevando de maravilla con mi guerrero, así que no me recuerdes por qué no debería hacerlo.

-Está exagerando, chiquilla. Ella siempre se lleva bien con su guerrero. Puede que a veces se pase un poco de la raya, pero se asegura de que Challen la recompense con creces.

Brittany miró a su suegra.

-Vienes de una sociedad mucho más avanzada que la mía. Pensaba que tú más que nadie encontrarías esas reglas tan bárbaras como yo. Ahora entiendo perfectamente por qué me ordenó que me quedara en la tienda. No lo hice y me enteré con gran dolor de que tenía que haberlo hecho. Pero ¿todo lo demás? Acompañamientos que no son necesarios, ropa que

demuestre tu situación, ¿por qué no se ponen reglas a los hombres? ¿Por qué no les dicen que dejen en paz a las mujeres? ¿Cómo puedes aceptar que te traten como a una niña?

-¡Vaya! Estoy como loca por saber la respuesta. -dijo Martha.

Tedra no hizo caso a su instigadora computadora y le puso un brazo encima a Brittany. La acompañó a su habitación mientras le daba explicaciones.

-No me gusta que me traten como a una niña, pero acepto las leyes de esta tierra. Nadie espera que te conviertas en una mujer kan-is-tran modélica de la noche a la mañana, ni siquiera Dalden. Yo me adapté mejor porque mi primer mes aquí fue resultado de la pérdida de un desafío, que es lo más cerca que se puede estar de la esclavitud. Como acepté el desafío, tenía que aceptar lo que significaba perderlo, así que no me pude quejar de lo humillante que era mi situación. Lo que quiero decir es que me enseñaron cómo son las cosas aquí mientras estaba en la parte más baja de la escala social. Lo que hizo que me resultara más fácil aceptar lo que estaba permitido en una posición más elevada, incluso si la mayoría de esas cosas favorecían tremendamente al macho.

-¿Tremendamente? Más bien al cien por cien.

Tedra sonrió.

-Tienes que ser realista, es una sociedad dominada por los hombres y como aquí tienen unas proporciones gigantescas, tuvieron que hacer unas cuantas reglas para no hacer daño a sus mujeres. A las mujeres que se educan en esta sociedad no les importan las reglas porque no han conocido nunca nada mejor. ¿Te vas dando cuenta de la diferencia? Para ellas no es algo bárbaro, es normal.

-¿Y no hacen excepciones con los visitantes?

-¿Por qué deberían hacerlas? No se puede hacer diferencias entre un visitante de otro mundo y uno de otro país de aquí. No tienen escuelas tal como tú las conoces. No les enseñan nada acerca de otra gente de su propio mundo y mucho menos de otros. En su existencia no hay término medio. Para ellos las cosas son muy simples, sin complicaciones. Si una mujer no tiene un protector, entonces pueden tomada. No puede ser más simple. Pero una vez que tiene un protector, entonces tiene que obedecerle para seguir estando protegida.

-¿Te das cuenta de que acabas de definir lo que es la infancia?

Tedra no intentó negarlo, al menos no del todo.

-Desde una perspectiva más amplia, desde luego. Pero para ellos es algo bastante civilizado. No se matan los unos a los otros para conseguir lo que quieren. Han establecido leyes que todos respetan y se gobiernan por su código de honor guerrero. Están a años luz de nuestros hombres prehistóricos. Son únicos, no tienen comparación. De hecho, puede que ésa sea parte del problema. Tienes que dejar de comparados con tu especie.

-Resulta difícil olvidar veintiocho años de educación.

-Porque miras las cosas de aquí desde un punto de vista moderno. Míralo de otra manera y tendrás una visión completamente diferente, una más fácil de tolerar. Sé que es pedir mucho. Para mí fue más fácil porque me pasé tres años entrenándome para la carrera de Descubrimiento de mundos antes de que pudiera cambiar a otra que me gustaba más, la de Seguridad. Una de las cosas que aprendí en Descubrimiento es que si quieres vivir en un mundo que no sea el tuyo, no lo haces con intención de cambiado sino que te adaptas a él. Hay que permitir que estos mundos medievales se desarrollen a su propio ritmo. No debemos intentar forzados porque conocemos mejores maneras de hacer las cosas.

-Lamento tener que interrumpir esta excelente lección sobre cómo relacionarte con tu bárbaro. -las interrumpió sarcásticamente Martha-, pero Corth II acaba de informarme de que Dalden se aproxima al campamento.

Brittany frunció el entrecejo.

-¿Si Dalden no fue el que me encontró y me trajo aquí, entonces quién fue?

-Martha.

-Creía que no nos habíamos llevado un intercomunicador.

-Y así fue. -dijo Tedra-. De hecho, fue Jorran quien te encontró, porque te estaba buscando. Hizo que la computadora de su nave se pusiera en contacto con Martha para que te transfirieran directamente a un meditec. No te quedaba sangre para ninguna otra opción.

-¿Me estaba buscando?

-Ha vuelto con un ejército en busca de venganza y de ti. No es que vaya a conseguir ninguna de las dos cosas, pero como más o menos te salvó la vida, hemos de tratado con diplomacia otra vez. Nos ha pedido permiso para hablar contigo y ha aceptado marcharse después. Estamos de acuerdo, ya que es una forma pacífica de evitar una guerra abierta con Centura III. Está de camino en un aerobús.

-¿No lo hace mediante transferencia?

-Ya ha utilizado la que le correspondía por hoy. Lo que me recuerda que Corth II estará contándole a Dalden lo que ha ocurrido, pero deberías menciona de que tu encuentro con ese *sa'abo* consiguió que Jorran cambiara su plan original, que era capturaros a los dos y llevaras a Centura III en un viaje al que Dalden no hubiera sobrevivido.

-Borra eso. -dijo Martha-. Jorran no los hubiera encontrado si Brittany no hubiera vuelto a hablar su lengua. Eso era lo que estaba esperando, era la única manera que tenía para encontrada y ella no lo habría hecho si no hubiera estado sola con un *sa´abo* echándole el aliento en el cuello.

-¡Santo cielo! ¿Es que siempre tienes que ponerte tan técnica? -se quejó Tedra.

-No te preocupes por eso. Dalden quiere transferirse ahora y me refiero a ¡ahora mismo! Os aviso que se volverá loco cuando vea toda esa sangre.

-¡Por amor a las estrellas! Eres única en cuanto a entretener a la gente. Déjala que al menos se cambie de ropa. -le pidió Tedra y después le sugirió-: Transfiérelo donde está Challen, él le calmará un poco, si tú no puedes.

Aquello hizo que Brittany empezara a asustarse. Si la madre de Dalden estaba tan preocupada, tenía un gran problema y muchas posibilidades de estar metida en un buen lío.

CAPÍTULO 51

Cambiarse de ropa no fue suficiente. Brittany seguía llena de sangre seca, aunque no tuviera heridas. Tuvo el tiempo justo para meterse en la hundida bañera, frotarse bien, dejar que corriera el agua -que viera una bañera de color rosa no hubiera sido nada inteligente- y ponerse un chauri limpio. No tuvo tiempo de secarse el pelo completamente, pero eso era lo de menos. No tenía intención de ocultar el hecho de que la habían herido, Dalden ya lo sabía, sino sólo el recuerdo visible de lo graves que habían sido las heridas.

Tedra dejó el intercomunicador de Martha y le dijo que se guiara por su propio criterio si necesitaba transferir a alguien fuera de allí hasta que se calmaran los ánimos. En ese momento Brittany no sabía quién podía ser ese alguien, ya que sus sentimientos también estaban desbocados.

Cuando Dalden entró en la habitación, Brittany ya había conseguido tener un estado de nervios aceptable. Y se repetía una y otra vez que él era real, que era de verdad. No era alguien que estaba actuando como un bárbaro, era un bárbaro y ¿cómo coño se comportaba una ante una mentalidad arcaica que en vez de consolarte por el accidente iba a castigarte además?

No parecía enfadado, pero lo conocía lo suficientemente bien como para saber que no lo manifestaría. Se había arropado con su calma de guerrero, tenía que buscar signos más sutiles que los puramente obvios y alguno dejaba ver: cierta rigidez, labios apretados y nada de calidez en sus dorados ojos.

Su problema y la razón por la que no podía deshacerse del miedo que la inundaba era que no sabía qué podía esperar de él. Le había dicho que nunca le haría daño físico y le creyó, pero, ¿qué pasaba con el daño psíquico? ¿Qué era para un bárbaro el castigo si no se refería a látigos y cadenas? ¿Meterla en un oscuro y húmedo agujero durante una semana? ¿Un mes? ¿Incomunicada? Su única defensa era la indignación, y se envolvió firmemente con ella.

-¡Quítate la ropa!

Parpadeó, se puso tensa y entornó los ojos.

-¡Ni hablar!

-¡Quítatela! -repitió mientras cruzaba la habitación en su dirección-. Necesito ver que estás entera.

Aquello debería haberla tranquilizado. Sólo quería ver que estaba bien. Ella habría querido la misma prueba visual si él hubiera sido el herido. Pero aquélla no era una situación normal.

-¡Ni lo sueñes! -contestó apartándose de él-. No me voy a poner en una situación tan vulnerable como ésa ahora que llevas el castigo en el cerebro. ¿Te crees que me he ido de la cabeza? -le había dado la oportunidad de negado, pero no lo hizo. La ira se apoderó de ella con más firmeza-. ¡Para ahí! Estoy bien, como nueva. Tendrás que fiarte de mi palabra. Ya me he aprendido la lección que crees que tienes que recordarme, así que no será necesario que lo hagas. En el futuro obedeceré todas tus órdenes.

-Entonces, obedece ésta. ¡Quítate la ropa!

Eso era lo más cerca que había estado Dalden de gritar.

Por raro que parezca le hizo desear obedecerle, lo que era una locura.

Negó con la cabeza, pero el miedo iba reemplazando rápidamente su indignación. Continuó echándose hacia atrás.

-Esa orden no tiene nada que ver con la seguridad sino con todo lo contrario. Y te lo advierto, no voy a tolerar ningún castigo. Me niego a aceptado. Así que no pienses que...

Se había quedado sin espacio para seguir escapando, tenía la pared detrás. No es que importara mucho, pues sus largas piernas lo habían llevado a escasos centímetros de ella y no le costó ni dos segundos apartada y quitarle el chauri. Entonces le dio la vuelta una, dos veces, le separó los brazos del cuerpo y le tocó las piernas como si fuera un médico.

Brittany se enfureció por ese examen tan exhaustivo, estaba demasiado indignada para sentir vergüenza. Debería haberla creído.

Le golpeó con las palmas de las manos en el pecho. Un hombre normal se hubiera echado hacia atrás un poco, ya que lo había hecho con toda la fuerza que tenía, pero Dalden ni se movió. Ahora le dolían las manos.

-¿Satisfecho? Ya te he dicho que estaba bien. ¿Por qué no me has creído?

Dalden se puso de rodillas y la abrazó. Descansó la cabeza entre sus pechos y aquello la confundió. Durante un instante se quedó demasiado sorprendida como para decir nada.

-Siento mucho esa compulsión por querer vedo yo mismo. -se disculpó arrepentido-. Siento mucho el dolor que has sentido. Y siento no haber estado allí para evitado.

-Dalden, déjalo, por favor. -le pidió poniéndole los brazos alrededor de la cabeza.

-Siento que no confíes en mí lo suficiente como para saber que no te daría una orden sin una buena razón para hacerlo.

-Dalden, me estás haciendo sentir culpable. No tienes por qué sentir nada. Mira, por si te interesa, cuando oí al animal pensé que sería normal. Nuestra visita a aquel claro no estaba planeada y quería tener una prueba para demostrar que Sha-Ka'an era una simple fantasía. Sólo quería satisfacer mi curiosidad con una rápida miradita, pero aquel bicho me vio y acabó asegurándome que yo estaba equivocada.

Aumentó su abrazo sobre ella.

-Siento que hayas tenido que estar al borde de la muerte para aceptar la verdad.

Ella sonrió, pero él no la vio.

-Siento tener que asegurarme ahora de que no dejarás nunca que tu curiosidad interfiera con una orden que te haya dado para protegerte.

Brittany había empezado a relajarse, pero sus músculos volvieron a tensarse. Dalden se puso en pie y la levantó para meced a en sus brazos.

-¡No!

Pero él estaba decidido y no iba a hacer caso a nada que ella dijera. No quería castigarla, tenía que hacerlo por su propio bien. Ella lo sabía, sabía que él lo veía como algo beneficioso para ella y que nada de lo que dijera o hiciera evitaría que sucediera.

Tenía que hacer un esfuerzo y tomárselo como un hombre. De todas formas, si no iba a causarle dolor físico no podía ser muy malo. Era cuestión de principios. Era demasiado mayor para que le enseñaran lecciones por medio de un castigo, como si fuera una niña.

¡Por todos los santos! No es simplemente que hubiera infringido una ley, que podía respetar, incumplida y pagar la multa o cumplir una condena. Una regla por su propio bien tendría que estar a su disposición para que decidiera si la seguía o no. Y la que había infringido no debería entrar en esa categoría. Lo único que él tendría que haberle dicho era que había bestias devoradoras de hombres en aquellos bosques y que debía quedarse en la tienda.

La llevó a la cama, la tumbó, se puso a su lado y simplemente la atrajo hacia él. Tuvo que forzada porque ella no se estaba quieta precisamente, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Estaba intentando calmada primero, ya que se había dado cuenta de su rigidez. Pero no había forma de que la calmara en aquellas circunstancias.

Debió de notado, porque comenzó a besada. Entonces empezaron a sonar nuevas señales de alarma. No creía que aquello pudiera tranquilizada. ¿Cómo iba a hacerlo si sus besos estaban consiguiendo el efecto contrario? No, estaba asustada de que estuviera intentando darle una satisfacción antes, amortiguar el golpe del castigo que se le venía encima, como si algo pudiera hacerlo.

Luchó contra lo que le estaba intentando hacer sentir, desesperadamente. No podía dejarle que se saliera con la suya. Tenía que mantenerse firme, pero era imposible. Nunca había podido resistirse a sus besos. ¿Qué le hacía pensar que ahora iba a ser diferente?

Enseguida empezó a devolverle los besos. A pesar del resentimiento que debería estar sintiendo y que pronto sentiría, en ese momento sólo lo veía a él, un hombre al que adoraba, cuando no ese comportaba como un odioso bárbaro. Y en ese momento no lo estaba haciendo.

Con gran precisión despertó todos y cada uno de sus sentidos, hizo que se le acelerara el pulso, destrozó sus nervios despertándole el deseo. Rápidamente, la tensión acumulada se extendió por todo su cuerpo. Estaba temblando, ardía en deseos, cercana al placer total, pero él la relajaba para volver a empezar otra vez.

Le dijo de innumerables maneras que estaba lista, pero él estaba decidido a prolongar ese estado de expectativa para llevada a un nivel de necesidad que seguramente explotaría en el momento en que la penetrara. Entonces sus manos desaparecieron y el calor de su cuerpo también. Le costó unos segundos darse cuenta de que se había ido de la cama.

Salió del aturdimiento, se sentó y gritó:

-¿Qué demonios ha sido eso?

Pero él no sólo había abandonado la cama sino también la habitación.

Martha seguía allí y le contestó alegremente.

-Te acaban de castigar.

-¿Cómo?

-Si no lo sabes tú...

-Lo digo en serio.

-Las mujeres Sha-Ka'ani son muy sexuales. Los guerreros, al menos los de este país, se dieron cuenta hace tiempo de que la forma más inofensiva de castigar a una compañera de por vida, si era necesario, era ponerla en un estado de deseo extremo y después dejada sola para que reflexionara sobre su error. Como ellos son también muy sexuales sólo lo consiguen con jugo de *dhaya*, que les suprime temporalmente el impulso sexual.

Brittany se echó a reír. Así que Dalden se había comportado de forma odiosamente bárbara después de todo.

-¿Te parece divertida la frustración sexual? -preguntó Martha llena de curiosidad.

-No, pero no es algo que no sea familiar entre mi gente. De hecho, es algo que nos auto infligimos a todas horas en forma de citas.

Martha soltó un resoplido.

-Sé cuál es vuestra definición de cita y no incluye...

-Espera, me refiero a cuando dos personas empiezan a conocerse. Unas cuantas citas pueden llevar a un intenso manoseo, en el que el chico espera tener éxito, pero la chica sigue sin estar decidida y los dos acaban frustrados en esa cita. Pueden prescindir de ese manoseo, pero como se trata de un proceso de conocerse el uno al otro, normalmente no lo evitan.

-Era de esperar que la especie humana, poco adelantada tecnológicamente, aprendiera las cosas por la vía más difícil.

-Supongo que los mundos avanzados han encontrado formas más fáciles, ¿no?

-Por supuesto. La compatibilidad elegida por ordenador funciona de maravilla.

-Nosotros también tenemos citas elegidas por ordenador y te prometo que no funcionan así.

-Maquinaria anticuada, e irrelevante para el tema que estamos tratando. Así que el castigo ka-is-tran no te ha molestado en absoluto, ¿eh? Si es así, diría que tienes una gran ventaja sobre ese chico, ¿no te parece divertido?

-¿Por qué supones algo así?

-Por el hecho de que su idea de castigo no te molesta. Porque se sentirá culpable y necesitará darte satisfacción cada vez que tenga que castigarte. Diría que eso te coloca en una situación ventajosa.

Mirándolo por ese lado, Brittany no pudo dejar de sonreír.

-¿Se lo vas a decir?

-¿Yo? ¿Por qué iba a hacer algo así? Me encanta darles gato por liebre a estos chicos. Cuando su cultura entra en conflicto con la lógica no pueden discutir. Me alegran el día, te lo juro.

Brittany gruñó, ante lo que Martha simplemente se rió, pero al poco añadió:

-Por cierto, Dalden no tomó nada que le ayudara. Lo normal es que un guerrero tome el jugo de *dhaya* antes, pero él no lo hizo. Decidió que si tú ibas a sufrir, él lo haría también y puede que tu cuerpo esté acostumbrado a no tomarse en serio esas cosas, pero el suyo no. Ahora mismo está bastante desasosegado. Ese chico no deja de impresionarme con la intensidad de su cariño. ¿Te ha dicho que te ama?

-No.

-Puede que no lo diga con palabras, pero ahora ya no deberías tener ninguna duda.

Brittany sonrió. No, no lo dudaba en absoluto.

CAPÍTULO 52

Brittany no sabía muy bien cómo comportarse ante Jorran, rey supremo de Centura III. De camino a la habitación donde le esperaba le informaron detalladamente de por qué estaba allí y qué esperaba conseguir. Tenía todas las intenciones de raptada y obligada a ser su reina. También pensaba matar a Dalden, si lo encontraba con ella.

Esta vez había traído un arma moderna con él, ya que su espada cuchilla no había sido nada efectiva la última vez que lucharon juntos. Era con la que había matado al sa'abo sin tener que acercarse a él y ella se horrorizó de que hubiera podido acabar con Dalden con tanta facilidad.

No le habían dejado entrar en el castillo con ella sino que aceptó ir desarmado a campo enemigo para poder hablar con Brittany.

Pero a ella le habían avisado de que intentaría convencerla de que se fuera con él. Le advirtieron que no creyera nada de lo que le dijera, que era falso por naturaleza y que diría o haría lo que fuera con tal de conseguir lo que quería.

Los familiares de Jorran ya se habían ido a su planeta. Martha sólo necesitó situar al *Androvia* en medio de su flota para que volvieran a plantearse sus exigencias. Teniendo en cuenta que las veintitrés naves cabían dentro de la bodega de carga del *Androvia*, no había mucho que pensar. Los centuria nos era gente medieval y se dieron cuenta de que les aventajaban en potencia de fuego.

A Challen no le había gustado nada el pacífico final de la invasión, pero el que los Ly-San-Ter estuvieran en deuda con Jorran hacía imposible cualquier práctica vengadora con espada.

Dalden tampoco pudo hacer lo que le hubiera gustado, que era asegurarse de forma definitiva de que Jorran no volvería a molestarles. Brittany comenzaba a darse cuenta de que allí a los guerreros no se les llamaba así simplemente porque sonara bien. Podían defender, aplicar un justo castigo y conquistar como cualquier otro, sólo que si les provocaba podían hacerlo a lo grande.

La dejaron sola con él. Bueno, en realidad no estaba sola del todo porque el comunicador con Martha seguía con ella. Aquella intimidad había sido una de las peticiones de Jorran y Martha no se iba a dejar notar a menos que fuera necesario. Dalden se había negado a permitir que Brittany estuviera cerca de Jorran sin la presencia de Martha. No le hacía ninguna gracia que tuviera que verlo. Fue su padre el que tuvo que convencerlo y todo por la deuda que tenían con Jorran.

De hecho, era una deuda de Brittany. Ella se daba cuenta. Le había salvado la vida. Había que reconocer que si él no la hubiera encontrado, estaría muerta. Así que, extrañamente, estaba agradecida de que hubiera intentado secuestrarla. Algo de lo más raro.

Esperó a que él hablara primero. No se parecía en nada al Jorran que había visto en su planeta. Llevaba ropa de su país, que incluía una capa real ribeteada con piel, una larga y lujosa túnica, y botas altas. Tenía aspecto de lo que realmente era, un rey medieval, y esa ropa le quedaba mucho mejor que el traje de ejecutivo. Debía de haber estado pensando algo parecido, porque su primer comentario fue:

-Esa ropa bárbara no te queda bien. Yo te vestiré con finas sedas dignas de una reina.

-Soy lo suficientemente mayor para vestirme sola.

-No tenía intención de molestarte.

-Lo siento, yo tampoco quería hacerlo. Te debo la vida y te estoy muy agradecida -dijo Brittany después de lanzar un suspiro.

Jorran asintió, no esperaba menos.

-Lo suficiente como para poner esa vida en mis manos.

-Ya se la he dado a otro. Lo conoces bien, es mi compañero de por vida.

Jorran descartó aquello con la mano.

-Sus bárbaras formas de unirse en matrimonio no están reconocidas en mi mundo.

-Ni en el mío, pero sí en mi corazón. Así que, para mí, estamos unidos.

Pareció sorprendido de oír aquello.

-¿Quieres quedarte con él?

No se imaginaba por qué pensaba que podía ser de, otra manera, pero puede que una ligera explicación no estuviera fuera de lugar.

-Jorran, cuando te dije que te ayudaría en mi mundo, mentí. Estaba completamente en contra de lo que estabas intentando hacer. Ayudaba a los Sha-Ka'ani a detenerte. Si todo este tiempo has creído lo contrario, lo siento.

Se encogió de hombros con indiferencia.

-Nada de eso importa ya. Lo he vistó en tus ojos, en su nave, tus sentimientos son por mí.

Brittany frunció el entrecejo confundida e intentó recordar aquel día de grandes sorpresas.

-¿Comprensión? Creo que has confundido mi compasión con algo más. No me gustó que te negaran un tratamiento médico, incluso después de asegurarme que no sufrías dolor. Ni tampoco me hubiera gustado que te dejaran así, pero veo que estás entero otra vez. Has debido de encontrar una unidad meditécnica entre entonces y ahora.

-Hoy. -replicó con cierta amargura-. En su Centro de Visitantes. En mi mundo no tenemos cosas así.

-Entonces supongo que también tienes una buena razón para estar agradecido, no te quedan cicatrices de lo que ocurrió. Si mi gente te hubiera detenido, te habría metido en la cárcel para el resto de tu vida, por lo que intentaste hacer. Los shaka'ani te devolvieron a tu país con algunas deformidades que sabían que finalmente curarías.

-¿Así que para ti eso les exculpa?

Estaba a punto de decir que para ella él era un villano, pero se mordió la lengua diplomáticamente.

-Simplemente me alegro de que no se haya hecho daño permanente, a nadie.

Habían estado de pie a unos tres metros de distancia. Él se aproximó. No podía hacer nada por mantener la distancia original y se puso nerviosa. Y, como se temía, la tocó, aunque inofensivamente, un simple roce con los dedos en la mejilla.

-Tienes una forma muy rara de ver las cosas. -dijo con suavidad.

-No tan extraña, sólo es diferente de como las ves tú. Provenimos de culturas completamente distintas.

¡Santo cielo! ¿Estaba diciéndole a él lo que debería decirse a sí misma? ¿Lo que Martha había intentado hacerle ver todo el tiempo? Los Sha-Ka'ani no eran bárbaros, eran simplemente diferentes. Su forma de hacer las cosas era normal para ellos, les funcionaba y

por eso mismo estaba bien. Comparados con otras culturas, con la suya en particular, era ridículo. Eran únicos y evolucionaban a su manera.

-Te gustará mi cultura. -afirmó tristemente-. Haré de ti una reina. ¿Qué puede ofrecerte tu bárbaro que pueda igualar eso?

En su respuesta no hubo vacilación.

-Él mismo, es lo único que necesito para ser feliz, porque lo amo profundamente, con todo mi corazón.

CAPÍTULO 53

Martha se disculpó por no haberla avisado de que Dalden había estado escuchando su conversación con Jorran y de que no la habría dejado sola con aquel hombre de ninguna otra manera. A Brittany no le gustó mucho. No habían hablado desde que la castigó. A ella le habría gustado disfrutar de alguna de sus compensaciones antes de perdonado oficialmente, si él no hubiera oído que lo quería muchísimo.

No es que le importara. Cuando aquel día volvió a verlo, él no quería hablar con ella. La llevó directamente a su habitación, en la que pasaron el resto del día y la mitad del siguiente, para asegurarse de que ninguno de los dos seguía sufriendo por aquel estúpido castigo.

Brittany empezaba a preguntarse si llevada a sitios sin decirle nada se iba a convertir en algo habitual, porque volvió a hacerla la tarde siguiente. Le puso una capa blanca en la espalda, la cogió de la mano, la sacó del castillo, atravesaron gran parte de la ciudad y llegaron a un parque que había frente a la falda de la montaña.

Se puso detrás de ella, la rodeó con sus brazos y no dijo nada mientras ella disfrutaba de la increíble vista que tenían delante. Podía ver todo el verde valle que se extendía a los pies del Monte Raik, los bosques y lagos que había más allá y, en la lejanía, otra cadena de montañas que eran una mera bruma púrpura.

Toda aquella belleza le quitó el habla. Entonces, Dalden dijo:

-Construirás nuestra casa aquí.

Brittany se volvió para mirado con incredulidad.

-¿Yo? -preguntó con voz entrecortada.

-El diseño será tuyo. -respondió con toda naturalidad, como si no tuviera por qué asombrarse-. Pero ten en cuenta que un guerrero necesita mucho espacio para no sentirse encerrado.

Brittany sonrió.

-Estás hablando de una casa muy grande, ¿no?

-Sí.

-¿Una casa enorme?

-Sí.

Sonrió como en éxtasis, hasta que se acordó de que ese país no tenía aserraderos.

-No sé si podré trabajar con los materiales que hay aquí.

-Martha me ha asegurado que podrás encontrar todo lo que necesites.

-Me costará mucho construir algo del tamaño que quieres. -le explicó.

-Tendrás ayuda. Kodos y su compañera de por vida, Rukiro, quieren ayudarte. Corth II también estará a tu disposición y yo no estaré nunca muy lejos, kerima. En cuanto la gente se

entere de lo que estás haciendo seguramente tendrás otros ayudantes. Sha-Ka-Ra ha permanecido aquí durante siglos sin experimentar ningún cambio. No es necesario, pero tampoco es algo que se rechace y hay mucha gente que se queja de que no tenemos conocimientos para crear cosas. Kodos lo ha demostrado claramente al querer aprender tu oficio.

-¿Está de acuerdo en que su compañera de por vida le ayude, cuando vuestras mujeres no hacen nunca trabajos de verdad?

Dalden la miró un tanto ofendido.

-Le convencieron para que aceptara y poder mantener la paz en su hogar. Cometió el error de decide demasiadas cosas sobre tu cultura y ella estaba muy intrigada.

Brittany se estremeció.

-No estaré causando problemas, ¿verdad? No quiero pasar a la historia como la instigadora del movimiento por los derechos de las mujeres en Sha-Ka'an. No es que no os venga bien uno, sino que me dijeron que necesitáis daros cuenta de esas cosas por vosotros mismos y no que os las impongan otras especies.

Dalden le puso las manos en la cara.

-¿Tienes intención de causar problemas? -Pues no.

-Entonces no pasará nada.

-Sí, seguro. -murmuró.

Dalden se rió.

-Te estoy tomando el pelo, *chemar*. Debería haberte dicho que me he dado cuenta de algo que me ha quitado un gran peso de encima. Hace tiempo tomé la decisión de seguir los pasos de mi padre completamente y no hacer caso a mi madre. En aquel momento fue una buena decisión. Cuando era joven no resultaba fácil estar dividido por opiniones tan distintas, pero aquello dejó un vacío en mí, me sentía como si no estuviera completo. Encontrarte, conocerte y amarte me ha enseñado que...

Brittany dio un chillido y se arrojó en sus brazos.

-¡Lo has dicho! ¡Has dicho que me quieres!

La separó y le lanzó una mirada severa.

-No agotes mi paciencia, mujer. Sabes muy bien la intensidad de mis sentimientos.

-Bueno, sí. -se rió, nada intimidada por esa mirada-. Pero me gusta oído de vez en cuando.

Él puso los ojos en blanco y volvió a apretada contra sí.

-Lo que quería decirte es que ya no estoy dividido. Parte de mí es krystam y acepto esa mitad, que representa un gran conocimiento de otros mundos, otras creencias, otras formas, incluida la tuya. No volveré a no hacer caso de esas cosas simplemente porque son desconocidas aquí.

-¿Estás intentando decirme que me has entendido?

-Lo que te estoy diciendo es que no tienes que cambiar completamente porque ahora vivas aquí. Te digo que entiendo tu forma de ser y que esa comprensión suavizará la forma en que te trate. Eso no quiere decir que puedas no hacer caso de las cosas que te hemos enseñado sobre nuestras costumbres. Obedecerás nuestras leyes para estar protegida.

-Sí, lo haré.

-Obedecerás mis órdenes hasta que este mundo esté libre de bestias que puedan hacerte daño.

-Sí, lo haré.

Dalden frunció el entrecejo.

Librodot

-¿Por qué no discutes conmigo?

-Por que esto es Sha-Ka'an y estas normas funcionan aquí. No lo harían en ningún otro lugar, pero aquí funcionan de maravilla. Además, -añadió sonriendo-, después del regalo que me has hecho hoy, gozas de todos mis favores.

La besó con fuerza y después suavemente, aunque allí no disfrutaban de una gran intimidad.

-Puedes construir cientos de casa, pueblos enteros, si eso te hace feliz.

-Estaba hablando de nuestro amor. -dijo Brittany con tono suave.

Aquello lo hizo reaccionar, la volvió a coger de la mano y empezó a arrastrada hacia algún sitio en el que pudieran tener algo más de intimidad.

Brittany se rió. No era realmente bárbaro con su compañera de por vida. Un guerrero, sí. Inflexible cuando se trataba de protegerla, sí. Un poco dominante, pero comprensivo también. Y amable y cariñoso.

¿Cómo era posible que fuera tan afortunada?

FIN